

# Red Squadron - Cuerpo de Asalto Clon 2



Lainier Sind

# **Red Squadron**

# **Cuerpo de Asalto Clon 2**

**Lainier Sind**

**Red Squadron - Cuerpo de Asalto Clon 2 por Lainier Sind se encuentra bajo una Licencia  
[Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).**

Ilustración de cubierta: © 2010 MartaNael, used under a Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 3.0 license: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>.

## **INTRODUCCIÓN DEL AUTOR**

Los siguientes personajes están basados en personas reales:

Lainier Sind, Berllerak, ElArtista, Tete, el Kapitán, Night Stalker, Natch, Fresh, Nevuroy, Sama, Helio, Zenith, ZuMo, Karlsman, Cháinoman, Artic, Sigfried, SuNSeT, Olmaly.

## ÍNDICE

I. La pérdida.....	6
II. Liberando Valencia.....	14
III. En La Kúpula.....	33
IV. La medicina.....	61
V. En Enea.....	72
VI. El último ataque.....	87
VII. Puesta de sol.....	95

## I LA PÉRDIDA

Lainier Sind y Night Stalker se dirigían a la Estación Espacial del Red Squadron, situada cerca del sistema solar terrestre, destinada a albergar los mejores soldados de dicho sistema. La estación era muy similar a Nueva Alcatraz: una especie de réplica en metal del planeta Saturno, pero mucho más grande que la prisión espacial. El núcleo de la estación medía 50 kilómetros de diámetro.

La nave de los clones era un pequeño modelo de transporte para cuatro pasajeros. Aterrizó en la Pista 4. Los viajeros fueron recibidos por numerosos soldados, todos vistiendo el uniforme estándar del ejército del sistema solar, de color rojo oscuro: de ahí el nombre de la estación. Night Stalker estaba usando su cuerpo civil, vistiendo con una cazadora de cuero y ropa vaquera. Lainier presentaba su aspecto habitual de trabajo. Los clones pasaron diversos controles de seguridad y por fin accedieron al núcleo interior. Por los pasillos deambulaban cientos de personas de un lado a otro, la mayoría militares.

—No ha venido nadie a recibirnos —observó Stalker.

—Estarán trabajando —conjeturó Lainier.

El director de personal estaba sentado en su despacho, ojeando pilas de documentos, algo aburrido. Era un joven de cabello rubio y ojos dorados, alto y atlético. De repente llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Un oficial entró y realizó el saludo marcial, lo que indicaba que el director también era militar, a pesar de vestir ropa de civil, si bien exhibía unas insignias en ambos lados del cuello de su camisa.

—Señor —dijo el oficial—, ya ha llegado el hombre que esperaba.

El director de personal abrió los ojos y se mantuvo en silencio durante un segundo.

—Gracias. Puede retirarse —dijo.

—Sí, Señor.

El oficial desapareció, cerrando la puerta. El director se alzó de la silla, se desprezó, comprobó su arma, una Valt 62, y su intercomunicador. Cogió una tableta y se dirigió al ala 4 de la estación.

—¿Qué coño hacemos aquí? —preguntó Stalker. Lainier y él estaban detenidos en medio de un pasillo.

—Esperar —respondió Lainier sin inmutarse.

—Vale. ¿A qué?

—Al autobús. No te jode.

—Lainier, ¿a qué coño estamos esperando?

—Al director de personal, pesao. Nos tiene que llevar a nuestros aposentos.

—¿Aposentos? Jo, jo...

—Mira, por allí viene —dijo Lainier señalando con el dedo. El director se acercaba cabizbajo, ojeando la tableta. Los clones tenían dificultades para verle, porque no paraba de pasar gente proveniente de otras naves recién llegadas. Cuando estuvo a cincuenta metros de los recién llegados se detuvo. Se quedó plantado durante un minuto leyendo en el dispositivo.

—Joder, que tío más lento —dijo Lainier.

—Sí —admitió Stalker.

De repente, todos los caminantes ya habían pasado de largo. Por fin pudieron ver bien al director. En ese momento, Lainier sacó el arma, mientras el director levantaba la cabeza rápidamente y desplazaba la carpeta a un lado. El láser de la Magnum perforó el cuerpo del director. Lainier continuó disparando sin parar, hasta agotar los treinta disparos de su arma. El director yacía en el suelo, aparentemente muerto.

—¡Hijo de puta...! —exclamó Lainier.

—¿Qué..? —dijo Stalker, que se había quedado sin palabras. Varias personas cercanas se quedaron estupefactas. Cuatro soldados, miembros de la seguridad interna de la estación, se aproximaron, rodeando a los clones y apuntando a Lainier con rifles.

—¡No se muevan! —exclamó uno de los militares.

—Caballeros, solo hago mi trabajo —comenzó a decir Lainier sin inmutarse—. Están hablando con un oficial superior.

—Y con un peligroso psicópata —añadió Stalker señalándose con el dedo.

—Stalker, por Dios, no la lés más... —susurró Lainier a su compañero.

Los soldados se fijaron en Lainier. Aunque llevaba su uniforme policial de siempre, había un nuevo elemento en él: tres estrellas en cada hombro, de diseño especial, que le identificaban como general temporal, esto es, hasta que acabase el período de guerra.

—Este hombre era un infiltrado —prosiguió Lainier, señalando con su mirada al finado—. Fíjense bien en él.

Los soldados comenzaron a aproximarse al director de personal. El cadáver tenía su arma en la mano derecha.

—¡Joder, Lainier! ¡Explicame algo! —gritó Stalker mientras un par de militares examinaban el cuerpo.

—Mira —dijo Lainier, justo cuando los soldados giraban la cabeza del director para ver mejor su cara, que había sido parcialmente destruida por un impacto de láser.

—¡Cooooño! —exclamó Stalker— ¡Si eres tú!

—Es Kramer. Pero ahora es clavadito a mí. Solo cambia el color de ojos y pelo.

—Querrás decir que “era”.

—Era. Que se joda.

Lainier mantuvo silencio durante dos segundos y al final exclamó, gritando:

—¡Joder! ¿¿Pero qué coño pasa en esta puta estación?? ¿¿Cómo coño me dejan pasar a este tío y encima me le dan un cargo?

—¿“Me le dan”?

—¡Calla! ¡Estoy cabreadísimo! —exclamó Lainier mientras se acercaba a un oficial—. ¿¿Qué coño hacia ese hombre en esta estación?? ¿¿No saben que era un criminal muy buscado?? ¿¿Qué cojones pasa con los controles de seguridad?? ¿¿Nos los pasamos por el forro de los cojones o qué??

Lainier gritaba y gesticulaba sin parar. El oficial estaba sudando.

—Ah... señor... —el oficial no tenía palabras.

—¡Joder, vayamos por partes! —dijo Lainier—. ¿Ese hombre era realmente el director de personal de esta Estación? El oficial echó una ojeada al cadáver.

—C... creo que sí, señor... —balbuceó el oficial.

—¡Joder, pues sí que empezamos bien! A ver... ¿cómo se llamaba ese hombre?

—L... Lainier Sind, señor.

—¡Ja, ja, jaa! —A Lainier le entró la risa tonta—. ¿Y los controles de identidad? ¿Qué cojones pasa con ellos?

—Una urgencia, señor...

— ¡Explíquese, coño!

—Tuvimos un fallo informático en la base de datos, pero necesitábamos urgentemente a los soldados para combatir. No podíamos esperar a que las identificaciones estuviesen operativas. Lo que hicimos fue ocultar el fallo. Oficialmente, funcionaba bien. Pensábamos que nadie intentaría...

—¡Pues obviamente alguien lo intentó... y lo logró! ¡A saber cuantos más han pasado!

—No pueden ser muchos, señor... el control se estropeó ayer por la mañana y está siendo arreglado en estos momentos... Desde entonces han entrado aquí cien mil hombres.

—¡Joder! ¿Y dice que esos no son muchos?

—Considerando la capacidad de la Estación, no, señor...

—¡Joder, que chapuza! ¡En cuanto esté reparado, que pasen por el control esos hombres! ¡Y llame a un equipo de contención biológica para que se lleve el cuerpo! ¡Retírese! ¡Os, os!

—Sí, señor...

El oficial se fue cagando leches, seguido por varios de sus hombres. Lainier y Stalker avanzaron por el pasillo. Se detuvieron ante un ordenador.

—Mostrar mapa público —ordenó Lainier. La pantalla mostró la información inmediatamente—. El despacho de VanderHall está... aquí... —dijo el clon, señalando con el dedo el ala 2 de la estación, opuesta al ala 4—, pero es obvio que aún no ha llegado, pues de lo contrario no habría sido engañado por Kramer. O quizás sí, yo qué coño sé... A ver... habitaciones... habitaciones...

—¿Por qué has mandado llamar a un equipo bioespecial para retirar el cadáver de Kramer? —preguntó Stalker.

—Kramer tenía genes thorn, y como sabes esa raza suele ser portadora de un virus que causa la muerte en multitud de organismos vivos.

—Pero Kramer no parece ser un thorn ahora...

—Externamente no, pero internamente quién sabe. Lo que me gustaría saber es quién lo ha vuelto a cambiar. Sin duda han sido los bastardos a los que les vendió el Genoma 3, los asesinos profesionales.

—Quizás Neo World.

—Quizás. Pero espero que no se hayan hecho con el proyecto.

—Mmm... Oye, Lainier... ¿Sabes que por Kramer se ofrecía una recompensa jugosa?

—¡No, Stalker, no! —protestó Lainier.

—¿No? Pues juraría que eran diez mil euros...

—¡Ya sabes a lo que me refiero! ¡Digo que no a eso que estás pensando!

—¡Vamos, Lai! ¿Qué más te da? ¡Tú cobrarás el mismo sueldo a final de mes tanto si matas a Kramer como si no!

—¡No pienso mentir por tí! ¡Además, seguro que alguna cámara ha captado el incidente!

—Jo... qué difícil es ganarse la vida honradamente...

Lainier y Stalker se dirigieron al ala norte, donde estaban sus habitaciones. Era un largo pasillo. Tan largo que se tardaban unos diez minutos en recorrerlo entero.

—Lainier —dijo Stalker—. ¿Qué hacemos aquí?

—Pues buscar nuestras habitaciones —respondió Lainier.

—Muy bien. ¿Y por qué no nos esperamos a que analicen al tipo ése, y si da negativo, entonces cogemos sus documentos y los miramos tranquilamente?

—Naa... tardan mucho.

—¿Y cómo vas a buscar la habitación? ¿Entrarás en cada una de ellas para ver si están ocupadas?

—No. Saldrán ellos.

—¿Ein?

Lainier comenzó a gritar, mientras recorría el pasillo aporreando las puertas.

—¡¡Todo el mundo fuera!! ¡¡Soy Lainier Sind, general del Cuerpo de Asalto Clon!!

—General temporal... —murmuró Stalker.

—Cállate, coño.

En unos segundos los soldados se asomaron. Entre ellos estaban los miembros del Cuerpo de Asalto.

—Anda —dijo ElArtista—. El mamón éste.

—Joder, Lai... —se quejó Berllerak con ojos entrecerrados—, ¿tú te crees que estas son horas de llamar? Ayer no dormí intentando reparar la base de datos de la estación... Necesito descansar un rato...

—Cómo da por culo, el hijo de puta... —dijo ElArtista.

—¡Silencio, coño! ¿Esas habitaciones están ocupadas? —preguntó Lainier señalando una habitación cerrada en el lado derecho entre Berllerak y Tete y otra en el lado izquierdo entre ElArtista y el Kapitán.

—Yo creo que no... —dijo Berllerak—. Al menos no hemos visto a nadie entrar o salir desde que estamos aquí.

—¿Y lleváis mucho aquí?

—Naa... diez minutos —dijo ElArtista.

—Tres días —replicó Berllerak.

—Pues ya está —dijo Lainier— ¡Stalker, a la habitación entre ElArtista y el Kapitán! Yo me voy a la otra. ¡Todo el mundo a sus habitaciones!

Los soldados volvieron a sus aposentos.

—¿Y cómo coño vamos a abrir las puertas? —preguntó Stalker.

—Joer, que agonías... —Lainier desenfundó su arma y voló las cerraduras de dos certeros disparos—. Hala, a tomar por culo.

—Eso cuesta dinero, Lai.

—Toma, claro. Pero yo no puedo perder tiempo. Tengo que instalarme y dejar las cosas, no sea que tengamos que salir. Si quieren, lo pagaré de mi bolsillo. A mí plim.

Lainier se metió en su habitación, y Stalker en la suya.

Pronto se instalaron: colocaron sus uniformes en los armarios, las armas en la armería, y accedieron a la red mediante el portátil que todas las estancias tenían.

Al cabo de una hora, Thomas VanderHall apareció por la puerta de Lainier, que se giró arma en mano en cuanto la oyó abrirse.

—He llegado hace diez minutos con mi hermano —dijo Thomas mientras Lainier bajaba el arma—. Si quieres encontrarnos, tenemos despachos propios con cama y todo. Yo en el ala 2 y James en el ala 3. ¿Qué coño ha pasado con las cerraduras?

—Un accidente —dijo Lainier.

—¿Has llamado a que lo reparen?

—Sí. Deben estar al caer.

—Bien. Porque dentro de diez minutos tenemos que irnos.

—¿A dónde?

—A Valencia.

—Coño, si acabo de venir de allí. ¿Qué pasa?

—Hay que impedir que caiga en manos de los neos.

—¡No jodas!

—Un escuadrón neo formado por cincuenta naves ha logrado traspasar nuestras defensas aéreas y está atacando la ciudad. Con ésta, ya son más de cincuenta las ciudades importantes asediadas por los neos. Un escuadrón rojo se dirige hacia aquí. Llegará en diez minutos. Entonces nos uniremos a ellos.

—¡Espera, VanderHall! ¡Nosotros no somos unos soldados! ¡No podemos hacer eso!

—¿Para qué coño crees que se os dieron rangos provisionales del ejército?

—Pues... suponía que para evitar un conflicto de jurisdicción en caso de que nos cruzáramos con los militares durante una de nuestras operaciones especiales. ¡No sabemos manejarnos en un combate aéreo, aunque sepamos pilotar!

—El combate no será aéreo. La mayoría de las naves neos ya están en Tierra. Combaten a pie. Están entrando en la ciudad.

—¡Joder, ni aún así! ¡Eso es combate en campo abierto! ¡No estamos preparados para ello!

—No tenéis elección. Es una orden. Además, ¿quieres dejar que conquisten nuestra ciudad?

—No, pero esto es un suicidio. Nosotros no pintamos nada allí, y creo que alguien morirá.

—Todos morimos, eventualmente. Me voy. Informa a tus hombres. En cuanto llegue el escuadrón, te avisaré.

Vuestras naves están en el ala 4. Son las naves numeradas del 100 al 104.

—¿Night Stalker no va?

—Night Stalker está aquí porque le contraté para cazar neos. Es un cazarrecompensas.

—¡Joder, y nosotros un Cuerpo de Asalto! ¡Tampoco estamos aquí para eso!

—Night Stalker debe partir a capturar a un espía.

—¿Como el espía ese que se os ha colado aquí y que he tenido que matar personalmente?

—No empieces a tocar los cojones nada más llegar.

—Solo señalo el hecho de que a esta estrategia le veo lagunas.

—¡Vamos, Lainier! ¿Crees que os enviaría si no estuviera seguro de que podéis ser útiles?

—¡Pero...!

—¡Lainier, voy a ser directo y claro!

—Dígame.

—Nuestros hombres son basura.

—Sigue siendo usted tan amable con las tropas como de costumbre.

—¡Estoy hablando en serio, joder!

—¡Coño, y yo!

—Vamos a ver... lo diré más suavemente... nuestros hombres son unos auténticos novatos. Son muy malos. Lo siento, pero es así.

—Joder, creía que nuestro sistema solar tenía uno de los mejores ejércitos de la galaxia conocida.

—Pues no. Tenemos el peor. Solo los eeneanos nos ganan en patetismo.

—Lógico. Los eeneanos son primitivos. Y su gobierno central idiota.

—Pues ahora ya lo sabes.

—¡Hay que joerse! ¡Así que nuestros hombres son una mierda y solo cuentan con nosotros!

—¡Pues sí, Lainier, pues sí!

—¿¿Y seis clones van a sustituir toda la ineptitud de un ejército planetario??

—No. Pero al menos, en esta batalla, tenéis que intervenir. Es Valencia lo que está en juego.

—Muy bien. No se ponga pesado, que ya me quedan sólo cinco minutos para prepararme.

—Bien. Adiós.

VanderHall desapareció. Lainier salió al exterior y llamó a sus compañeros. Les explicó la situación, que no les gustó mucho.

—Me parece indignante que no mejorasen el escudo defensivo tras el incidente de la nave neo y Speed... —dijo Berllerak mientras se preparaban para partir.

—De hecho se mejoró —señaló ElArtista—. Pero no lo suficiente. La tecnología militar neo es superior a la nuestra.

—Al menos las naves neos no han usado antimateria para arrasar nuestras ciudades —señaló Lainier.

—Anda que los neos van a gastarse una pasta en antimateria pa petar La Tierra. Eso se lo reservan para luchar contra los planetas tochos, como Silkeria o Noctem. Todo esto no es más que una distracción para hacernos perder tiempo.

Los clones acabaron de enfundarse los uniformes de piloto. Night Stalker ahora llevaba su cuerpo militar. Se dirigieron a las naves. El escuadrón llegó. Cien cazas de color rojo y formas angulosas. El Cuerpo de Asalto se unió a ellos. Se dirigieron rumbo a Valencia.

Tal y como había augurado el comisario, solo había un par de naves neos sobrevolando la zona. El resto ya había aterrizado, y sus ocupantes combatían a pie. Las afueras de la ciudad estaban en llamas. El combate era cruento. Las naves neos tuvieron tiempo de derribar a tres cazas humanos antes de caer ellas mismas.

Las naves aterrizaron mientras decenas de soldados neos, ataviados con uniformes azules, corrían hacia las naves disparando. Los soldados restantes bajaron y se defendieron. Cinco hombres cayeron, pero al final los neos fueron reducidos. Los humanos atacaron por la retaguardia a los neos que asediaban a los valencianos. Los láseres sonaban sin cesar. El lugar olía a quemado. El humo lo llenaba todo.

—Ésto no va nada bien —señaló Berllerak, inquieto—. Realmente, nuestro ejército apesta.

—A esos bastardos neos los entrenan desde bien pequeños —explicó Lainier mientras abatía neos sin cesar. Las armas de los clones comenzaban a calentarse.

Había más de doscientos neos en pie, contra unos cien humanos. Pronto los neos comenzaron a ganar. Los humanos comenzaron a retroceder, alejándose de los límites de la ciudad.

—¡Mierda! —exclamó Berllerak—. ¡No podemos acercarnos! ¡Y no creo que los soldados de dentro de la ciudad aguanten! ¡Dentro debe haber también la hostia de neos!

—Veo al líder —dijo Lainier, cubierto tras una roca—. Pásame los prismáticos.

Berllerak le lanzó los prismáticos a Lainier, que observó al líder enemigo. Estaba situado en última fila, cómo no, dirigiendo el combate. Era un cyborg con el cuerpo totalmente metalizado. Un modelo exclusivo de Neo World; en opinión de Lainier, y en la de cualquiera en realidad, bastante feo.

—Si mato al líder, quizás huyan —conjeturó Lainier.

—Has visto demasiadas películas —replicó Berllerak.

—Puede, pero quizás logre darle.

—No me seas gili. Estás muy lejos. No le vas a dar. Y como la tomen contigo, te vas a cagar.

—Por si acaso, vete de aquí.

—No, hombre. Me quedo.

—No. Largo. Y dile al resto que se alejen. Como logre cargarme a ese tío, me van a acribillar.

—¿Tas seguro, Lai?

—¡Largo, joder!

Berllerak se alejó con el resto del Cuerpo de Asalto. Lainier apuntó a la cabeza del cyborg. Los hombres no dejaban de pasar por delante de él, y el tipo se movía de un lado a otro dando órdenes. Tras varios minutos de espera, Lainier creyó ver un hueco, y disparó.

El láser atravesó el cuerpo de un neo, entrando por el hombro izquierdo y saliendo por el derecho, para después atravesar el hombro izquierdo del cyborg, que no tardó en darse cuenta de dónde había venido el disparo. Se agachó

rápidamente mientras apuntaba con su pistola.

—¡Allí! —gritó, señalando con el dedo a la roca donde se ocultaba el clon—. ¡Un grupo de veinte hombres se viene conmigo en coche para cazar a ese bastardo! ¡Parece un tirador de primera!

El grupo neo se dirigió hacia Lainier a la velocidad del rayo, subidos en un coche patrulla color azul. Lainier les disparó, pero el vehículo tenía un buen blindaje, y además los neos también le estaban disparando. El clon se deslizó y corrió entre las rocas, pero estaba bastante perdido. Oyó el ruido del río. Corrió hacia allí. Los neos le siguieron.

—¡Lo quiero vivo! —dijo el cyborg—. ¡Si es un clon, Jarddisk me recompensará por su captura!

Lainier llegó al borde de un barranco. Doscientos metros más abajo pasaba el Túria, con una gran corriente.

—¡Mierda! —exclamó. En ese momento oyó los cazas elevarse en el aire. El Escuadrón Rojo abandonaba. Habían perdido. Solo habían quedado los cazas del Cuerpo de Asalto y diez más. El Cuerpo de Asalto parecía dar vueltas buscando a Lainier, quien hizo señas, pero no parecían verle.

En ese momento, el coche neo llegó y sus ocupantes se bajaron.

Rodearon a Lainier, manteniéndose a una distancia de diez metros. Le apuntaron con metralletas. El cyborg permanecía detrás.

—Muy bien. Quédate ahí, y suelta el arma —dijo.

Lainier se quedó pensando un momento, sudando. Finalmente, arrojó el arma al río. Si no era para él, no sería para nadie.

—Y ahora —prosiguió el cyborg—, levanta los brazos y arrodíllate.

En vez de eso, Lainier se dio la vuelta rápidamente y se lanzó al río. La corriente se lo tragó. Los soldados corrieron hasta el borde del precipicio, pero no vieron nada. Dispararon contra el agua.

—¡Demonios! —exclamó el cyborg asomándose al borde—. ¡Se ha tirado el muy mamón! ¡Alto el fuego! ¡Así no lograréis nada! ¡La corriente es muy fuerte! ¡Ya debe ir muy adelante!

Los guardias cesaron de disparar. El cyborg se paseó a lo largo del precipicio ojeando el agua.

—Rastread el río durante esta tarde. Después informadme.

El cyborg se retiró.

Berllerak entró en el despacho de Thomas VanderHall.

—Hay un problema —dijo Berllerak, con rostro serio.

—¿Cuál? —preguntó Thomas.

—Hemos perdido a Lainier.

—¿Qué?

—Nos dijo que nos apartáramos. Iba a disparar al líder de los neos, un cyborg... y ya no supimos más de él.

—¡Joder!

—Lo buscamos, señor... pero no vimos nada... nos tuvimos que ir... nos estaban masacrando...

—Maldita sea... —murmuró el comisario bajando la cabeza.

A la mañana siguiente, el Cuerpo de Asalto, junto con Stalker, estaba reunido en la sala del ordenador central de la base. La sala tenía forma circular y era de color blanco. Su superficie era de unos cincuenta metros cuadrados. Una gran pantalla panorámica colgaba en la parte norte, lo que artificialmente se consideraba el norte en la estación. En la pantalla aparecían datos de soldados. Berllerak, de pie a un metro de distancia, no dejaba de leer. El resto de sus compañeros esperaban detrás, también de pie. No había sillas en la estación: una silla era susceptible de ser usada para destrozarse la pantalla, y repararla era costoso. De todos modos el ordenador central se usaba esporádicamente para consulta de datos confidenciales y transmisiones de alto rango. No hacía falta estar sentado.

—Bueno —dijo Berllerak, sin dejar de mirar la pantalla—. Ya se han confirmado las identidades de los soldados que entraron mientras la base de datos estaba jodida. Todos son correctos. Además, los análisis han confirmado que el muerto es Kramer.

—Me pregunto porqué seguía aún con la cara de Lai —señaló ElArtista.

—Kramer se sometió a cirugía intensiva para cambiarse el rostro. Volvérselo a cambiar podría haberle dejado secuelas estéticas, sobre todo porque dudo que haya algún cirujano capacitado para modificar correctamente una estructura facial mezcla de clon humano y thorn. Por no mencionar que le era más útil tener el rostro de Lainier.

—Sin embargo no se hizo pasar por él, sino por director de personal.

—Por supuesto: si se hubiese hecho pasar por Lainier en esta estación, a nosotros no nos hubiese engañado.

—Entonces se hizo pasar por un simple empleado para no tener contacto con cualquiera que conociese a Lainier... Aún así es arriesgado: desde que estalló la guerra, la cara de Lainier es bastante conocida.

—¿Y si fuese rubio, con unos kilos de más, y sin gafas, le reconocerías?

—Yo le he visto sin gafas.

—Pero el público en general no. El caso es que estuvo esperando aquí a que llegase Lainier para matarlo. Pero sus prisas resultaron fatales.

—Por supuesto, porque si Lainier llegaba a reunirse con nosotros, o hablar por un casual con alguien que conociese al director de personal, matarlo habría resultado muy difícil.

—Bueno, tenemos un Kramer muerto y a todos los soldados identificados, pero seguimos teniendo un problema.

—¿Cuál?

—Me parece demasiada casualidad que Kramer intentara colarse justo cuando la base de datos no funcionaba. Creo

que es obvio que alguien se lo dijo.

—¿Tenemos un traidor?

—Los espías son un clásico. En este caso la lista se reduce. Pocas personas sabían lo del fallo. Comenzaremos interrogando a los que tuvieran acceso a la base de datos. Puede que el fallo fuera un sabotaje.

—¿Si fuera un sabotaje no podrían haber jodido otros sistemas?

—Los sistemas informáticos están muy divididos. Los que trabajan en la base de datos no tienen acceso a otras áreas. Me aseguré bien de eso cuando diseñé el equipo.

—¿Los diseñaste tú?

—Parcialmente. Digamos que lo esencial es obra mía.

—¿Pero a ti no te habían apartado de la programación debido al lamentable incidente con el banco?

—Y me volvieron a aceptar porque soy el puto amo. Pero no os dije nada porque el diseño de esto era secreto.

—¿He de suponer, pues, que la razón por la que crees que pudo ser un sabotaje es porque tu ego no admite que tu base de datos tuviese un fallo? Por no hablar de lo que diría la gente si fuese un fallo, después del otro fallo con el sistema del banco y tal...

—Cierra la boca, Artista.

—Vale, vale...

—Bien, ya tengo la lista de sospechosos. Ordenador, envía selección a los móviles del grupo Clones Red.

—Bien, comenzaré los interrogatorios —dijo Stalker mientras comprobaba que los datos habían llegado a su móvil.

—¿Perdón? —preguntó Berllerak, que aún no había apartado la mirada de la pantalla.

—He dicho... que comenzaré a interrogar... ¿O es que primero vamos a ser discretos? ¿Vamos a entrar en sus habitaciones para instalar cámaras o algo?

—No hay tiempo para eso. Mientras preparamos un operativo de vigilancia podrían estar cometiendo un nuevo sabotaje más grave. Les interrogaremos inmediatamente, pero no serás tú.

—¿Qué? —preguntó Stalker, sorprendido—. ¿Y por qué no?

—Porque eres un cazarrecompensas, no un miembro del Cuerpo de Asalto. ElArtista llevará a cabo los interrogatorios.

—Oh sí, vamos... —murmuró ElArtista.

—Pero Lainier me dejaba... —comenzó a decir Stalker.

—Lainier no está —interrumpió Berllerak—. Puedes ayudar a detener a los sospechosos, pero eso es todo. Interrogar es trabajo nuestro.

—Como desees... —dijo Stalker a regañadientes.

—Montaremos cinco grupos de asalto de cuatro hombres cada uno, con uno de nosotros al frente. Cada grupo irá a detener a un sos...

—¿Cuatro hombres contando al líder, o sin contarlo? —interrumpió ElArtista.

—Um... sin contarlo.

—Es decir, cada grupo tendrá un total de cinco hombres, y el líder de cada grupo será uno de nosotros.

—Sí, eso es...

—Bien. Continúa.

—Como iba diciendo, cada grupo irá a detener a un sospechoso. Actuaremos simultáneamente para que no se cos...

—Espera, ¿da la casualidad de que el número de sospechosos coincide con el número de clones?

—No, Artista... —dijo Berllerak, girando al fin la cabeza hacia su compañero—. Tenemos ocho sospechosos. Por lo tanto habrá ocho grupos: cinco nos tendrán a nosotros al frente, y los otros tres estarán dirigidos por miembros de otros Cuerpos de Asalto. ¿Entendido?

—¿Qué miembros de otros Cuerpos de Asalto?

—¿¿Qué más te da?? —preguntó Berllerak, visiblemente molesto.

—Joder, nano, tendremos que saberlo. ¿Y si tenemos que coordinarnos o algo?

—¡¡Aaaarg!! —gritó Berllerak, pasándose las manos por la cara.

—¡Hay que aclarar estos temas, que luego la cagamos! ¡El Lai seguro que lo hubiera explicado todo!

—¡¡Los jefes de grupo serán los líderes de los Cuerpos de Asalto de Estados Unidos, Alemania y Japón!!

—Vale, ¿pero cómo se llaman?

Berllerak se acercó a escasos centímetros de ElArtista, con los ojos enrojecidos.

—Búscalo en la puta base de datos —murmuró ente dientes Berllerak.

—Jo, que cansao... En fins, siempre tengo que hacerlo yo todo... —se quejó ElArtista, mientras consultaba su móvil.

—¿Hay alguien más sospechoso que otro? —preguntó Stalker.

—Por supuesto —dijo Berllerak—. El principal sospechoso será el que tiene que detener ElArtista. Por supuesto, pueden incluso haber varios traidores.

—Encantadora perspectiva, pardiez —señaló ElArtista, guardando su teléfono.

—Bien, entonces me uniré al grupo de ElArtista —dijo Stalker.

—¿Entonces en mi grupo seremos seis, o ya contábamos con que Stalker se uniría a la fiesta?

—¡Largo ya! —gritó Berllerak—. ¡Fuera todos! ¡Vamos a por los demás!

—Esto es wipe... —murmuró ElArtista mientras salían de la sala, usando terminología de videojuegos.

El grupo de ElArtista avanzaba por uno de los pasillos de la estación. Tras varios minutos, llegó hasta la puerta de la habitación de uno de los sospechosos. Se colocaron en posición, a ambos lados de la entrada. ElArtista consultó la hora en su móvil.

—Cinco segundos para entrar —murmuró ElArtista, sin dejar de mirar el teléfono—. Tres, dos, uno... ¡Gogogo que me arde el escroto!

Stalker se puso frente a la puerta, sosteniendo su rifle de asalto. ElArtista usó un código maestro para abrirla. La puerta se deslizó hacia la izquierda.

—¡Quieto! —gritó Stalker mientras pasaba al interior—. Em... aquí no hay nadie.

Stalker husmeó por la habitación mientras ElArtista pasaba adentro.

—Debería estar aquí —dijo ElArtista—. Ya acabó su jornada de trabajo.

Stalker abrió la puerta del baño con una patada.

—Nada —dijo.

—Si está en el bar, los agentes de allí deberían detenerle, así que vamos hacia... Mmm... ¿el espaciopuerto?

—Sí, ¿pero cual?

—El más cercano. ¿Para qué ir más lejos? El tipo debe saber que estaremos vigilando todos.

—Bien, aunque se supone que los espaciopuertos ya están vigilados.

—Es un lugar problemático, hay mucha gente. Si se inicia un tiroteo, mejor que seamos nosotros los que nos encarguemos del asunto.

—Increíble, ¿te importan los daños colaterales?

—No, es solo para demostrar que somos la polla —dijo ElArtista, sonriendo.

El grupo de asalto corrió hacia un transporte interno de la estación mientras avisaba al resto de equipos. El transporte no era muy distinto de los trenes terrestres. En unos minutos habrían llegado al espaciopuerto más cercano.

Stalker y ElArtista estaban sentados uno frente al otro. ElArtista parecía intranquilo. No paraba de jugar con su arma.

—¿Nervioso? —preguntó Stalker, sorprendido.

—No es por esta operación para detener a un mierda —explicó ElArtista—. Es que se me acaba de ocurrir una cosa: Berllerak es ahora el líder del Cuerpo de Asalto, y yo soy el segundo. Si descubrimos que el fallo de la base de datos no fue sabotaje, sino una cagada de Berllerak, es probable que se arme un lío por sus antecedentes, con lo cual cabe la posibilidad de que lo aparten del Cuerpo, o como poco que le bajen el rango. ¡Es decir, que el líder sería yo!

Stalker se quedó con los ojos clavados en ElArtista, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Hemos perdido a Lainier hace poco y tú estás pensando en un ascenso? —preguntó Stalker.

—Lainier no está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si lo hubieran matado, esos cabrones neos habrían expuesto públicamente su cadáver como propaganda y después nos lo habrían enviado para que comprobásemos su identidad.

—A menos que lo hayan desintegrado.

—Por el amor de Dios, Stalker, cuando luchamos en Valencia no vimos ningún arma capaz de desintegrar a un hombre.

—En cualquier caso, si Lainier está vivo, solo serías líder hasta que volviese.

—Sí... ¡¡pero la que podría liar hasta entonces!! Juju...

—Y a mí me llaman loco...

Finalmente el transporte se detuvo. El grupo corrió por los pasillos rumbo al espaciopuerto, observando a todas las personas que iban y venían. Llegaron hasta la zona de espera y comenzaron a escudriñar el lugar con prismáticos.

—Lo tengo —señaló Stalker. Un hombre de unos 45 años, de complexión delgada, estaba a mitad de camino de una escalera mecánica, subiendo hacia el primer piso del espaciopuerto. La escalera estaba abarrotada de gente—. Avisaremos a los de seguridad para que lo detengan cuando intente...

—No —interrumpió ElArtista—. Vamos a por él ahora.

—¿No crees que hay demasiada gente?

—Imagina que lleva explosivos encima y los intenta detonar cuando llegue al control de embarque.

—Jamás he oído que los neos o sus aliados usen métodos suicidas.

—¡Pues quédate aquí esperando mientras yo soluciono esto a lo grande! —dijo ElArtista mientras se dirigía hacia la escalera.

—Hay que joerse... —murmuró Stalker, siguiendo a distancia prudencial a su compañero.

ElArtista comenzó a subir la escalera. El cyborg en cambio era demasiado reconocible: aunque se quitase la capucha e intentase ocultar su cuerpo metálico, la cicatriz de su cara le identificaba como el cazarrecompensas más implacable de La Tierra para cualquiera que estuviese mínimamente informado de tales temas. Se quedó a los pies de la escalera por si el sospechoso daba la vuelta.

—Disculpen —murmuró ElArtista mientras se abría paso a empujones entre la gente. El sospechoso casi había llegado arriba—. Déjenme pasar.

El perseguido llegó hasta el piso superior: el control estaba situado a diez metros, aunque había una cola de cinco personas, así que aún tardaría en llegar. ElArtista se acercó sigilosamente, pensando en la mejor forma de inmovilizar al sospechoso. Si lo dejaba inconsciente de un golpe y luego resultaba ser inocente, tendría que vérselas con una denuncia. Pero al clon no le preocupaban tales menudencias: el impacto del canto de su mano derecha sobre la nuca del sospechoso hizo que éste cayera al suelo como un saco de patatas. Rápidamente el clon le ató las manos a la espalda mientras varios agentes se acercaban, incluido Stalker, que acababa de subir las escaleras.

—¿Le habré dado demasiado fuerte? —se preguntó ElArtista mientras registraba al detenido.

—Mmpf... —gruñó Stalker.

—¡Es broma! ¡Sigue vivo! —sonrió ElArtista.

—Déjame adivinar: no hay bomba.

—No, pero he encontrado una cartera con su documentación... —explicó ElArtista, examinando el contenido—, y un fajo de billetes silkerianos, que no sé qué valor tienen pero los confisco por si acaso...

El sospechoso estaba encerrado en una celda de interrogatorios. Lo tuvieron esperando una hora hasta que ElArtista apareció por la puerta.

—Vamos al grano —dijo el clon mientras se sentaba frente al detenido—. Tenemos razones para pensar que eres un traidor pagado por los neos para sabotear nuestros sistemas informáticos, lo que permitió a un agente enemigo infiltrarse aquí.

—Soy inocente —dijo el sospechoso con voz trémula.

—Hay que joderse, lo mismo que han dicho el resto de detenidos. Sin embargo no me lo creo, porque ibas a tomar un vuelo para salir de la estación. Que yo sepa tu trabajo está aquí. Nadie te ha dado órdenes o permiso para marcharte. ¿Me lo puedes explicar?

—Recibí una llamada de mi mujer. Mi hijo está enfermo y...

—Y no tuviste tiempo para llamar a tus superiores de camino al espaciopuerto. Verás, nosotros podríamos perder tiempo comprobando si es verdad lo que dices, pero como he dicho al entrar, vamos al grano. Estamos en guerra. Eso quiere decir que puedo hacerte lo que quiera, y nunca nadie sabrá la verdad, ¿comprendes? Cada día miles de soldados desaparecen, masacrados por el enemigo. Una putada. Así que tienes diez segundos para comenzar a hablar, o me pondré serio. ¿Entiende?

—Ha confesado —dijo ElArtista, saliendo de la sala de interrogatorios. Había pasado media hora. Sus compañeros estaban al otro lado.

—Informa —ordenó Berllerak.

—Es un traidor. Dice que no conoce a más infiltrados, pero yo usaría suero de la verdad para cerciorarnos.

—Por supuesto, ¿pero qué hay de la base de datos?

—¿Qué pasa con la base de datos?

—¿La saboté?

—¿Quieres saber si el fallo fue tuyo, porque tienes miedo de ser degradado?

—No juegues con la salud... tu salud...

—La saboté él, no sufras. Después de eso, avisó a Kramer y au. ¿Contento?

—Contento.

—¡Que no, que es broma, que el fallo fue tuyo y él solo informó a los neos de ello! ¡Ja!

Berllerak se puso pálido.

—Dios, es que me parto... —dijo ElArtista, riéndose—. Os lo creéis todo... ¡Que sí que lo saboté!

El puño derecho de Berllerak impactó contra el hombro izquierdo de ElArtista.

—Ai... —se quejó ElArtista—. Qué poco sentido del humor tenéis...

—Dios... ¿cómo podía Lainier aguantar esto?

—No lo aguantaba —explicó ElArtista, pasándose la mano derecha por su hombro dolorido—. Tengo la teoría de que se suicidó arrojándose al río...

—¿Haces bromas con eso? ¿Quieres otro puñetazo? —preguntó Berllerak, alzando el puño de nuevo.

—¡Calma! ¡Lainier está vivo! ¡Estoy seguro!

—Así me gusta, que tengas fe, porque tenemos que hablar de ese asunto.

## II LIBERANDO VALENCIA

Zenith estaba en un garito de Valencia junto a otros dos tipos. Habían pasado dos meses tras la conquista de Valencia. Los neos habían decretado la ley marcial. Los humanos no podían salir a la calle de noche ni reunirse. Pero en ese garito se entraba a través de una casa abandonada. Un agujero en la pared, oculto por un mueble-bar, era el método de acceso. Era uno de los lugares de reunión de la Resistencia. Aquella noche, había solo tres personas allí. La Resistencia no era muy abundante, y tampoco convenía que se reunieran mucho, por si los capturaban. Era una regla impuesta por el propio Zenith, el líder del movimiento. Era un joven alto, algo lleno, de rostro redondo, pelo castaño y barba de tres días. Vestía de cuero. Estaba sentado en una mesa, acompañado por ZuMo y El Insurrecto. ZuMo era un joven metalero vestido de cuero, de ascendencia nórdica. Sus rasgos eran duros pero amables, y también era bastante feo. Su pelo era largo y rubio, y siempre estaba haciendo bromas de humor negro. El Insurrecto era otro joven, también vestido de cuero. Su cabello moreno le caía sobre los ojos, ocultos por unas gafas de sol de motero. Era alto y atlético.

—Bueno. Empecemos —dijo Zenith desplegando un plano del centro de la ciudad sobre una mesa de billar—. Todos sabemos que los cazas del escuadrón rojo no atacan el Ayuntamiento porque los bastardos neos usan escudos humanos, y además los tienen en la azotea, a la vista, para que no se les olvide. Seguramente también tendrán muchos dentro. Pero la cuestión es... ¿cómo los sacamos?

—Es imposible —objetó ZuMo.

—No se puede —reiteró El Insurrecto.

—Ah... no se puede, no se puede... —repitió Zenith—, qué negativos...

—Joer, si no se puede, ¡es que no se puede!

—No podemos limitarnos a tirar piedras contra los neos que anden por las calles. Hay que hacer algo.

—Es verdad —dijo ZuMo—. Tirémosles ladrillos.

—No me refería a eso.

—Pues tirémosles muñecas hinchables, y cuando se las estén follando, les atacamos por la espalda. Seguro que funciona.

—Vaya, ¿y porqué no les lanzamos billetes?

—Porque ya tienen. Han saqueado la ciudad. Pero no han encontrado mi colección de muñecas hinchables.

—Bueno. Ahora en serio. ¿Cómo sacamos a esos rehenes?

—Ahora en serio. No te calientes la cabeza. No se puede. No con nuestros medios. Sigamos con nuestros pequeños escarceos.

—Joder, así no se puede hacer nada.

—Esperemos a que el escuadrón rojo logre entrar en Valencia por tierra —señaló El Insurrecto.

—Pues vamos de culo. La defensa es muy fuerte. Esa muralla que han construido aguanta todo...

—En fin...

—¿Alguien ha logrado contactar con el exterior?

—Tú mismo lo has dicho. La defensa es muy buena. No se puede pasar ni un lápiz de almacenamiento al exterior, y las comunicaciones siguen cortadas y no logramos piratearlas.

—Pero sí que insistiremos en eso, porque tenemos posibilidades. Eso no me lo negaréis.

—Hombre... —dijo El Insurrecto acomodándose en su asiento—, podemos seguir, sí...

—¿Creéis que el resto de las ciudades están así?

—Creo que sí. Nadie ha logrado liberarnos. Eso significa que La Tierra está sufriendo un fuerte asedio, y que varias ciudades importantes deben haber caído.

En ese momento, el mueble-bar, situado tras ZuMo y El Insurrecto, comenzó a moverse a la izquierda con un fuerte chirrido. Los resistentes sacaron sus armas. Se oyó una voz:

—¡Soy Cháinoman!

—Adelante —dijo Zenith.

—¿Cháinoman? —preguntó El Insurrecto.

—¿Quién es? —preguntó ZuMo.

—¿¿Tú tampoco lo conoces?? —preguntó el Insurrecto mientras el mueble-bar se hacía a un lado.

—Pues no.

—Es mi arma secreta —explicó Zenith—. Le he llamado para que viniera.

Por el agujero apareció un joven bastante extraño. Llevaba una camiseta verde con el logo de los piratas espaciales: una calavera con dos pistolas entrecruzadas abajo, y encima, una gabardina. Vestía pantalones ajustados y altas botas que le llegaban hasta las rodillas. Sobre la frente llevaba una cinta kamikaze. Tenía los ojos rasgados, el pelo corto y peinado hacia atrás, y barba de tres días. Su mano derecha sujetaba una estrella cortante de tres puntas unida a su cinturón mediante una cadena.

—Bajad las armas —dijo Zenith. Los resistentes obedecieron.

Cháinoman colocó el mueble-bar en su sitio y se acercó a la mesa, haciendo un gesto con la mano. El Insurrecto no le quitaba el ojo de encima.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó cuando Cháinoman se puso a su lado.

—No me suenas —contestó el recién llegado.

El Insurrecto bajó la vista hacia la estrella.

—Yo he visto ese arma antes.

—Puede ser. Es una estrella oriental. Muchos tipos la llevan.

—Mmm...

—Bueno. Siéntate —dijo Zenith haciendo un gesto con la mano a Cháinoman, que se sentó entre Zenith y El Insurrecto—. Cháinoman tiene algo que decir.

—No soy chino —dijo Cháinoman.

—Aparte de eso.

—Tengo un amigo en las filas neo.

—Ya empezamos a liarla... —murmuró El Insurrecto bajando la cabeza.

—Hey, le conozco desde hace mucho. Es de fiar. ¿Por qué creéis que la Resistencia aún no ha sido aplastada? Pero se arriesga mucho. No sé si podré convencerlo para que nos ayude, pero quiero que nos eche un cable con el asunto de los rehenes.

—El problema de esto es que si le descubren, podrían tendernos una trampa y pillarnos a todos —advirtió Zenith.

—No me gusta —objetó ZuMo.

—¿Quién es el tipo? —preguntó El Insurrecto.

—Mejor guardar el secreto —dijo Cháinoman.

—¿Vamos a hacerlo o no? —preguntó Zenith.

—Conmigo no cuentas —dijo ZuMo.

—Conmigo tampoco —dijo El Insurrecto.

—Hay que ver qué panda... —se quejó Zenith.

—Bien. Pues nada —dijo Cháinoman levantándose de la silla—. Me voy. Si cambiáis de opinión, avisadme.

—Adiós.

Cháinoman desapareció por el agujero.

—¿Algo más? —preguntó El Insurrecto.

—Sí. Mañana tienes entrenamiento. ZuMo también tiene que acudir.

—Bueno...

Berllerak se hallaba de pie frente Thomas, quien ojeaba diversos informes.

—Vuestro rendimiento ha disminuido últimamente —dijo el comisario—. Lo que no tengo claro es si es por la ausencia de Lainier o también porque os distraéis pensando en cómo encontrarle.

—Somos profesionales, señor —dijo Berllerak—. Eso no nos afecta.

—¿Me has llamado señor? Ahora no me cabe duda de que me estás mintiendo.

—Deberíamos encontrar a Lainier.

—Mira, por lo que sabemos, no parece que Lainier siga vivo. Olvidaos de él y haced vuestro puto trabajo, o estamos jodidos. Si seguís en ese plan, al final morirán más clones.

—Si quiere que hagamos bien nuestro trabajo, sería bueno que recuperásemos a Lainier.

—Está bien, autorizaré una operación de rescate, pero tendréis que esperar algo más.

—Lainier desapareció hace un mes, señor.

—Sí, pero si queréis buscarlo, es mejor esperar a que concretemos el ataque a los neos. Dentro de unos días intentaremos recuperar Valencia al fin, así como el resto de ciudades. Llevan demasiado tiempo en manos enemigas. Es probable que haya víctimas colaterales, pero no podemos esperar más. Te sugiero que mientras llega el momento pienses en un plan para encontrar a Lainier, empezando por cómo entrar en la ciudad sin ser detectados, porque sería mejor hallarlo antes del ataque, y además aprovecharéis para preparar el terrero para el asalto.

—Ya me figuraba yo que había algo más...

—Puedes retirarte.

Berllerak volvió a su habitación.

Al día siguiente, en un dojo privado de un barrio marginal...

—Luchad —ordenó Zenith.

El Insurrecto y ZuMo comenzaron a dar vueltas por el tatami. Iban vestidos aún con cuero.

ZuMo se abalanzó sobre El Insurrecto, quien se agachó y le volteó por encima. ZuMo cayó de espaldas detrás de El Insurrecto, pero giró sobre el suelo y lo derribó de una patada. ZuMo se levantó y se apartó. El Insurrecto se incorporó, y ZuMo le atacó con una patada que no pudo esquivar. Le golpeó en la espalda, y El Insurrecto cayó fuera del tatami.

—Eres muy fuerte y rápido —dijo Zenith dirigiéndose a El Insurrecto—, pero tu técnica es limitada. No pasa de ser el típico entrenamiento del ejército occidental. Realmente creo que no sabes nada más, o ya lo habrías demostrado.

—¿Entonces?

—Debería entrenarte en el arte marcial de ReCALL Kombo. ¿Te suena?

—No.

—De todos modos apenas tenemos tiempo para tales cosas, con la guerra. Cuando todo esto acabe deberías entrenar.

Mientras, en el Ayuntamiento, el cyborg neo deambulaba por los pasillos. Un oficial iba a su lado, un joven de un metro setenta, de rostro alargado, pelo corto y de punta y ojos blancos. Su piel era ligeramente azulada, el color más común en su especie. Llevaba el clásico uniforme azul de Neo World, pero con una banda metálica formada por tres

tiras unidas cruzando el cuerpo desde el hombro hasta la parte izquierda de la cintura. Eso le acreditaba como Capitán de Neo World.

—Bueno, Karlsman —dijo el cyborg—. ¿Cómo va la cosa?

—Nuestras tropas han tomado Nueva Alcatraz. Hemos recibido el visto bueno de Jarddisk para liberar a Speed.

—Ya era hora. Prosiga.

—No se ven naves a lo lejos, señor.

—Me extraña que no hayan atacado de todas maneras. Sin duda son más blandos que nosotros, pero dado lo que está en juego, me extraña que no hayan decidido sacrificar a unos cuantos civiles a cambio de la liberación de Valencia.

—Seguramente no tienen efectivos suficientes.

—Entonces son aún más débiles de lo que pensábamos.

—Puede que sí, señor.

—¿Está ya lista la nueva droga?

—El Yo Interior estará listo para esta noche a las diez. Cien litros.

—Excelente. Quiero que se le administre a uno de los prisioneros. A uno joven y sano.

—Sí, señor.

—¿Qué hay de los rebeldes?

—Ayer matamos a cinco de ellos al este de la ciudad.

—¿Alguien importante?

—No creo.

—Joder. Tenemos que acabar con ellos. Mañana quiero que ordenes a los humanos no salir de sus casas.

—¿A ninguna hora del día?

—Eso es. Hasta nueva orden. Cualquiera que se vea por la calle será ejecutado.

—¿Y cómo comprarán la comida?

—¿Y a mí qué? Que se jodan. Son los vencidos.

—Sí, pero si van a morir de hambre, les dará igual morir en la calle luchando. Además, la orden de Jarddisk es hacer esclavos...

—Repartiremos pan. Ya está.

—Bien.

—Pero a cambio de eso, ejecutaremos a un civil aleatorio cada día, hasta que la Resistencia se rinda. Así no perderemos muchos esclavos.

—No creo que se rinda, señor...

—Tiene razón. Saben que al final tendríamos que poner fin a las ejecuciones, porque con el tiempo sí que perderíamos muchos esclavos, y tendríamos problemas con tanto cadáver. Los torturaremos. Sin matarlos. Eso es.

Ordena que se torture a un hombre, mujer y niño todos los días, pero que puedan vivir para contarlo y volverlo a sufrir otro día. ¿Entendido?

—Sí, señor. Pero aún así no creo que se rindan.

—Es igual. Se puede hacer y se hará.

—Sí, señor.

—¿Sigue sin aparecer el cadáver de ese soldado?

—No, señor.

—Eso es preocupante. Puede que siga vivo.

—¿No me va a decir por qué tiene tanto interés en ese hombre?

—Manías mías. Intentó matarme y se me escapó por los pelos. Eso me jode.

—Lo entiendo, señor.

“Si le digo que puede que sea un clon”, pensó el cyborg, “puede que el bastardo lo busque por su cuenta y se apunte el tanto”.

—Otra cosa.

—Sí, señor.

—Sospecho que puede haber uno o varios espías en nuestras filas. Quiero que los desenmascare y me los traiga.

—Sí, señor.

—Retírese.

—A sus órdenes, señor.

Karlsman desapareció tras una puerta.

El Cuerpo de Asalto Clon estaba sentado alrededor de una mesa en la sala de reuniones, excepto Berllerak, que estaba de pie con las manos sobre la mesa, con el rostro serio y sombrío.

—Nos hemos reunido porque ElArtista dice que tiene un plan para entrar en Valencia —dijo Berllerak.

—¡¡Siiiiii, Diossss, tengo un plannnnnn!! —rugió ElArtista, mientras hacía gestos de fuerza con los puños.

—¿Estás desesperado, verdad? —preguntó Night Stalker a Berllerak.

—Tú espera que aún no he aprobado el plan.

—Bien, atentos al tema —dijo ElArtista sonriendo y gesticulando sin cesar, en un estado evidente de nerviosismo—.

Los neos tienen una puta muralla defensiva, lo que provoca que sólo un ataque aéreo sea factible, pero eso pone en peligro a los civiles, y por eso se ha retrasado tanto el ataque. El caso es que tendremos que entrar desde las alturas.

Para no llamar la atención, y además porque no podemos desperdiciar hombres, ya que hay otros asuntos que atender, solo irán dos hombres: Berllerak y yo.

—Ya me está liando el muy cabrón... —murmuró Berllerak.

—¡Tú eres el jefe y te toca pringar! —afirmó ElArtista—. ¡Además, necesitamos alguien que reviente sistemas de seguridad! ¡Por no mencionar que siempre hay que llevar un médico! ¡Es obligatorio en cualquier grupo!

—¿No sería mejor que fuese yo? —preguntó Stalker—. Un cyborg vale por varios hombres.

—Eres demasiado metálico, y no sabemos cuántos dispositivos de detección tienen ni dónde. Por no mencionar que tu rostro es el más conocido de todos. ¿Cuándo coño te vas a quitar esa puta cicatriz?

—Cuando mis superiores me obliguen... Ui no, espera, que yo no tengo superiores...

—En fin, lo dicho: Berllerak y yo intentaremos encontrar a Lainier. Saltaremos desde unos cazas con propulsores a la espalda.

—Pera, pera... —interrumpió Berllerak—. ¿Qué has dicho?

—Que saltaremos desde unos cazas con propulsores a la espalda.

—Eso es un suicidio, macho.

—Déjame acabar, coño. Atacaremos con varios cazas a control remoto. Cuando sean derribados, falsos pilotos serán lanzados. Nosotros también saltaremos. Con suerte, no recibiremos un tiro.

—¿Eres consciente de que según lo vas contando, cada vez suena peor? ¿Cuántos cebos habrá?

—Tres. El presupuesto no da para más.

—Cojonudo. Tres monigotes. Pues yo creo que tenemos muchas posibilidades de ser tiroteados.

—Muy observador. Por eso he dicho “con suerte”. Lo mejor es que descendamos en picado, y que saltemos a pocos metros del suelo. Los propulsores evitarán que nos hagamos mierda. O no. Debemos tener cuidado para no aplastarnos contra el suelo o contra una pared. Los señuelos caerán más despacio, a ver si así los neos se animan a dispararles a ellos en vez de a nosotros.

—Usaré un término videojueguil que viene al pelo: “Esto es wipe”.

—¡No! ¡Es genial! ¡Un plan descabellado! ¡Tiene que funcionar por cojones!

—Los cojones los tengo de corbata ahora mismo... —dijo Berllerak sonriendo.

—Bien, no sabemos dónde está Lainier, así que si es necesario, nos patearemos la ciudad. Deberíamos comenzar buscando a algún oficial neo que pueda contarnos si Lainier está detenido, o buscar en los depósitos de cadáveres o fosas comunes.

—Si Lainier está muerto, cosa que dudo, no le habrían enterrado. Tendrían sus restos en algún laboratorio para hacer experimentos de mierda, pero si tuvieran su cadáver, habrían presumido de ello para desmoralizarnos, así que está vivo.

—¡Exacto! Eso es lo que siempre he dicho.

—Bien, ahora pasemos a la misión principal.

—¿Misión principal? Ya decía yo que era raro que Thomas nos autorizara a jugarlos el culo para buscar a un solo hombre.

—¿Acaso lo dudabas? En realidad, la misión principal, que tiene prioridad sobre el rescate de Lainier, consiste en, una vez dentro de la ciudad, explorar el terreno. El Red Squadron ya está listo para atacar Valencia, pero queremos saber qué vamos a encontrar ahí dentro. Aparte de los informes estándar, intentaremos ver si podemos evitar una masacre de civiles. Si realizamos a cabo el plan hoy mismo...

—Es decir, que apruebas mi plan...

—Qué remedio. Y supongo que VanderHall también lo aprobará porque el tiempo apremia. De hecho, si hubiésemos tardado unos días más en idear un plan, habrían atacado de todos modos. Como iba diciendo antes de que interrumpieras como es tu costumbre, si nos colamos en Valencia hoy lunes por la noche, este viernes a las diez de la mañana estaremos ocultos en algún lugar de la ciudad, preferiblemente cerca de las afueras. Es decir, que tenemos cuatro días para operar. Cuando la división terrestre del Escuadrón Rojo entre, se pondrá en contacto con nosotros e informaremos de lo que hayamos descubierto. El ataque aéreo no se detendrá aunque no podamos proteger a los civiles, así que más vale que hagamos todo lo posible por salvarlos. La operación solo se abortará si descubrimos que el ataque no tiene posibilidades de resultar exitoso. A menos que a última hora los mandamases cambien de opinión, el resto del Cuerpo de Asalto Clon participará en el ataque, así que ya nos veremos, porque ElArtista y yo partimos en cuanto Thomas apruebe esta mierda.

—¡Entonces voy a echarme la siesta para estar descansado! —dijo ElArtista, levantándose de su asiento.

—Como luego tenga que despertarte...

—¿Por qué nadie se fía de mí? ¡Si estoy deseando ejecutar mi plan!

—Casi prefiero que te quedes dormido...

Speed se pudría en su celda de Nueva Alcatraz. Su habitáculo estaba separado por otros tres del de Bruns. Habían escuchado ruidos, tiros y explosiones, pero hacía horas que todo había cesado y no sabían qué había ocurrido. Sabían que parte de la galaxia conocida estaba en guerra, pero no si el ataque estaba relacionado de algún modo con ello. Ningún preso gritó ni llamó a nadie. Se limitaron a esperar.

El cyborg, Karlsman, y diez soldados más armados con rifles, entraron en el corredor. Se plantaron frente a la celda de Speed, que estaba sentado sobre su cama.

—Buenos días —dijo el cyborg a Speed.

—Es de noche, estúpido —replicó Speed sin inmutarse.

—No seas maleducado con quien te puede salvar el culo. No domino bien vuestro idioma, y por eso digo cosas así. Ahora... ¿quieres que te salve o no?

—Eso estaría bien, pero... ¿quién eres?

—Soy un General del Ejército Global de Neo World. Ya trabajaste para nosotros en el pasado, aunque tú no sabías quiénes éramos.

—Así que vosotros fuisteis quienes me convirtieron en cyborg a cambio de acabar con los clones...

—Una pena que no lograras acabar con ninguno, debido a tu indisciplina y precipitación. Aún así, el Gobierno de Neo World ha decidido contratar tus servicios como mercenario.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Un millón de euros por cada clon que mates. Respecto a otros servicios, ya veríamos. ¿Qué te parece?

—Sacadme de aquí.

—¡Eh, eh! ¡Yo también puedo servir! —Bruns estaba agarrado a los barrotes de su celda, mirando al cyborg.

—¿Tú? Eres un inútil. No sirves para nada —replicó el general.

—¿Pero qué dices? ¡Soy un clon! ¡Soy más fuerte y más rápido que los humanos! ¡Soy...!

—Cállate —el cyborg disparó con su pistola láser sobre Bruns, atravesando su cabeza. El clon se desplomó, muerto. El general se dirigió a sus tropas, señalando a Speed—. Sacadle de ahí.

Lunes. 21:00

—Mira eso —dijo Zenith observando el cielo con sus prismáticos. Se los pasó al Insurrecto, que estaba a su izquierda. ZuMo se encontraba a su derecha. Los líderes de la resistencia estaban de pie sobre el patio de un viejo instituto derruido.

—Los neos han derribado varios cazas enemigos —observó El Insurrecto, contemplando la escena—. Los pilotos han logrado saltar con propulsores en la espalda. Pero freirán a la mayoría en el aire.

—Quizás.

—De hecho, ya ha caído uno. No, dos.

—Esto me parece un suicidio —dijo ZuMo—. Claro que quizás lo sea.

—A mi me parece muy raro un ataque destinado a fracasar —señaló Zenith.

—A menos que lo que quieran no sea acabar con los neos, sino colar algunos hombres en la ciudad —conjeturó El Insurrecto, pasándole los prismáticos a ZuMo.

—Aún así, ¿para qué mandar tantos hombres? —se preguntó ZuMo—. La mayoría van a morir. Me parece un desperdicio.

—Sí, es raro —dijo Zenith—. Deben estar muy desesperados.

ZuMo devolvió los prismáticos al Insurrecto.

—Allí hay dos cazas que han caído en picado y se han estrellado tras unos edificios —dijo El Insurrecto—. No sé si sus ocupantes habrán tenido tiempo de saltar.

—Quizás esa sea la idea —dijo Zenith—. Los que caen desde alto son un cebo. Los que se tiran a ras de suelo son los que deben pasar.

—Me parece una estupidez.

—A mí también.

—¿Quién coño debe ser el estratega de ese grupo? Sea quien sea, es un mierda.

—Deberíamos ir a ayudarles —dijo ZuMo.

—¿Será eso, que cuentan con nuestra ayuda? —preguntó Zenith— ¿Por eso se han arriesgado tanto?

—Pues yo no sé si arriesgarme por ellos —objetó El Insurrecto—. ¿Vosotros qué opináis?

—Yo quiero ir. Pero si hay que ir, se va ya. Antes de que sea tarde.

—Vale. Vamos —dijo ZuMo.

—Pues vamos —repitió El Insurrecto.

Los resistentes se montaron en tres motocicletas y se dirigieron raudos al lugar donde habían caído los aviones. Estaban violando la prohibición de salir a la calle, y eso era muy peligroso. Desenfundaron sus armas.

—Será un milagro si llegamos —dijo El Insurrecto.

—Será un milagro si no nos alcanzan —dijo Zenith.

—Será un milagro si logro hacer flexiones con la punta la polla —dijo ZuMo.

Los resistentes pasaron a través de un control, derribando a dos guardias, que avisaron a más agentes. Los rebeldes llegaron por fin a la zona donde habían caído los cazas. Varios neos peinaban el lugar.

—Media vuelta —murmuró El Insurrecto—. Ahí no encontraremos nada. Vayamos por otra parte.

Pronto oyeron a varios neos acercándose.

—¡Deprisa! —dijo el Insurrecto.

Los resistentes retrocedieron varios metros y giraron a la derecha, introduciéndose por un estrecho callejón maloliente.

—Por aquí no se ve a nadie —señaló el Insurrecto.

—Ay, no van a estar en medio de la calle —dijo Zenith.

—Seguramente en las cloacas —explicó ZuMo—. O quizás en algún edificio, pero es menos probable.

—Eso quiere decir que tendremos que dejar las motocicletas —dijo El Insurrecto. Seguro que esos bastardos nos las quitarán.

—Qué se la va a hacer —se resignó Zenith—. Miremos en las cloacas. No me parece buena idea explorar los edificios. No creo que pudiéramos salir con vida.

Los rebeldes aparcaron las motos en medio de la calle y descendieron a las cloacas.

—Mierda —dijo El Insurrecto—. Mis botas nuevas.

—Avancemos con cuidado —advirtió Zenith.

Mientras, en la superficie...

—Señor, los cuerpos caídos son muñecos —informó un oficial a Karlsman, que estaba en la zona de combate.

—Un señuelo —musitó.

—Pero no encontramos dos de ellos.

—Porque esos eran soldados reales. Búsquenlos por los edificios cercanos. Yo iré por las cloacas con mis propios hombres.

—Sí, señor.

—He oído algo —susurró El Insurrecto.

—¿Qué? —preguntó Zenith.

—Alguien allá delante. Tened cuidado.

Los resistentes avanzaron. Tras girar una esquina, se encontraron con el final del túnel. Arriba había una salida. Se acercaron a la escalerilla.

—Habrán salido por allí —dijo El Insurrecto.

—Vamos —dijo Zenith.

De repente, Berllerak y ElArtista surgieron de las aguas, apuntando por la espalda a los rebeldes.

—¡Quietos! —gritó Berllerak.

—Dios que peste... —se quejó ElArtista mientras intentaba secarse el infecto líquido de su cara con su antebrazo izquierdo.

—No os mováis —reiteró Berllerak—. Levantad los brazos y daos la vuelta lentamente.

—Todo esto está muy bien, pero los neos están al caer —advirtió El Insurrecto mientras se giraban.

—¡Joder, Lai!

—¿Es él? —preguntó ElArtista, observando al Insurrecto.

—¿No lo reconoces?

—Yo que sé. Soy partidario de dispararles primero por si acaso, y después aclaramos las dudas.

—Soy Lainier, coño.

—¿Le disparo entonces?

—¡No, joder! —exclamó Berllerak.

—¿Te llamas Lainier? —preguntó Zenith, mientras bajaban las manos.

—Soy del Cuerpo de Asalto clon —explicó Lainier—, pero he ocultado mi identidad para que los neos no se enterasen de que pululaba por aquí.

—Entonces podrías haber derrotado a ZuMo durante los entrenamientos, pero te dejaste.

—Sí, pero por mero exceso de fuerza, no por superioridad técnica.

—Ya si eso nos vamos antes de que lleguen los neos —observó ElArtista.

—Sugiero volver cincuenta metros y tomar el primer túnel a la izquierda —dijo Zenith.

—Bien, ¡andando! —ordenó Berllerak.

Los resistentes caminaban delante. Berllerak y ElArtista iban detrás. Llegaron a la salida y subieron hasta el exterior. Estaban en el instituto derruido.

—Ahora, lo mejor es ir por esas callejuelas de ahí —explicó Zenith girando la cabeza hacia un bloque de viejos edificios del siglo XX, de apenas diez pisos de altura.

—Andando pues —dijo Berllerak.

Tras una caminata de diez minutos, llegaron a una calle negra y oscura. A la izquierda se alzaba un vetusto bloque de viviendas abandonado.

—Hay que entrar —dijo Zenith.

—A mí esto me huele a trampa —dijo Berllerak.

—Seguro que está lleno de hombres armados —añadió ElArtista.

—Es nuestro refugio —explicó Zenith.

—Va, tirad palante —ordenó Berllerak.

Los resistentes entraron en el edificio. El interior era poco mejor que una cochiguera. Avanzaron por un estrecho pasillo hasta dar con una máquina expendedora de refrescos. Por supuesto, no tenía refrescos.

—Hay que apartar eso —dijo Zenith.

—Pues hazlo —ordenó Berllerak.

Zenith corrió la máquina a la derecha y se abrió un gran agujero. Entraron al interior del garito abandonado. Zenith volvió a ocultarlo. Los resistentes se sentaron alrededor de la mesa de billar. ElArtista no dejaba de apuntarles mientras Berllerak rastreaba el lugar en busca de dispositivos de vigilancia.

—No hay nada —dijo Berllerak al cabo de diez minutos.  
—Podrían llevar un micro en el ano —señaló ElArtista—. Deberías mirar.  
—Ya les he pasado un escáner externo, con eso es suficiente.  
—Nunca está demás asegurarse... —ElArtista se giró para hablar con El Insurrecto— ¿Seguro que eres Lai?  
—¿Otra vez con eso? —preguntó Zenith—, ¿No os fiáis de él?  
—¡No nos fiamos de ninguno de vosotros! —explicó Berllerak.  
—Él no se fía porque es el líder y tiene que cubrir todas las contingencias —explicó ElArtista señalando a Berllerak—.  
—Yo no me fío porque soy paranoico.  
—Zenith y ZuM0 me encontraron en la orilla del río, inconsciente y medio ahogado —explicó El Insurrecto.  
—Espera —Berllerak se acercó al Insurrecto—. Dale la espalda a tus compañeros.  
Una vez girado, Berllerak le quitó las gafas al Insurrecto, lo observó durante unos segundos y se las devolvió.  
—Parece él —señaló Berllerak. El Insurrecto volvió a ponerse las gafas y recuperó la posición inicial.  
—¿Y ese secretismo? —preguntó Zenith—. Te advierto que nos lo encontramos sin gafas. Conocemos perfectamente su aspecto.  
—Por si acaso.  
—Lo que sí es cierto es que en cuanto recuperó el conocimiento, pidió unas gafas, aunque no supo explicar porqué.  
—La paranoia de Lainier —señaló ElArtista—, que no quiere que su rostro sea popular.  
—Pero si tú mismo acabas de decir que eres paranoico, tío cínico... —murmuró Lainier.  
—Aunque parezca él, podría ser una trampa muy elaborada —conjeturó Berllerak—. Nos están liando.  
—¡Que cunda la paranoiaaaaaa! —gritó ElArtista.  
Los clones guardaron silencio por unos instantes y miraron al Insurrecto.  
—¿Qué hacemos? —preguntó ElArtista.  
—Mmm, se me ocurre algo. Te haremos una pregunta cuya respuesta sólo conoce el auténtico Lainier Sind —dijo Berllerak al Insurrecto—, y que no es probable que los neos conozcan aunque hubieran interrogado al auténtico Lainier, pues es un tema que no tiene nada que ver con la guerra.  
—Adelante —dijo El Insurrecto.  
—Vamos a un rincón —ordenó Berllerak, haciendo un gesto con la mano. Berllerak, ElArtista y el Insurrecto se apartaron de los rebeldes, y comenzaron a cuchichear en una esquina. Al cabo de poco tiempo, volvieron con los demás.  
—Es Lainier —confirmó Berllerak.  
—Estupendo —contestó Zenith.  
—Toma esto, Lai —dijo Berllerak, sacando un objeto envuelto en un pañuelo marrón oscuro. Alargó el brazo y se lo entregó a Lainier, que lo desenvolvió.  
—¡Ah! ¡Esto... esto es...! ¡Mi Mágnum! —dijo Lainier, alzando la pistola con su mano derecha.  
—En realidad no es tu Mágnum, sino una copia del mismo modelo.  
—Tus objetos personales debieron perderse cuando caíste al río —añadió ElArtista—, o quizás algún cabrón te desvalijó mientras estabas inconsciente... Yo lo habría hecho.  
—Bien, vamos al grano —prosiguió Berllerak—. Dentro de cuatro días vamos a atacar esta ciudad.  
—Eso, cuéntale el plan a unos desconocidos. ¿No hemos quedado en que no nos fiamos de ellos?  
—Sí, pero no hay más remedio —dijo Berllerak—. Necesitamos la ayuda de los rebeldes para llevar a cabo nuestra misión. Y si Lainier está con ellos, por algo será.  
—Os ayudaremos —dijo Zenith—. ¿Pero qué hay de los rehenes?  
—¿Te refieres a los escudos humanos del Ayuntamiento?  
—Sí.  
—Pues que si no los sacamos, van a morir durante el ataque.  
—No me lo puedo creer.  
—Lo siento pero los neos llevan ocupando muchas ciudades terrestres durante demasiado tiempo. En cualquier caso tenemos unos dos días para trazar un plan de rescate. Por supuesto, la operación se llevará a cabo el mismo día del ataque del Escuadrón Rojo, o de lo contrario los neos traerían nuevos escudos humanos. Puede que parte del ejército de tierra se nos una para asaltar el Ayuntamiento, pero depende de cómo de feas estén las cosas en otras partes de la ciudad, así que es mejor ser previsor y no contar con su ayuda. En cualquier caso, como el asalto por tierra no se nos dé bien, los cazas bombardearán el Ayuntamiento, por no mencionar otros lugares... Hemos perdido a muchos soldados, así que quieren emplear el método fácil.  
—A costa de las vidas de los rehenes.  
—Hay otros frentes de batalla donde están muriendo muchos más civiles, así que necesitamos todos los soldados vivos que podamos.  
—O al menos eso dicen los mandamases, ¿no?  
—Oye, no te he dicho que a mí me guste esto, solo digo lo que hay, y lo que hay es que o espabilamos o el Escuadrón corta por lo sano.  
—¿Cuántos resistentes sois? —preguntó ElArtista.  
—No los suficientes para organizar un rescate —contestó Zenith—. A menos que se me permita usar a un contacto que tengo dentro.  
—¿Tienes a un espía dentro de las filas neos? —preguntó Berllerak.  
—Sí, pero a mis compañeros no les hace mucha gracia recurrir a él.

—Ni a nosotros tampoco —dijo ElArtista—. Esto me parece cada vez más una trampa.  
—Con un poco de suerte podremos aprovechar el caos de los bombardeos para escapar —dijo Berllerak.  
—Si nuestros propios cazas no nos matan.

—Penes volando —dijo de repente ZuMo.  
—¿¿A qué coño viene eso?? —preguntó Berllerak alucinando.  
—No sé. Es que hace mucho que no soltaba nada.  
—¿¿Pero de dónde ha salido este tío??  
—Joder, nano, estamos ante una panda de pirados —dijo ElArtista en tono jocoso.  
—Es lo primero que me ha venido a la cabeza —explicó ZuMo.  
—Em... propongo cenar y dormir y mañana entramos a destajo en el tema.

El cyborg estaba sentado en su despacho. Karlsman llamó a la puerta, que estaba entreabierta.

—Adelante —dijo el general.

Karlsman pasó al interior y se puso firme, saludando al cyborg con el saludo característico del ejército neo: llevándose cada mano al hombro contrario y bajando y subiendo la cabeza.

—Usted dirá, señor.  
—¿Qué hay de esos hombres?  
—Siguen sin aparecer.  
—¿No será cosa del espía?  
—Quizás.  
—Retírese.  
—Sí, señor.

Karlsman se fue por donde había venido.

Martes 06:00

—Debéis decirnos cualquier cosa que sepáis sobre los neos —requirió Berllerak. Los clones estaban reunidos con los líderes de la resistencia en el dojo. Estaban sentados sobre el tatami.

—Son unos mil soldados —explicó Zenith—. Hemos visto al menos catorce vehículos blindados, un par de cazas sobrevolando el cielo, cien motos y cuatro grupos distintos. El del norte está dirigido por un joven oficial que lleva el pelo de punta y que tiene los ojos blancos. Parece el grupo más endeble. Yo no me preocuparía de él. El más peligroso es el del sur. No sabemos quién lo manda. Pero hemos oído rumores sobre el jefe de todos ellos. Es un cyborg. Tiene su cuartel general en el Ayuntamiento.

—Eso no son muchos datos.

—Ya lo sé. ¿Pero qué quieres que hagamos?

—En fin, habrá que trabajar con lo que hay..

—Por cierto, ¿qué ha pasado por ahí fuera? —preguntó Lainier a sus compañeros.

—Eso —intervino Zenith—. ¿Qué está pasando por ahí fuera?

—Los Ángeles, Milán y Kobe han caído —explicó Berllerak..

—También varias ciudades de Silkeria —añadió ElArtista.

—Pero nos estamos reponiendo —explicó Berllerak—. Muchas otras ciudades han sido liberadas. Pronto lo será esta, y también lanzaremos ataques simultáneos en Los Ángeles, Milán y Kobe.

—¿Está el Cuerpo de Asalto bien? —preguntó Lainier.

—Sí.

—Todo lo bien que puede estar teniendo al frente a Berllerak —explicó ElArtista— ¡Aunque lo hace mejor que tú!

—Y aun así seguro que rinde peor porque te tiene a ti como segundo al mando —replicó Lainier.

—Uff... es mu cansao —se quejó Berllerak, llevándose la mano a la cabeza.

—No aprecian mi innovador sistema de trabajo —se quejó ElArtista.

—Ale, Lai, te toca de nuevo soportar las sugerencias de ElArtista. Yo ya he cumplido con la misión. A partir de aquí vuelves a ser el jefe.

—Ah... qué gusto volver al trabajo —dijo Lainier.

Viernes.

—Quedan cinco minutos —dijo Berllerak mirando su reloj. Los clones y los líderes de la resistencia estaban ocultos en un contenedor de basura a cien metros de la muralla que rodeaba la ciudad.

—Nos van a trincar —dijo Lainier—. Este plan es una estupidez.

—Es idea mía —dijo Berllerak.

—Pues eso, una estupidez —repitió ElArtista.

—Quedan cuatro minutos —dijo Berllerak mirando de nuevo su reloj.

—Ya sabemos qué hora es. Llevamos relojes.

—Vale.

—Por cierto... ¿cuántos hombres van a venir? —preguntó Lainier.  
—Pues no sé. Unos mil.  
—Joder, qué pocos.  
—Ya.  
—¿Armas pesadas? ¿Vehículos blindados? ¿El Cuerpo de Acosadores?  
—¡Joder, Lainier, te digo que no lo sé!  
—¡Coño, Ber, no sabes nada!  
—¡Pues no!  
—¡Pues vaya mierda de jefe de Cuerpo de Asalto!  
—¡Pues bueno!  
—¡Pues alegría!  
—¡Pos cachondeo!  
—Joder, que mal que estáis... —dijo Zenith negando con la cabeza.  
—Es él, que no para de hacerme preguntas estúpidas —se quejó Berllerak.  
—La culpa es suya, que trabaja para el Escuadrón Rojo y no sabe ni lo que planean—replicó Lainier.  
—Claro. ¿Pretendes que el ejército me cuente detalles del ataque para que los neos me capturen y me obliguen a contarles todo?  
—Pues precisamente por eso, yo te habría dado información falsa. Los jefes militares son idiotas.  
—¡No es por eso! ¡Es que no me habría acordado!  
—¿Pero tú no eras un genio?  
—Creo que el cerebro de Sherlock Holmes también desechaba la información que no consideraba relevante.  
—¿La información no te parecía relevante? ¿Y ElArtista qué tiene que decir sobre esto?  
—Yo no me acuerdo ni de lo que he desayunado hoy —replicó ElArtista—. ¿Cómo quieres que memorice unos planes de batalla detallados?  
—Pues qué bien.  
—Ya sé porqué estamos perdiendo esta guerra —dijo Zenith.  
—Qué no, coño, que nos estamos recuperando —objetó Berllerak.  
—Esperemos que así sea.  
—Es la hora.

Con apenas unos treinta segundos de retraso, las tropas terrestres aparecieron y atacaron la muralla. Cientos de soldados neos se precipitaron sobre ella para contrarrestar el ataque, pero tras una media hora de combate, se abrió una brecha, y los asaltantes pasaron al interior. Berllerak estaba observando todo con prismáticos.

—¿Ves algo? —preguntó ElArtista.

—Gente corriendo de un lado para otro, disparando —relató Berllerak—, pero ni rastro de... ¡ah, espera! ¡Ahí están! ¡Todos fuera!

Los resistentes salieron de su escondite y corrieron hacia el Cuerpo de Asalto, que se abría paso a tiros entre la chusma neo.

—¡Joder, habéis encontrado a Lai! —exclamó el Capitán.

—Pues sí —dijo Berllerak.

—Bueno, ahora hay que ir al Ayuntamiento —explicó Tete—. Nos han dado una hora para sacar a los rehenes de ahí. Después, los cazas arrasarán con todo, a menos que les comuniquemos que tenemos todo bajo control... Lo cual solo podría suceder si logramos desbloquear las comunicaciones.

—¡Cojonúo! —dijo Berllerak en tono sarcástico.

—¿Cómo pensabais sacarlos? —preguntó Lainier.

—Atacaremos desde una azotea cercana. Pasaremos por cuerdas y los sacaremos de ahí —explicó Tete—. Atacar por debajo es demasiado arriesgado. Si hay rehenes dentro del edificio, me temo que no son asunto nuestro.

—En cualquier caso, no me incluyas a mí en ese “nuestro”. Mientras vosotros rescatáis a los de arriba, yo intentaré entrar por abajo. Espero que los resistentes me acompañen.

—Eso es un suicidio. Eso es una fortaleza.

—Irrelevante me es.

—¿Tienes algún plan para entrar?

—No. Pero Zenith conoce a un tipo que nos puede ayudar. Creo que es hora de usarlo.

—No sé, no sé... —dijo Berllerak.

—Le llamaré inmediatamente —dijo Zenith sacando el móvil.

—¿Entonces las comunicaciones internas funcionan? —preguntó Tete.

—La mayoría de las veces.

—En fin, se hará como tú quieras, tío —dijo Tete a Lainier.

Las tropas entraron por la ciudad, dividiéndose. Sama, Sukkehr, Khatt y DeSalt asaltaron la comisaría sur, donde los neos habían instalado un inhibidor de frecuencia para neutralizar las comunicaciones no autorizadas. Tras un fuerte tiroteo, lograron acabar con más de diez soldados. El lugar parecía arrasado.

—Entremos —ordenó Wohrkk.

El silkeriano pasó primero con mucho cuidado. El suelo estaba lleno de cadáveres. Hizo un gesto con la mano a los demás, y le siguieron. Comenzaron a explorar el local.

—Quizás encontremos algo útil —dijo Khatt mientras recogía varios documentos esparcidos por el suelo.

—Quizás —repitió Wohrkk.

Fue el ruido de Khatt al desplomarse lo que alertó a sus compañeros. Se giraron y al verlo en el suelo, saltaron por encima de las mesas, alzándolas y cubriéndose.

—¡Allá arriba! —exclamó Wohrkk, apuntando con su pistola al techo.

Jeht Faïs estaba colgado boca abajo de una claraboya que daba a la azotea, arma en mano. Disparó un par de veces y desapareció por el hueco.

—¡Vamos! —gritó el silkeriano, saliendo de su escondite.

—¡No, espera! —advirtió Sama haciendo un gesto con la mano izquierda— ¡Es demasiado para nosotros!

—¡Tonterías! ¡Somos tres! —objetó Wohrkk, dirigiéndose hacia la escalera para subir al primer piso, mientras no perdía de vista la claraboya.

—Muévete, Sama —murmuró DeSalt, siguiendo a Wohrkk, que ya estaba en el primer piso. El silkeriano rebuscó en unos armarios y le lanzó un equipo de escalada a DeSalt.

—DeSalt, tú subirás por fuera del edificio, a ver si lo coges por sorpresa —ordenó Wohrkk—. Yo iré por las escaleras. Sama, tú quédate aquí y vigila. Cúbrete detrás del mostrador.

DeSalt se puso el equipo en manos y pies: una combinación de ventosas y garras. Salió al exterior y se fijó a la pared. Comenzó a ascender. Sama apuntó su escopeta K16-H a la claraboya y Wohrkk subió las escaleras. Ante él se encontraba una vieja puerta de madera que daba a la azotea. La abrió de una patada y asomó la cabeza y la pistola, echando una rápida ojeada adelante y arriba. No veía a nadie. Hizo ademán de sacar ligeramente el cuerpo, y contempló como Faïs surgía por detrás de una columna. Wohrkk se echó atrás, evitando que la ráfaga de Faïs le alcanzase. Sacó el brazo y comenzó a disparar, mientras asomaba la cabeza.

Tenía que avanzar, pero era difícil. La primera columna estaba a cinco metros. Quizás sería mejor dejar que DeSalt atacase por detrás. Entonces el silkeriano oyó como Faïs corría hacia él. Sus sentidos aguzados le permitían tales cosas. Sacó el cuerpo y disparó, pero su enemigo se tiró al suelo y perforó la cabeza de Wohrkk de un certero disparo. Después se dio la vuelta rápidamente y atravesó el cuerpo de DeSalt, que estaba agarrado al borde de la azotea, a punto de atacar. DeSalt se desplomó sobre el asfalto.

Sama esperaba abajo, detrás del mostrador. Había oído algo caer desde arriba, pero no se atrevía a salir a mirar. Su trabajo no era fácil: tenía que vigilar la entrada, las escaleras y la claraboya.

Faïs surgió de arriba usando el cadáver de Wohrkk como escudo. Disparó contra Sama y logró alcanzarle en el hombro izquierdo. El policía cayó al suelo bocabajo, soltando su arma. Desde esa posición Faïs no podía verle, pues quedaba totalmente oculto tras el mostrador. Tampoco le convenía disparar a través del mueble: si fallaba, Sama podría contraatacar, así que bajó las escaleras con sumo cuidado, pero nada más poner el pie en la planta baja, apareció Karlsman por la puerta. Faïs le apuntó, pero no disparó al reconocerlo.

—Ese hombre se viene conmigo —dijo Karlsman—. Vamos a interrogarle. Puede que sepa dónde se encuentra un soldado que el general busca.

—Como quieras —dijo Faïs, bajando el arma.

Karlsman se acercó a Sama. Estaba inconsciente. Se lo cargó al hombro y lo sacó de allí.

El Ayuntamiento, un viejo edificio en el centro de la ciudad (¿dónde, si no?) estaba flanqueado a izquierda y derecha por otros dos edificios igual de antiguos. El Cuerpo de Asalto se encontraba a la izquierda. Berllerak observaba la azotea con sus prismáticos. Tres guardias paseándose, y treinta rehenes atados en postes. Todos políticos, militares y altos funcionarios en general.

—Fuego —ordenó el clon.

Tete, ElArtista y el Capitán apretaron el gatillo de sus tres rifles con mira telescópica, y los guardias cayeron al suelo con la frente agujereada. Tete lanzó su cable al otro lado y pasó a la azotea junto con ElArtista, mientras el Capitán y Berllerak les cubrían. Desataron a los rehenes y los pasaron al otro lado de tres en tres, colocándoles arneses sujetos al cable. ElArtista ayudó a llegar a una mujer de cabello largo y castaño, vestida como una ejecutiva. Su edad debía ser la misma que la de ElArtista.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el clon—. Su cara me suena.

—Estoy bien, gracias por sacarnos —respondió la mujer—. Trabajo en Interior. Nos vimos durante una visita de su grupo al presidente cuando los felicitó por lo de Corona.

—¿Ah sí? Ni me acuerdo, estoy acabao... ¿Qué impresión le di?

—La de ser algo raro —dijo la mujer, sonriendo.

—Entonces le di la impresión correcta. Deje que la acompañe hasta el equipo médico. Me aseguraré de que están bien.

—¿Está intentando ligar conmigo en medio de una guerra?

—¡Mañana podríamos estar muertos! —replicó ElArtista.

—Oye —dijo Berllerak al Capitán—. ElArtista le está hablando a una mujer.

—¿Y ella le ha respondido? —preguntó el Capitán.

—Sí. Tengo miedo —dijo Berllerak en tono jocosos.

—Si tiene amigos dentro del edificio, no tema por ellos —explicaba ElArtista a la mujer mientras llevaba a los

rescatados hacia un vehículo blindado—, señorita...

—Olmaly —respondió la mujer.

—Pues eso, no tema por ellos. Tenemos a uno de nuestros mejores hombres dirigiendo el asalto. Es un antisocial tarado, pero sabe lo que se hace. Yo le enseñé todo lo que sabe.

Lainier, Zenith, ZuMo y otros veinte resistentes estaban tomando a la fuerza el Ayuntamiento, pero los neos eran demasiado para ellos. Estaban atascados en medio de un pasillo del primer piso. Los neos les disparaban desde el otro lado, y no podían asomarse.

—¡Coño! ¡Esto es imposible! —exclamó Lainier.

—¡Rendíos! —ordenó Karlsman, que estaba al frente de las tropas.

—Salgamos —dijo Zenith, arrojando su arma al suelo.

—¿No debería haber dado yo esa orden? —preguntó Lainier.

—Tú haz lo que quieras, pero yo me rindo. Te sugiero que hagas lo mismo.

—¿Estás loco? ¡Te van a matar!

—De algo hay que morir —dijo Zenith sonriendo.

—Pero...

—Está todo controlado —añadió el resistente saliendo lentamente al pasillo con las manos en la cabeza. Pasados unos segundos sus compañeros le imitaron.

—Vaya, vaya —dijo Karlsman—. Cinco capullos. Llevadlos al ala 4-B.

Diez soldados se acercaron a los asaltantes y los esposaron, conduciéndoles a una habitación de unos veinte metros cuadrados con paredes metálicas, situada en el sótano. Dentro de la sala no había nada, excepto un ocupante, sentado en el suelo y esposado.

—¡Sama! —gritó Lainier.

—Arg, Lainier... —murmuró Sama, dolorido por la herida de láser en su hombro.

Los atacantes tuvieron que sentarse en el suelo. Los guardias los dejaron solos.

—¿¿Cómo te han cogido??

—Pudimos acabar con todos los bastardos de la comisaría sur sin mayores problemas. Fue demasiado fácil. Al entrar, Faís nos tendió una trampa. Acabó con todos, excepto conmigo. Me hirió en el hombro y caí inconsciente. En vez de matarme, me trajeron aquí para interrogarme; al parecer un tipo llamado Karlsman, pero aún no se han pasado a sacarme la información.

Al cabo de cinco minutos, Karlsman entró.

—Menuda habéis armado —dijo.

—Este tío habla muy bien nuestro idioma —observó Lainier.

—No en vano, tengo amigos humanos. Y uno de ellos es Cháinoman. Él me convenció para que ayudara a la resistencia.

—¿Este es tu hombre, Zenith?

—No es mi hombre —contestó el resistente—. Es el hombre de Cháinoman. Se conocen desde hace mucho.

—Sí, pero no le cuentes mi vida a los demás —dijo Karlsman. Después miró a Lainier—. Tus amigos están rescatando a los rehenes de arriba, y yo estoy haciendo la vista gorda. No hay más rehenes en este edificio. Podéis ir tranquilos, pero debéis saber que éste es el último favor que os hago. Me he arriesgado mucho y creo que el general al mando sospecha.

—¿El cyborg? —preguntó Lainier.

—Ese. Bueno, pues eso, que ya no puedo ayudaros.

—¿Y tú que harás entonces? ¿Seguir luchando al lado de Neo World?

—Me ocultaré.

—Vente con nosotros, coño.

—Neo World pone precio a la cabeza de los desertores.

—Si te ocultas serás un desertor de todos modos...

—No. Y ahora, iros —dijo Karlsman mientras quitaba las esposas a los detenidos. Abrió la puerta y les señaló la salida—. Por allí saldréis sin problemas.

Los resistentes obedecieron y llegaron hasta unas escaleras que les condujeron a un callejón. Desde allí corrieron a reunirse con el ejército humano.

El general cyborg llegó al Ayuntamiento media hora después. Sus tropas estaban siendo mermadas y planeaba la retirada. Se acercó a Karlsman, que le esperaba en el hall.

—Me voy de esta ciudad —dijo el general—. Pero tú no.

—¿Qué? —preguntó Karlsman.

—Eres el traidor.

—¿Cómo?

—Has dejado escapar a varios soldados. Me lo han dicho.

—Eso es completamente falso.

—Ya. Claro.

—Si fuera verdad, ¿por qué me he quedado aquí esperándole?

—Porque no sabías que he instalado cámaras ocultas en todos los pasillos. Estás grabado, amigo mío.

Karlsman estaba encerrado en el calabozo, con los brazos y las piernas encadenados. Al cabo de media hora, el cyborg entró con una jeringuilla repleta de un líquido claro.

—¿¿Qué haces?? —preguntó Karlsman, aterrizado.

—¿No lo ves? —preguntó el general—. Voy a probar los efectos del Yo Interior con un espécimen neo.

Sábado.

La mayor parte de Valencia estaba en manos de los humanos, pero aún existían algunos reductos neos, y sin duda seguirían quedando numerosos espías en el futuro.

Lainier y Cháinoman estaban sentados sobre el césped, en un descampado cerca del puerto. Lainier ya presentaba su aspecto usual.

—He recibido una carta de Karlsman —dijo Cháinoman sacando un papel arrugado del bolsillo—. Me dice que hay un almacén de armas neo en el puerto, y que vaya a desmantelarlo.

—Es una trampa —dijo Lainier—. Karlsman me dijo que no volvería a trabajar para la resistencia, que se ocultaría.

—Ya. Pero esta es precisamente su forma de despedirse. Me da este emplazamiento.

—Bien. Iremos allí.

—Karlsman me advierte de que no vayamos muchos, sino unos pocos, porque de lo contrario destruirán el almacén al vernos. Y las armas podrían sernos muy útiles. Al parecer hay suficiente munición para mil hombres.

—Así que hay que entrar sigilosamente.

—Así es.

—Pues me parece una puta trampa.

—Da igual. Yo voy.

—Bien. Llamaré a un tipo que anda por aquí. Podría sernos de ayuda.

—La carta dice que dentro de cinco minutos las armas vuelan. Hay que ir ya.

—En cinco minutos no puedo llamar a nadie.

—Pues iremos nosotros.

—Esto es una trampa.

—Puede. Pero si de verdad son armas, nos serán muy útiles.

—Solo tengo una pistola. Y dos contra... a saber cuántos.

—Mejor dos. Ya he dicho que hay que entrar sigilosamente.

—Pero tú no eres un profesional, y yo no puedo hacerlo solo. O se busca alguien, o se deja correr.

—¿Qué no soy un profesional? ¡Puede que haya realizado más asaltos que tú!

—¿Ein? ¿Y eso?

—No hay tiempo para hablar. Tú haz lo que quieras, pero yo voy. Me largo, que hay prisa.

—No puedo dejarte ir. Es un suicidio.

—¡Detenme si puedes! —Cháinoman comenzó a correr rumbo al agua.

—¡Quieto, capullo! —dijo Lainier, sacando su arma. Pretendía dispararle a una pierna, pero Cháinoman se lanzó al agua y desapareció—. ¡Mierda!

El almacén ocupaba trescientos metros cuadrados en el puerto, y sólo constaba de una planta baja. Había un neo caminando cerca del mar, rifle en mano. De repente, la estrella de Cháinoman surgió de las frías aguas, seccionando verticalmente el rostro del guardia, que cayó en el mar. Cháinoman asomó la cabeza. Llevaba un respirador en la boca. Pisó tierra firme y se acercó al almacén. Otros dos agentes en la puerta.

“Van uniformados. Esto canta mucho. Verás cómo sí que va a ser una trampa”, pensó. Acto seguido, disparó varios dardos envenenados contra los guardias, que cayeron fulminados. Cháinoman se acercó a la entrada y aplicó la oreja. Nada.

Rodeó el recinto y observó por las ventanas. No había nadie dentro. Varias cajas de madera se agolpaban en el interior. Abrió la puerta rajándola con la estrella y destrozó una de las cajas con su arma. Solo había paja.

—¿¿Pero qué coño es esto?? —exclamó.

—¡Mierda, Cháinoman! ¿Por qué has venido? —Cháinoman se giró rápidamente con los dardos preparados, y contempló a Karlsman, que parecía haber salido de una de las cajas.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Cháinoman.

—¡Mierda, chino! ¡Nunca debí ayudarte! ¡Pero te hice caso y ahora estoy jodido!

Cháinoman se dio cuenta de que Karlsman estaba sudando.

—¿Te pasa algo?

—Hasta ahora he podido salvarte, pero eso ya no puede ser. Tengo que detenerte. Ríndete y acompáñame.

—No, Karlsman, yo me voy, y si quieres pararme tendremos que luchar, ¿captas?

—No creo que sea necesario... —murmuró Karlsman mientras se llevaba la mano derecha a la pistola de su cinturón. Sin embargo, Cháinoman usó su estrella y atravesó la mano de Karlsman, que arrojó el arma al suelo con un grito. El neo contempló su mano agujereada de parte a parte. La sangre manaba profusamente.

Cháinoman volvió a arrojar la estrella, que se enroscó alrededor del hombro derecho del neo, para acabar clavándose

en el costado. Cháinoman tiró de la cadena, provocando que Karlsman cayera al suelo. Los arrastró hasta él mientras dejaba un reguero de sangre, y cuando estuvo a su lado lo volteó por encima del hombro dejándolo caer a tierra de espaldas.

Cháinoman desenroscó la estrella y caminó hacia la salida, pero Karlsman se levantó y le empujó por la espalda. Cháinoman se volvió.

—¡¡¡Estoy hasta los huevos!!! —exclamó mientras conectaba un gancho de derecha en el rostro de Karlsman. Después le propinó una fuerte patada en el estómago. Karlsman atravesó un cristal que separaba dos secciones del almacén y cayó al suelo ensangrentado. Cháinoman se acercó a él.

—No seas cabezón —dijo. Voy a robar un vehículo y llevarte al hospital.

Karlsman sacó una daga oculta en su manga derecha y la arrojó hacia Cháinoman.

—¡¡La puta!! —exclamó Cháinoman mientras arrojaba a su vez su estrella. La daga de Karlsman se hundió en la parte superior izquierda del pecho, pero la estrella de Cháinoman seccionó completamente el brazo derecho de Karlsman. Aún así, Cháinoman había soltado la cadena y había perdido su arma.

—¡¡Gaaahh!! —aulló el neo.

—Ah, la madre que te trujo... —murmuró Cháinoman, que había caído de rodillas debido al dolor. Con su mano derecha trataba de taponar la herida.

—¡¡Ahh, m'án enculao!! —gritó Karlsman alzándose del suelo—. ¡Voy a matarte! ¡Nos ha jodido el chino! ¡Siempre llevo dos cuchillos!

Karlsman extendió el brazo izquierdo y extrajo otra daga de la manga. Cháinoman no se inmutó y alzó el brazo derecho haciendo cuernos.

—¡Golpe de cháinobic! —exclamó—. ¡Te vi a enculá!

Cháinoman se abalanzó sobre Karlsman con velocidad felina, propinándole un fuerte golpe en la mano derecha que partió la daga en dos y quebró los dedos corazón y anular de Karlsman.

—¡¡Gaaah, chino cabrón!!! —aulló Karlsman mientras contemplaba su mano inútil—. Mi mano... no puedo usar los brazos.

—Te llevo al hospital.

—¡No! ¡Tengo que detenerte!

Karlsman se abalanzó sobre Cháinoman y trató de golpearle el rostro con una patada, pero el resistente se agachó en el momento justo.

—Muy lento —dijo, y contraatacó alzándose rápidamente golpeando el estómago de Karlsman con su puño izquierdo. El neo cayó al suelo de nuevo.

—No seas obstinado —dijo Cháinoman—. Te llevaré al hospital ahora. Vamos, es una pelea estúpida. Creo que te comportas así porque te han hecho algo. Te veo mal aspecto. Y no lo digo porque te haya destrozado, sino que ya lo tenías de antes. Vamos, te arreglarán el brazo.

Cháinoman sujetó a Karlsman por el brazo izquierdo y se preparó para levantarlo, pero en ese momento Night Stalker apareció por la puerta, con su cuerpo militar.

—¿¿Qué leches pasa ahora?? —se preguntó Cháinoman dejando a Karlsman en el suelo.

—Así que tú eres el que... —comenzó a decir Night Stalker con semblante serio—... usa una estrella como yo.

—¿Quién repajas eres?

—Coño, si no me conoces es que vives desconectado de la sociedad. Soy Night Stalker del Red Squadron. He venido para deteneros.

—Ya habíamos parado de luchar, imbécil.

—No me has comprendido. ¡Vengo a deteneros como delincuentes!

—¿¿Cómo?? Hoy voy de mal en peor... ¿¿De qué coño se nos acusa?? ¿¿Eh, eh?? ¡Hijo la gran puta! —exclamó Cháinoman encarándose con Night Stalker.

—¡Sois piratas espaciales! ¡Lo he comprobado! ¡Y vendréis conmigo! ¡Hay recompensa por vuestra captura! —exclamó Night Stalker sin amedrentarse.

—¡No hay recompensa por Karlsman!

—Hay una recompensa genérica por cualquier pirata espacial capturado, y creo que Karlsman es uno de ellos. Es amigo tuyo. Seguro que te proporcionó rutas de naves neos.

Cháinoman recogió su estrella del suelo y comenzó a darle vueltas.

—Je, je... —rió—. ¡¡Karlsman no me ha atrapado y tú tampoco lo harás, amorfo de los cojones!! Amenazas a mí...

Cháinoman tensó la cadena de su estrella. La levantó por encima suyo para caer encima de Night Stalker, pero éste se apartó hacia atrás de un salto y el arma se clavó en el suelo. El cyborg contraatacó con su estrella, que estuvo a punto de seccionar los genitales de Cháinoman, que cayó de culo al suelo. Night Stalker arrastró la estrella hacia él, y Cháinoman la suya.

—¡Qué... qué cabrón! —exclamó Cháinoman—. Por poco me despilila...

—¿Qué te parece? —preguntó Night Stalker, sonriendo—. Ríndete.

—¡¡Toma, bastardo!! —exclamó Cháinoman arrojando su estrella sobre Night Stalker.

—¡M'encanta que se resistan! —dijo Stalker mientras arrojaba su estrella.

Ambas armas chocaron. Los luchadores intentaron traerlas de vuelta, pero se engancharon. Comenzaron a tirar con fuerza, pero el cazarrecompensas ganó y arrancó el arma de las manos de Cháinoman.

—¡Se ma'scapao! —dijo Cháinoman.

—¡Idiota! —exclamó Night Stalker—. ¡No puedes superar en fuerza a un cyborg! ¡Y ahora...!

Night Stalker cogió las bayonetas de su espalda.

—¡A ver si paras esto! —exclamó el cyborg mientras arrojaba las bayonetas hacia Cháinoman.

Las cuchillas se clavaron en su gabardina y en la pared. Cháinoman se quitó la prenda y agachó la cabeza para esquivar la estrella de Night Stalker, que se clavó entre las dos bayonetas.

Cháinoman trató de huir corriendo, pero Stalker volvió a arrojarle la estrella. La cadena se enroscó alrededor de las piernas de Cháinoman, que cayó al suelo.

—Socorro —musitó.

—¡Y ahora...! —comenzó a decir Night Stalker mientras se acercaba a Cháinoman con el brazo derecho en alto, armado con las cuchillas—... te voy a atravesar.

“¡Ja, ja, ja! Tengo un pique que no veas”, pensó Stalker.

—¡Para, coño! —exclamó Lainier apareciendo por la puerta.

—¿Ein? —dijo Night Stalker girando la cabeza hacia atrás—. Tranquilo, no lo iba a matar...

—Los prefiero en buen estado —dijo Lainier.

—Llegas algo tarde para eso —señaló Stalker, señalando el brazo amputado.

—Recógelo a ver si se lo pueden pegar.

—Tiene la mano destrozada y además no has traído una caja congeladora, ¿verdad? ¿Para qué coño quieres el brazo? Va a llegar hecho un asco.

—Voy a ver si consigo hielo. Tú ves cargando con ellos.

—Sí, señor...

Lainier y Stalker llevaron a Cháinoman y Karlsman hasta la estación. Lainier empujaba una camilla sobre la que iba Karlsman con un sistema de soporte vital. Stalker llevaba el brazo en una bolsa llena de hielo. Berllerak, ataviado con una bata médica, se apresuró en acercarse al paciente y empezó a examinarle.

—Joder, está hecho una mierda —dijo—. Pero quizás solo haga falta ponerle el brazo. El resto del cuerpo puede tener salvación. Llevarle a la habitación 459 del ala 1, que yo voy a preparar la operación.

Lainier llevó a Karlsman hasta su habitación mientras Berllerak se hacía cargo del brazo. La estancia estaba situada en el quinto piso del ala norte. Se avanzaba por un ancho pasillo. A la izquierda estaban las habitaciones, y en la parte derecha no había nada. Caía al piso dos.

Lainier dejó a Karlsman en la cama y se fue al fondo del pasillo a hablar con Cháinoman, que estaba custodiado por Night Stalker.

—Suéltalo —ordenó Lainier.

—¿Pero qué dices? —preguntó Night Stalker indignado—. Es mi presa. Este hombre está buscado. Buscado desde hace cuatro años. Es un importante pirata espacial. Asalta naves. Ya sabes. Porque lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé. Uno de los temibles piratas espaciales que asaltan naves y las saquean.

—Pero nunca he matado a nadie que no se lo mereciera —intervino Cháinoman.

—¡Cállate! —exclamó Night Stalker empujando a Cháinoman.

—Este hombre nos ha ayudado —dijo Lainier.

—Este hombre es un ladrón y un asesino. Ha obtenido un botín de más de seis millones de euros, y ha matado a tres agentes.

—Esos agentes eran unos corruptos —se defendió Cháinoman—. Transportaban dinero de los mafiosos de diversos planetas hacia La Tierra y sabían lo que hacían. Intentaron detenernos y murieron. Mala suerte. En cuanto al dinero, una cantidad importante fue devuelta a las personas que sufrieron el abuso de los mafiosos. Aunque otra parte nos la quedamos nosotros. Tenemos que pagarnos las armas, las naves, y tal y cual...

—No, si ahora va a resultar que hacéis una labor social —dijo Night Stalker.

—Pues sí. Eso hacemos —dijo Cháinoman sonriendo.

Lainier también sonrió, como si pensara en algo divertido, pero no dijo nada.

—En cualquier caso —dijo Night Stalker—. Seguíis siendo criminales... y sigue habiendo una recompensa por vuestras cabezas, que es lo que importa, al fin y al cabo. Y la tuya es de 30.000 euros. Como comprenderás, he de cobrarla...

—Stalker —dijo Lainier—. Voy a hablar con el ministerio de defensa para que elimine la recompensa.

—¡Ja! ¡De momento, sigue vigente, y estoy en mi derecho de cobrarla, así que voy a ficharle ahora mismo!

—Es inútil. Tienes que ir al ala 3, donde hacen el papeleo. Pero a mí me basta una llamada del intercomunicador para que se cancele la cosa.

—¡No serás capaz, bastardo!

—Claro que sí. Ya te he dicho que lo sueltas.

—¿Y si te arranco el intercomunicador?

—Cojo otro. Por aquí todo el mundo tiene.

—¿Y si te dejo k.o.?

—Eso no sería recomendable. Y primero tendrías que intentarlo. Tú eres rápido, pero yo no me quedo corto a pesar de no ser un cyborg. Y... ¿quién se arriesgaría a recibir un impacto de Magnum a quemarropa? —dijo Lainier sacando rápidamente el arma y apuntando a Night Stalker. El cazarrecompensas lo miró boquiabierto durante unos instantes y al fin dijo:

—¡Joder, eres un cabrón! ¡Eran 30.000 euros! ¡Toma, llévatelo! —exclamó dándole un empujón a Cháinoman.

En ese momento Karlsman se abalanzó sobre Cháinoman, dispuesto a golpearle con su puño izquierdo, con dedos rotos incluidos.

—¡Yaaaaah! —aullaba Karlsman. Cháinoman se agachó y el neo erró el golpe, precipitándose al vacío, cayendo sobre una gran paella que estaban degustando Olmaly y ElArtista en un restaurante del primer piso. El impacto rompió la mesa de madera sobre la que estaban comiendo.

—¡Joder, pero qué mierda es esta! —exclamó ElArtista levantándose del asiento y desfundando su arma. Olmaly también se alzó y miró hacia arriba—. ¡Es un puto neo! ¿A que te frío, cabrón?

—¡Calma, coño! ¡Ha sido un accidente! —gritó Lainier desde arriba.

—Joder, ¿pero qué coño le pasa a este tío? —preguntó Night Stalker mientras contemplaba el cuerpo inerte de Karlsman en el suelo, sobre los restos de la paella y la mesa. Aún respiraba.

—¡Cuidado, Olmaly, que está vivo! —exclamó ElArtista.

—¿Estas cosas os pasan muy a menudo? —preguntó la chica.

—La culpa es del Lai. Seguro que lo ha empujado. Dile que nos pague la paella, Olmaly.

Berllerak salió corriendo de una sala de operaciones y bajó junto con Lainier hasta Karlsman.

—¿Pero qué coño ha pasado, nano? —preguntó mientras examinaba al neo.

—¡Yo qué sé! —exclamó Lainier— ¡Ha tratado de golpear a un amigo suyo y se ha caído! —explicó Lainier señalando con el dedo a Cháinoman, que continuaba arriba junto a Stalker.

—Ese tío va hasta el culo de alguna droga —dijo Berllerak mientras examinaba a Karlsman.

—Tiene toda la pinta —dijo Lainier. De repente su mirada se posó en Olmaly. Después se dirigió a ElArtista—. Artista... ¿es eso una mujer?

ElArtista guardó silencio durante dos segundos mientras abría los ojos con perplejidad y al fin habló:

—Sí, Lai: es una mujer. Ya sé que te cuesta reconocerlas porque no te acercas a muchas...

—Habló el Casanova...

—¡Pero de momento yo estoy saliendo con una mujer y tú no! ¡Ja!

—Recuérdame que te use de parapeto en la próxima misión.

—Cagontó...

Berllerak y Lainier llevaron a Karlsman a la sala de operaciones. Pasadas tres horas, Berllerak salió de la sala y se quitó la mascarilla.

—Bueno. A pesar de la caída tonta, he podido prescindir de la cibernética —explicó Berllerak a los presentes—. Incluso hemos aprovechado su viejo brazo. Aunque algunos tejidos los hemos tomado de simpáticos donantes de entre nuestros presos neos.

—Has tardado más de lo normal —dijo Lainier—. ¿Qué ha pasado?

—Estaba drogado, como sospechábamos. Una droga de diseño nunca vista. He empleado la mayor parte del tiempo en eliminar esa mierda de su cuerpo.

—Karlsman me comentó que los neos habían traído diversos componentes químicos a Valencia —señaló Cháinoman—. Ahora ya sabemos para qué los querían.

—Parece una droga que aumenta la agresividad —observó Lainier.

—Seguramente, porque si no Karlsman nunca me hubiera atacado de esa forma. Lo sabremos con certeza cuando despierte.

—Y entonces cobraré la recompensa —dijo Night Stalker.

—No. Él tampoco —dijo Lainier.

—¡Joder, Lainier, así no me puedo ganar el pan!

—Mmm... Karlsman ha sufrido fuertes golpes y aún así no ha necesitado implantes... Y se ha eliminado la droga de su sistema rápidamente... ¿Pensas lo mismo que yo, Berllerak?

—Lo pienso, lo pienso.

Pasada media hora, Karlsman estaba totalmente recuperado. Caminaba por los pasillos de la estación seguido por Cháinoman y Lainier. Ahora vestía ropas sencillas: una camisa azul y pantalones de combate del mismo color. Aún llevaba la banda de Neo World, pero ahora lucía el logo del Red Squadron en el hombro: un fénix de color rojo.

—Es una droga que provoca brotes psicóticos y te vuelve violento —explicó Karlsman.

—Lo hemos notado —dijo Lainier.

—El general descubrió mi traición y decidió darme una lección.

—Bueno. ¿Qué tal si me contáis algo sobre los Piratas Espaciales?

—¿Quieres decir que nos has rescatado de las garras de Night Stalker para poder llevarte tú toda la gloria? Creía que era porque ayudamos a la resistencia.

—Por eso mismo. No me cuadra que los Piratas Espaciales, con tan mala fama, se dediquen a liberar una ciudad.

—Bueno, hay muchos grupos de piratas espaciales. Pero fama del mío es injusta —dijo Cháinoman—. Todo es obra del gobierno.

—Del anterior gobierno, en cualquier caso —señaló Lainier.

—Pues eso.

—Tengo que saber la verdad.

—No te la podemos decir, Lai —dijo Karlsman.  
—He hablado con Berllerak. Tú eres un... Neo Mejorado Genéticamente.  
—En Neo World los llamamos Clones Híbridos Superiores. ¿Cómo lo has sabido?  
—Por tu asombrosa resistencia y velocidad de recuperación. Además, según el informe de Berllerak, tu cuerpo tiene una estructura ligeramente diferente a la del resto de neos que ha examinado.  
—¡Joder, he picado!  
—Venga, cuéntamelo.  
—Yo era un esclavo de Neo World, criado desde pequeño por el gobierno para convertirme en el soldado perfecto.  
—Vaya. Allí no son tan sutiles como en mi planeta.  
—Sí, pero les traicioné y comencé a ayudar a los enemigos de Neo World en cuanto pude.  
—El individualismo parece un rasgo común a todos los clones. Por tu edad, está claro que fuiste creado gracias a un bastardo que trabajaba para una empresa terráquea, que vendió los secretos del genoma a Neo World. Al parecer también vendió uno de los cigotos. Y ese cigoto se convirtió en ti, ¿verdad, Cháinoman? —preguntó Lainier girándose hacia el resistente.  
—¿Yo? —preguntó Cháinoman.  
—Vamos, hombre.  
—Sí, soy un clon. También fui criado por Neo World, para ser convertido en un espía, dada mi condición de humano. ¿Por qué coño no me lo has dicho antes?  
—Joder, no me dejaste. Te lo iba a decir anoche, pero corríste hacia la trampa del cyborg. La primera vez que nos encontramos no me sonabas solamente por usar la misma arma que Stalker, sino por tu aspecto físico. Te parece a otro clon que conozco.  
—¿A quién?  
—¿Es este nuestro pariente perdido? —preguntó el Kapitán, que estaba de pie en jarras cerca de los contertulios, quienes se giraron hacia él.  
El Kapitán se acercó. Cháinoman y él comenzaron a observarse detenidamente, mientras eran observados a su vez por Lainier y Karlsman.  
—No nos parecemos en nada —dijeron Cháinoman y el Kapitán simultáneamente.  
Y tras esto, ambos se retiraron.  
Lainier y Karlsman se quedaron a solas.  
—¿Vas a unirme al Red Squadron? —preguntó Lainier.  
—No. Voy a ocultarme —respondió Karlsman.  
—No me parece una buena opción.  
—Es una buena opción para mi pellejo —Lainier se quedó pensativo durante unos instantes—. ¿¿Vas a impedírmelo??  
—Hagamos una cosa. Quédate una semana aquí y te lo piensas.  
—No.  
—Tres días, y yo mismo te escoltaré a donde quieras para que no te ataquen por el camino.  
—Está bien.  
—De paso nos darás información sobre los neos.  
—Así a priori te puedo decir que el cyborg que dirigió el ataque contra Valencia intentó hacerse con el proyecto Genoma 3.  
—¡Así que conoces eso!  
—Estoy bien informado.  
—Así que ese era el cyborg que había quedado con Bruns para comprarle el proyecto... Otro de los pasos previos a la guerra que llevó a cabo Neo World...  
—Efectivamente, como el trato con Speed y otros criminales y el encargo a la Coalición de Asesinos Profesionales de liquidar a varias personalidades de la Asociación de Planetas Soberanos.  
—Entre las cuales estaban los miembros de los Cuerpos de Asalto y similares. Menos mal que fracasaron en la mayoría de operaciones...  
El intercomunicador de Lainier comenzó a sonar.  
—Esta sucia guerra... —se quejó el policía—. No me dejan descansar...  
Lainier contestó la llamada.  
—Diga.  
—Lainier, soy Zenith. Me dirigía hacia la estación y me han atacado. La nave está en llamas, a diez kilómetros de la estación. Necesito rescate inmediato. Viajo solo.  
—Voy para allá.

Lainier cogió una caza biplaza y se dirigió hacia la nave de Zenith. Era un modelo parecido a un pepino alargado. La nave tenía varios agujeros. Lainier se enfundó el traje espacial, dotado de un propulsor, y se dirigió hacia ella, con la pistola en la mano, por si las moscas. Entró al interior por uno de los boquetes. No vio llamas, lo cual no era de extrañar, por los agujeros del casco: el aire de ese compartimento ya había desaparecido. Recorrió un estrecho pasillo mientras hablaba por el intercomunicador.

—¿Estás en la cabina, Zenith? —preguntó.

—¿Dónde, si no? —le respondieron inmediatamente.

Lainier avanzó, pero de repente, una puerta se cerró tras él.

—¡Mierda! —exclamó.

Otra puerta se cerró delante. Comenzó a entrar gas. El analizador del traje reveló que parecía ser somnífero. Lainier sabía que su traje tenía poco oxígeno. Se agotaría antes de que alguien le echara en falta en la estación, y acabaría durmiéndose. Aún así, esperó. Para matar el tiempo, decidió hablar.

—No eres Zenith, ¿verdad? ¿O sí?

—No, no lo soy —dijo una voz por un altavoz—. Soy Slyver, el general que dirigió el asalto a Valencia. Uso la voz de tu amigo con mi modulador de voz.

—¿Cómo has conseguido mi número de intercomunicador? ¿Se lo has sacado a Zenith? No puede ser. Él está a salvo en Valencia. Si hubiera pasado algo, me habría enterado. Esta trampa requiere tiempo.

—No teníamos cortadas las comunicaciones en Valencia, sino intervenidas. Captar los números de todos los intercomunicadores ha sido fácil. Pero no ha resultado con todos. La mayoría ya lo habían cambiado. Pero afortunadamente tú no. Es una alegría que nos haya caído el premio gordo. Sabemos que eres un importante clon. En Valencia te nos escapaste, pero ahora no.

—Mierda. Con todo el ajetreo de Karlsman me olvidé de ese detalle. Joder.

Finalmente, el traje de Lainier se quedó sin oxígeno y tuvo que quitarse la escafandra. Inhaló el aire de la nave y cayó al suelo.

Cuando el clon se despertó, estaba atado de pies y manos a un gran panel vertical en forma de equis. Se encontraba a bordo de una nave. Él no podía verlo, pero tras él unos grandes cristales ofrecían una impresionante panorámica del espacio. Adelante a su izquierda había una puerta blindada, y a una altura de tres metros, una cabina de control donde había dos operarios neos... y Slyver.

—Dentro de unos momentos un interrogador pasará a que le cuente todo lo que sabe —dijo el general por un altavoz—. Así que relájese y piense bien lo que va a decir.

—Te den por culo —Lainier se ponía chulo porque sabía que no matarían a un rehén tan valioso. Además, Zenith le había enseñado a entrar en trance y a soportar el dolor... más o menos... Lainier comenzó a escupir sobre el suelo—. Hala, jódete que te he manchado el suelo. Y no escupo más porque me lo reservo para el interrogador ese que tiene que venir.

—Tienes coraje, clon.

—Y tú también, porque anda que no se necesitan güebos ni ná para salir a la calle con tu aspecto...

—Pronto dejarás de reírte de mí.

—No, hombre, si no me río. Solo hago comentarios jocosos. Ja, ja, ja. ¿Ves? Ahora me he reído.

—¡Bastardo insolente...!

En ese momento, el interrogador entró en la sala. Era un hombre de unos cincuenta años, con gafas de culo de vaso, ataviado con una bata verde. Arrastraba una mesita con diversos instrumentos propensos a causar dolor que habrían hecho las delicias de Night Stalker. El doctor se acercó a Lainier y se puso a su izquierda. Le observó durante unos segundos.

—Al verme atado aquí, esperaba a una dominatrix embutida en látex —explicó el clon—. Exijo el libro de reclamaciones.

—Muy gracioso —dijo el médico.

—Bueno, es igual. ¿Está usted casado?

—¿¿Qué??

—Ya sabe, el Síndrome de Estocolmo hace que los rehenes se encariñen de sus captores. Por eso se lo pregunto...

—¡Muy gracioso! ¡Veremos si te sigues riendo dentro de un rato!

—Joder, que manía con que me río. Ustedes los neos tienen un concepto muy extraño de la risa. La gente se ríe cuando dice “ja”.

—¡Lo que tienes que decir es lo que queremos oír o sufrirás lo indecible! —exclamó el médico acercando un escalpelo a la cara de Lainier, pero éste ya estaba entrando en trance.

El doctor empezó su diabólico trabajo, cortando al clon por diversos lugares de su cuerpo. La sangre brotaba de las heridas. Lainier trataba de concentrarse, pero era bastante difícil. Pronto sucumbió al dolor y comenzó a apretar los dientes para evitar gritar.

“Al menos no están usando sueros de la verdad”, pensó, “así no se enterarán de nada. Probablemente tienen miedo a que palme. Aunque no es fácil que un clon la diñe por un suero de la verdad”.

—¿Y ahora qué? —preguntó el doctor mientras cortaba la barbilla de Lainier—. ¿Ya estás preparado para hablar?

Lainier estaba mareado. De repente, una explosión sacudió la nave.

—¿¿Qué ha sido eso?? —exclamó el médico.

—¡Piratas Espaciales, señor! —gritó un oficial que entró corriendo en la cabina de Slyver—. ¡Nos atacan! ¡Una gran nave! ¡Tanto como la nuestra!

—¡Pues hagan algo, joder! —exclamó el general.

—¡Están abordando la nave, señor!

—¡Joder!

—¡Deberíamos salir de aquí!

—No me lo tendrá que decir dos veces. Vamos a la cápsula de emergencia. Esperemos que no se den cuenta. Slyver y los oficiales se retiraron. El doctor se quedó solo en la sala.

—Pero... ¿qué...? —murmuró, mirando la cabina vacía.

Lainier oyó explosiones, tiros y gritos. Al cabo de unos minutos la puerta reventó y la estancia se llenó de humo. Se oyó una ráfaga láser, y el doctor se desplomó muerto, con la cabeza agujereada. Un gran calibre.

Alguien se acercó al clon. Apartó el cuerpo del doctor y el instrumental con el pie y procedió a desatar a Lainier.

—Menuda has armado —dijo el desconocido—. Menos mal que estamos aquí para salvarte el culo.

—¿N... Natch? —balbuceó Lainier mientras observaba a su rescatador con ojos entrecerrados. Efectivamente, era Natch. Vestía con su antiguo uniforme de policía, pero donde antes colgaba su placa, ahora había el emblema de los piratas espaciales: un cráneo con dos pistolas cruzadas abajo, en color plata.

Natch se cargó a Lainier al hombro y corrió hacia la salida. En el pasillo lo esperaba un hombre recubierto por una elegante armadura de finas láminas estriadas, de color plateado y azul. Su casco tenía un cristal que permitía vislumbrar en parte su rostro.

—Ya podemos irnos —dijo Natch.

—¡Objetivo cumplido! —exclamó el hombre acorazado a otro que estaba disparando a los neos. Era un joven alto de pelo largo y oscuro, con barba de tres días y vestido con un chaleco, pantalones, guantes y botas negras. Sobre la cabeza llevaba un pañuelo pirata.

Los tres hombres llegaron a su nave, que habían acoplado a la de los neos. Se introdujeron y se marcharon de allí. Antes de marcharse, vieron por un ventanal como una cápsula abandonaba la nave.

—¡Maldición! —exclamó Natch.

—No importa —dijo el joven de negro—. Vámonos.

Se subieron a la nave. El joven de negro se puso a los mandos y arrancó los motores. Cuando estuvieron a cien metros de la nave neo, la bombardeó con un misil, que voló la nave en pedazos. Después puso rumbo a la estación.

El hombre acorazado se quitó el casco. Era un joven de cabello corto y castaño, de rasgos amables y serenos. Estaba sentado frente a Lainier y dando la espalda al piloto.

—Me llamo Sigfried —dijo en castellano, aunque se le notaba acento eneano—. Gñé...

—Gñ... —respondió Lainier, sentado a la izquierda de Natch.

—¡Veo que nos entendemos!

—Lo cual me parece sumamente preocupante...

—Yo soy Artic —dijo el joven de negro, hablando en silkeriano, el idioma más usado en la galaxia conocida.

—Un alias, supongo —dijo Lainier, respondiendo en el mismo idioma.

—Por supuesto. Si quieres saber mi nombre real, tendrás que buscar mi ficha en los archivos policiales o de defensa.

—Siempre he pensado que el nombre real es el que escoge uno, no el nombre que le ponen al nacer.

—Interesante perspectiva.

—Dicho esto, si quieres saber mi nombre de nacimiento, tendrás que preguntarle a alguno de tus compañeros.

—A estas alturas de la guerra, todo el mundo conoce ya los nombres de los miembros del Cuerpo de Asalto.

—Y nuestras caras, me temo.

—Por supuesto.

Lainier echó un ojo a sus alrededores. La nave de los tres rescatadores era un modelo mediano de cinco plazas, con formas redondas. Dentro se agolpaban numerosos objetos.

—¿No tenéis un compartimento de carga donde guardarlos? —preguntó Lainier.

—Está lleno —contestó Natch, que estaba sentado a su lado—. No cabe más. Tenemos que meterlo aquí.

—Eso son cosas que habéis robado —dijo Lainier.

—Sí. Y estas que están aquí, son de la nave que acabamos de asaltar. Somos Piratas Espaciales.

—Ya lo he notado.

—Claro. Si no, no te lo diría.

—Así que eso era a lo que te dedicaste tras desaparecer de La Tierra. ¿Y Fresh?

—Fresh no quiso unirse a los Piratas y siguió su propio camino. No sé donde está.

—¿Así que ahora eres un generoso luchador social? —preguntó Lainier irónicamente.

—Algo así. ¿Quién te ha comentado eso? La gente no suele calificarnos de ese modo.

—Karlsman me lo dijo.

—¿Conoces a Karlsman?

—Sí. ¿Y tú?

—Claro. Solía facilitarnos las rutas de las naves de Neo World para asaltarlas. ¿Cuándo lo has visto?

—Está en la estación. Los neos lo han pillado y hemos tenido que rescatarlo.

—Vaya. Con eso perdemos un valioso informador...

—¿Conoces a Cháinoman?

—Es de nuestro grupo. Hace tiempo que no le vemos. Es el que solía tratar con Karlsman, pero perdimos contacto con ellos al estallar la guerra.

—Sí, quedaron atrapados en Valencia, pero Cháinoman también está en la estación.

—¿Están detenidos?

—¿Por qué lo dices?

—Porque son Piratas. También hemos asaltado naves terrestres.

—Lo sé. Soy policía, no lo olvides. Detener Piratas Espaciales entra dentro de las funciones del Cuerpo de Asalto Clon, aunque nunca nos hayan enviado a una misión semejante.

—Entonces, ¿están detenidos?

—No. Están en calidad de protegidos. Eran miembros de la resistencia de Valencia. En lo que a mí respecta, son soldados del Escuadrón Rojo. Las recompensas contra ellos han sido anuladas, pero los cargos contra ellos siguen vigentes. Aún así, voy a ayudarles a escapar, si quieren.

—¿Y a mí, Lainier? ¿Me vas a detener?

—No. ¿Pero que pasaría si dijera que sí?

—Nada. Que te dejaría en una cápsula y llamaría a la estación para que vinieran a por ti.

—¿Cómo sabes que no miento?

—No mientes.

—No pongas la mano en el fuego por nadie, Natch.

—No digo que no mientas porque crea que tu honor es inquebrantable, como mi rabo, sino porque lo que más te conviene es no detenerme.

—Je, je... —Lainier hizo una pausa y giró la cabeza hacia el joven de negro—. ¿Quién es ese?

La nave de los Piratas llegó a la estación. Fueron recibidos cautelosamente. Lainier fue conducido a la clínica, y Natch se quedó esperando con el Cuerpo de Asalto.

—Estabas perdido, tío —dijo Berllerak—. Ya era hora de que aparecieras.

—Sí, no te jode... —respondió Natch.

—Vamos a ver... —dijo Night Stalker, quien no llevaba su capucha puesta—. Ya sé que has salvado al Lai y todo eso, pero hay una recompensa por tu cabeza, que por cierto, se duplicó tras la aparición de un asesino profesional mutado con el Genoma 3 que tú hiciste completar. La cosa asciende a 300.500 euros, y la pienso cobrar.

—¡No, Stalker! ¡No! —gritó Lainier desde su habitación.

—¡Joder! ¡Joder! ¡JODER! —exclamó Night Stalker dando botes.

### III EN LA KÚPULA

—Hay algo importante que tengo que decirte —dijo Natch entrando en la habitación de Lainier, que estaba tumbado en una camilla, llenito de puntos.

—Escupe —ordenó Lainier.

—Debes acompañarme junto al Cuerpo de Asalto a un lugar —dijo Natch, sentándose en una silla.

—Joder, esto no será una trampa, ¿verdad? A ver si vas a trabajar para los neos y todo el rescate ha sido un montaje sólo para conseguir que...

—¡Que no, coño!

—Mmm... Habla...

—¿Quieres ver dónde nos escondemos los Piratas Espaciales?

—Eso sería interesante. Nunca se ha descubierto nuestro escondite, porque los detenidos solían morir en cuanto eran torturados o se les administraba drogas para que hablaran. Llevaban nanorobots en el cerebro y en diversas zonas del cuerpo, preparados para liquidar a su huésped. Trataron de desactivarlos, pero el sujeto siempre moría y los nanorobots se autodestruían antes de que pudieran extraerse y estudiarse. Una tecnología cojonuda. De todas formas, es cuestión de tiempo que sea superada. O no...

—Yo también tengo esos nanorobots, al igual que Sigfried, Artic y Cháinoman. Karlsman no los tiene porque no ataca naves como nosotros. Sí que ha visitado nuestro escondite, pero le privamos de todos los sentidos antes de entrar y salir, al igual que a todos los que llevamos y que no pertenecen a nuestra sociedad.

—¿Sociedad?

—¿Qué somos, si no?

—Bueno...

—¿Vendréis?

—¿Para qué?

—Para pactar una tregua. Estamos en guerra y hay que unir fuerzas. Además, hay que superar diversos malentendidos. El anterior gobierno de Thuris, junto a otros, trató de aniquilarnos, mientras hacían campaña tratando de convencer a toda la galaxia de que éramos peligrosísimos, pero ahora ha caído, gracias a ti, y tenemos que aclarar las cosas...

—Espera un momento... ¿De qué estás hablando? La piratería espacial es preocupante, pero no me parece una buena razón para que varios gobiernos decidieran aniquilarnos. No sois más que ladrones...

—Pronto sabrás la verdad... si vienes a negociar.

—Iré. Y supongo que el resto también. Si los jefazos lo aprueban, clarostá.

—¡Así me gusta! —exclamó Natch levantándose de la silla.

Una gran nave de transporte estaba esperando a los tripulantes, que estaban a sus pies. El piloto era Artic. En la nave viajarían además Natch, Sigfried, el Cuerpo de Asalto y Night Stalker.

—Antes de partir, debéis saber que los míos son muy estrictos —dijo Natch, mientras echaba una mirada de reojo a Artic y Sigfried—. Si causáis problemas, yo soy en última instancia el responsable por haberos traído. Espero un buen comportamiento.

—Je... —murmuró Night Stalker, sonriendo.

—¿Os he comentado ya que esto me parece una trampa? —se quejó ElArtista.

—¡Karlsman y Cháinoman se quedan en la estación como intercambio! —dijo Natch.

—No lo veo mu equilibrado, ¿eh?

—Calla y sube a la puta nave —ordenó Lainier.

La nave partió.

—Señores, deben usar los cascos aisladores que tienen encima —dijo Natch, señalando los artefactos, que colgaban sobre las cabezas de los clones—. Los que lleven objetos en la cabeza, que se los quiten, tales como gafas y capuchas. Además, seréis dormidos. Es para evitar que calculéis con exactitud el tiempo que habéis tardado en llegar al destino.

—Mal rollo... —murmuró ElArtista.

Los invitados cogieron los cacharros. Eran grandes cascos metálicos que tapaban toda la cabeza. Estaban conectados inalámbicamente a la nave. Se los pusieron. Natch pulsó un botón en un panel de control y un piloto de los cascos se iluminó. Después administró somníferos especiales para clones a los invitados. La nave saltó al hiperespacio mientras los clones se dormían.

—Podéis quitaros los cascos —escucharon los clones. Era Natch—. Ya estamos llegando.

Los invitados obedecieron. La nave había salido del hiperespacio.

—¿Cuánto habremos dormido? ¿Diez horas? —preguntó Night Stalker.

—Imposible saberlo —dijo Lainier—. Puede que más.

—Yo me siento bastante acartonado... —murmuró ElArtista. Después echó un vistazo por encima del hombro a su trasero—. Mmm... mi culo está bien, así que todo está en orden...

—¡Joder! ¡Estamos en un campo de asteroides! —exclamó Stalker, mirando por la ventana de su izquierda.

—Pues sí. Nuestra base se encuentra ahí dentro.

—¿En un campo de asteroides? —preguntó Lainier—. Esperaba otra cosa... como una base subterránea en alguna luna perdida o algo así.

—Esto también está perdido.

—De hecho, soy incapaz de reconocer este campo de asteroides —admitió Lainier, mirando por la ventana.

La nave se introdujo en el campo de asteroides, y tras volar cerca de diez kilómetros, aminoró la marcha.

—Caballeros, bienvenidos a La Kúpula: una Utopía en el Espacio —dijo Artic sin dejar de mirar al frente.

Una gran ciudad situada sobre un gigantesco asteroide se alzaba ante ellos. Estaba cubierta por una cúpula transparente. Los edificios más altos no parecían tener más de cien plantas, pero la ciudad era al menos tan grande como Valencia.

—¿Cuántos habitantes viven aquí? —preguntó Lainier, sorprendido. Nadie daba crédito a sus ojos.

—Un millón —contestó Sigfried—. Pero fue fundada solo por cien mil.

—¿Qué tipo de utopía es? La utopía de uno puede ser la distopía de otro... o algo así —dijo Lainier, suponiendo ya la respuesta.

—Como estarás imaginando —dijo Sigfried mientras Artic mientras aproximaba el vehículo a la ciudad—, es un sistema socialista. En realidad, los Piratas Espaciales no somos más que uno de los brazos armados de los revolucionarios que se exiliaron de La Tierra tras la Masacre Internacional, así como de otros planetas, aunque todo eso ocurrió hace tanto que ahora nosotros somos los herederos ideológicos de los fundadores de este experimento. Los Piratas nos encargamos de engrosar las arcas del Estado y de restituir a los desposeídos lo que es suyo.

—Por eso dijiste que os querían aniquilar. Sois revolucionarios...

—Todos no. Muchos no están de acuerdo con las ideas predominantes, pero están en minoría, y vinieron aquí pidiendo cobijo, como Natch. Los acogimos a cambio de sus servicios. Ellos ya saben lo que hay cuando llegan y nosotros también nos ocupamos de averiguar lo que podemos esperar de ellos.

—Por supuesto —intervino Natch—, si algún día tratan de atentar contra La Tierra u otro planeta, puede que actuemos contra ellos desde dentro. Así recuperaremos el prestigio.

—¿Y lo dices delante de tus compañeros, que al parecer son revolucionarios auténticos? —preguntó Lainier.

—Lo hemos sabido desde siempre —dijo Artic—. La posición de Natch era previsible. Los términos quedaron bien claros cuando llegamos al acuerdo. Como Sigfried ha dicho, investigamos a todo aquel que nos ofrece sus servicios. En cualquier caso, es difícil traicionar a la utopía. Como sabes, todos los que conocemos el emplazamiento de la ciudad, tenemos nanorobots en el cuerpo que nos matan si intentamos cometer traición.

—Sí, pero el funcionamiento no es perfecto —señaló Natch—. Todos los rebeldes que nuestros enemigos han interrogado han muerto en cuanto se les ha preguntado detalles sobre nuestra organización, y después los nanorobots se han autodestruido, apenas dejando rastro detectable y analizable. Los nanorobots no han podido ser neutralizados. Pero no sirven para todo. Por ejemplo: yo ahora estoy hablando de esto y sigo vivo. Los nanorobots son, al fin y al cabo, pequeños. No pueden preverlo todo. Así que puedo contaros esto, pero si intentara contaros donde estamos exactamente, u os revelara cómo están contruidos los nanorobots, moriría. Y en cualquier caso, los nanorobots no están programados para evitar una traición "física". Es decir, que un miembro de la utopía puede matar a otro sin temor a las nanomáquinas.

—Aunque sea imperfecto, es un funcionamiento sorprendente —señaló Lainier—. Tenemos una teoría de cómo funcionan. Pueden detectar una gran actividad nerviosa: esto es, dolores fortísimos y prolongados, característicos de una tortura. Pueden detectar la presencia de diversas sustancias químicas en la sangre, esto es, sueros de la verdad. Pero eso no es suficiente. Para evitar que alguien hablara voluntariamente, deben tener otros sistemas más complicados. Deben detectar las emociones o las ondas cerebrales... con un funcionamiento parecido al de una máquina de la verdad. Primero hay que calibrar los nanorobots, y tras esto ya son capaces de detectar si el sujeto intenta revelar datos sobre los Piratas. Tiene que ser algo así. Un método muy sofisticado. Los asesinos profesionales también lo usan para no revelar sus secretos. Cyborg Inc. sigue perfeccionándolo. Eso quiere decir que hay uno o varios genios de la ciencia trabajando para grupos clandestinos.

—No puedo contarte cómo funcionan los nanorobots —dijo Natch—, simplemente porque no lo entiendo. Y aunque lo entendiera... los nanorobots me matarían si hablara.

—¿Y podéis decirme cuantos hombres de convicción hay en la base y cuántos son mercenarios?

—¿Acaso albergas la esperanza, Lainier —preguntó Artic—, de usar a los mercenarios en nuestra contra?

—Nunca se sabe.

—¡Ja! De todos modos no podemos darte más datos sin freírnos el cerebro.

—De todas formas, no tengo constancia de que ningún gobierno galáctico mandara ejecutar a los revolucionarios... Sin contar a Neo World y similares, claro...

—Pues es cierto.

—Jum...

—Antes de entrar, debéis saber esto para no cagarla —dijo Natch enviando unos datos a los móviles de los invitados.

—¿Qué es ésto? —preguntó Lainier ojeando la información—. ¿Las leyes de La Kúpula?

—Éso es. Las Leyes Básicas. Leedlas detenidamente y así sabréis a qué ateneros.

Las Leyes de La Kúpula.

1. La Kúpula se rige por un Consejo General formado por doce miembros, elegidos en función de sus capacidades. Todas sus propuestas se deben aprobar por referéndum popular. El pueblo puede presentar sus propias propuestas al Consejo a través del Defensor del Pueblo. Todas las acciones y maniobras del Consejo deben ser transparentes a los ojos de los ciudadanos.

2. Todas las empresas y servicios de La Kúpula son públicos. Queda abolida la propiedad privada, la familia y el derecho de herencia.

3. El consejo confiscará todo el dinero y bienes materiales que los residentes de La Kúpula traigan del exterior. El Consejo dispondrá de ellos como cree conveniente, repartiendo parte entre los ciudadanos según sus necesidades y destinando parte al mantenimiento y/o crecimiento de la ciudad.

4. Todos los residentes de La Kúpula deben someterse a la implantación de nanorobots en el cuerpo, que asegurarán que el emplazamiento y/o los secretos de la ciudad no sean revelados a posibles enemigos. Los nanorobots causarán la muerte inmediata del que se atreva a dar detalles de La Kúpula.

5. No se permite llevar armas por la calle, excepto a las Milicias Rojas, que asegurarán el orden y el cumplimiento de la ley en la ciudad.

6. El Consejo regulará las actividades de los Piratas Espaciales. Una de las reglas básicas es no traer prisioneros, salvo previo permiso del Consejo, por riesgo de rastreo o similar.

7. Los refugiados y los invitados deben ser tratados con equidad, aunque no compartan nuestras opiniones.

8. El Consejo regulará las invitaciones a La Kúpula. Nadie podrá traer a nadie a La Kúpula sin el consentimiento expreso del Consejo.

9. Todos los ciudadanos de La Kúpula deben defender la ciudad y a sus conciudadanos en caso de ataque.

10. El aire de La Kúpula se renueva cada largo tiempo. Por eso, queda terminantemente prohibido fumar, los aerosoles contaminantes, el transporte privado contaminante y otras fuentes similares. Se usará el transporte público. Se permitirán las fuentes contaminantes siempre que el nivel esté por debajo del límite marcado por las autoridades científicas pertinentes y existan para favorecer la vida del ciudadano o el progreso de la ciudad en general; por ejemplo, la contaminación producida por diversas fábricas y la basura.

11. Queda prohibido el consumo de drogas, salvo prescripción médica. Los ciudadanos de La Kúpula deben estar en plenas facultades físicas y mentales para poder hacer frente a posibles ataques. Esta prohibición se extiende fuera de los límites de La Kúpula. Para prevenir problemas, esta Ley se extiende a los invitados, pero por supuesto, sólo cuando estén dentro de La Kúpula. Sin embargo, no podrán entrar en La Kúpula bajo los efectos de las drogas.

12. Debido al reducido tamaño de La Kúpula, el gobierno regulará la natalidad y la tenencia de mascotas.

13. El Consejo dispondrá de los órganos de los fallecidos como crea conveniente. Debido al reducido tamaño de la ciudad, los cuerpos serán incinerados y arrojados al espacio.

14. Debido al reducido espacio de La Kúpula, y por consiguiente, al pequeño tamaño de su prisión, todos los que incumplan las Leyes serán multados, expulsados de la ciudad o ejecutados. La lista completa de Leyes, así como las penas pertinentes, están listadas en el Código Penal.

—No me lo puedo creer —dijo Lainier, alzando la mirada.

—Pues créetelo —contestó Artic sonriendo—. De hecho, tienes a tu lado al Ministro de Industria.

Lainier se giró hacia Sigfried.

—Wiii —rió Sigfried, haciendo el gesto de la victoria con la mano derecha.

—Ministro y pirata, qué caña —dijo ElArtista—. Yo pensaba que los dirigentes serían unas ratas cobardes que no saldrían de su escondrijo ni pa cagar, como hacen la mayoría de políticos. Estoy sorprendido.

—Me alegro de ello.

—No te alegres tanto. Por lo que a mí respecta, vuestra peligrosidad ha aumentado considerablemente...

La nave entró por una puerta en el meteorito sobre el que estaba asentada la ciudad. Aterrizó en un gran hangar, repleto de otras naves. Los invitados subieron por un ascensor hasta la ciudad. Se pararon a contemplar un momento la urbe. Parecía una ciudad normal y corriente, con la excepción de que la mayoría de edificios eran clónicos, y que apenas se veían vehículos por las calles. La mayoría eran autobuses o coches patrulla de las Milicias Rojas.

—Vamos a tomar algo —dijo Natch a los invitados.

—No tan deprisa —dijo una voz.

Los invitados contemplaron a una persona que se aproximaba, escoltada por cuatro miembros de las Milicias Rojas, obviamente uniformados de rojo. El hombre que había hablado vestía completamente de rojo, con excepción de la estrella amarilla que lucía en el centro de su peto metálico, y la hoz y el martillo que adornaba la hombrera metálica izquierda. Una especie de túnica caía desde debajo del peto hasta la altura de los tobillos, dotada de una capucha que cubría su cabeza y ocultaba casi todos sus rasgos, aunque se podía apreciar su pelo largo y oscuro, algo enmarañado, y su barba de tres días. Parecía llevar una camisa y pantalones holgados debajo. Del cuello colgaba un amuleto celta. No parecía ir armado. Los invitados supusieron que bajo esta túnica llevaba otras piezas de armadura.

—Saludos... —dijo el hombre de rojo, retirando su capucha. Hablaba en perfecto castellano.

Se trataba un joven de edad algo superior a la de los clones. Sufría un ligero estrabismo: su ojo izquierdo se desviaba ligeramente a la izquierda.

—Este es SuNSeT —explicó Sigfried a los recién llegados—. Es miembro del Consejo General, y artífice y promotor de las Leyes Básicas 4, 5, 6, 7, 8, 14 y 15, así como el creador del Código Penal vigente, Ministro de Justicia

y Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales.

—¿Código Penal? ¿Ese que tiene pena de muerte? —preguntó Lainier en tono serio mirando a SuNSeT.

—Ése mismo —respondió SuNSeT sonriendo—. Pero es una ley pasajera. No hay más remedio. Cuando tengamos una ciudad definitiva, no hará falta. No se equivoque, a mí no me gusta la pena de muerte porque los errores judiciales pueden matar a inocentes; el derecho a vivir de los criminales no es lo que me preocupa.

—Duras palabras para un socialista —dijo Lainier, que en realidad pensaba como SuNSeT, pero no le parecía prudente en absoluto darle la razón a un hombre potencialmente peligroso al que acababa de conocer.

—¿Y quién te ha dicho que soy socialista? —preguntó SuNSeT con expresión sombría.

—Bueno...

—Prejuzgas por el aspecto.

—En realidad, pretendía que te definieras.

—No lo conseguirás, muchacho —dijo SuNSeT sonriendo y sacando la lengua rápidamente cual serpiente, en un gesto claramente obsceno.

—Por otra parte, y si me paro a pensar —prosiguió Lainier, como si no hubiera visto nada—, el rechazo a los derechos de ciertas personas sí que puede considerarse socialista, ya que, aunque los partidos izquierdistas europeos modernos han defendido los derechos humanos universales, los antiguos comunistas como Stalin...

—Hey, para el carro —dijo Sigfried—. Stalin estaba como una cabra y no debería haber gobernado. Debería haber sido Trotsky quién...

—Déjalo, camarada —intervino SuNSeT—. ¿No ves que está intentando cazarme? Pero no le voy a decir nada.

—¿Podéis dejar de hablar de gilipolleces políticas? —intervino Berllerak.

—Por fin alguien con sentido común en tu grupo —dijo SuNSeT a Lainier sonriendo.

—Pues no soy socialista...

—El sentido común es una cosa y la moralidad otra.

—En cualquier caso, eres un socialista de verdad, ¿no? —preguntó Lainier.

—Qué pesado eres —contestó SuNSeT—. No te facilitaré el trabajo. Dedúcelo tú mismo.

—Bueno, llevas la hoz y el martillo en el hombro, así que...

—Pues eso...

—En realidad no está claro. Eso no es más que un símbolo. Se nos define por nuestros actos. Así que hablemos de ellos: ¿qué hay de tus crímenes?

—¿Qué crímenes?

—Los que tienes pendientes de juicio.

—Repito: ¿qué crímenes?

—Eres Rodalgar Juvenal, buscado por desorden público y actos vandálicos, antiguo líder del grupo revolucionario Los Rojos Salvajes. Atacabais diversas instituciones gubernamentales y privadas. Causasteis pérdidas millonarias en varios planetas. Se ofrece una buena recompensa por tu cabeza.

—60.100 euros para ser exactos —señaló Night Stalker.

—Cierto es —admitió SuNSeT—. Pero tú has de saber que ciertos gobiernos decidieron quitarnos de en medio porque éramos una amenaza contra ellos. No por el vandalismo, sino porque nos veían como un peligro. Ejecutaron a varios Rojos Salvajes. Por eso escapamos, y decidimos crear nuestra propia sociedad.

—Ya lo veo. Menuda ciudad os habéis montado.

—Sí. No está mal. Pero no la fundamos nosotros: fue obra de socialistas antiguos, de los tiempos de la Masacre Internacional e incluso puede que antes. En cualquier caso creo que fueron los terrestres los que tuvieron la idea de fundar la ciudad.

—Fundada con el robo, el saqueo y el pillaje, claro... una ciudad de criminales, para qué vamos a engañarnos.

—¡Muy bien, Lai, caña a esos rojos! —le animó Berllerak.

—Excelente manera de empezar las negociaciones, Lai —añadió ElArtista—. Ni yo lo hubiera hecho mejor.

—Sí es que cuando me pongo, me pongo —dijo Lainier, girándose un instante hacia sus compañeros.

—La revolución nunca es pacífica —explicó SuNSeT sin inmutarse—, y en cualquier caso, la naturaleza aislada y secreta de este lugar nos obliga a actuar así. Sacamos diversas materias primas de los asteroides: minerales e incluso agua, ya que muchos contienen hielo, pero no es suficiente. Ya que los otros estados no están deseosos de tratar ni respetar a los comunistas, nos vemos obligados a recurrir al pillaje.

—Pues robarles no va a contribuir a aumentar ese respeto... —murmuró Berllerak.

—Hablando de la naturaleza de este lugar, me he fijado que tenéis una suerte de burocracia... un Consejo o algo así —prosiguió Lainier—. De lo que deduzco que no habéis alcanzado el estadio comunista, sino que os encontráis en la fase de la dictadura del proletariado, o algo por el estilo.

—Ciertamente, así es. Es difícil alcanzar un comunismo estricto en estas condiciones. Me sorprende tu erudición política. Por tus palabras, deduzco que no sois soldados cualesquiera del Escuadrón Rojo.

—No. Somos el Cuerpo de Asalto Clon.

—¡Ja! ¡El Cuerpo de Asalto! ¡Vosotros sois los bastardos que el gobierno de Thuris creó precisamente para deshacerse de nosotros!

—¿Lo somos? —preguntó ElArtista a Lainier.

—¿Y yo que sé? —respondió Lainier—. Hice caer al gobierno antes de que tuviera tiempo de enviarnos tras estos tipos.

—Claro —dijo SuNSeT sonriendo—. Ahora no disimuléis. Sois sicarios del gobierno.

—Hey, que yo hice caer al gobierno precisamente por intentar manipularnos.

—Sin duda porque tenías algo que ganar, pues hasta que no te expulsaron del cuerpo, no hiciste nada para cambiar la situación, lo que demuestra que el bienestar de Thuris no te importaba nada, sino seguir cobrando tu buen sueldo todos los meses.

—Así que has seguido mi caso.

—Sí. Tú eres Lainier Sind. Al principio no te había reconocido hasta que me habéis dicho que erais el Cuerpo de Asalto Clon. Es que no suelo ver mucho la tele.

—Te digo lo mismo que le dije a otro que me acusó de lo mismo: Si no actué antes era porque era un novato y no estaba preparado. Esperaba el momento justo. Pero tras mi forzada dimisión me vi obligado a actuar. Puse en marcha un plan absurdo y ridículamente simple, que sin embargo, funcionó.

—Las cosas más simples suelen ser las que funcionan.

—De hecho, fijate que fácil va a ser detenerte. Me han traído hasta tu mismo lado.

—¿Es que piensas detenerme? ¿Y crees que lo vas a conseguir aquí, en mi ciudad?

—Claro.

—Lainier, cálmate... —dijo Natch acercándose.

—Apártate, Natch —intervino SuNSeT frenando a su conciudadano con la mano derecha. Natch dio un paso atrás y se preparó para lo peor. SuNSeT volvió a dirigirse a Lainier—. Eres... una perra... ¿y cómo crees que me vas a detener aquí?

—Aún no lo sé. Dame tiempo, joer —dijo Lainier sonriendo.

—Ten cuidado no sea que mañana te despiertes y te encuentres con un agujero en el culo así de gordo —dijo SuNSeT haciendo un círculo con las manos, sonriendo también.

—No caerá esa breva.

—Brevas más grandes han caído.

—Esta me parece una forma fascinante de comenzar las negociaciones.

—¿A que mola?

—En cualquier caso, no vamos a entrar en esa materia hasta que echemos un ojo a la ciudad.

—Es comprensible, pero no tardéis mucho. Mientras estáis aquí, hay una guerra ahí fuera. Bueno, adiós, carroña infecta.

—Adiós, engendro vermiforme.

SuNSeT se retiró.

—Como iba diciendo —dijo Natch—, vamos a tomar algo.

—¿Hay putas? —preguntó Berllerak.

—¿Putas? —repitió Natch—. Pues claro que hay. Aquí la prostitución es legal y está regulada por el gobierno.

—Pues nada, a inspeccionar los prostíbulos. Por lo general no me gusta recurrir a estos métodos, pero como venimos para trabajar no voy a tener tiempo para seducir mujeres, así que si hay que pagar, se paga.

—Por no mencionar que vas a aprovechar que el Estado nos paga todos los gastos del viaje, ¿no? —preguntó ElArtista.

—Ahí las dao. Esto lo justifico como gastos diplomáticos y au —Berllerak volvió a dirigirse a Natch—. ¿Dónde está el local?

—Tres calles más abajo, tuerces a la derecha —explicó Natch—. Llegarás a una parada de autobús. Coges el A-2 y te bajas en la quinta parada. Verás un edificio precioso lleno de lucecitas...

—Vale, tío.

Berllerak se alejó de allí.

—Voy a acompañarte por si necesitas refuerzos —dijo el Capitán, que siguió a Berllerak.

—Yo voy a mi apartamento —dijo Sigfried, dirigiéndose en una parada de autobús—. El que quiera venir al hotel, que venga conmigo, que el autobús para al lado.

ElArtista, Tete y Night Stalker se fueron con Sigfried.

—Yo voy a presentar informes a mis superiores —explicó Artic, y se fue a otra parada de autobús.

—Joder, se van todos —se quejó Natch—. ¿Tú te vienes conmigo o qué?

—Yo no bebo.

—Es igual. Así podemos hablar.

—Bien.

Natch comenzó a caminar calle abajo. Lainier le seguía. Tras un cuarto de hora llegaron a un gran bar.

Los clones entraron. La barra se encontraba a la derecha. A la izquierda había más de veinte mesas redondas de mármol negro. Las paredes estaban adornadas con fotografías de lo que parecían ser habitantes ilustres de La Kúpula. Lainier reconoció a SuNSeT y Artic. Intentó buscar alguna persona capaz de crear las nanomáquinas, o simplemente de diseñar La Kúpula, pero no encontró ninguna. El local estaba casi desierto. Apenas había un par de personas en la barra y cuatro tipos en las mesas, tomando alcohol. Natch se sentó en un taburete cerca de la barra y Lainier se sentó a su derecha. El barman se acercó. Era un tío grande y fornido.

—¡Hombre, Natch! ¿Qué vas a tomar? —dijo con voz grave.

—Un whisky.

—Te quedan cinco puntos. Y tu amigo, ¿qué va a tomar?

—No bebo —contestó Lainier.

—El Consejo de La Kúpula sería feliz con ciudadanos como tú —contestó el barman, y se fue a preparar la bebida.

—¿Qué es eso de los puntos? —preguntó Lainier a Natch.

—Las drogas están prohibidas, pero nos dejan tomar alcohol en cierta medida —explicó Natch—. Los puntos miden la cantidad de alcohol que podemos ingerir en una semana y en un día. Ahora acabo de gastarme cuatro puntos en un whisky.

—Fascinante.

Natch engulló el whisky de un trago y sacó su móvil del bolsillo.

—¿Sabes luchar, Lainier? —preguntó, mientras consultaba el cacharro.

—¿Qué si sé luchar? Claro.

—Me refiero a luchar de verdad. Nuestro entrenamiento está bien, pero no es excelente. No llega a los niveles del Rekall Kombo más selecto, o de cualquier arte marcial oriental que se precie.

—En Valencia tuve contacto con un maestro de Rekall Kombo llamado Zenith que pretendía mejorar mi estilo.

—¿Lo consiguió?

—No. ¡No tengo tiempo de entrenar en serio con la guerra! Solo me enseñó algunas técnicas de meditación para reprimir el dolor y concentrarme en la batalla. Y he de decir que tampoco es que lo aprendiera muy bien...

—Vamos, que estás hecho un mierda...

—Joder... tampoco es eso.

—No te preocupes. Si yo estoy peor que tú. Yo no tengo ni puta idea de Rekall Kombo, pero te lo digo por si te interesa ésto.

Natch puso el móvil sobre la barra.

—¿Qué es?

—Lee, coño.

En la pantalla se podía leer esto:

#### EVENTO ESPECIAL DE LUCHA BLINDADA.

EDICIÓN Nº 5. Año 2156.

Apúntate al Evento Especial de Rekall Kombo blindado. Inscripción gratuita.

El ganador recibirá un trofeo y la mitad de la recaudación en taquilla. Para apuntarte acude al Koliseo Marcial, en el centro de la ciudad, o llama al A-123938 o entra en nuestra web: [www.torneo-rk.com](http://www.torneo-rk.com)

Normas del Torneo:

1. Los luchadores pueden pertenecer a cualquier raza o sexo, pero su edad no puede ser inferior a la marcada por La Kúpula para cada raza. (Contacten con la organización para más información).

2. Los cyborgs están admitidos, pero no podrán usar armadura de combate. Se considerarán cyborgs aquellos participantes con implantes cibernéticos de clase A. Se permite a los participantes no cyborgs el uso de armaduras de combate de clase A y B.

3. Solo se permiten las armas cuerpo a cuerpo.

4. REGLA EXCEPCIONAL DE ESTA EDICIÓN.

El Consejo General de La Kúpula ha aprobado la propuesta del Coordinador de Actividades Deportivas, Larac Braihl, y el Ministro de Justicia, Trabajo y Asuntos Sociales SuNSeT, para permitir la participación de aliados del gobierno neo en el Torneo. Los aliados neos están en La Kúpula en calidad de invitados. Se permite a los aliados neos matar en combate a los no aliados, y viceversa, sin que sufran represalias de ningún tipo.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Lainier con los ojos clavados en la pantalla.

—Joder, no paráis de repetir lo mismo —dijo Natch—. Nos ha costado, pero hemos llegado a un acuerdo con el enemigo. El interlocutor ha sido el general Kishwox, de los thorn, que aunque es un tío temible, todo el mundo sabe que es de fiar. Le hemos entregado una gran cantidad de rehenes kupulenses y a cambio él envía a un par de luchadores. Son cyborgs, así que grabarán su estancia aquí, incluyendo el combate, y cuando Kishwox reciba la grabación y compruebe que no ha habido juego sucio, liberará a los rehenes.

—¿De verdad crees que alguien se va a apuntar a este torneo sabiendo que los neos pueden matarle?

—Por supuesto. De hecho, SuNSeT hizo esta propuesta porque muchos luchadores manifestaron su deseo de enfrentarse cuerpo a cuerpo con esos bastardos. Creen que pueden ganar.

—Joder, estáis grillaos.

—Mira. Ésta es la lista provisional de participantes —dijo Natch, tecleando en el móvil para que apareciese la información—. Faltan algunos nombres. Si alguno de vosotros va a apuntarse, que lo haga ya.

#### LISTA DE PARTICIPANTES.

1. Slyver
2. Speed
3. Sigfried
4. Middawn

- 5.
- 6.
- 7.
- 8.

—¿¿Speed?? —exclamó Lainier—. ¿¿Cómo demonios lo habéis dejado participar?? ¡¡Si los láser están prohibidos, entonces no hay nada que hacer!! ¡¡Y las armas electromagnéticas tampoco le afectan!! ¡¡Todos los cyborgs están apantallados!!

—Je, je... —Natch sonrió—. Y sin embargo, uno de los luchadores nos ha asegurado y demostrado que puede acabar con él, y por eso le hemos dejado participar.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Completamente.

—Bien. Tenemos a Speed, que lo tengo muy visto. A Slyver apenas lo conozco, pero no parece un modelo muy resistente. Seguramente lo han castigado a participar por su pérdida de Valencia. ¿Algún enemigo más?

—Solo esos.

—Bien. Me gustaría apuntarme, pero no tengo armadura de combate, y sin una no creo que durara mucho en pie. Podrías habernos dicho lo del Torneo antes de venir.

—Pero si acabo de enterarme. ¿Cómo quieres que consulte las webs de La Kúpula si estoy a años luz de distancia? Pero el torneo es dentro de dos días, así que da tiempo de sobra a enviar a alguien a recoger tu armadura.

—¿Tú sabes que con ese dato que me has dicho, intentaré calcular la distancia a la que está La Kúpula del Red Squadron?

—Como si un margen de tiempo de dos días te sirviese para delimitar una pequeña zona de la galaxia... Bueno, como iba diciendo, si no llega tu armadura, tenemos algunas sin usar en la ciudad, y seguro que te venden una por un precio abusivo.

—No, gracias, prefiero una armadura de Cyborg Inc.

—¿No te fías de la calidad de nuestra tecnología? ¡Fíjate en las nanomáquinas! Y por dinero tampoco será... ¡Paga el Estado!

—Lo de las nanomáquinas es fascinante y aún no tengo claro quién coño os las pudo fabricar. Tengo algunos nombres de científicos desertores en mente, pero ya trataremos ese tema más adelante. Si no quiero una armadura de aquí, es porque vosotros ya conocéis como funciona, y no quiero estar en desventaja táctica.

Lainier realizó una llamada con su móvil, pero apareció el buzón de voz:

—Ha llamado a Berllerak. En estos momentos toi ocupado. Deje su mensaje cuando oiga la señal.

—Mierda —se quejó Lainier, colgando—. Ya está en faena. Bueno, mandaré un mensaje a todo el mundo para avisarles y a tomar por culo. Y si no se coscan a tiempo, que sa jodan.

—Mira, esto es una foto del Koliseo.

Natch volvió a teclear en el móvil. El Koliseo apareció en pantalla. Era un estadio cubierto de un tamaño impresionante, como diez campos de fútbol.

—¿Qué te parece? —preguntó Natch.

—Enorme —contestó Lainier—. ¿Qué hay dentro?

—Pues unas cuantas gradas y el campo de batalla.

—Joder. Pues no lo entiendo. Somos ocho participantes.

—Sí, pero te tengo que contar las reglas del torneo.

—¿No son las que me has mostrado antes?

—Me refiero a la organización de los combates.

—¿Eliminatorias y tal?

—No.

—¿¿No??

—No. Los luchadores entran por diversas puertas al campo de batalla, un enorme recinto que contiene las ruinas de un antiguo barrio que fue pasto de las llamas. Una vez dentro de ese antiguo barrio, los luchadores pueden combatir como les dé la gana, teniendo en cuenta las reglas básicas. Esto quiere decir que los combates no tienen porqué ser necesariamente de uno contra uno. Los luchadores se dejan a su suerte en el barrio, y ya se encargarán de buscar a sus posibles rivales. Hay diversas cámaras por la ciudad y en la bóveda que conectan con diversos monitores situados en las gradas que rodean el campo de batalla. Los descansos son raros, y se producen solamente en dos casos: una cuando uno de los luchadores no tiene rival. Entonces puede pedir un descanso de hasta media hora, llamado Descanso Individual. Debe alzar un brazo con el puño cerrado, o simplemente pedirlo en voz alta. Entonces inmediatamente se le retirará del campo de batalla y se le llevará a su zona de salida. El otro descanso se produce cuando nadie está luchando, y es obligatorio. Dura una hora si hay más de cinco luchadores en el campo de batalla, tres horas si hay entre seis y tres, y un día si solo quedan dos. Esto se llama Descanso Global. Entre cada Descanso Global y el siguiente, un luchador puede pedir un solo Descanso Individual. Si mientras disfruta de su Descanso Individual, los otros luchadores entran en el Descanso Global, entonces ese luchador se considera que está en el Descanso Global. Las armaduras solo pueden repararse durante un Descanso Global. Por ejemplo: comienza el combate. Los luchadores comienzan a buscar sus enemigos, y comienzan a pelear. Dos de ellos se enfrentan contra otro, y le ganan, pero en vez de pelear entre ellos dos, deciden descansar, así que piden un Descanso Individual y se retiran durante media hora. Después van cayendo

participantes. En un momento dado quedan seis, pero están tan dispersados que nadie está luchando. Están buscándose. En ese momento, se declara un Descanso Global de tres horas y los luchadores se retiran. Después de tres horas vuelven al campo de batalla, y por supuesto esta vez se les deja que se busquen. Se encuentran y comienzan a luchar. Quedan dos en pie, pero no quieren seguir luchando, así que deciden descansar. Como ya no hay más participantes, se considera un Descanso Global, así que descansan durante un día y después siguen peleando. Por supuesto, es norma común que cuantos menos luchadores queden, más se recurra al Descanso Global. En cuanto uno cae, los demás se ponen de acuerdo y dejan de pelear, con lo cual descansan, y después vuelven a la carga. Por eso, el combate se puede alargar durante mucho tiempo. En los boxes de cada participante hay comida, un retrete, etc... Una vez un combate duró dos días. Pero claro, la mayor parte del tiempo es descanso... Un luchador pierde cuando muere, no se levanta del suelo en diez segundos, queda inconsciente o se rinde.

—Bueno, creo que más o menos lo he entendido...

Finalmente, Lainier pudo ponerse en contacto con sus compañeros e informarles del torneo. Al día siguiente, la lista de participantes se había completado con Lainier, ElArtista, el Kapitán, y Night Stalker. Lainier, Berllerak y ElArtista bajaron a la calle a dar una vuelta para estudiar la ciudad. Abajo les esperaba Tete.

—Buenos días—saludó el clon—. He venido con vuestras armaduras. Las tengo en un camión aquí al lado.

—¿Quién te ha traído? —preguntó Lainier.

—Artic, y antes de que digas nada, no he podido averiguar dónde coño se encuentra esta ciudad. Me han privado de mis sentidos como la otra vez.

—Era de suponer. La única pista que tenemos es el tiempo que se tarda en llegar, y eso es bastante inútil. ¿Vienes a dar una vuelta?

—No, tengo que subir las armaduras, y luego me echaré un rato, que estoy cansado de tanto ir y venir.

—Te ayudaríamos, pero tenemos que investigar este lugar.

—O dicho de otro modo —dijo ElArtista—, no queremos cansarnos.

Los clones prosiguieron su camino, deambulando por las calles de la ciudad, estudiando el curioso fenómeno sociológico.

—Berllerak, no te has apuntado al torneo —dijo Lainier.

—El cabrón del Artista me encerró en el baño para impedir que me apuntara —contestó Berllerak.

—Sólo quedaba una plaza libre, tío —alegó ElArtista.

—Bueno, quizás así sea mejor. Que mis enemigos sigan pensando que solo soy bueno con la medicina y tecnología...

—Kapitán, ¿qué armadura vas a usar? —preguntó Lainier.

—Ah, no, no te lo voy a decir, que así ya te preparas, cabrón —dijo el Kapitán sonriendo.

—Y tú tampoco me lo vas a decir, Tete —dijo Lainier.

—Pues no —contestó Tete.

—Y antes de que digas nada, yo tampoco —añadió ElArtista.

—No, si ya... —dijo Lainier.

—No te preocupes, Lai —dijo Berllerak—. Tu armadura será mejor que la de ellos. He pedido un permiso a Cyborg Inc. para que traigan un nuevo traje de combate experimental, la Armadura 457.

—Un nombre muy original.

—¿No te he dicho que es experimental, coño? ¡Es un nombre provisional!

—Oye, no explotará o algo de eso, ¿verdad?

—No, en materia de seguridad y estabilidad está totalmente acabada. El caso es que es nuestra mejor armadura y tendrás el honor de estrenarla y probarla, así de como pagar los desperfectos si la rompes por negligencia.

Al cabo de unos minutos Lainier se quedó mirando a alguien que caminaba por la otra acera en dirección contraria. Arqueó la cabeza y dijo:

—¡Joder! ¡Es Nevuroy!

—Coño, pos es verdad —dijo ElArtista.

—¿Qué está haciendo ese aquí? —se preguntó Berllerak.

—¿No es obvio? —dijo Lainier mientras corría a la acera de enfrente. ElArtista le siguió, pero Berllerak se quedó atrás. Nevuroy les vio aproximarse.

—¡Joder! —exclamó, e inmediatamente se dio la vuelta y comenzó a correr.

Los clones los persiguieron unos metros, pero un Miliciano Rojo se interpuso. Los clones se detuvieron, dudando sobre qué hacer.

—Compórtense —dijo el Miliciano.

El kupulense era un humano de edad similar a los clones, con cabello corto y castaño. Su rostro se mostraba sumamente serio, y aunque era de complexión delgada, no parecía tener miedo de los clones. Vestía con un uniforme rojo parecido al de Natch.

—Se está escapando ese tío —dijo Lainier, señalando a Nevuroy, que ya se encontraba bastante lejos. En circunstancias normales, Lainier habría tratado de noquear a aquel hombre y correr tras Nevuroy, pero estaba en La Kúpula y no le parecía una buena idea.

—Ya lo sé. Ustedes le perseguía.

—Claro. Somos policías.

—Y aquí no tiene poder alguno. Esta no es su ciudad. Ni siquiera es su planeta. ¿Comprende?

—Joder, pero ese tío... en mi ciudad es un delincuente que...

—Aquí hay muchas personas que son delincuentes en muchas ciudades. Están aquí como invitados. No se deshonren.

—Un momento... ¿están aquí como invitados? ¿Se refiere a nosotros o a los delincuentes? ¿Ese tipo que acaba de huir es un invitado o es kupulense?

—Yo solo sé que ustedes estaban persiguiendo a una persona y los he detenido.

—Pues yo creo que sabe algo más, porque si no conociera a ese hombre de nada, también lo habría detenido a él para ver qué estaba pasando, pero lo ha dejado escapar.

—Si usted lo dice...

—¿Lo matamos, Lai? —preguntó ElArtista, sin dejar de mirar fijamente al Miliciano, pero éste no pareció inmutarse. Quizás porque era obvio que ElArtista se estaba marcando un farol. Ni él era tan insensato como para iniciar un combate en La Kúpula.

—Calla, Artista... —murmuró Lainier. Después volvió a dirigirse al agente—, Verá, señor, en realidad no corríamos tras él para detenerle. Solo queríamos... hablar con él.

—Él no parecía querer hablar con ustedes. Si no tienen nada más que explicar, prosigo con mi ronda.

—Prosiga, prosiga...

El Miliciano se alejó de los clones. En ese momento Berllerak se acercó a sus compañeros.

—¿Y tú por qué no nos has seguido? —preguntó Lainier.

—Porque yo soy listo —explicó Berllerak—. Si queréis meteros en líos, allá vosotros. Para coger a Nevu, podemos preguntarle a Natch. A lo mejor sabe dónde se hospeda. Y si no, ya lo trincaremos en Valencia.

—Si vuelve allí.

Lainier acudió a casa de Natch. Su piso era clónico, situado en el quinto piso de un bloque de viviendas en la parte sur de la ciudad, en el fondo de un largo pasillo a la izquierda. Lainier llamó a la puerta. Natch la abrió.

—Buenas —dijo.

—Necesito saber dónde vive un tipo llamado Nevuroy —dijo Lainier—. Es un tipo bajito, pelo oscuro...

—Para el carro. ¿Para qué quieres saber eso?

—Es que le conozco.

—Joder, Lai. Si conoces a alguien de aquí, quieres decir que le conoces porque está buscado por la policía. No te voy a decir dónde vive.

—Tranquilo, es amigo de Berllerak, ElArtista y mío. Le conocemos desde que estábamos en la Academia. Si haces memoria a lo mejor te acuerdas de ver su nick por el chat.

—Mmm... Me suena... Sin embargo, tú me ocultas cosas.

—Vamos, hombre. Aquí no le voy a detener. Pero quiero hacerle unas cuantas preguntas. Para ver qué hace aquí exactamente. ¿No te sorprendería encontrarte a un amigo aquí?

—Mira, o me hablas claro o no te ayudo.

Lainier dudó unos momentos y al final habló:

—Es mi informador en Valencia. Tiene pequeños negocios suyos y se entera de mucha de la mierda que ocurre en la ciudad. Esto no lo saben ni Berllerak ni ElArtista. Los informadores deben mantenerse en secreto. Me es muy útil, pero el hecho de que esté relacionado con La Kúpula me preocupa. Eso me puede meter en un buen lío. Algunos enemigos políticos podrían usarlo contra mí.

—¿Lo detendrás cuando llegues a Valencia?

—Tanto como si me lo dices como si no, voy a detenerle allí. ¿Pero prefieres que le interrogue aquí o allí?

—Vive en el norte de la ciudad. Bloque H3-1. Piso 2. Puerta 3. No tiene pérdida. La fachada es negra y de aspecto metálico.

—Bien. Gracias.

Lainier se alejó de allí.

El Bloque H3-1 era, como todos, un edificio clónico, donde sólo cambiaba el aspecto externo. Estaba situado entre dos bloques de edificios de color marrón claro. El edificio estaba cerrado, por supuesto, así que Lainier decidió ir a lo simple: llamó al timbre.

—Diga —dijo una voz por el portero automático.

—Traigo su pizza.

—Jo, jo, jo, qué gracioso, Lai. Vuélvete por donde has venido, anda...

—No seas capullo. Sé donde vives. Baja ahora o subo yo. Antes o después te pillaré.

—Que te den.

—Sólo quiero hablar.

—Por supuesto. Aquí tu poder es nulo. No puedes hacer nada.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

—De que después nos tenemos que ver en Valencia.

—Pues no vuelvas a ella.

—Es mi ciudad, y tengo todos los negocios allí. No puedo abandonarla tan fácilmente.

—¿Subo o bajas?

—Sube.

La puerta se abrió y Lainier subió al piso de Nevuroy. La puerta estaba abierta. El clon entró con mucho cuidado. Nevuroy estaba sentado en la salita ante un ordenador.

—Cierra la puerta —dijo sin apartar la mirada del monitor.

Lainier obedeció y se acercó a Nevuroy. Cogió una silla y se sentó a su izquierda.

—Usted dirá —dijo el clon.

—¿Usted dirá, qué? —replicó Nevuroy.

—Qué hace aquí.

—Navegar, ¿Es que no lo ves? Aunque la variedad de páginas es escasa...

—Muy bien. ¿Y aparte de eso?

—No soy un revolucionario. Ni siquiera un refugiado. No te preocupes por eso.

—Muy bien. ¿Entonces qué eres? ¿Un invitado?

—Exacto.

—¿Y por qué estás invitado?

—Ya ves. Me invitaron y punto.

—¡Vamos, hombre! ¡Habla ya!

—Soy el enlace de La Kúpula en Valencia. Ayudo a los revolucionarios a entrar y salir de la ciudad. Les presto diversos servicios. Pagan bien. Cuando los neos atacaron Valencia, lograron sacarme y me trajeron aquí.

—Fascinante. Así que era eso en lo que estabas metido. Por eso te iban tan bien las cosas últimamente...

—Sí, no me puedo quejar...

—Y seguro que usas tu posición en la Sección Bit para ayudar a los kupulenses...

—Saca tus propias conclusiones...

—¿Eres consciente de que esto es mucho más grave de lo que sueles hacer? Debería detenerte.

—¿Ya no te soy útil?

—Sí, pero no me gusta en lo que andas metido. Tratas con revolucionarios. Muchos están buscados por terrorismo.

—No te creas todo lo que dicen por ahí.

—Supongamos que no son tan malvados como dicen. Aún así, ¿pretendes hacerme creer que, entre un millón de personas, no va a haber un solo radical peligroso?

—Seguramente. Pero incluso así, cumplen las leyes de La Kúpula, ya que no tienen más remedio, y La Kúpula no usa violencia indiscriminada.

—¡Ja! ¡Me gustaría ver todas las Leyes al completo, así como los métodos de trabajo! ¡Son revolucionarios! ¡Deben derribar el sistema!

—Mira, Lainier, si no tienes nada mejor que decir, lárgate. Ya hablaremos en Valencia, si me encuentras, claro...

—Muy bien —dijo Lainier alzándose—. Adiós, pues.

—Que yo sepa, Lai —dijo Nevu antes de que el clon saliese por la puerta—, tú no eres el más indicado para hablar de estos temas.

—No sé de qué me hablas —dijo Lainier con una sonrisa.

—¡Y si tú te olvidas de mi trato con los kupulenses, ellos tampoco sabrán de qué hablo! —añadió Nevuroy con otra sonrisa.

—¡Digamos que a nadie le conviene que se sepan ciertas cosas! —remató el clon, cerrando la puerta tras de sí.

Técnicamente, era de noche. La Kúpula había apagado la mayoría de luces que servían para simular la luz diurna.

—Esto es un mar de recompensas —dijo Night Stalker contemplando la ciudad desde la azotea del bloque dónde estaba alojado, con los brazos cruzados y erguido de manera orgullosa.

—Sí, pero no podrás cobrar ninguna —señaló Lainier, que estaba detrás suyo a la izquierda.

Night Stalker volvió la cabeza hacia su compañero.

—Ya veremos —dijo, y volvió a fijar la mirada en las calles de La Kúpula.

—¿Ya veremos?

—Eso es.

—¿Cómo piensas capturar a alguien?

—Vamos a estar aquí algún tiempo mientras negociamos un posible acuerdo y nos cargamos a esos neos. Estudiaré los movimientos de diversos ciudadanos. Sus entradas, sus salidas. Si no los cazo dentro, los cazaré fuera.

—Lo veo difícil.

—Bien. Pero si por ejemplo, descubro que SuNSeT sale de aquí, iré tras él, aunque me pierda el torneo.

—¿No crees que es mejor combatir contra los neos?

—¿Estás seguro de que SuNSeT no es más peligroso?

—Te lo diré en cuanto negocie con él. En cualquier caso, peligroso parece. No tiene ni treinta años y mira el poder que tiene...

—Pues eso. Esta guerra podría ser ideal para él. Una vez derrotados los neos, puede aprovecharse de la debilidad de nuestro gobierno para intentar él mismo un ataque.

—No sé... primero tendría que contar con el apoyo de todo el Consejo y el pueblo...

—El pueblo votó las leyes de SuNSeT. Parece que están con él. ¿Qué vas a hacer? ¿Preguntar a todos los ciudadanos si apoyarían un hipotético ataque a La Tierra? Quien dice La Tierra, dice otros planetas. Aquí hay gente de todos lados. Si elimino a SuNSeT, quito de la mesa de negociaciones a un peligroso radical que puede entorpecer las relaciones diplomáticas entre ambos bandos.

—Quién sabe si hay alguien aún peor que él.

—¿Estás de coña? ¿No has visto que él ha sido el único del Consejo que acudió a insultarnos en nuestra cara? Y es nada más y nada menos que el creador de las Leyes. Yo creo que, realmente, por mucho Consejo General que haya, es él quien manda en la ciudad.

—Pero si todo se aprueba por referéndum...

—Ya, pero... ¿y eso que tiene que ver? Si SuNSeT es carismático y convincente, puede convencer a los demás de lo que quiera. Aunque su capacidad de mando sea igual que la del resto del Consejo, su capacidad real de imponer su voluntad gracias al poderío personal puede ser muy grande. No lo subestimes. ¡Además, controla la Justicia! ¡Eso es ideal para eliminar a los rivales!

—Estás presuponiendo muchas cosas. Quizás no haya para tanto.

—Ese hombre no es estúpido, Lainier. Conduce un país que ha dado esquinazo a La Tierra y a otros planetas durante años, que ha saqueado innumerables naves, que ha negociado un torneo con neos... Y te ha provocado. Entonces, no lo hace por estupidez, sino porque sabe que puede hacerlo. Incluso cuando se enteró de quién eras, no vaciló en su ataque, sino que continuó adelante. Ese hombre está convencido de que es superior a ti, o, como mínimo, tu igual.

—Y veo que tú también lo crees.

—Venga, Lainier... ¿analizaste su estructura muscular?

—Me fue bastante difícil con esas ropas que llevaba.

—Ropas para ocultar su poderío físico ante el resto de la gente, pero yo con mis sensores estoy más alerta. El bastardo es fuerte. Seguramente es un maestro de Rekall Kombo o algún arte marcial similar. Su armadura estaba hecha para el combate y es un modelo de alta tecnología. Pero no participa en el torneo. ¿Sabes por qué?

—Desde luego, si estás en lo cierto, no es por miedo, ya que a mí me provocó. Debe ser por otra cosa... La pérdida de un importante miembro del Consejo que ocupa dos carteras sería desastrosa para la ciudad...

—No, Lainier, no. Pretende estudiar nuestros movimientos, todo lo que hagamos cada uno de nosotros a lo largo del torneo, para poder derrotarnos después, personalmente, preferiblemente... Y con una victoria similar, ¿quién no lo seguiría a una hipotética invasión de La Tierra?

—Joder, Stalker. Sabía que eras un sádico, pero no sabía que también eras un paranoico.

—Es otra de mis virtudes, tío.

—Todo esto me parece exagerado. Además, tampoco le puede servir de mucho vernos luchar cuerpo a cuerpo. Nosotros solemos usar armas a distancia.

—Muy bien. Pero yo me voy a poner en marcha. Tengo que atraparlo antes de que salgamos de aquí, y preferiblemente antes de que empiece el torneo y estudie nuestros movimientos.

—¿Y si te lo prohíbo?

—Esta vez, no, Lainier. Esta vez estoy decidido. Aquí no puedes imponer tu ley. Aquí estamos igual, y obraré como me plazca. En cualquier caso, te recuerdo que ya no pertenezco a tu Cuerpo de Asalto. Soy un cazarecompensas. Así me gano la vida. ¿Algo más? Tengo que ponerme a trabajar...

—Como usted quiera... —dijo Lainier mientras se retiraba de la azotea.

—Señor SuNSeT, tiene una visita —dijo una voz femenina por el intercomunicador que había en la esquina derecha del escritorio de SuNSeT, una mesa de madera de roble llena de hojas digitales y discos. Hacía poco más de una hora que las luces artificiales se habían encendido, indicando el comienzo del día.

—¿Quién es? —preguntó SuNSeT, sentado sobre su cómoda silla de cuero. A la izquierda tenía el ordenador, y a ambos lados del despacho, varios archivadores. En la izquierda había un perchero especial donde reposaba su armadura. En esos momentos SuNSeT iba vestido con ropa simple de color rojo. El despacho en sí era pequeño.

—Es Lainier Sind, el invitado —dijo la secretaria.

—Avisale de que le estaré apuntando con mi arma cuando entre, para evitar agresiones. El que avisa no es traidor. No sea que al verme intente huir despendoladamente y luego vaya diciendo que si SuNSeT intentó matarle, que si tal que si cual. Después, que pase.

SuNSeT sacó una pistola de un cajón de su escritorio y apuntó a la puerta. Lainier entró y la cerró tras de sí.

—Coño, baja eso —dijo.

—Por si acaso, perra infecta. Que no me fío de ti.

—Anda que yo de ti... Pero no he venido a matarte en tu propio despacho.

—Ah, matarme —dijo SuNSeT sonriendo y rascándose la barbilla con su mano izquierda—. Así que te ha venido esa palabra a la mente. No has dicho “detenerme”. Ha sido “matarme”. ¿Puedo saber por qué?

—Porque precisamente vengo a hablarte de un tipo que te busca, y suele matar a los que atrapa.

—Pues dime, hongo purulento —SuNSeT bajó el arma y se la puso en la cintura.

—Te diré, pero no quiero que tomes represalias contra él. Ese tipo sólo cumple con su trabajo, aunque eso sí, de forma un tanto expeditiva, y quiero que se marche de aquí con nosotros, e intacto, si es posible.

—Sí, es posible —dijo SuNSeT mientras volvía a rascarse la barbilla—, pero improbable, ya que dices que quiere

matarme. Si lo intenta, las Leyes de la Kúpula son claras. Eso aquí se considera un crimen.

—Eso si ocurre dentro, pero... ¿y fuera?

—Fuera es otra cosa.

—Quiere atraparte fuera.

—Mmm... es listo. Más que tú, apestoso trozo de podredumbre infecta.

—¿Quieres saberlo o no? Hijo de la gran ramera de Babilonia...

—Hostia, eso es nuevo., jje, jje...

—Pues eso.

—Vale, di.

—Night Stalker.

—Jamás lo hubiera imaginado, tío.

—Pues ya está.

—¿Ya está? ¿Y de la negociación aún nada?

—Prefiero esperarme a que acabe el torneo.

—Pues adiós.

—Pues me piro.

Lainier se dirigió a la salida.

—¡No, espera! —gritó SuNSeT, medio riendo, alzándose de la silla y extendiendo el brazo derecho, con la mano abierta.

Lainier se detuvo y se giró.

—¿Qué paixa? —preguntó. SuNSeT volvió a sentarse.

—¿Por qué me lo cuentas? ¿Acaso pretendes que te deba algo? Pues vas de culo...

—No es eso. Es que no quiero líos.

—Vale. Puedes retirarte, maldito podenco pestilente.

—Adiós, jodido dogmático de prepotente actitud.

Lainier desapareció por la puerta.

Día del Torneo.

Los clones caminaban hacia el estadio. Parecían bastante tranquilos.

— Me he estado informando —dijo Night Stalker a sus compañeros—. El contrincante más peligroso es Sigfried, fíjate por donde. Es el actual campeón. Su armadura es muy avanzada. ¿Qué nos dice esto?

—Que lo normal es que fuera Ministro de Deportes en vez de Industria —respondió Lainier.

—Parece ser que a Sigfried solo hay una cosa que le guste más que la lucha, y es la política. Es uno de los grandes ideólogos de La Kúpula, casi al nivel de SuNSeT. La cartera de deportes le sabía a poco. Por eso le asignaron Industria. Sin embargo, no me refería a eso.

—¿A qué te referías?

—Me pregunto si SuNSeT ha traído a los neos esperando que maten a Sigfried y así librarse de un rival político. ¡No hay lugar para dos gallos en el gallinero!

—Dios santo, tu paranoia va en aumento. Apenas conozco a SuNSeT, pero no me parece capaz de eso.

—En realidad solo especulo. ¡Si puedo convencer a las autoridades de que SuNSeT es aún peor de lo que parece, podrían aumentar la recompensa!

—Ma que lo sabía...

Pasadas un par de horas, los luchadores esperaban al fin en sus cabinas, pequeñas estancias donde apenas cabían dos hombres. Un técnico ponía a punto las armaduras antes del combate.

La armadura de Lainier Sind constaba de un traje negro formado por una serie de anillos fabricados con un material duro y flexible. Encima de él tenía diversas placas metálicas de color blanco que le protegían el pecho, la espalda, los brazos, las piernas y la entrepierna. El casco estaba dotado de un avanzado visor de color azul, y poseía numerosos agujeros bajo la nariz para respirar y filtrar gases. En el casco, pecho, brazos y piernas llevaba una estrella dorada.

Las armaduras del Kapitán y ElArtista parecían bastante vulgares. La del Kapitán era de color rojo, y la de ElArtista verde claro.

Lainier estaba sentado. Berllerak estaba de pie a su izquierda, examinando la armadura.

—¿Qué tal? —preguntó Berllerak.

—Perfecta —respondió Lainier.

—Esta armadura está hecha de un nuevo material experimental tan duro como el keridio, pero más ligero. Debería ser superior a la de Sigfried. Pero como él lucha mejor, te recomiendo que evites a los rivales difíciles y dejes a Sig para el final, aprovechando su cansancio.

—¿Esperas que me ponga a correr si me encuentro con alguien superior o algo así?

—¿No correrías si te cruzas con Speed?

—Eso es distinto. Speed trataría de matarme. Por suerte parece ser que hay un participante que dice tener un método para vencerle.

—Más vale que funcione o estáis todos muertos.

—El combate comenzará en un minuto, señoras y señores —dijo una voz por el altavoz.

—Esa es la voz de Artic... —murmuró Lainier.

El minuto transcurrió, y los luchadores se pusieron en pie.

—¡Comienza el Torneo! —dijo Artic.

Las puertas de los boxes se abrieron. Estaban situados a lo largo de la periferia del campo de batalla. Los luchadores contemplaron la zona. Viejos edificios semiderruidos. Calles sucias y agrietadas. Y encima de ellos, las gradas, con la gente observando los monitores.

Los luchadores avanzaron cautelosamente por las calles de la ciudad, en busca a posibles contrincantes.

Lainier caminaba por una calle llena de viejas viviendas de apenas cinco plantas. A su derecha apareció un tipo con una armadura roja. Lainier lo reconoció como el Kapitán.

Ambos clones estuvieron mirándose durante unos instantes.

—Esto sí que es mala suerte —dijo Lainier—. Bueno, al menos no eres Speed.

En ese momento ElArtista apareció por su izquierda. Lainier se giró.

—Definitivamente tengo mala suerte —murmuró Lainier.

—Mmm... —mustió ElArtista—. ¿Nos hacemos una lucha a tres, todos contra todos?

—No —intervino el Kapitán—. Prefiero las luchas de uno contra uno.

—Lo que tú quieras me trae sin cuidado.

—En ese caso seguro que Lainier y yo nos aliaremos contra ti.

—Mmm. Pues, ¡bafan culo! —dijo ElArtista, y se fue.

Lainier se giró hacia el Kapitán, quien tenía la fama de ser el mejor luchador del Cuerpo de Asalto.

“Más vale que esta armadura sea tan buena como dices, Berlllerak...”, pensó Lainier, sabiendo que bajo circunstancias normales no era rival para el Kapitán.

Los dos clones se abalanzaron uno sobre el otro. El Kapitán prefería las patadas: su estilo se parecía al a capoeira. Era muy ágil y rápido, y daba brincos, cabriolas y giros sin cesar. A Lainier le costaba detener los golpes, pero afortunadamente la armadura resistía bien.

Night Stalker ya había encontrado a su contrincante. Era Slyver.

—Esto es genial —dijo el cazarrecompensas—. Se ofrece recompensa por tu cabeza. Y podré vengarme por arrasar mi ciudad. Solo lamento no tener tiempo para hacerte sufrir.

—Bastardo terrestre —dijo Slyver—. Voy a acabar contigo.

El neo se abalanzó sobre Stalker con los brazos extendidos, intentando apresararlo, pero el cazarrecompensas saltó por encima, se apoyó en el brazo derecho de su enemigo y le propinó una patada en la mejilla derecha que lo tumbó en el suelo.

—Te han mandado a morir —dijo Night Stalker—, por tus fracasos militares. ¡Ni siquiera los tuyos te recordarán!

—¡Calla y lucha! —gritó Slyver, levantándose.

—Ese Night Stalker arrea bien —dijo SuNSeT desde la cabina de control del Koliseo, situada en el ala norte en el último piso. Era una estancia pequeña. Artic estaba sentado, encargado de la megafonía. Un gran cristal permitía una panorámica del campo de batalla, pero por supuesto no se podía ver ningún combate, dado el tamaño del campo y a que estaba lleno de edificios. Había monitores, pero SuNSeT tuvo la suerte de ver la lucha entre Night Stalker y Slyver asomándose por el cristal, ya que estaban combatiendo en la periferia—. Así que ese es el bastardo que quiere capturarme...

—Deberías haber permitido el uso de láseres —dijo Artic, situado detrás de SuNSeT y a su derecha—. Así habrías evaluado su capacidad de ataque de manera más efectiva. Estos son soldados, no lo olvides, y lo que más usan son armas láser.

—Lo sé —dijo SuNSeT—, pero nunca se ha permitido el uso de láseres en el torneo, y hacerlo ahora habría sido sospechoso. Además, Braihl se hubiera negado.

—Lógico.

—El puto Braihl... debería haber permitido el uso de láseres desde el principio, haber concebido el Torneo como un entrenamiento, y no como una diversión para el pueblo.

—Es un entrenamiento.

—En cuerpo a cuerpo.

—Sí, pero eso es lo que le gusta al pueblo.

—El pueblo puede comerme la polla —dijo SuNSeT girándose y sujetándose los genitales con la mano derecha.

—Joder, SuNSeT.

—Los kupulenses son más listos que la mayoría de ciudadanos de otros lugares, pero tampoco son muy diferentes de una persona vulgar. La mayoría de ellos son unos niñatos que no tienen ni puta idea de contra qué se rebelan. ¿Han leído un libro serio? Muy pocos. ¿Cuántos han comprendido lo que han leído? Menos aún. ¿Y cuántos se han molestado en estudiar otras opciones diferentes a las suyas? Aún menos. La mayoría son revolucionarios de palo. Pocos nos tomamos esto con la seriedad y el rigor que merece.

—SuNSeT...

—Qué.

—Tienes razón, pero... ¿a qué viene eso de que no conocen otras opciones? ¿Tú no eras partidario de la existencia única de tu sistema y la eliminación de los oponentes políticos?

—Por supuesto. Yo sólo he dicho que deberían estudiar otras opciones. Otra cosa es que yo les permitiera seguirlas —dijo SuNSeT sonriendo—. Simplemente, prefiero estar rodeado de revolucionarios de verdad, que saben lo que hacen y lo que quieren. Pero de momento, los palurdos infantiloides me son útiles, al igual que los refugiados. Pero cuando logremos nuestro objetivo, serán prescindibles.

—Hablas como si los fueras a eliminar.

—No. Simplemente, expulsaremos a los que no comulguen con nuestras ideas. Los que insistan en oponerse, serán eliminados.

—Y luego te quejas de que haya gobiernos que quieran ejecutarte.

—Claro. Cada uno barre pa su casa. Todo depende de si estás delante o detrás de la pistola. Otra buena solución sería drogar la comida de los ciudadanos para mantenerlos dóciles.

—Joder...

—Me cago en tu armadura, Lai —dijo el Kapitán, mientras estudiaba a su contrincante, intentando buscar un punto débil.

—No te quejes, que yo he recibido más golpes.

—Sí, pero los que me has dado tú han sido más dolorosos.

—¿Vamos a estar mucho tiempo hablando?

—Si tienes prisa, ataca.

—¿Y por qué tengo que reanudar yo el combate? Eres tú el que ha querido luchar contra mí...

—Quiero probar técnicas de contraataque a ver si así me va mejor —dijo el Kapitán sonriendo.

—¿Y pretendes que te ataque diciéndome eso?

—Podemos esperar a que venga otro luchador. Seguro que se aliará conmigo contra ti, dada la superioridad de tu armadura.

—¿¿Pero no habías dicho que preferías un combate uno contra uno??

—¡He cambiado de opinión! ¡Tu armadura te da una ventaja injusta!

—¡Muy bien, pesao!

Lainier corrió hacia el Kapitán, quien se puso en posición defensiva. Lainier impulsó el puño contra la mejilla derecha de su compañero, que alzó las manos para protegerse. Tras detener el golpe, el Kapitán retorció el brazo de Lainier y arrancó una de las placas metálicas que lo recubrían. Lainier quedó dolorido, pero reaccionó inmediatamente y trató de golpear al Kapitán con su otro brazo. El Kapitán logró parar el golpe, pero el metal de su armadura se abolló. Lainier golpeó entonces fuertemente el costado derecho del Kapitán con una patada que lo derribó. Tras esto no perdió el tiempo y golpeó con su pierna derecha el tórax del Kapitán, destrozando parte de la armadura. Después lo aferró por la pierna derecha y lo volteó, estrellándolo contra una farola.

El Kapitán logró zafarse de la presa a costa de abandonar también las placas metálicas protegían su pie. Se puso en pie. La parte delantera de su cuerpo también estaba destrozada.

—¡Yo me rendiría! —dijo Lainier.

—La armadura de Lainier es muy buena —dijo SuNSeT—. Pero me da la impresión de que su técnica es peor que la del Kapitán. Está ganando por mera fuerza bruta.

—Entonces su ventaja desaparecerá en cuanto pierda unos cuantos cachos más de armadura —señaló Artic.

Speed caminaba por el carril de una avenida, cuando vio acercarse a lo lejos a Middawn. Middawn llevaba una armadura negra, un modelo parecido un poco al del Kapitán, pero más gruesa. En las manos y rodillas parecía llevar discos. Su rostro estaba completamente cubierto. Al cabo de un minuto, los dos luchadores se pusieron uno frente a otro, a menos de tres metros.

—Me sorprende que al verme no hayas huido —dijo Speed—. ¿Sabes quién soy?

—Sé quien eres y qué eres —contestó Middawn. Su voz indicaba que era un hombre, hablando en castellano.

—Es decir, que sabes que soy prácticamente indestructible. En este torneo no se permiten arnas capaces de atravesar mi cuerpo. ¿Cómo piensas vencerme, entonces?

—Fácilmente. Tú espera y verás.

—No tengo mucha paciencia. ¿Podrías enseñármelo ya?

—Si no tienes paciencia, deja de soltar estupideces y ataca de una vez, cerdo.

Furioso, Speed se abalanzó sobre Middawn, golpeándolo con fuerza. El misterioso luchador chocó de espaldas contra una pared, cayendo al suelo. Speed se abalanzó sobre él. Ambos comenzaron a forcejear. De repente, parte de la armadura que cubría las extremidades de Middawn se separó, enganchándose a las muñecas y tobillos del cyborg.

—¿¿Qué coño es esto?? —gritó Speed sin poder moverse.

Middawn separó totalmente de su armadura la estructura que había detenido a Speed, y se levantó del suelo. El artefacto era similar a un armazón, con cuatro finos brazos metálicos atrapando las cuatro extremidades de Speed. Donde se unían los brazos había un disco de unos veinte centímetros de diámetro y cinco de grosor: un motor que mantenía fijos los brazos.

—No podrás doblar las juntas, la máquina tiene más fuerza que tú —explicó Middawn—. Tu grueso blindaje de keridio te hace muy resistente, pero deja poco espacio para la estructura muscular. Es la segunda vez que caes en una trampa inmovilizadora. Y la última.

Middawn extrajo una cápsula de un compartimiento de su armadura. Se acercó a su enemigo e introdujo el contenido por uno de los orificios respiratorios de su mejilla derecha. Speed comenzó a agitar la cabeza y a gritar:

—¡¡Arrrg!! ¡¡Me has envenenado!!

—No tengo otro remedio. Los somníferos podrían hacer poco efecto en tu organismo, por los filtros, así que he usado un potente veneno.

—Tú... —murmuró Speed al cabo de unos segundos. Su cabeza quedó inerte. Parecía muerto, pero Middawn no quería arriesgarse, así que no le quitó el armazón. Empujó a Speed tumbándolo en el suelo.

Artic comenzó a contar.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez! ¡Speed ha caído derrotado ante Middawn!

—¿¿Qué?? —dijo Lainier, girándose.

El Kapitán aprovechó ese momento para abalanzarse sobre Lainier, pero éste se dio cuenta, y golpeó el torso desprotegido de su compañero con el puño.

—Demonios... —murmuró el Kapitán, y tras esto cayó al suelo. Artic realizó la cuenta de diez. El Kapitán había sido derrotado.

Los médicos certificaron la defunción de Speed, informaron a Artic y retiraron el cuerpo.

—Acabamos de confirmar la primera baja mortal. ¡Speed muerto por Middawn! —dijo Artic.

—¡Joder! —exclamó Lainier, mientras los médicos retiraban al Kapitán—. ¿Cómo demonios lo habrá hecho? ¡He de andarme con cuidado!

ElArtista caminaba en dirección a Lainier. Pensaba retarle ahora que el Kapitán había caído, pero antes se interceptó en su camino Sigfried. El campeón llevaba la misma armadura de siempre.

—Apártate —dijo ElArtista—. No quiero luchar contigo. Hay otro que me espera.

—Lo siento, pero es que me aburro —dijo Sigfried—, y la gente quiere espectáculo.

—Vaya... pues nada, machote, ven para acá.

—Allá voy.

Sigfried corrió hacia ElArtista, y saltó sobre él, para golpearle la espalda con su pierna izquierda. ElArtista cayó al suelo con la parte trasera de la armadura rota.

—¡Joder! —exclamó desde el suelo.

Sigfried trató de rematarlo con el canto de la mano, pero ElArtista rodó a la derecha, y la mano se hundió en el asfalto, que comenzó a echar humo.

—¡Joder! ¡Eso está que arde! —exclamó ElArtista, y se incorporó.

—Te mueves bien —observó Sigfried.

—Je... Por lo general me suelo enfrentar a todos los tipos con los que me encuentro —dijo ElArtista sonriendo—, pero me interesa machacar a Lainier, así que no voy a quedarme.

ElArtista comenzó a correr.

—Vaya hombre —murmuró Sigfried, que no pareció alterarse.

ElArtista dobló la esquina y desapareció. Sigfried no se molestó en perseguirle y continuó su camino.

Lainier se encontraba aún buscando un rival. Cuando estaba en la zona de correos, se topó con Middawn.

—Tú eres Middawn, el que ha acabado con Speed —dijo Lainier sonriendo—. ¿Puedo saber cómo?

—Por supuesto, ya que ya no tengo el arma. Tenía pegada a mi armadura una estructura mecanizada de gran potencia, y he aprovechado que Speed forcejeaba conmigo para atraparle con ella. Después le he administrado un veneno.

—Ya veo. Muy inteligente. —Lainier escudriñó la armadura de Middawn en busca de algún elemento extraño, por si las moscas.

—Bueno, ¿luchamos?

—Me parece bien.

—Ataco yo, si no te importa.

—¿¿Eh?? —dijo Lainier abriendo los ojos.

Middawn se acercó al clon con paso decidido. Lainier no vaciló y también se acercó a él, dispuesto a atacarle.

Sin embargo, Middawn pilló desprevenido a su rival, ya que lo que hizo fue lanzar una pequeña sierra giratoria.

Lainier no tuvo problemas esquivarla. De hecho, le pareció que la hoja no iba dirigida a él, así que se giró a seguir su trayectoria por si las moscas. En ese momento, Middawn se aproximó y lo golpeó en el estómago con ambos puños.

Lainier se tambaleó hacia atrás.

—¡Coño! —exclamó.

—¡No pierdas de vista al adversario! —gritó Middawn.

Slyver propinó una patada en el estómago a Night Stalker, quien atravesó el cristal de una antigua sala de billares, golpeándose contra una de las mesas. Comenzó a flexionar la pierna izquierda y a apoyarse con los brazos en el borde

de la mesa para intentar levantarse, pero Slyver cargó sobre él con los brazos en alto. Stalker lo vio, y lanzó a Slyver por encima de la mesa de billar con sus piernas. El neo cayó de pie al otro lado, mientras Night Stalker se levantaba y se giraba. Slyver levantó la mesa de billar con ambas manos y la lanzó contra el cazarrecompensas, quien la partió en dos de un puñetazo, para acto seguido rodar por el suelo. Slyver lo perdió de vista, y Stalker surgió por detrás, atravesando el antebrazo izquierdo de su enemigo con sus garras. Intentó arrancárselo, pero Slyver tiró, y las garras salieron, destrozando parte del brazo. El neo se giró rápidamente, intentando decapitar a Stalker con una cuchilla que había surgido de su mano derecha. El cazarrecompensas se balanceó hacia atrás, pero la hoja le alcanzó la parte superior del pecho, hundiéndose en el cuerpo mecánico. Al sacar el arma, comenzó a gotear algo que parecía aceite. Slyver agarró a Stalker con ambos brazos, y lo empujó con todas sus fuerzas. Ambos atravesaron el muro del local, volviendo a la calle. El neo estrelló a Stalker contra el suelo, y alzó la cuchilla para acabar con él, pero el clon fue más rápido y seccionó el brazo derecho del enemigo con sus garras, mientras trataba de apartarlo. Slyver titubeó un instante, y Stalker arremetió contra él. El neo se agachó y trató de alcanzar a Stalker con su único brazo, pero el cazarrecompensas saltó hacia atrás, esquivando el golpe. Slyver trató de patear a Stalker, pero éste volvió a saltar, esta vez hacia arriba, golpeando la cabeza de su enemigo con ambos pies. Slyver agarró a Stalker por la pierna izquierda y lo estampó de espaldas contra el suelo. Tras esto dio una voltereta en el aire, y cayó con los pies por delante, pero Stalker se hizo a un lado, se levantó, y seccionó el otro brazo de su enemigo y parte del pecho. El cazarrecompensas volvió a tomar fuerzas y trató de volver a rajar a Slyver, pero esta vez el neo consiguió alcanzar a Stalker con una patada. Las garras del cazarrecompensas quedaron a escasos centímetros de la cara de Slyver. Sin embargo, Stalker reaccionó y seccionó la pierna del mercenario a la altura de la rodilla mientras reía:

—¡Juo, juo, juo!

Night Stalker cerró el puño derecho y extendió el dedo anular mientras decía:

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ahora si que no puedes luchar!

Pero Slyver se impulsó con su única pierna y propinó un cabezazo a Night Stalker en el estómago.

—¡¡¡Ya basta!!! —aulló Night Stalker mientras rebanaba la pierna que le quedaba al neo.

El mercenario se quedó tendido bocarriba en el suelo. Stalker se acercó, con las garras preparadas. Artic había comenzado la cuenta.

—¡¡Espera, espera!! —gritó Slyver—. ¡¡No puedo hacer nada!! ¡¡Me has vencido!!

—De eso no cabe duda —murmuró Stalker, mientras se arrodillaba ante su rival.

—¡¡No puedes matarme!! ¡¡Hay miles de testigos!!

—Creo que te has olvidado de las reglas.

Las garras de Stalker se hundieron en el cerebro de Slyver. Las sacó, las limpió, y trató de taponarse la herida del pecho.

—¡Segunda baja del torneo! —dijo Artic—. ¡Slyver muerto por Night Stalker! ¡Y con éste ya han palmado los dos neos que participaban en el Torneo! ¡Victoria frente a Neo World! ¡Esperemos tener un Torneo más relajado y amistoso a partir de ahora!

—¡Calla, coño... y dame un descanso, que pierdo aceite! —gritó Night Stalker, que estaba deshecho, aunque a pesar de ello no había podido resistirse a hacer el chiste.

—Night Stalker entra en Descanso Individual —dijo Artic. Un operario condujo a Night Stalker a boxes—.

Actualmente, sólo queda un combate en marcha: el de Lainier Sind contra Middawn. Los otros luchadores no han encontrado rivales y al parecer no piensan hacerlo. Sin duda esperan a que el combate termine para que se declare un Descanso Global.

Lainier Sind intentó golpear a Middawn con varios puñetazos, pero éste los detuvo todos. El misterioso hombre devolvió los golpes a Lainier con mayor fortuna. Uno de los puñetazos impactó en la barbilla del clon, que cayó de culo al suelo. Si no fuera por la armadura, le habría dislocado la mandíbula.

—¡Hay que joerse...! —dijo, tratando de incorporarse.

—Cuando vayas a luchar, me avisas —señaló Middawn.

—Muy gracioso... —murmuró Lainier, recuperando la compostura.

—¿Te parece gracioso? Pues a mí no. ¿Por qué no luchas bien?

—Porque no soy un gran luchador. Además, supongo que el hecho de que hayas acabado con Speed me pone a la defensiva.

—Entonces deberías rendirte, ¿no crees?

—¡Y una mierda!

Lainier se abalanzó sobre Middawn y trató de conectarle una patada. Middawn esquivó. En ese momento Lainier se dio la vuelta, apoyó la pierna derecha sobre la pared, y giró rápidamente, golpeando con su pierna el casco de Middawn, que se hizo añicos. Middawn cayó al suelo. Lainier se agachó para rematarle, pero se detuvo al ver su rostro.

—¡Coño, Zenith!

—Buenos días, Lainier.

Lainier se hizo hacia atrás, dándose cuenta de que había vacilado, esperando un contraataque de Zenith, pero éste no se movió de donde estaba. Artic comenzó a contar:

—¡Uno!

—¿¿Por qué no te levantas?? —preguntó Lainier—. ¿Preparas un ataque sorpresa en el último momento? ¡Pues me voy de aquí!

—No. Es que se ha jodido la batería del traje —explicó Zenith.

—No jodas.

—Demasiados golpes. Intentaba escabullirme a ver si declaraban un Descanso Global, pero me encontraste.

—Bueno, está visto que hoy es mi día de suerte.

—¡Diez! ¡Middawn derrotado por Lainier Sind! ¡No hay combates en marcha! ¡Se declara el primer Descanso Global, de tres horas de duración!

Los luchadores se retiraron a boxes.

—Los neos han caído de forma sorprendente —dijo Lainier a Berllerak, que estaba a su izquierda. Lainier se había quitado la armadura, que se estaba recargando—. Empiezo a sospechar que Night Stalker tenía razón. Este torneo es pura pantomima. Lo de los neos ha sido un anzuelo para hacernos picar. Están estudiándonos.

—Tampoco van a enterarse de mucho así —dijo Berllerak sin inmutarse.

—Berlli...

—¿Qué?

—¿Se puede saber qué coño haces?

—¿Yo? Nada.

—Efectivamente. ¿A qué coño esperas para arreglarme la armadura?

—Hombre... arreglar... lo que se dice arreglar... te vas a reír, Lai... —dijo Berllerak riendo entre dientes.

—¡Berllerak!

—¡Lo siento, Lai! ¡No hay recambios! ¡Esta armadura es un modelo nuevo y muy caro!

—¡Joder, Berlli! ¡Tengo abolladuras por todas partes y se me están desprendiendo las placas de brazos y piernas!

—Ya lo veo, ya... —dijo Berllerak riéndose de nuevo.

—Qué gracioso, el jodío...

—Bueno... —dijo SuNSeT—. Ya tengo una primera impresión.

—Dímela —dijo Artíc.

—El Kapitán tiene la mejor técnica, pero era imposible que ganara con esa armadura. No he podido evaluar a ElArtista. Se ha escabullido hábilmente del combate. No creo que sea un cobarde, pues pretendía luchar contra Lainier. Creo que es un hombre muy, muy astuto, y habría que vigilarlo de cerca. Lainier lo ha tenido muy fácil gracias a esa armadura, pero sus conocimientos de artes marciales son inferiores. Night Stalker es el mayor problema, y creo que no hace falta que te diga porqué.

—Pero... ¿qué planeas hacer exactamente?

—Aún no lo sé... pero ya voy tomando notas por si acaso.

Pasadas las tres horas, los luchadores volvieron al campo de batalla. Lainier era el único que no había podido reparar su armadura. Sólo quedaban en pie cuatro luchadores: Lainier, ElArtista, Night Stalker, y Sigfried.

Las parejas tardaron algo en formarse. Al final, se enfrentaron Lainier contra ElArtista y Night Stalker contra Sigfried.

—Bueno, ya te has salido con la tuya —dijo Lainier a ElArtista—. ¿Luchamos?

—¿Tú tas loco? —respondió ElArtista—. Vamos a ver, hijomío... tu armadura está rota, la mía es una mierda, y por ahí andan dos bestias pardas. Luchar pa na, es tontería.

—¿Sugieres una alianza contra ellos?

—Tú haz lo que quieras —dijo ElArtista mientras se sentaba en el suelo—, pero yo voy a esperar a que venga el ganador del otro combate. Y cuando venga, le ahostiamos.

—Suponiendo que estén luchando entre ellos y no vengan a por nosotros.

—Si vienen los dos ya hablaremos de alianzas entonces.

—Mmm...

Lainier se sentó también en el suelo.

Night Stalker estaba frente a Sigfried.

—Así que el campeón... —dijo Night Stalker.

—Así es —respondió Sigfried, con su voz tan calmada como siempre.

—Analicemos la situación. Probablemente los otros dos rivales están esperando a que uno de nosotros venza al otro y luego le darán una paliza al ganador. Sugiero ir a por ellos.

—Dos contra uno sería un reto interesante, debo rechazar la oferta.

—En fin...

Night Stalker sacó las bayonetas de su espalda y las lanzó hacia Sigfried, que las esquivó de un salto. El campeón se lanzó sobre Night Stalker con las manos por delante: la armadura de sus puños parecía estar dotada de un arma térmica. El cazarrecompensas se hizo a un lado, y Sigfried pasó rozándole, chamuscándole.

—Ten cuidado, bastardo —dijo Stalker—, puedes matarme con eso.

—No lo creo —replicó Sigfried—, lo tengo muy bien medido.

Stalker intentó acuchillar a Sigfried, pero el campeón esquivó los golpes del cazarrecompensas durante más de un minuto. Finalmente, Sigfried saltó en el aire, intentado caer sobre Night Stalker, que en vez de esquivar saltó también

hacia arriba, golpeando a su rival con la pierna, incrustándole contra la pared de un edificio de ladrillos. El campeón cayó al suelo, pero pronto se levantó.

—Ah... que visión de combate —dijo.

—Pues sí —murmuró Night Stalker.

—Si le gana al campeón —dijo SuNSeT—, esto sí que va a ser preocupante.

Night Stalker y Sigfried intercambiaban toda suerte de golpes, pero el campeón, a pesar de no ser un cyborg, no parecía especialmente cansado.

—¡Joder! ¿Es que no caes? —preguntó Night Stalker apretando el puño izquierdo.

—Entreno todos los días —contestó Sigfried.

El campeón volvió a saltar en el aire, y Night Stalker también, intentando golpearle, esta vez con sus garras. Sin embargo, el contraataque de Sigfried fue espectacular: golpeó los hombros de Stalker con sus piernas, aprovechando para impulsarse aún más alto. Mientras Stalker caía al suelo, Sigfried daba una voltereta en el aire. El cazarrecompensas se levantó, pero solo tuvo tiempo de ver cómo el campeón caía sobre él con los brazos extendidos. Los puños térmicos reventaron el cuerpo del cyborg, que cayó al suelo con la parte superior e inferior del cuerpo separadas a la altura del pecho.

—¿Ves como lo tenía bien medido? —dijo el campeón.

—¡Mierda! —dijo Night Stalker.

Artic comenzó a contar.

—¡...diez! ¡Night Stalker derrotado por Sigfried!

En ese momento, Lainier apareció a unos diez metros por delante de Sigfried. El campeón se preparó para el combate, pero ElArtista se le acercó por la espalda y le golpeó, haciéndole caer al suelo, inconsciente. Artic comenzó a contar.

—¡...y diez! ¡Sigfried derrotado por ElArtista! ¡El campeón ha perdido!

—Bueno, ahora sí... ¡Lainier, allá voy! —dijo ElArtista.

—¡Sólo quedan dos luchadores en el campo de batalla! —dijo Artic—. ¡Se declara el segundo y último Descanso Global, de un día de duración!

—¡Mierrrda! —exclamó ElArtista.

Los clones se retiraron a boxes.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó Artic.

—Night Stalker ha pagado el precio de la inexperiencia —contestó SuNSeT sin apartar la vista de su monitor—, pero sigue siendo muy peligroso. ElArtista, como dije, es astuto. Ha hecho uso de su sigilo, y ha aprovechado para acabar con Sig cuando ha podido. En cuanto a Lainier, me parece fascinante que haya aceptado ayudar a ElArtista de esa manera tan rastrera, pero al fin y al cabo... ¡no van contra las reglas del torneo!

—Bueno, Lai —dijo Berllerak mirando su reloj—, te quedan 24 horas hasta el combate con ElArtista. Son las nueve de la noche, así que puedes pedir cena, desayuno, comida y merienda.

—Me vas a traer para cenar un huevo duro, un plato repleto de patatas fritas, una jodida hamburguesa con queso y un yogur de chocolate que...

—Aquí no hay de eso.

—¿Eh, qué?

—Es que les cuesta mucho conseguir alimentos decentes. Se les han agotado y no traen hasta dentro de tres días, así que confórmate con cápsulas alimenticias.

—¡Hay que jorarse!

La final.

—¡Comienza el último combate! —dijo Artic.

Lainier y ElArtista entraron en el campo.

“¿Dónde podríamos combatir?”, pensó Lainier, “Claro... al lado de una tienda de cómics y juegos”.

Finalmente la encontró. Una pequeña tienda en el centro, derruida. ElArtista ya estaba allí.

—Buenas —dijo Lainier.

—Hola —dijo ElArtista.

Se quedaron inmóviles durante más de cinco minutos.

—¿Qué coño hacen? —dijo Artic.

—Se están estudiando —contestó SuNSeT.

—Ya lo veo, pero... ¿tanto tiempo?

—Quieren acabar con el rival de un solo golpe. Porque si uno falla, el otro puede ser fatal. Lainier tiene más fuerza y ElArtista más técnica, así que un golpe bastará para decidir el combate. El que primero lo dé, gana.

—Te lo estás inventando, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Je, je! —dijo SuNSeT girándose.

—Joder...

—Y sin embargo, puede que ocurra eso.

—Acabemos con esto —dijo Lainier.

—Aún no estoy listo —dijo ElArtista.

—¿Y qué? Yo sí.

Lainier se lanzó hacia ElArtista, tratando de alcanzarle con el puño izquierdo. ElArtista se agachó y trató de patear el estómago de Lainier, pero éste paró los pies de ElArtista con las manos, y se impulsó hacia atrás. ElArtista se levantó de un salto. ElArtista fue a por Lainier, y Lainier salió corriendo hacia la pared contraria.

Al llegar a ella, se impulsó con la pierna derecha y trató de golpear la cara de ElArtista con la pierna derecha, pero ElArtista se agachó. Lainier cayó al suelo, medio de rodillas.

—Mier... —comenzó a decir.

ElArtista dio una patada giratoria en el aire, golpeando el casco de Lainier, arrancando la máscara respiratoria. Lainier cayó al suelo. Artic comenzó a contar.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Y Diez! ¡Lainier Sind derrotado por ElArtista! ¡ElArtista es el Campeón de la Quinta Edición del Torneo de Lucha Blindada de La Kúpula!

Los espectadores comenzaron a aplaudir.

—¡Juaaaa, jua, jua! —rió el ElArtista, alzando los puños— ¡He acabado con Lainier!

Un operario retiró a Lainier del campo de batalla, mientras ElArtista recorría el campo saludando a los espectadores.

—El bastardo ha ganado en un santiamén —dijo SuNSeT—. Pero por suerte, creo yo. Bajemos.

SuNSeT y Artic bajaron y se reunieron con el resto de Consejeros, que habían visto los combates desde la cabina del lado opuesto. Larac se acercó a SuNSeT. Larac era un neo de piel azul, algo lleno, con el pelo grueso y largo, y de voz grave.

—Bueno, SuNSeT —dijo—, ¿has conseguido lo que querías?

—Sí. Lo he conseguido.

—Bien. Me voy a entregar el trofeo al tío.

Larac Braihl bajó hasta el campo escoltado por diez guardias armados. Entregó el trofeo, una pequeña placa conmemorativa a ElArtista y le estrechó la mano.

—Mmm... —musitó ElArtista mientras inspeccionaba el trofeo—. ¿Esto se venderá en eBay?

—¿Quién va a negociar? —preguntó ElArtista.

—Yo —respondió Lainier.

Los clones estaban sentados alrededor de una mesa en el piso de Lainier. Había pasado un día desde la victoria de ElArtista en el torneo. Debían negociar con SuNSeT un tratado de colaboración mutua que, al fin y al cabo, era lo que habían venido a hacer. Lainier no quería retrasarlo más, y sospechaba que de todos modos no podría sacar nada más en claro sobre La Kúpula.

—Déjame a mí, tío. Negociar es lo mío —dijo ElArtista riendo y cargando su revólver.

—No —respondió Lainier.

—Hala, ya sa picao por lo del combate —dijo ElArtista con voz jocosa, recostándose sobre su silla y llevándose las manos tras la nuca.

—No es eso, capullo.

—Ya, ya... claro...

—Pues déjame a mí, Lainier —dijo Night Stalker.

—Stalker, tú no tienes cuerpo...

En esos momentos Night Stalker era una cabeza unida a un Sistema de Soporte Vital. Estaba colocado sobre una mullida silla. No llevaba la capucha puesta.

—Sí, tío. No gano para cuerpos. Me estoy arruinando... y encima tú no me dejas cazar...

—Bueno, ya basta. Iré yo —dijo Lainier, levantándose.

—¡Ahí, Lai! ¡Con dos cojones! —dijo Berllerak moviendo el puño y reprimiendo a duras penas la risa.

—¿Que no me creéis capaz o qué?

—Hombre, Lai... es que después de haber visto qué bien os caéis el SuNSeT ese y tú...

—¡He dicho que negociaré yo, y negociaré yo!

—Vale. Yo iré encendiendo la nave. Artista, cúbreme. Los demás, que vayan a sus asientos...

—¡Joder, sólo voy a hablar!

—Sí, Lai, sí... a hablar...

—¡Ya vale! ¡Me voy! —exclamó Lainier señalando la puerta con ambas manos.

—Vale, adiós, adiós... —murmuró Berllerak meneando la mano izquierda.

Lainier salió por la puerta. Al cabo de dos segundos, la abrió y metió la cabeza.

—Pero por si acaso, vosotros id a la nave —dijo, y volvió a cerrar la puerta.

—¿Veis? —dijo Berllerak.

—Señor SuNSeT —dijo la secretaria por el intercomunicador—, está aquí el señor Lainier Sind.  
—Llamarlo señor es hacerle un favor —dijo SuNSeT—. Que pase.  
Lainier entró.  
—Bueno, cacho perro... —comenzó a decir SuNSeT.  
—¿Puedo sentarme? —preguntó el clon.  
—No, no puedes —contestó SuNSeT sonriendo.  
—Pues me largo —dijo Lainier dándose la vuelta.  
—¡No, espera, coño, siéntate! —dijo SuNSeT incorporándose hacia delante y señalando una silla con la mano.  
—Muy amable —Lainier se sentó.  
—Usted dirá, moco paupérrimo.  
—Vengo a lo de la tregua, apuesto bastardo maloliente. Pero antes de comenzar, tengo una duda.  
—Ante la duda, la más peluda.  
—Em... ¿Por qué estoy negociando contigo y no con todo el Consejo?  
—Porque han delegado en mí.  
—Y por supuesto, no es porque mandes más que ellos, ya sea de forma oficial o informal...  
—Confían en mí porque soy un buen negociador.  
—¿No debería encargarse de las negociaciones el Ministro de Exteriores?  
—¿Ministro de Exteriores? ¿Te crees que tenemos de eso? ¡Si nadie sabía que éramos un estado hasta ahora!  
—Mmm...  
—Yo también debería preguntar porqué los vuestros no han enviado a un político a negociar.  
—Sencillo. Porque tenían miedo de que fueran tomados como rehenes. Sin embargo nosotros somos un cuerpo especial de policía. No tomamos decisiones de gobierno ni tenemos el entrenamiento militar necesario para una guerra, así que somos prescindibles.  
—Fascinante.  
—Bueno, si te parece, ya podemos negociar. Empieza a hablar.  
—No, empieza tú.  
—Ah, no. Haz tú la primera oferta.  
—No, tú.  
—No, tú, que para eso nos llamasteis.  
—Está bien, jodido metaplacton espermático. Ofrecemos colaboración militar de primer orden. Cincuenta mil Milicianos Rojos y cincuenta mil Piratas Espaciales, aproximadamente, para combatir en los principales frentes. El resto de la población puede colaborar en tareas menos peligrosas. Responderían ante mí, pero yo tomaría las decisiones conjuntamente con los líderes Escuadronistas de La Tierra, Silkeria y Enea.  
—¿Y a cambio, qué quieres?  
—Amnistía y birra fría —dijo SuNSeT sonriendo.  
—Y una mierda.  
—Está bien. Quitemos la birra.  
—Que no, coño.  
—Pues no hay trato.  
—No caerá esa breva. Esto te conviene tanto como a mí, así que seguiremos negociando. Esto es lo que te propongo yo: revisión de los casos de los kupulenses que presten servicio como escuadronistas, y nada más.  
—Claro, no me jodas. Unos años menos y ya está, ¿no? Una poooolla —dijo SuNSeT llevándose la mano a la boca y agitándola arriba y abajo—. Además, seguro que la mitad mueren en la cárcel.  
—Tengo otra idea: haced como cualquier mercenario. Cobrad dinero por cada misión o mensualmente. Parece que os hacen falta las pelus.  
—Bueno. Eso estaría bien. Pero me gusta más la amnistía. A ver, otra propuesta: revisión de los casos, y amnistía para los que no tengan delitos de sangre, sexuales o asín.  
—Eso podría hacerse, con esfuerzo.  
—Aún así, los pocos que fueran a la cárcel, podrían morir. A ver, dime una solución...  
—¡Ah! ¡El modélico revolucionario que todo lo sabe busca consejo del indigno y taimado sicario del gobierno!  
—¡Pues sí! ¡Ji, ji, ji! —rió SuNSeT.  
—No seas desconfiado. No van a morir.  
—Bien, entonces, te ha gustado mi propuesta. ¿Me la coges?  
—Sí.  
—Pues suéltamela que voy a mear. ¡Ji, ji, ji, ji!  
—Jooderr...  
—Bueno, ¿la transmitirás a tus superiores o no?  
—Que sí, coño.  
—Ah, vale; es que eres un pesao, ¡ji, ji, ji, ji!  
—SuNSeT, ¿te has fumaun porro?  
—No. Los kupulenses no podemos tomar drogas.  
—Entonces es peor de lo que imaginaba.

—Lo es, muchacho —dijo SuNSeT sonriendo y palmeando el hombro izquierdo de Lainier.

—Bueno, pues ya te contaré si los jefazos han aceptado...

—Espera. Se me acaba de ocurrir una propuesta alternativa...

—Escupe.

—Yo escupo, pero si te doy en el ojo, no te me quejes —dijo SuNSeT alzando las palmas de las manos.

—¡Habla, coño!

—No tengo coño. Tengo polla. Y tampoco habla. Aunque estoy seguro de que los ingenieros genéticos de La Tierra podrían poner remedio a eso, ¡ji, ji, ji!

—¿¿Vas a hablar o no??

—Muy bien. Todos los kupulenses con antecedentes cumplirán sus penas íntegras.

—A cambio de...

—...de que los Territorios Desérticos de Enea sean nuestros.

—¡Y una puta mierda! —dijo Lainier levantándose.

—Joder, Lai, en esos territorios no hay nadie. Los tiene un puto país que no los usa para nada. Déjanoslos a nosotros.

—Y ahí montaréis vuestra nueva utopía, ¿verdad?

—Pues sí —dijo SuNSeT sonriendo.

—Pues no. Es absurdo encerrar a tipos por un delito, y luego proporcionarles lo que buscaban por medio de esos delitos.

—¿Entonces no?

—No, coño.

—Vale. Siéntate y hablemos —Lainier se sentó—. ¿No tienes otra propuesta?

—No. Transmitiré lo que habíamos acordado antes, ¡y eso no quiere decir que acepten, por muy bien que les hable del tema!

—En fin. Qué se le va a hacer.

—Bueno... quizás...

—¿Qué?

—¿Está dispuesto el Consejo y sus brazos armados a sacrificarse por La Kúpula?

—¿Qué consejo? ¿Qué brazos armados?

—¡Pues los de La Kúpula!

—Que ya lo séee, muchaachoo —dijo SuNSeT sonriendo por enésima vez y palmeando el hombro izquierdo de Lainier de nuevo—. ¿De qué sacrificio hablas?

—Todo el Consejo, las Milicias Rojas y los Piratas Espaciales irán a prisión, tengan los delitos que tengan. El resto serán amnistiados, y se les otorgará la mitad de las Tierras Desérticas.

—Estás de coña...

—No. Quizás convenza a los políticos de Enea para que entreguen parte de sus tierras, sobre todo si vosotros vais a ayudarles a no perder todas a manos de los neos. Y... ¿quién temería a los ciudadanos de ese nuevo estado, estando encerrados la mayoría de sus antiguos líderes, ideólogos, militares, estrategas, ministros, etc...?

—Entonces, Lainier, ese estado se desmoronaría.

—Veo que no tienes mucha confianza en el ciudadano medio de La Kúpula. Quizás no prosperen mucho, pero desmoronarse...

—Se desmoronaría. Tenlo por seguro. Vamos a hablar claro. ¿De verdad crees que hay alguien capacitado para sustituir al Consejo o a los Milicianos? La mayoría de la gente de esta ciudad es gente normal. No se las pueden arreglar sin nosotros. Si el Consejo no está ahí para gobernar el país, ese país se hundirá.

—¿Gobernar? Creía que todo era por referéndum...

—Aquí sí, pero en una nueva ciudad, no lo será. No, si puedo evitarlo. ¿Por qué deben votar todos en el referéndum? ¿Son todos inteligentes? ¿Gente capacitada? ¿Entienden de verdad el tema? Pues no. Permitirles tomar todas las decisiones es muy peligroso. El número no hace la razón. Da igual que muchas personas voten algo. Eso no quiere decir que ese algo sea lo más adecuado para el país, sino lo que la mayoría cree.

—Eso es como la frase “come mierda; un millón de moscas no pueden estar equivocadas”, ¿verdad?

—Pues eso.

—¿Y cómo coño vas a decidir quién tiene derecho a votar y quién no? Tendrás que aplicar criterios totalmente subjetivos. Y aunque yo creo que la objetividad no existe, pues esto es el colmo de la subjetividad.

—Lo sé. Pero pienso hacerlo.

—Está bien. Quitarías el poder de decisión al pueblo... ¿y qué más?

—Bueno. Habría que eliminar la libertad de expresión, para que los enemigos políticos no armaran mucho ruido, y si arman, pues se les expulsa de la ciudad, se les encierra, o mejor, se les ejecuta. Así evitamos que vuelvan a la carga más adelante, y ahorramos dinero para gastos sociales más importantes.

—No me lo puedo creer. Así que... en el fondo eres como tus perseguidores...

—En el fondo no, muchacho, en el fondo no... En el exterior —dijo SuNSeT sonriendo.

—¿Y crees que, cuando la ciudad crezca, vas a poder controlar a todos los opositores?

—Podemos drogar la comida de los ciudadanos para mantenerlos dóciles.

—Joder.

—Eso mismo dijo Artic cuando se lo comenté, ¡ji, ji, ji!

—¡Pero es... quitarle libertad al pueblo!

—Con mi sistema, calculo que se quedarían con quizás un tercio de la libertad de la que los ciudadanos de La Tierra disfrutaban ahora. Pero todos avanzarían al mismo tiempo.

—¿Y crees que vale la pena eso? Avanzarán al mismo tiempo, pero... ¿serán felices?

—Al principio quizás no, pero el sistema será igualitario.

—¿Y después sí? A mi no me convence. Explicáte.

—Ya sé que, dicho así, mi sistema es una puta mierda. Si lo sé. Pero la gente sólo sería infeliz hasta que lográramos eliminar todas las voces disonantes. Cuando todos los ciudadanos hubieran nacido en ese estado, y no hubieran recibido influencia de otros sistemas, entonces no se quejarían. Con el tiempo, todo se normalizaría.

—¿De verdad crees que por el hecho de no haber conocido otra cosa, van a ser felices?

—¿Acaso no viven más felices las tribus salvajes que muchos hombres civilizados podridos de millones y bienes materiales?

—Quizás, pero creo que tu sistema acabará con el espíritu humano. Tus ciudadanos serán hombres grises. Será una degeneración de la raza humana.

—¿Crees de verdad que la igualdad conlleva la degeneración de la... raza? No, si ya decía yo que eras un putito sicario del gobierno...

—¡No me malinterpretes! ¡Tú quieres ahogar la libertad del hombre! ¡Ahí está la clave!

—¡Pero si se acostumbran, puede funcionar!

—¡No! ¡El ser humano no está hecho para vivir así!

—¡Así que rechazas la igualdad, cabrón!

—¡Si puedes encontrar la igualdad y la libertad simultáneamente, hazlo! ¡Pero si sacrificas la libertad por la igualdad, la habrás cagado!

—¡El problema de la libertad es que la gente no sabe qué hacer con ella! ¡Piden libertad, pero no tienen ni idea de aprovecharla!

—¡No me lo puedo creer! ¿Y yo soy el sicario del gobierno?

—¡Joder, eres tú el que trabaja para el gobierno, no yo! ¡Lainier! ¡El hombre medio sólo quiere divertirse un poco, comer decentemente, echar un polvo de vez en cuando y un techo donde dormir! ¡Mi sistema puede proporcionarles todo eso! ¡Serán felices, cuando dejen de pensar en tonterías y se paren a pensar en lo que realmente les importa!

—¡Argg! ¡No aguanto más! —Lainier se echó las manos a la cabeza.

—¡Lai! ¡Dime que es mentira! ¡A ver si te atreves, mamona del desierto!

—¡Muy bien! ¡El hombre medio es feliz con esas cosas! ¡Pero serán grises!

—¡Ya son grises! ¡Que lo sigan siendo... pero en igualdad! ¡Ahora hay felices e infelices! ¡Con mi sistema se acabarán las injusticias! ¡Se acabarán las clases sociales!

—¡Con tu sistema se eliminarán las desigualdades! ¡Con tu sistema, serán felices! ¡Pero serán aún más grises que ahora! ¡Aún más palurdos!

—¿¡Pero por qué!?

—¡A tu sistema le falla una cosa!

—¿¿El qué??

—¡El gobierno en sí!

—¿Ein?

—¿Cómo se escogerán los gobernantes? ¡No hay democracia! Bien. Sabemos que en las democracias, la mayoría de los candidatos son mediocres, pero al menos los ciudadanos tienen la sensación de haber elegido su propio destino. En tu sistema, comenzarán las luchas internas para ver quién manda. Ganará el que tenga la fuerza. Será peor que en la democracia. Hay mayores posibilidades de que tome el mando del país cualquier tipo ávido de poder, que corromperá el sistema. Los ciudadanos, entonces, acabarán peor que en democracia.

—Ese punto es el que aún tengo por arreglar. Cómo decidir los gobiernos. Tendríamos que rodearnos de un ejército muy leal, y elegir muy bien a nuestros sucesores, así como adoctrinarlos bien. Mmm... lavados de cerebro... —dijo SuNSeT rascándose la barbilla.

—¡Eres un cabrón!

—Ya.

—Otra cosa: con tus lavados de cerebro y tu comida drogada, divides a la sociedad en dos clases: la gobernante y la gobernada. Aunque no haya diferencia económica, si que la habrá en ese aspecto. Tu sociedad sin clases sigue siendo una sociedad con clases.

—Vaya... —dijo SuNSeT sonriendo y rascándose la barbilla otra vez—. Eso no lo había pensado... Tendré que hacerlo, pero no es un tema muy importante. Las diferencias entre una clase y otra son mínimas: de hecho, cada una realiza simplemente la tarea para la cual está capacitada, y el ser drogado entra dentro de las obligaciones y quehaceres cotidianos de los trabajos no gubernamentales. Simplemente sirve para hacer bien el trabajo.

—¡Tú eres un cabrón!

—Tu di lo que quieras —dijo SuNSeT sonriendo—, pero lo pienso poner en práctica.

—No resultará.

—Vale la pena intentarlo.

—¿Lo vale?

—Por supuesto.

—Joder.

—De todas formas, ¡no te tomes muy en serio todo lo que yo te diga, ji, ji!

—¿Seguro?

—La mayoría de las cosas que digo son fruto o bien de la mala leche o bien de mi innato y refinado sentido del humor.

—Yo pensaba más bien en la locura o la hijoputez.

—Que nooo, muchachooo.

—De hecho te iba a preguntar si, una vez en Enea, pretendías llevar a cabo una revolución socialista, o quedarte en el mismo estado en que está La Kúpula, o peor aún, convertir la nueva nación eneana en tu cortijo particular en plan Stalin con la Unión Soviética, y tu discurso me ha dejado bastante intranquilo al respecto, pero si dices que no te tome en serio... Eso sí, yo tendré que informar de lo que he hablado contigo, e, independientemente de que te tome en serio o no, otra cosa es lo que piensen los gobernantes.

—Así que tienes que informar. ¿En serio? ¿Lainier Sind se caracteriza por seguir a rajatabla lo que se le ordena?

—¿No dijiste que era un sicario del gobierno? Ale, ahora te quedas tú con la duda de si voy en serio o no.

—He hablado en serio: no te tomes al pie de la letra lo que te diga. Además, aunque quisiera, no puedo deshacerme del resto de consejeros. Y te aseguro que el Consejo es auténticamente socialista, así que intentaríamos extender la revolución al resto de estados eneanos. Un estado socialista no puede prosperar como tal si está aislado en un entorno capitalista. De hecho deberíamos extender la revolución a toda nación con la que tuviésemos que mantener contacto, aunque fuesen de fuera de Enea. Estoy escribiendo un libro sobre la revolución galáctica donde trato tales temas. Puedes consultarlo en la Internet local.

—Y pretendes que os den las tierras sabiendo que intentaréis extender la revolución.

—En realidad ya la estamos extendiendo. ¿O te crees que no nos dedicamos a hacer propaganda en todos los planetas que podemos? La cosa no cambiará. De hecho no intentaremos atacar otros estados: la Asociación de Planetas nos aplastaría. Solo nos uniríamos a una lucha que emprendiese la mayoría proletaria y campesina de los propios eneanos. Son ellos los que deben decidir qué clase de sociedad quieren, no nosotros.

—¿Y debo convencer a Enea con esos argumentos?

—Si esos argumentos fallan, apela al miedo. Es un método rastrero y típicamente fascista, pero en este caso dirás una verdad. Pregúntales lo siguiente: ¿qué prefieren? ¿Un millón de rojos aislados en el desierto, intentando repartir panfletos a sus vecinos, o millones de psicópatas imperialistas ocupando sus principales ciudades?

—En fin, ya veré... Bueno, dejemos la política para otra ocasión y volvamos a los términos del acuerdo, que ya no sé por donde íbamos...

—Yo no hago política. Gobierno estados.

—Muy bien. Lo que usted diga. Ahora, el acuerdo...

—No me parece bien eso de que yo tenga que ir a la cárcel...

—Pues después de lo que me has dicho, a mí me parece muy bien. Ya no sé si dejarte libre... Bien. Allá va una última propuesta.

—Dime.

—Tú solo. A la cárcel. Amnistía total para el resto. Por supuesto, si alguna vez escapas, o incluso si intentas escapar, os confiscaremos las tierras.

—Estás de coña.

—No.

—¿¿Yo pagaré por todos?? —dijo SuNSeT señalándose con el dedo pulgar.

—Joder. Me pareces el más peligroso. No hace ya falta ni que hable con el resto del Consejo. Night Stalker tenía razón: eres el motor de la ciudad.

—Ah, sí... el puto cazarrecompensas ese... Pues se va a quedar con las ganas de atraparme...

—No creas. Si te entregas, te llevará él ante la justicia. Le permitiré hacerlo.

—Aún no he dicho que sí.

—Vamos, SuNSeT... aún quedaría libre el resto del Consejo. Puede que logren controlar a los kupulenses el tiempo suficiente para que tú salgas de la cárcel y vuelvas a tomar las riendas del gobierno...

—Mmm... Me declararé culpable de... unos treinta delitos contra entidades públicas y unos cien contra entidades privadas, así como de altercados, organización de manifestaciones ilegales, subversión del orden público y saqueo de naves espaciales. Ah, y no quiero ir a Nueva Alcatraz...

—Si tus delitos bajan a tan poca cosa, no irás a Nueva Alcatraz.

—Pero por si acaso. Quiero que todo vaya en el acuerdo. Con pelos y señales. No pienso pudrirme en ese satélite de mierda.

—Si recuerdo bien la lista de tus crímenes, por todo lo que vas a confesar, te van a caer unos... diez años.

—¿¿Diez años??

—Joder, pues claro.

—¡Que sean cinco!

—¡Por el culo te la hinco!

—¡Joder, nano!

—¡Yo no soy el fiscal, joder!

—¡Pues habla con él!

—¡Joder, no aceptará una pena inferior a diez años para un tipo como tú! ¡Sobre todo si te encuentran culpable de pertenencia a banda armada!

—¡Coño, si voy a confesar!

—¡Oh, vamos! ¡Eso solo sirve si el juez aprecia arrepentimiento!

—¡Sí, ya lo sé!

—¿Aceptas o no?

—¡No pasaré diez años a la sombra!

—¿Y si fuera al sol?

—¡Tampoco!

—Muy bien. Haremos que te juzgue un tribunal militar terráqueo en vez de llevarte a los tribunales civiles. Presentaremos tus actos como... actos de guerra.

—¡No me jodas!

—¿Acaso no tienes un ejército ya formado? ¿Acaso no estás haciendo la guerra, aunque encubierta, a La Tierra?

—Sí, pero esos son mis últimos delitos. El tribunal militar podría juzgarme por esos, pero no por los actos de vandalismo.

—¿No eras Ministro de Justicia? Estoy seguro de que sabes que, con un poco de diplomacia y buen hacer, podemos presentar esos actos vandálicos como acciones bélicas. Una guerra de guerrillas o como coño se llame.

—Bueno. Pero, ¿por qué un tribunal militar va a ser más benévolo que uno civil? ¿No tienen un código penal más estricto?

—Depende de para qué cosas. Si matas a diez vecinos, eres un asesino. Pero si bombardeas a diez civiles, son víctimas colaterales. Es asqueroso pero así es. Pero lo fundamental es que tengo influencias en el ejército.

—¿Qué tipo de influencia?

—Políticos aparte, en estos momentos, sólo tengo por encima de mí a la Junta Militar Terrestre y a Thomas VanderHall. Y ya tengo de mi lado a VanderHall.

—¿Lo tienes?

—Uh... más o menos.

—Ya...

—Y además, En cualquier caso, para cuando la guerra haya acabado, yo ya habré ganado reputación y seré un héroe. El mero hecho de lograr un pacto con los kupulenses me granjeará un prestigio interestelar del caganse.

—Joder, tú no tienes abuela, cabrón.

—Claro que no. Soy un Humano Mejorado Genéticamente.

—Y un prepotente.

—No siempre. Pero es que me he emocionado.

—No, si ya lo veo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Depende. Si es de Historia del Arte Abstracto, ando bastante mal de conocimientos...

—No. Es algo personal.

—Mal empezamos...

—¿¿Puedo preguntar o no??

—¡Pregunta, coño! ¡Joer, que tío más pesao! ¡Ganas las negociaciones por agotamiento, coño!

—¿¿Por qué cojones no te operas el ojo??

—No tengo almorranas —dijo SuNSeT sonriendo.

—Ese ojo no. El otro ojo.

—Porque el Estado no me lo paga. No se considera una operación prioritaria. Hay otras cosas mucho más importantes que hacer en materia de sanidad. De hecho, tenemos problemas con ella. Vienen muchos heridos de los combates, y es difícil conseguir medicinas aquí...

—Joder.

—Ya ves.

—Haré que te arreglen eso.

—¿Lo incluirás en el pacto?

—Por supuesto.

—¿Y al resto de kupulenses que necesitan asistencia médica?

—No creo que haya problema en eso.

—Hombre, gracias —dijo SuNSeT palmeando por tercera vez el hombro izquierdo de Lainier—. No eres tan cabrón como pensaba...

—En cambio, tú me sigues pareciendo un sucio bastardo —dijo Lainier sonriendo. Estrechó la mano a SuNSeT y se levantó de su asiento. SuNSeT hizo lo mismo.

—Hablaré con los líderes militares sobre esto y me pondré en contacto contigo —dijo Lainier—. ¿Cómo lo hago?

—A través de Nevuroy, nuestro contacto en La Tierra —contestó SuNSeT—. Creo que lo conoces.

—Ah, sí... Supongo que te hablaría de nosotros y por eso nos invitaste.

—Pues sí.

—¿Y qué te contó exactamente?

—Si te refieres a algo que pudiera usar en vuestra contra, no soltó prenda.

—No sé si creerte, pero realmente me la suda. Por cierto, he de decir algo antes de irme.

—¿Qué?

—Pseudocelta —dijo Lainier señalando el colgante de SuNSeT. El revolucionario sujetó con su mano derecha el amuleto.

—¿Esto? —dijo— ¡Esto es celta!

—No me jodas —dijo Lainier, mientras SuNSeT dejaba el amuleto—. Eso es una baratija comprada en cualquier lao. Seguro que no está hecho por artesanos irlandeses.

—Pues no.

—Pues pseudocelta.

—¡Serás cabrón!

—¿No te da vergüenza llevar símbolos que usan los fascistas?

—¡Son ellos los que deben dejar de usarlos, no yo!

—Bien dicho. Ya nos veremos.

—Quién sabe, hongo escuálido y desahuciado.

—Adiós, eminente espora subcutánea.

Lainier se retiró del despacho. Ese fue su último día en La Kúpula. Artic los sacó de la ciudad privados de los sentidos, tal y como habían entrado.

—La Asociación de Planetas Soberanos ha convocado una reunión —dijo VanderHall. Lainier estaba sentado frente a él, en su despacho—. Mañana a las 10:00, hora de Silkeria, en la Estación 45-B. Tendrás que acudir.

—Bien.

—Pero no para la seguridad del evento.

—¿No va a ir el Cuerpo de Asalto? ¿Tenemos una misión importante o qué?

—¿¿Me dejas hablar, desgraciao??

—Sí, señor...

—Tus compañeros formarán parte del equipo de seguridad. Tú informarás de tus relaciones con los kupulenses. Tienes el visto bueno de La Tierra. Solo has de convencer al resto.

—Mola.

“Esto aumentará mi prestigio”, pensó Lainier, “o me hundirá en la miseria”.

La Estación 45-B era el doble de grande que la del Red Squadron. El doble de soldados la habitaban, y aquel día todos estaban allí presentes para vigilar la reunión, que comenzó a las diez en punto, como estaba estipulado. La sala de reuniones, situada en la parte superior de la estación, era un pequeño hemisiciclo con apenas doscientos asientos distribuidos en diez filas. Solamente podía acudir un representante de cada planeta, acompañado de un asesor, normalmente el jefe de los ejércitos, y personas de presencia requerida, como Lainier en este caso. En realidad, la mayoría de asientos estaban sin ocupar, a la espera de futuros y posibles integrantes de la Asociación.

La presidenta de China se sentaba en la parte izquierda del hemisiciclo, en la fila cinco. Era una mujer de unos 35 años, con el pelo recogido en una larga coleta. Había sido elegida como representante política de La Tierra. A su derecha se encontraba Lainier, y a su derecha VanderHall. El presidente de la Asociación, el representante de Silkeria, un hombre de unos cuarenta años y cabellos grises, golpeó su mazo.

—Comienza la segunda reunión extraordinaria de la Asociación de Planetas Soberanos —dijo en silkeriano—. Tiene la palabra Lainier Sind, agente especial del ejército terráqueo.

Todos los presentes entendían el silkeriano, y todos se expresaban en ese idioma. No existían traductores. No sólo no podían estar dentro del hemisiciclo, sino tampoco fuera, pues las comunicaciones podrían intervenir.

—Damas y caballeros —dijo Lainier alzándose, apoyando los puños sobre la mesa—, como saben, fui contactado con un grupo de piratas espaciales que resultó ser parte de una asociación mucho mayor. Todos ustedes han recibido informes al respecto, así que iré al grano. Hemos logrado un principio de acuerdo con dichos individuos, que esperamos sea ratificado aquí. La Tierra ya ha dado su visto bueno. He hablado personalmente con SuNSeT, el representante kupulense. La mayoría de los presentes han oído hablar de él, y todos han sufrido el ataque en mayor o menor grado de sus Piratas Espaciales y otras divisiones, pero yo creo que podemos fiarnos de él. SuNSeT nos ofrece un millón de hombres, cien mil de los cuales tienen un fuerte entrenamiento militar. En sus ordenadores tienen los detalles.

Los mandamases consultaron los ordenadores portátiles que tenían en sus mesas.

—Además de prestarnos ayuda, SuNSeT se entregará a la justicia terráquea cuando acabe el conflicto —prosiguió Lainier—. A cambio, pide... que se amnistíe a todos los rebeldes. Como he dicho, la lista completa sería de aproximadamente un millón de hombres.

Las caras de los presentes se mostraban serias.

—Y... bueno... también piden... —prosiguió el clon tras unos segundos de incómodo silencio—, la mitad de los Territorios Desérticos de Enea, que actualmente pertenecen al Estado de Perferb. Concretamente, quieren la mitad oriental, para que no limiten con la urbe Perferbiana. Y... em... eso es todo.

—¡Eso es inadmisibile! —exclamó el representante de Enea, un hombre gordo de unos cincuenta años, con los ojos entrecerrados, gran papada y pelo rizado y canoso. Estaba sentado casi enfrente de Lainier, pero en la cuarta fila.

—No es su turno —dijo el presidente de la asociación, dando dos golpes con su mazo.

—Señoría, pido la palabra por alusiones —insistió el eneano.

—Tendrá que esperar al turno de réplica —objetó el presidente—. Este asunto nos afecta a todos. Primero escuchemos todo lo que los terráqueos tienen que decir, y después todosharemos en cómo tratar esto.

—En realidad, señoría... —intervino Lainier—, yo ya he acabado.

El clon se sentó.

—En ese caso —dijo el presidente, volviéndose de nuevo hacia el representante de Enea—, tiene la palabra, Maese Dubirhart.

Dubirhart se puso en pie y abrió los brazos, mientras hablaba en voz alta, girando la cabeza de un lado a otro, observando a sus camaradas:

—¡Compañeros, lo que este hombre está proponiendo es que el principal estado de mi planeta, que yo mismo presido, no sólo albergue a un millón de peligrosísimos delincuentes que buscan acabar con nuestra sociedad, sino además que les demos... parte de nuestra propia tierra! ¡Ja! ¿También quieren que les demos dinero y armamento? —dijo, girándose hacia Lainier. Después se sentó.

Varios representantes pulsaban un botón negro en sus mesas que avisaba en la pantalla del ordenador del presidente que pedían la palabra. Lainier volvió a levantarse.

—Señor Dubirhart —comenzó a decir, ligeramente enojado—, esos territorios desérticos no les son muy rentables. Apenas dan algo de provecho. La hipotética sociedad que formen esos individuos será irrisoria, y probablemente condenada al fracaso de antemano. La posibilidad de que logran prosperar, y no digamos ya alcanzar el poder militar suficiente como para dañar a su estado, es muy remota, casi imposible. Creo que desprenderse de esos territorios es un precio barato por la ayuda que nos pueden prestar. Ciertamente son criminales, pero tampoco tan peligrosos como los pintan. He visto cosas mucho peores. En cualquier caso, como he dicho, el daño que puedan causar al darles los territorios es irrisorio en comparación al que nos causarían los neos si no nos aliamos con los rebeldes.

Esta vez el eneano no se alzó. Estaba demasiado gordo y se cansaba con facilidad.

—Su brillante discurso tiene sin embargo un importante fallo: si no suponen una amenaza para mi estado... ¿cómo van a suponer una amenaza para los neos, eh?

—Ahora son muy útiles. Pero después de la batalla, serán privados de su armamento. Así de sencillo.

Lainier se sentó.

—Señor Sind... ¿de verdad necesitamos esa ayuda? Hemos logrado hacer retroceder a los neos, los hemos expulsado de varios planetas.

—Pero a cambio de hacer frente a los neos, hemos descuidado la lucha contra los thorns, que nos están masacrando. Los thorns son la mayor potencia militar de la galaxia, no lo olvide.

—Tiene ahora la palabra el representante de Silkeria —dijo el presidente.

El representante de Silkeria estaba sentado en la sexta fila, justo a la izquierda y por encima de Dubirhart. El silkeriano era un hombre de unos 35 años, de ojos grandes y azules, cabello rubio, y nariz grande. Vestía con una gabardina de tela negra adornada con tres franjas rojas en cada brazo, un símbolo de poder en Silkeria. Llevaba guantes y botas de cuero negros, y camiseta y pantalones de tela fina, también negros.

—Señor Sind... —dijo el silkeriano, dejando ver sus grandes colmillos—. Debo coincidir con Maese Dubirhart. Usted mismo ha dicho que solo cien mil de esos hombres tienen un buen entrenamiento militar. ¿Realmente nos serán de tanta ayuda? Si los thorns son tan peligrosos, cien mil hombres no pueden suponer tanta diferencia, y puede que si ganamos luego nos arrepintamos de haber recibido una ayuda que en realidad no necesitábamos. Esa gente pide demasiadas cosas. Como dicen en su planeta, el remedio puede ser peor que la enfermedad.

Lainier ya estaba hasta los cojones.

—Realizaremos operaciones especiales con objetivos muy específicos —dijo Lainier—. Para ello no se necesitan grandes ejércitos, pero son trabajos que los revolucionarios están acostumbrados a hacer. Se trata de un proyecto que llevaremos a cabo los Cuerpos de Asalto Clon de La Tierra y Silkeria, si aceptan el trato. Si algo sale mal, les presentaré mi dimisión. Pero no se equivoquen, ¿de verdad piensan que esa gente es peor que los neos y los thorns? Yo he visto a los rebeldes y he visto a los invasores. Y créanme, no desean que los invasores ganen la guerra. ¡Pregunten a sus generales!

—Tiene la palabra el representante de Enea —dijo el presidente de la Asociación.

—¡Quizás ese SuNSeT y sus compinches deberían venir aquí! —exclamó el eneano—. ¿Por qué no vienen? ¡Que se expliquen ellos!

—¡Se han explicado ante mí, y creo que he hecho suficientes cosas por mi planeta y los suyos como para que confíen en mí!

—¡Eso es...!

—¡Cállese, asqueroso burócrata de mierda! —gritó Lainier. El eneano palideció.

—¡Señor Sind! —dijo el presidente de la Asociación.

—Relájese, Sind —murmuró la presidenta China.

—Señoría —prosiguió Lainier, algo más calmado—, el representante eneano ha dado muestras continuas de su incapacidad. Todos sabemos que la guerra empezó cuando su gobierno pidió un crédito a los neos, que luego no pudieron devolver a tiempo, y que trataron de cobrarse por la fuerza, lo que nos obligó a intervenir, dando al enemigo la excusa que buscaba para ampliar su ofensiva, aliándose de paso con los peligrosísimos thorn.

—¡No pudimos devolverlo por problemas con...! —comenzó a excusarse el eneano.

—¡Eso es irrelevante! —interrumpió Lainier—. ¡Usted había sido advertido por los servicios de inteligencia de

varios planetas que Neo World tenía ansias expansionistas, y aún así hizo negocios con ellos! ¡Señores representantes, no escuchan a ese hombre! ¡No es que la culpa de la guerra fuera suya! ¡La culpa es de los neos y sus aliados, pero lo que hizo el Maese fue una irresponsabilidad, y le invalida para darnos consejos! ¡Debería agradecerlos que estemos haciendo todo lo posible por salvar su planeta!

—¡Y les doy las gracias, pero según sus propios informes, los kupulenses son gente de férreas convicciones socialistas, lo que quiere decir que tratarán de llevar adelante la revolución en el resto de territorios eneanos, por no mencionar otros planetas! ¡Nos afectará a todos!

—¡La revolución de la que habla sería meramente informativa! ¡Que yo sepa, en Enea hay libertad de expresión! ¡Los kupulenses no intentarían nada por la fuerza! ¡No son suficientes ni tienen medios!

—¡Basta con que inciten a los eneanos a la revolución! ¡El resultado es el mismo!

—¿De verdad se cree que los kupulenses necesitan residir en Enea para poder difundir sus ideas entre los eneanos? ¡Llevan haciendo propaganda por toda la galaxia conocida desde hace eones!

—¡Pero no tenemos por qué ponérselo más fácil!

—¡Creo preferible un supuesto enemigo que sabes dónde encontrarlo, a uno que se oculta!

—¡Enea se sigue oponiendo!

—No puedo creer que vaya a decir esto... —murmuró Lainier. Después hizo memoria y volvió a alzar la voz—. En serio... ¿qué prefieren? ¿Un millón de rojos aislados en el desierto, intentando repartir panfletos a sus vecinos, o millones de psicópatas imperialistas ocupando sus principales ciudades?

—Enea está dispuesta a votar a favor si se nos condona la deuda y se nos cubre el crédito que pedimos a Neo World —afirmó Dubirhart.

—Hijo la gran puta... —murmuró Lainier, notando que la sangre comenzaba a hervirle. Por desgracia, como el acuerdo afectaba a tierras eneanas, la legislación vigente obligaba a que se aprobase con el voto eneano. Por supuesto, siempre quedaba la opción violenta: expulsar a Enea de la Asociación y quitarle las tierras por la fuerza: un feo asunto.

—La Tierra acepta —dijo la presidenta china.

—¿Está segura? —preguntó Lainier, sentándose y tapando el micrófono—. Ya sé que la han elegido como representante y puede votar lo que sea, pero aunque todos los gobiernos terrestres tengan que tragar, puede que se venguen políticamente de usted.

—No creo —murmuró la presidenta—. Si ganamos la guerra, recuperaremos el dinero exprimiendo al enemigo, y si perdemos la guerra... creo que estaremos más ocupados tratando de conservar la vida.

Finalmente, la votación fue favorable.

Lainier contactó con Natch, quien a su vez contactó con Artic para que le condujera a La Kúpula. A las 14:00 hora de Silkeria, Lainier llegó al despacho de SuNSeT y tomó asiento. Allí eran las 17:00, aunque Lainier no tenía claro si el reloj de SuNSeT usaba el tiempo terrestre. El revolucionario estaba viendo una película de ciencia-ficción del siglo XX en un televisor panorámico de cien pulgadas que tenía empotrado en la pared a su izquierda. Apagó el reproductor y se giró hacia Lainier.

—Me has interrumpido en lo mejor, so mamona —dijo SuNSeT.

—Películas antiguas —dijo Lainier echando una ojeada a los filmes que se agolpaban en la estantería bajo el televisor—. Yo tengo algunas de esas.

—Ya no se hace cine como antes —dijo SuNSeT—. Fíjate en, por ejemplo, la peli que estaba viendo. En su tiempo, se denominaba “de ciencia-ficción”. Hoy, la tecnología que aparece reflejada en ella nos es cotidiana, y alguna incluso obsoleta. Pero esa película sigue interesando a los cinéfilos de verdad. ¿Por qué? Por varias razones. Es como un libro de Julio Verne: el autor de esa peli vio cosas del futuro. Bueno, en el siglo XX no era tan difícil adivinar cómo sería la tecnología de los años venideros, pero lo más interesante es el retrato de la sociedad del “futuro”, que hoy es presente e incluso pasado. En muchos aspectos, resulta acertada. Eso es lo interesante. Y sobre todo, el guión. Es cojonudo. La historia es muy interesante, y por eso, aunque la tecnología quede algo desfasada, la trama engancha, porque es cojonuda. Son como las buenas pelis medievales o de romanos, solo que cuando las pelis medievales y de romanos se rodaron, se hizo pensando en épocas pasadas, y las de ciencia-ficción, en épocas futuras. Hoy en día se ruedan pelis sobre la vida hace unos cuantos siglos, pero ya no hay guión ni encanto ni nada. Estas pelis de ciencia-ficción antiguas, aunque no reflejen hechos reales, resultan más interesantes, e incluso, en muchos aspectos, más reveladoras.

—SuNSeT...

—¿Qué?

—Lo mismo opino yo, pero no he venido aquí para hablar de cine, que mira que me gusta, pero no.

—Bien. ¿Han aceptado mis condiciones?

—Sí, tengo aquí los documentos listos, pero incluyen dos condiciones más de las que no hablamos, pero que resultan bastante obvias.

—Dime.

—Cuando acabe la guerra, procederéis al desarme.

—Eso sí ganamos.

—Eso sí ganamos —repitió Lainier a desgana—. La segunda es que, si ganamos, La Kúpula se va al carajo. El ejército supervisará su destrucción total. No os vamos a dar tierras y encima dejaros esta estación oculta, etc, etc...

—Lainier.

—Qué.

—¿Sabes lo que me ha... lo que nos ha costado fabricar esto?

—Años.

—Años, Lai, años.

—Me la suda.

—Así me gusta... inmisericorde. Sin embargo, lo que pretendíamos es trasladar La Kúpula a Enea. ¡No tenemos presupuesto suficiente para crear una ciudad desde cero! Por tanto, solo hay trato si nos permitís eso.

—Lo habíamos previsto y por eso he traído otra versión del acuerdo donde viene eso. ¡Pero supervisaremos el traslado de todos modos!

—Vaya, yo que esperaba obligarte a hacer otro viaje...

—Toi hasta los cojones de ir y venir. ¿Firmas o no?

—Espera. ¿Qué hay de mi juicio y mi estancia en prisión?

—Se te juzgará en el Tribunal Superior de la Asociación, y, si eres declarado culpable, serás encerrado en la prisión-torre de Fariken, en Silkeria.

—Eso es una prisión de máxima seguridad.

—Sí, pero es menos dura que Nueva Alcatraz. Los presos no son tan peligrosos.

—Encerrado en un planeta alienígena...

—¿Algún problema?

—Bah... no.

—¿Hay trato o no?

—Hay, hay.

—Pues hala, échame una firmita.

Lainier sacó el contrato y lo puso sobre la mesa.

—Aquí —dijo, señalando la parte inferior del contrato.

—¿Firma escrita? ¿No quieres una digital o tomar una muestra de mi ADN?

—En este caso usaremos una firma tradicional.

—Creía que había otros métodos más seguros.

—A veces la tecnología no es fiable. ¿Por qué crees que el dinero electrónico no ha logrado acabar con el dinero en papel?

—Me pregunto que os habrá fallado...

—¿Vas a ponerte a firmar o no?

—Bien, bien.

SuNSeT obedeció.

—Pos ya está —dijo Lainier, que guardó el contrato mientras se levantaba—. Adiós.

—Adiós.

## IV LA MEDICINA

—He aquí la primera operación conjunta del Escuadrón Rojo y los kupulenses —dijo Lainier a los presentes mientras extendía una vara metálica.

Estaban todos reunidos en una sala de la base roja, sentados en sillas de madera no muy cómodas. Eran unos cien. Lainier estaba en pie, frente a ellos. Tras él en la pared, colgaba una pantalla de cien pulgadas. A la izquierda de Lainier, Berllerak estaba sentado frente a un ordenador. Comenzó a teclear, y aparecieron imágenes de enfermos en un hospital militar.

—Como todos ustedes saben, cada día mueren cerca de cien soldados de infantería por culpa de ese virus mortal que transmiten muchos thorn —explicó Lainier, señalando con la vara la pantalla—. Los científicos están tratando de buscar la cura, pero de momento sólo han conseguido ralentizar el progreso de la enfermedad, que resulta mortal a los siete días de ser contraída, aproximadamente.

Lainier se giró de nuevo hacia los presentes, sujetando la vara con ambas manos.

—Ellos tienen una medicina efectiva —explicó—. Hemos tratado de robársela, pero no lo hemos logrado. De lo que se trata es, precisamente, de hacer un intento más, pero desde una perspectiva más estratégica, y por eso he recurrido a ustedes, los kupulenses. La medicina sólo se guarda en grandes estaciones espaciales similares a las nuestras, pero de tamaño bastante mayor: suelen ser el doble de grandes. Hemos atacado algunas, pero siempre hemos fracasado y no las hemos podido tomar. Ahora probaremos a infiltrarnos. Este método no servirá dos veces, por lo cual habrá varios grupos intentando lo mismo en varias estaciones diferentes, y deberán estar perfectamente sincronizados, lo cual es un decir, claro, porque a varios años luz de distancia, ya me dirás tú... La cosa es así: habrán veinticinco grupos de acción, de cuatro personas cada uno. Os anticipo que en uno de los grupos irán Night Stalker, Nevuroy, SuNSeT y yo mismo. En otro irán Sigfried, Berllerak, Artic y ElArtista. Acojonante, ¿eh? Pues esperad a ver el plan.

Berllerak tecleó y apareció en pantalla un estúpido gráfico de cutrez extrema donde se veía lo que se suponía que era una estación espacial thorn, y varias naves alrededor.

—Atentos, muchachos —dijo Lainier señalando la estación—. Mientras mil escuadronistas y piratas atacan la base usando cazas, el grupo de operaciones especiales se internará en territorio enemigo. ¿Cómo? Pues sencillo: acoplándonos en la base con una nave. Acojona, ¿eh?

—Lai, ¿tú te pinchas? —preguntó ElArtista, de pie en una esquina, cerca de la puerta de entrada, a la izquierda de Lainier.

—Déjame acabar, coño.

—Fale, fale...

—El amigo Berllerak, que es un genio, en colaboración con los consejeros científicos de La Kúpula, ha creado una nave experimental que...

—Ooouch... —musitó ElArtista—. Vamos a morir todos.

—¡Silencio, coño!

—Sorry.

—Como iba diciendo, ha creado una nave experimental llamada Mosquito A1.

—Prefiero la Abejorro B6.

—¿¿Quieres callarte de una puta vez??

—Joder, es que con esos nombres...

—¡Cállate!

—Vaaale...

—El Mosquito A1 es una nave rápida. Posee una trompa que inyectará al grupo de operaciones especiales dentro de la base enemiga. Buen plan, ¿eh?

—¿Qué?

—Es una trompa de keridio, seguro que lo perfora.

—Repito: ¿qué?

—Oh, vamos. Sólo ha de meter a cuatro tipos. Antes de que destruyan el Mosquito, ya estaremos dentro. ¡Juas!

—Volveré a repetir porque estás un pelín sordo: ¿qué?

—¿No te mola el plan? Pues es cojonudo.

—En realidad me parece bien porque es absurdamente descabellado, pero ya sabes que me opongo a todo lo que digas.

—Bien... Los piratas espaciales llevan usando modelos parecidos al Mosquito para abordar las naves desde hace tiempo y funcionan. Estaban basados, como sabéis, en engancharse a la nave mediante garfios y tentáculos, después abrir un agujero en las escotillas mediante láseres o explosivos, y después desplegar un tubo para pasar. Éste modelo hace todo de una sola vez. Además, es una nave muy veloz y resistente, y perforará la estación enemiga. La trompa tiene cincuenta metros de largo. Suficiente.

—De todas formas, el método no es seguro, porque apenas has creado grupos especiales. Sólo veinticinco. No parecen tener muchas esperanzas.

—En realidad, tenemos muchas probabilidades de entrar en la estación, pero muy pocas de salir. No tenemos ni puta idea de dónde paran las enfermerías. No tenemos planos, claro... Sólo sabemos dónde paran los hangares, y por allí entraremos. Tardarán más en destruir el Mosquito, porque deberán tener cuidado para no dañar su propio hangar, y

nosotros podremos escondernos fácilmente entre las naves.

—¿Fácilmente?

—Es más fácil esconderse en un hangar que en la cabina de mando. ¿O prefieres intentar entrar por ahí?

—No, mejor no... ¿Pero no sabéis ande está la cocina o los retretes?

—Pues no, y dudo mucho que tengan alguna pared que de al exterior. Iremos sobre seguro. Por cierto, antes de inyectar a los especialistas, la nave inyectará algo de humo. No mucho, para no perder tiempo, pero al menos así no os verán bien cuando entréis.

—Supongo que la nave será pequeña: no quiero ser un blanco fácil.

—Es relativamente pequeña. Tiene capacidad para cinco personas. Desde fuera parece que pueda albergar hasta diez, pero como veréis, la mayor parte de ella es el motor. Ya he dicho que es muy veloz.

—Oki.

De repente, llamaron a la puerta. Era Thomas VanderHall.

—Pase, hombre —dijo Lainier.

VanderHall entró. Su rostro era serio. En la mano izquierda llevaba su tableta.

—Han matado al líder del Cuerpo de Asalto USA Costa Oeste, y al segundo al mando del Cuerpo de Asalto Nipón —explicó—. Con pocas horas de diferencia. Estaban en una colonia cercana a Silkeria... Les han alcanzado en el cuerpo y la cabeza. Láseres de alta potencia.

—Pues eso es chungo, porque eran buenos.

—De lo mejor junto con vosotros. Creemos que han sido profesionales.

—¿Faïs?

—Bueno, no sé. Sólo sabemos que han tenido que ser dos, si la Coalición no ha cambiado la norma de un objetivo, un asesino.

—No creo. Pero si hubo un solo asesino para cada clon, eso quiere decir que eran muy buenos.

—Faïs lo es. Si anteriormente fracasó con nosotros, es porque la situación no le era propicia. Creo que nos estaba tanteando.

—Y ahora, aprovechando la guerra, ha aplicado sus conocimientos y ha matado a un clon. Bueno, si realmente ha sido Faïs uno de los asesinos... A lo mejor ni siquiera han sido profesionales.

—Todos los datos indican que sí. Los clones no estaban en medio de ningún combate. Iban caminando por la calle. Todo estaba tranquilo, y de repente... zas. Nadie vio nada y nadie sabe nada.

—Como siempre.

—Bueno, te dejo con la misión.

VanderHall se fue, cerrando la puerta tras de sí. Lainier se giró hacia los asistentes.

—Bueno; una vez dentro de las estaciones, hay que robar cuantos más frascos de medicina, mejor, no sea que ningún científico sea capaz de sintetizarla. La medicina la diseñaron originalmente para que no enfermaran sus aliados neos, aunque como la fisiología neo no difiere demasiado de las nuestras, esperamos adaptar el remedio para la mayoría de razas de la Asociación de Planetas Soberanos. En sus móviles tienen todos los detalles de la operación. Todo tendrá lugar mañana a las 10:00, hora de La Tierra. Si alguien no quiere participar, que me informe antes de las 12:00 de esta noche. Pero os recuerdo que tenéis firmado un acuerdo de cooperación, y que os jugáis las tierras de Enea.

Pero nadie se retiró, y a las 10:00 en punto de la mañana siguiente, estaban todos preparados en el hangar 1. Los hombres subieron a sus naves. Los comandos especiales estaban contemplando los veinticinco Mosquitos. Tenían forma cilíndrica. Aparentemente, no tenían trompa.

—¿Y la trompa? —preguntó ElArtista sin dejar de mirar una de las naves.

—Replegada, imbécil —contestó Lainier. En la proa de la nave, había una gran circunferencia de un metro de diámetro. Era obvio que por ahí surgía la trompa—. Subamos.

Los equipos se dirigieron hacia las naves. Iban vestidos con ropas de combate negras, que les cubrían todo el cuerpo, excepto la cara, pero tenían las capuchas preparadas.

—Por cierto, Lai, ¿quién es el general Kishwox?

—Pues el general que dirige la estación en la que nosotros nos vamos a infiltrar. ¿No has leído el informe? —preguntó Lainier, mientras hacía bajar la rampa de entrada a la nave, sin detener el paso.

—Sí. Por eso lo pregunto.

—Se trata del mejor general de Thornia. Su división es la más eficiente.

—Pues creía conocer a todos los generales de la Junta Gobernante de Thornia y no me suena.

—Porque no pertenece a la Junta. A veces ser un militar eficiente es un impedimento para prosperar, por no mencionar que Kishwox no comparte el sadismo gratuito de sus compañeros. Pero no te equivoques: es un entusiasta de la guerra, y si es necesario, matará a quien sea para ganar.

—Como yo entonces —dijo ElArtista sonriendo.

—Aunque al contrario que tú, es un hombre de palabra. Fue quien hizo el trato con los kupulenses para enviar hombres al torneo, y todo fue como estaba acordado.

Los grupos se separaron, rumbo a sus naves.

—¿Alguna vez habéis visto a un thorn? —preguntó Lainier a su equipo mientras entraban a la nave.

—Yo he visto uno —respondió SuNSeT mientras caminaban por la nave hacia la proa—. Muy desagradable.

—Yo no —respondió Night Stalker. Llevaba un cuerpo de color negro mate.

—Yo tampoco —respondió Nevuroy—, y me parece indignante que me hayas liado para esto.

—Pues yo tampoco he visto ninguno, jeje —dijo Lainier.

—Joderrr...

—Yo me he dado de hostias con Kramer, que tenía genes thorn, y él ya era duro. Imaginaos los thorn puros. Se rumorea que ni los clones son rivales para ellos, al menos en lo que en cuerpo a cuerpo se refiere, y no solo por sus cuchillas, sino por su mayor fuerza y resistencia. ¿Sabéis que los thorns no crean thorns mejorados genéticamente? Al principio pensábamos que su religión se lo prohibía, pero al parecer es porque los consideran un desperdicio de tiempo y dinero, porque apenas podrían mejorar lo que ya son.

—¿A qué viene ésto, Lai? —preguntó Night Stalker mientras tomaban asiento. Lainier y SuNSEt estaban delante, y Nevuroy y Stalker detrás.

—A que lo recuerdes cuando estemos dentro. No te animes a combatir con ellos. Que te conozco.

—La cabeza de Kishwox cuesta seiscientos mil euros.

—Sí, pero no la obtendrás hoy.

—No iré deliberadamente a por ella, pero esperemos que ella venga a mí.

—Esperemos que no.

Cuando todos los equipos estuvieron dentro de sus naves, Lainier activó el intercomunicador de la suya.

—¿Están preparados? Confirmen —La pantalla de control comenzó a llenarse de luces verdes. Todos los equipos estaban listos—. Muy bien. Despegue en cinco segundos. Cuatro, tres, dos uno... ¡ahora!

Las naves encendieron los motores. En pocos minutos, ya estaban en el espacio. Los equipos se dividieron y llegaron a sus respectivos destinos en tiempos diferentes, pero no comenzaron la misión hasta que el reloj marcó las 15:00 hora terrestre.

Los cazas se precipitaron hacia las estaciones. No tardaron en ser detectados.

—Señor, se aproximan unos mil cazas enemigos —informó un suboficial, dirigiéndose al general Kishwox.

El general estaba de pie en la plataforma superior de la cabina de mando, situada cinco metros por encima del suelo, contemplando el espacio sideral que se abría ante él a través de los grandes cristales del recinto. Tenía las manos apoyadas sobre una barra, y su rostro era impenetrable. Sus ojos eran negros como el carbón. Zonas membranosas de color marrón oscuro recorrían su cabeza y mejillas. Otra le cubría la parte superior de la cabeza. Detrás de las orejas, y a cada lado de la cabeza, se extendían cuatro huesos puntiagudos, levemente inclinados hacia atrás, de cinco centímetros cada uno, lo que le daba un aire de triceratops.

El general medía 2'10 metros. Era corpulento, y como todos los militares thorn, vestía con un uniforme negro, de aspecto parecido a los de Neo World, pero por supuesto con el emblema de las fuerzas militares de Thornia: una insignia plateada que representaba la calavera de un animal nativo del planeta; una especie de jabalí con enormes colmillos y afilados dientes.

—Por dónde —dijo el general, tras unos segundos.

—Cuadrante 20, 40, 10 —respondió el suboficial, que se llamaba Inn. Era un thorn bajo y delgado para los estándares de su raza. Aún así, su estatura y complexión eran similares a las de un terráqueo.

—Póngalos en pantalla.

Del techo, situado diez metros por encima de Kishwox, descendió una pantalla de mil pulgadas, situada frente a diez metros de distancia del general. Apareció un mapa espacial donde se mostraba la estación y la posición relativa de las naves enemigas, además de todos los datos pertinentes en la esquina inferior derecha.

—Llegarán aquí en diez minutos —dijo Kishwox. Diez minutos thorn equivalían a ocho minutos terrestres, aproximadamente—. Aparentemente, son unos suicidas. Teóricamente, esas naves no pueden hacernos nada. Pero si atacan es por algo. Ordene que tres mil cazas del escuadrón 2 los intercepten.

—Sí, señor.

Inn bajó de la plataforma por una escalera a la derecha de Kishwox. Se acercó a un panel de control y dio la orden. Después volvió al lado de su superior.

—¿Ordena algo más, Señor? —preguntó.

—Dígame, Inn. En su opinión... ¿qué traman? Si no tienen un buen plan, sin duda morirán.

—Puede que esas naves estén controladas remotamente. Así no se arriesgan a perder vidas.

—Eso ya lo intentaron hace tres semanas con la estación de Jurr, y fracasaron. No se puede manejar bien una nave por control remoto. Intervenimos su frecuencia y las destruimos todas. Sólo perdieron dinero. Haga otro intento, suboficial.

—Quizás estén cargadas de explosivos. Antimateria, quizás.

—Madre mía, suboficial Inn... ¿mil naves cargadas de antimateria? Aunque cada una solo tuviera una pequeña cantidad, sería absurdo. Ni siquiera nosotros producimos antimateria en grandes cantidades. Crearla cuesta mucho dinero. Contenerla cuesta dinero. Transportarla cuesta dinero. Y es peligroso. Aunque las naves enemigas contuvieran antimateria, nuestros cazas volarían una de ellas antes de que estuvieran cerca de nosotros, y al darnos cuenta, escaparíamos antes de que alguna se aproximara lo suficiente como para alcanzarnos de lleno. A no ser que la explosión tuviera un gran radio, pero para eso se necesitaría mucha antimateria, y, como he dicho, no es nada factible que la tengan. Además, esas naves parten de alguna estación, o estaciones. No pueden venir directamente de bases en planetas. No tienen combustible para eso. ¿Me está diciendo que en las estaciones guardan, aunque sea solo unos instantes,

antimateria? Un pequeño accidente, o un ataque, podrían bastar para volar la estación. Na, ahí no llevan antimateria. Es decir, la probabilidad es muy remota. En este mundo no hay nada seguro. En cualquier caso, intente darme otra explicación.

—Errr... me acaban de comunicar que el combate ha comenzado... y en las naves van hombres.

—Ya se lo dije. Bien. ¿Qué traman entonces?

—No lo sé, Señor. ¿Qué traman?

—Ni puta idea.

Las naves recorrían el vacío estelar, en un duelo sin cuartel. Mientras la mitad de los cazas luchaban contra los thorn, la otra trataba de acercarse a la estación. El Mosquito permanecía en la retaguardia.

—En cuanto encontremos un hueco, pasaremos —dijo Lainier—. A ver cómo pilotas, SuNSeT.

—Piloto de puta madre —dijo el revolucionario, sujetando firmemente los mandos.

—Nos van a masacrar —dijo ElArtista. Su equipo estaba atacando una estación la mitad de pequeña que la de Kishwox, pero aún así era peligrosísima.

—Silencio —ordenó Berllerak, observando la escena de guerra que se desarrollaba ante sus ojos—. Necesito concentrarme para alcanzar el casco intactos.

—¡Un hueco! —exclamó SuNSeT, quien aceleró, precipitándose hacia la nave. Gracias a su rapidez, esquivó varias ráfagas enemigas. Un grupo de cazas que había logrado acercarse a la estación protegieron al Mosquito, mientras se acoplaba a la gran compuerta del hangar de la estación. SuNSeT pulsó un botón, y en un suspiro, la afilada trompa se clavó varios metros en la compuerta. El revolucionario conectó el modo automático y la trompa comenzó a entrar y salir, hundiéndose cada vez más y más.

—Vamos —ordenó Lainier mientras se ponían las capuchas y cogían sus armas. Se acercaron a la salida. Unos cazas enemigos se aproximaron al equipo que cubría el Mosquito.

—Tened cuidado —dijo el jefe del escuadrón Thorn—. Están adheridos a la compuerta del hangar. Apuntad bien, y en potencia media, o podríamos destruir alguna de nuestras naves de dentro.

Los cazas dispararon certeramente. Una nave fue destruida. Las otras se abalanzaron sobre los cazas enemigos. Al fin, el tubo llegó al otro lado. Podían verlo a través de la cámara de vídeo.

SuNSeT apretó otro botón, y la trompa comenzó a inundar de humo el hangar. Se pusieron un equipo de respiración y descendieron.

—Parece ser que hay una perforación en la compuerta del hangar 3 —informó Inn.

—¿Perforación? —preguntó Kishwox—. ¿Cómo ha sido eso?

—Nuestros cazas informan de que una nave ha abierto una brecha con una especie de tubo de aspecto anaranjado. Pero están a punto de destruirla. No causará mucho daño. Sólo ha perforado la compuerta que da al hangar. Es imposible que logre hacer algo perforando en otras partes del casco. Las cámaras revelan que el hangar está lleno de humo, pero no parece haber nada incendiado. Nuestros aspersores deben haberlo apagado.

—Keridio. ¿Qué pretenden con eso? No lo entiendo.

Mientras los clones avanzaban ocultos por el humo, entre naves, el Mosquito 1 estalló en mil pedazos, y con él la compuerta del hangar. Se acercaron a la entrada de la base y se colocaron a los lados.

—O esperamos a que salgan y entramos, o derribamos la puerta —dijo Night Stalker—. No creo que suponga muchos problemas.

—Calla —dijo Lainier—. Yo soy el líder.

—Sí, señor...

—Están perdiendo —dijo Kishwox—. Es lógico. Aunque enviaran todas sus naves, perderían. La clave está en esa nave destruida. ¡Eso es! Envíe un equipo de artificieros, de evacuación y desmantelamiento al hangar. Y que las patrullas vigilen todas las salas esenciales. Que los escuadrones de seguridad interna recorran los pasillos principales sin parar. Cierre todas las compuertas que no sean vitales. Envíe a los cyborgs a explorar los respiraderos.

Inn dio la orden y volvió al lado de Kishwox.

—Creo que el objetivo no es destruir la nave mediante la perforación en sí, sino introducir una bomba en el corazón de la nave —explicó el general.

—Er... pero si han perforado en el hangar... —murmuró el suboficial.

—Ese humo no puede provenir de un incendio apagado. Sin duda es artificial, y ha entrado a través de ese tubo. Vamos, que está hueco. Por ahí pueden haber entrado hombres. No se me ocurre otra explicación.

—Entonces los cogeremos.

—Je. Esta estación es enorme. Si doscientos millones de hormigas entran en tu casa, sin duda las verás. Si entran diez, hay que tener suerte. Tendremos que pillarlos antes de que logren entrar en el núcleo de la estación, o será difícil encontrarlos. Aún así, a ellos también les resultará imposible llegar a la sala de máquinas, o aquí mismo. Francamente, me pregunto cómo coño pretenden destruir la estación. A no ser que no quieran destruir la estación... ¿habrán venido a... matarme a mí? Je... Quizás nosotros no seamos los únicos que empleamos asesinos profesionales.

—Si volamos la puerta, el aire saldrá al exterior, y sabrán que estamos aquí, por no mencionar que será difícil llegar a alguna parte si somos absorbidos hacia fuera... —dijo Lainier—. Llevamos botas y guantes magnéticos, pero mejor no arriesgarse.

—Seguramente ya saben que estamos aquí —dijo Night Stalker—. En cualquier caso, date prisa, que el humo se disipa.

—Botas magnéticas. Eso es. —Lainier miró por encima de la compuerta—. Nos pegaremos a las paredes. Una pena que no podamos comunicarnos con los otros. Podrían intervenir la frecuencia, como el otro día, cuando atacamos con naves teledirigidas...

El equipo se adhirió a las paredes, cinco metros por encima de la puerta.

—Parecemos ladrones de pisos —dijo Stalker.

—Calla, coño —dijo Lainier—. Esperemos que vengan antes de que se disipe el humo, porque sin duda hay cámaras por aquí.

—Suelen estar en las esquinas —dijo Nevuroy. Se giró hacia arriba. Había una encima, apuntando hacia la parte norte del hangar—. Aquí arriba hay una, pero tal y como está el ángulo, no creo que nos haya visto.

—Vuélala —ordenó Lainier a SuNSeT, quien disparó contra la cámara, destrozándola—. Debe haber otra en cada esquina. Las que nos pueden enfocar son las dos que hay en la salida al exterior. Dispararemos a ciegas, antes de que el humo se disipe. Si acertamos, pues acertamos...

—No hará falta —dijo Night Stalker, señalando con el dedo la puerta, que se abrió de repente. Comenzaron a entrar guardias. Iban vestidos de negro, con grandes cascos.

—¡Mierda de humo! —exclamó uno.

Lainier hizo una señal con la mano izquierda a los suyos. Apuntaron a los soldados. Después hizo un gesto con la cabeza, y comenzaron los disparos. Todos cayeron al suelo. Nadie entró.

—O nos esperan, o nos tiran una bomba, o no hay nadie —conjeturó Stalker.

—Voy a ver —dijo Lainier.

El clon sacó una microcámara y la hizo descender con un cordel, apuntando hacia la compuerta abierta por la que habían salido los soldados. Había una pequeña estancia, con otra compuerta cerrada. Nadie dentro.

—Aquí no podemos quedarnos. Bajemos —dijo. El equipo descendió y entró en la cámara—. Cerrad la puerta. Hasta que no lo esté, no podemos abrir la siguiente, o seremos succionados.

Nevuroy desmontó el panel de control de la puerta y comenzó a hurgar en el sistema electrónico. Al cabo de unos segundos, la puerta se cerró.

—Listo —dijo.

—Abre la siguiente —ordenó Lainier.

Nevuroy se acercó a la siguiente puerta y comenzó a examinarla.

—Me temo que esta puerta solo se abre con un código de seguridad —informó.

—Habrá que volarla —observó Lainier.

—Atrás —ordenó Night Stalker. Sus compañeros retrocedieron, acurrucándose y cubriéndose el rostro con los brazos.

Stalker colocó una bomba en la puerta, y se unió a sus compañeros. La explosión provocó un boquete lo suficientemente grande como para entrar. Sonó una alarma y una voz por un altavoz que hablaba en un lenguaje ininteligible para el comando especial.

—¡Adentro! —ordenó Lainier. Avanzaron por un largo pasillo. Cerca del final, se detuvieron: una puerta abierta daba a la siguiente estancia. Lainier la observó con la microcámara: en realidad era un cruce de caminos: había tres compuertas cerradas, cada una mirando en una dirección. Dos cámaras de seguridad colgaban del techo.

—Hay dos cámaras —informó Lainier mientras le pasaba la microcámara a Night Stalker—. Una a la izquierda y otra a la derecha. ¿Las puedes ver?

—Sí, no soy cegato —contestó el cyborg.

—Tú disparas a la de la derecha y yo a la de la izquierda.

—Bien.

—A la de tres. Uno, dos y... ¡tres!

Lainier y Stalker asomaron la cabeza y el brazo y acabaron con las cámaras en un santiamén. Después todos entraron en la sala.

—Pensaba que bajaría una compuerta de emergencia y tataría el bujero —dijo Stalker.

—Ya ves que no —dijo Lainier.

—Hemos detectado una explosión en una de las puertas de seguridad preferente —informó Inn. ¿Sellamos los pasillos, señor?

—Mmm... —murmuró Kishwox—. No. Podría ser una trampa para que sellemos los pasillos que desean ellos.

—Pero si no intentamos contenerlos, avanzarán, señor.

—Si su objetivo es matarme o destruir la nave, que avancen lo que quieran, nunca lo conseguirán. Envíe un equipo a reparar la puerta. Y que cien soldados peinen la zona. Pero que vayan con cuidado por si es una trampa.

—Me informan de que dos cámaras han dejado de funcionar en el cruce A-1.

—Pues que alguien inspeccione eso.

—Vamos por ese conducto de ventilación estándar a la derecha —dijo Lainier señalándolo con el dedo.

El equipo se arrastró hasta el conducto.

—Comprueba si está electrificado —ordenó Lainier a Nevuroy, que sacó un potente multímetro de su mochila.

Colocó las agujas sobre la reja. Cero voltios.

—No lo está —dijo.

Lainier arrancó la reja.

—Ahora el conducto mismo —dijo.

Nevuroy volvió a colocar las agujas sobre las paredes del conducto. Cero voltios.

—Tampoco —informó Nevuroy,

—Bien. Veamos si han colocado cámaras —dijo Lainier.

Stalker ojeó el conducto con la microcámara.

—No hay nada —dijo—. Vamos allá.

El equipo se arrastró por el conducto. Stalker iba en cabeza. En caso de ataque, serviría de parapeto. Detrás iba Lainier. Después SuNSeT, y por último Nevuroy, que colocó la reja en su sitio.

—Quitaos los imanes —ordenó Lainier. El grupo obedeció. Al arrastrarse por el conducto, los imanes no harían sino retrasarlos. Además, provocarían un ruido del carajo cada vez que los levantasen y los volviesen a fijar al suelo.

El equipo continuó avanzando a rastras.

—La enfermería no debe andar muy lejos del hangar, para que los heridos puedan llegar pronto a ella —dijo Lainier—. Esto está chupado.

—Jodido optimista... —murmuró Stalker.

SuNSeT callaba. No había abierto la boca desde que empezara la misión. No tenía mucho que aportar, de momento, y estaba muy ocupado estudiando cada uno de los movimientos de los clones, por si le hacía falta en un futuro.

—Oigo voces y pasos allá atrás —murmuró Nevuroy.

—Deben haber llegado soldados —dijo Lainier—. Comenzarán a mirar el conducto. Apresurémonos

—Quizás lleguen por delante —conjeturó Stalker.

—Por eso estás tú. En cualquier caso, si no queremos que nos cacen como conejos, tenemos que encontrar la enfermería antes que los soldados lleguen aquí.

—¿Y si se limitan a sellar compuertas y tenernos encerrados hasta que nos quedemos sin aire? —preguntó Nevuroy.

—Mala suerte.

Mientras, un equipo técnico estaba soldando una gran plancha de acero en el agujero de la primera puerta de la cabina.

—Señor, no hemos encontrado a... —comenzó a decir uno de los hombres por su intercomunicador.

—Como suponía —dijo Kishwox—. Deben haber entrado por los conductos de ventilación. ¿Están los agentes arrastrándose por los conductos cercanos a las zonas críticas?

—Sí, señor. Es imposible que lleguen a alguna de ellas por los conductos.

—Lo sé. Y eso me preocupa. ¿Un plan tan elaborado sólo para caer al llegar a su destino? Deben tener un extraño as en la manga. Aquí hay algo que se me escapa, mmm...

—Si me permite, señor —dijo Inn—, quizás sería mejor asegurarse y activar la electricidad de los conductos.

—Los quiero vivos, a ser posible.

El Mosquito del equipo de Berllerak también había logrado entrar en el hangar de su estación.

—Vamos rápido o nos follan —dijo Artic—. Artista, pon una carga en la puerta, pero no la hagas estallar hasta que veas que se va a abrir. Sujetaos fuerte a las naves que hay por aquí, que están bien ancladas en tierra. Cuando explote la bomba, entraremos a saco.

—Joder, vaya mierda plan —replicó ElArtista mientras sacaba la bomba de su mochila.

—Así hago yo mis abordajes —replicó Artic, mientras se agarraba a la cola de una nave—. Y nunca falla. El factor sorpresa es fundamental. Deprisa, coño, que el humo se disipa.

ElArtista colocó la bomba a control remoto. Volvió con su grupo y se aferró a la nave. Mantuvo el dedo pulgar de la mano izquierda a punto para pulsar el botón del detonador. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió. ElArtista activó la bomba, y se produjo una tremenda explosión. Trozos de compuerta y de thorns fueron arrojados hacia el espacio. Otros quedaron flotando cerca de la entrada.

—¡Adelante! —gritó Berllerak— ¡Coged un cadáver como escudo!

El equipo se precipitó al interior, disparando con sus láseres, y cubriéndose con los cuerpos mutilados. Dentro había un cruce de caminos similar al de la estación de Kishwox, pero más pequeño. Había veinte soldados atrincherados tras una plancha metálica de medio metro de altura, colocada improvisadamente. Se produjo un tiroteo. Un soldado enemigo cogió una granada. Sacando apenas el brazo por temor a ser alcanzado, la arrojó por encima de la plancha. El Artista reaccionó inmediatamente. Cuando la granada comenzaba a caer sobre ellos, le disparó con su arma. El artefacto estalló en medio del aire. Ambos bandos fueron desplazados un metro por la explosión. Sigfried, que aguantó mejor la onda expansiva gracias a su armadura, se recuperó rápidamente y decidió emular a sus enemigos, lanzándoles otra granada de gran potencia. Los thorns volaron en mil pedazos.

—¡Eerg! —gritó Berllerak. Un trozo de la plancha metálica había salido despedido hacia el exterior, golpeándolo y

desequilibrándolo. Intentó asirse con los imanes, pero no pudo. Rebotó violentamente contra las paredes del pasillo.

—¡No! —gritó ElArtista, intentando buscar su pistola-garfio, pero no tenía mucho tiempo. El resto del equipo ya tenía bastante con asirse donde podía. Finalmente ElArtista lanzó el garfio, pero Berllerak ya estaba en el hangar. El garfio no lo alcanzó. Berllerak ya estaba casi saliendo al espacio exterior, cuando disparó su propio garfio, que se enganchó en la cola de uno de los cazas del hangar. Comenzó a trepar.

—Voy a ayudarlo —dijo ElArtista—. Vosotros asegurad los conductos de aire. Después os metéis y esperáis.

ElArtista reptó hacia la nave donde estaba enganchado el garfio de Berllerak, que iba por mitad de camino. Sigfried y Artic se dirigieron al conducto. Parecía seguro.

ElArtista sujetó el cable con la mano izquierda. Berllerak logró llegar hasta él. Después volvieron dentro de la nave base, y se colaron por el conducto. Primero iba Sigfried (de nuevo, el parapeto en primera línea), seguido de ElArtista, Berllerak y Artic.

—Fuera los imanes —murmuró ElArtista—. Aquí nos ralentizan.

—Artista —dijo Berllerak—, se supone que aquí el líder soy yo, y tú el hombre de apoyo.

—Lo siento, no lo puedo evitar. Va, dirige tú.

—Fuera los imanes. Aquí nos ralentizan.

—Joeerr...

—Capitán Jurr, hay...

—¡Lo sé, lo sé...! —Una escena similar a la del centro de mando de Kishwox se desarrollaba en el centro de mando de la estación donde se había infiltrado el comando de Berllerak—. Envían trescientos hombres a la entrada, y que reparen los desperfectos. Que vigilen los lugares críticos: la sala del reactor principal, los secundarios, los almacenes de armas, de explosivos, la sala de mando, los centros de control... ¡Los quiero atestados de soldados! ¡Quiero a quinientos en cada uno! ¡Y quiero al menos diez soldados dentro de los conductos de ventilación, cerca de las zonas críticas! ¡No quiero que pasen por ese lugar! ¡Ja! ¡Si esperan llegar mediante ese viejo truco, no lo conseguirán! ¡Y aunque lo logran... quinientos soldados les esperan al otro lado! ¡Francamente, no sé que pretenden lograr esos estúpidos!

—¿Y si sellamos los pasillos, señor? —preguntó el suboficial.

—No, si se ven acorralados podrían inmolarse con una bomba o algo. Mejor que nuestros hombres intenten neutralizarlos antes.

—¡Ahí está! —dijo Night Stalker.

Habían recorrido más de cien metros. Habían girado a la izquierda, y al fin, habían encontrado la enfermería. El conducto daba a un largo pasillo lleno de convalecientes en camilla. Había al menos cien en cada lado. Algunos doctores y enfermeras deambulaban por la zona.

—Deberíamos buscar otra entrada —señaló Night Stalker.

—Sí —dijo Lainier.

—A menos...

—A menos...

—A menos que entremos sigilosamente. Parecen bastante tranquilos. Si alguno nos observa, le disparamos, y punto. También tenemos que encargarnos de los médicos y las enfermeras.

—No me parece ético. Son convalecientes.

—Lainier, no me jodas. Estamos en guerra. Esos son convalecientes de guerra. Esto es un hospital militar. Los médicos son militares.

—¿Y las enfermeras?

—Puede que pueda evitar matarlas. No lo sé.

—Déjalo. Busquemos otra entrada. No debe andar lejos.

Sabiendo que discutir con Lainier era como hablarle a una pared, y que no tenían mucho tiempo, Stalker desistió. El comando continuó hacia la derecha. Siguió avanzando durante unos minutos. Finalmente, llegó a otra reja a la izquierda.

—La sala de medicinas —dijo Night Stalker—. Bingo.

—Informa —ordenó Lainier.

—Cincuenta metros cuadrados. Estanterías por doquier. Cajas. Puerta al fondo, cerrada, con una ventanilla de cristal. No hay cámaras. Nadie a la vista.

—Os recuerdo que la medicina se llama Retroviral A-2. Que en thorn se escribe así...

Lainier consultó su móvil.

—Ya sabemos cómo se escribe —dijo Night Stalker.

—¡Miradla, coño! —replicó Lainier, mostrando a los demás su móvil.

—¡Vale, vale!

Tras comprobar la escritura, Lainier guardó su teléfono.

—Según los enemigos interrogados, el frasco es del tamaño de una botella de tinta china —explicó el líder—. El líquido es transparente.

—Que sí, joder, —dijo Stalker—. Entremos de una puta vez.

—Go —dijo Lainier en inglés.

Stalker quitó la reja. Bajaron.

—No van a destruir la base —dijo Kishwox al fin, tras pensarlo detenidamente.

—¿Qué? —preguntó Inn.

—¡No van a destruir la base! ¡Ni tampoco van a robar datos vitales! ¡Ni a intentar asesinarme!

—Entonces...

—¡Vienen a por otra cosa! ¡Saben que no pueden llegar a los lugares críticos! ¡Deben estar aquí por otro motivo!

¿Instalando micrófonos, quizás, para espiarnos? Tendremos que registrar toda la base... no me lo puedo creer... Mmm... ¿y si no es eso? ¿Qué más pueden hacer aquí? ¿Envenenar la comida y el agua? De todas formas, no puedo enviar a mis hombres a vigilar cada rincón de la estación... eso dejaría los lugares críticos más desprotegidos... Y sería más peligroso. Puede que busquen eso: engañarme para que desproteja los lugares críticos. Ja, no puede ser, saben que nunca lo haría. Busquen lo que busquen, lo peor que pueden hacer es llegar a los lugares críticos... así que nada... las tropas seguirán concentradas en ellos... mmm...

—Señor... todas las naves enemigas han sido abatidas...

—Bien.

—Ah...

—¿Qué?

—¿No deberían volver nuestros cazas?

—¿Acaso he dado la orden de que regresen?

—Err... no, señor...

—Bien. Aún tienen combustible para aguantar varias horas. Que vigilen las salidas de los cuatro hangares. Si les dejara entrar, mis enemigos podrían salir fácilmente. Pero si las naves están fuera, los matarán cuando salgan.

—Brillante, señor.

—Por supuesto, suboficial. Por algo soy general.

—Ah... señor... hay diez naves con heridos, y otras veinte averiadas... solicitan permiso para entrar.

—Heridos. Eso es —dijo al final Kishwox—. Puede que el objetivo del enemigo sea... matar a los heridos que tenemos en las cuatro enfermerías. Son cinco mil. Muchos. Pero colocando bombas de gas... mmm... es raro, pero no se me ocurre nada más. Suboficial, deje entrar a esos pilotos por el hangar 4. El resto que se quede fuera. Envíe a cien hombres a cada una de las cuatro plantas de procesamiento de comida y doscientos a cada una de las enfermerías. Que se dispersen por cada planta. Yo mismo iré con un equipo a la enfermería 3, que es la que está más cerca del hangar por el que han entrado esos bastardos.

—¿Usted, señor? Pero...

—Pero nada. Yo nunca rehuyo un combate. No lo olvide.

—Heridos —murmuró Berllerak. Estaban observando una de las salas de uno de los hospitales de la estación.

—Matémoslos a todos —dijo ElArtista.

—La misión no consiste en eso.

—La misión consiste en encontrar la medicina y llevárnosla en cantidades industriales. Eso es parte del hospital.

Entremos por ahí. Y de paso, matémoslos. Son enemigos. Allí hay unos doscientos. Pues doscientos menos.

—Son heridos. No pueden defenderse. Es un deshonor.

—Ja. Seguro que duermen con una pistola bajo la almohada.

—¿Y los que están en coma?

—Mira, me importa un webó que estén desarmados, malheridos o tullidos. Ellos se lo han buscado. Que se jodan.

Nos han invadido. Aquí se lucha por la supervivencia. Basta de gilipolleces. Entremos, matémoslos a todos, y vayamos a la enfermería.

—Demasiado escándalo.

—No. Soy buen tirador. Los mataré de un solo disparo. Nadie dará la alarma.

—¿Y los médicos?

—Morirán también. Seguro que son del ejército.

—¿Y las enfermeras?

—Seguro que también tienen preparación militar. Todos estos bastardos están entrenados para ello. No tienen nadie en una base que no sepa usar armas.

—Quizás sepan usar armas, pero se dedican a curar heridos, no a combatir.

—Se dedican a curar soldados que combaten contra nosotros. Les ayudan a combatir.

—Solo realizan su trabajo, cuidar a la gente.

—Y una mierda. Que se hubieran negado a venir aquí. Ellas saben que los neos y thorns han invadido otros planetas y nos masacran. Son cómplices. Nadie aquí es inocente.

—Puede que en Neo World y Thornia apenas tengan conocimiento de lo que está ocurriendo en esta guerra. Te recuerdo que forzaron su comienzo para poder aparecer como los agredidos. ¿Cuántas mentiras más se habrá tragado la población? En cualquier caso, aunque supieran la verdad, puede que no tengan más remedio que estar aquí. No creo que puedan negarse.

—No me jodas, Berllerak. Nos pasamos los días disparando contra naves y bases enemigas sin pensar en quién coño habrá dentro, y ahora tú te preocupas por cuatro gatos...

—He dicho que no y es que no.

—¿De verdad tienes tantos escrúpulos? ¿Incluso en medio de una guerra?

—Lainier no lo aprobaría.

—Puede que sí.

—A menos que tuviese una buena razón, no lo aprobaría. Me ha puesto al frente de este comando y tengo que actuar en consecuencia.

—Así que en realidad no quieres que te monte un pollo.

—Ya hemos perdido bastante tiempo. Sigamos, es una puta orden.

—Bah...

ElArtista se rindió, y el grupo siguió arrastrándose.

—¡Lo tengo! —gritó Stalker, mientras abría una gran caja de cartón.

—¡Shhhh! —susurró Lainier.

—Una caja llena. Cien unidades.

—Esperemos que el resto de comandos rapiñe más. ¿No hay más cajas?

—Espera... ¡Sí! Tres más.

—Pues una cada uno, ¿no? —preguntó Nevuroy.

—No —dijo Lainier—. Demasiado pesadas para llevarlas a través de los conductos, y podrían dificultarnos la huida. Llenemos las mochilas y escapemos a toda hostia.

—Viene alguien —informó SuNSeT, que estaba vigilando a través del cristal de la puerta—. Diez hombres. Cinco han ido hacia la izquierda, hacia el hospital. Tres en el pasillo. Uno para acá.

—No hay tiempo para salir. Escondeos —susurró Lainier con tono apresurado.

SuNSeT se colocó a la derecha de la puerta, que era hacia donde se abría. Lainier se ocultó tras las cajas de medicamentos. Nevuroy se escondió tras el estante de la izquierda, tendido en el suelo. Night Stalker lo tenía más fácil. No tenía que perder tiempo sacando los imanes de la mochila, puesto que los tenía implantados, gracias a su condición de cyborg. Los activó pulsando un botón en su muñeca izquierda, y saltó al techo, pegándose a él.

Un soldado miró a través de la mirilla. No vio nada. Abrió la puerta. Se giró y vio a SuNSeT, que ya se abalanzaba sobre él. Antes de que pudiera decir nada, Stalker saltó sobre el thorn, hundiendo sus garras en su cuello. Luego disparó sobre los guardias apostados en el pasillo, que cayeron al suelo. SuNSeT cerró la puerta mientras Lainier y Nevuroy salían de su escondite.

—No sé si habrán oído los ruidos de los guardias al caer —dijo Stalker—. Daos prisa.

El cyborg vigilaba a través de la mirilla. De momento, no venía nadie.

Sus compañeros introdujeron todos los frascos que pudieron en las mochilas. Lainier quitó la reja y subió. Los otros le siguieron.

—¡Vienen cinco tíos! —gritó Stalker mientras retrocedía.

—¡Vamos! —gritó Lainier.

El cazarecompensas saltó hacia el conducto. Comenzaron a arrastrarse rápidamente. Stalker dejó un regalito detrás: una granada, que acabó con tres de los cinco soldados.

—Vamos al hangar 1 —dijo Lainier.

—¿No estarán vigilando más ese? —preguntó Stalker—. Es el que más cerca nos queda.

—En este lugar sobran hombres. Habrán mandado montones de ellos a los cuatro hangares. Voy a dar la señal.

Lainier apretó un botón de su comunicador.

—Señor —informó Inn—. Hemos detectado una transmisión. Se aproximan otras mil naves por el mismo sector que las anteriores.

—Joder, que día llevo... —dijo Kishwox, mientras el suboficial rastreaba el origen de la transmisión—. Que las naves vayan a por ellos, pero que se quede una vigilando la salida de cada hangar. Los pillaremos.

El equipo de Berllerak parecía tener menos problemas. El general de su estación no parecía tan listo como Kishwox.

—¡Juas! ¡Una caja llena! —exclamó ElArtista.

—Llenemos las mochilas —dijo Berllerak, mientras colocaba la suya en el suelo. Los demás no tardaron en imitarle, excepto Sigfried, que vigilaba por la mirilla. La estancia era similar a la que había visitado el comando de Lainier.

—Ya está —dijo Berllerak—. Sigfried, échame tu mochila —Sigfried obedeció, y Berllerak la llenó con medicinas—. Bien. Vámonos.

ElArtista subió al conducto, seguido por Berllerak, Artic, y Sigfried, que recogió su mochila por el camino.

—Diez hombres —informó Lainier, mirando con la microcámara. Estaban en la reja por la que habían entrado—. Han colocado una plancha improvisada para tapar el boquete. Mejor. Caerá más fácilmente. Bien. Acabemos con esos bastardos y vayámonos a casa.

Lainier preparó una granada, y sacó rápidamente medio cuerpo al exterior. Un par de guardias que vigilaban la salida del conducto lo vieron, pero el explosivo ya caía sobre ellos: todos volaron por los aires.

—Larguémonos antes de que vengan más —ordenó Lainier.

El comando descendió. Stalker abrió un agujero en la puerta con su rifle láser y sus cuchillas. Después se quedó atrás, cubriendo a sus compañeros. Nevuroy entró en la cabina y colocó la microcámara cerca del pequeño cristal visor

que poseía la siguiente puerta.

—Los nuestros han recibido la señal, y están luchando —informó Nevuroy—. Dentro del hangar hay un caza que está mirando hacia acá. Seguro que está preparado para disparar en cuanto nos vea salir. Está en el centro, a diez metros.

—Ahí es donde entras tú —dijo Lainier a Stalker—. Cuento con tu cuerpo de cyborg.

—¿Qué? —preguntó Stalker, sin dejar de vigilar los pasillos cercanos—. ¿Te refieres a mí?

—Los ojos abiertos. Nuestro equipo en la Recepción 3 ha caído —dijo Kishwox. El piloto del caza que vigilaba el hangar 3 escuchaba atentamente—. Los intrusos deben estar a punto de salir. Sin duda tratarán de robar una nave. Recuerde: no vacile en destruir nuestras propias naves. Si logra atrapar a alguno con vida, se le recompensará.

—Sí, señor —contestó el piloto.

De repente, la puerta de entrada al hangar explotó. Varios trozos de metal fueron succionados al exterior.

—¡Cabrones! —exclamó el piloto, abriendo fuego. Gastó una batería. Mientras cargaba la siguiente, se apartó a un lado, por si le disparaban. Volvió a ponerse frente a la entrada, abriendo fuego de nuevo. Nuevos trozos de metal comenzaron a salir hacia el espacio, así como cuerpos de thorns caídos. La nave volvió a hacerse a un lado para esquivar los restos.

—¡Joder, menudo destrozo! —exclamó el piloto, mientras cargaba otra batería.

De repente, uno de los cadáveres que pasaba cerca del caza se movió. Era Night Stalker. Lanzó su garfio hacia la cabina de la nave y quedó enganchado.

—¡Hijo de puta...! —exclamó el piloto, quien trató de hacer una pirueta con el caza, pero lo único que consiguió es que la cuerda se enrollara alrededor de la nave, haciendo que Stalker llegara a ella más rápidamente. Su cuerpo cyborg aguantó el envite.

—¿¿Dónde está?? ¿¿Ha caído?? —se preguntó el piloto, que miró por encima de él, justo para ver cómo el cazarrecompensas destrozaba el cristal de la cabina con sus garras, y arrastraba al piloto fuera de la nave. El thorn desapareció en el espacio. Stalker se subió al caza y avisó a sus compañeros por el intercomunicador. El comando salió corriendo y subió a la nave. No podían ir en la cabina, ya que era para un solo tripulante. Stalker salió de ella y se adhirió a la nave magnéticamente. SuNSeT se introdujo en la cabina. Lainier y Nevuroy vaciaron el depósito de misiles y se metieron dentro, aunque estaban muy estrechos.

—Despegamos —dijo SuNSeT mientras cerraba la cabina y daba media vuelta. Después envió una señal para que los cazas del Escuadrón Rojo protegiesen su nave.

El comando se alejó de allí cagando leches.

—Señor —informó el suboficial—. El caza del hangar 1 sigue en pie pero el piloto ha dejado de comunicar. Además hemos detectado otra tr..

—¡Que derriben ese caza! —gritó Kishwox.

—Parece que le están cubriendo, señor.

—Grr...

—A ver si logramos salir de aquí —dijo Berllerak.

—Juas, sólo hay que robar una nave —dijo ElArtista.

—Primero hay que matar a esos tres de ahí —Berllerak señaló hacia delante. Su comando había regresado al punto por el que había entrado.

—Con un láser bastará —dijo ElArtista—. Es mejor no usar explosivos. Alertaría a los capullos del hangar, y hay que ser silenciosos.

—Voy a avisar ya a las naves —dijo Berllerak. El clon pulsó el botón de su traje que enviaba la señal al segundo escuadrón para que atacara.

—Capitán, nos atacan...

—Jodeeerrr...

ElArtista sacó dos revólveres. Se asomó por el conducto colgando bocabajo, y acabó con los tres individuos.

—Vamos —dijo.

El equipo descendió. Berllerak examinó el hangar con la microcámara.

—Bueno. Diez pilotos. —informó—. Se dirigen a los cazas. Esperad... esperad... ¡ahora!

El piloto del caza que estaba más cerca de la entrada al interior de la estación se preparaba para despegar. Pulsó un botón en la parte superior de la cabina, y el cristal comenzó a bajar. Pero antes de que pudiera cerrarse, ElArtista apareció por la derecha, desgarrando parte del cuello del thorn de un disparo. Un segundo impacto le atravesó la sien de parte a parte. El clon arrojó al piloto fuera de la cabina. Berllerak subió por la izquierda. ElArtista y Artic vaciaron el depósito de misiles y se escondieron en su estrecho interior.

—El roce hace el cariño... —murmuró ElArtista.

—Ui... —respondió Artic.

Sigfried se sujetó a la nave con sus imanes. Berllerak despegó, y envió la señal pertinente al escuadrón. Pronto se alejaron de allí a toda velocidad.

—Han escapado. ¿Han estado dando parte de todo lo sucedido al resto de estaciones? —preguntó Kishwox a los operadores del centro de control.

—Sí, señor —respondió Inn—. De todas formas, la estación más próxima está muy lejos. La primera retransmisión no les llegará hasta dentro de tres horas, más o menos.

—Esperemos que el resto de generales hayan tenido más éxito que yo. Aunque lo dudo.

—¿Los otros generales, mi señor?

—No sea ingenuo, suboficial. Me juego las protuberancias óseas a que esto no ha sido un ataque aislado. Si se atrevieron a atacar esta estación, seguramente han hecho lo propio con otras. En fin. Mándeme una botella de Yissak a mi habitación. Estoy cansado.

—Sí, señor...

—Victoria, ¿eh? —preguntó Night Stalker a ElArtista. El comando de Lainier había llegado cinco minutos antes que el de Berllerak. Otras naves continuaban llegando.

—Victoria al fin —respondió ElArtista—. Después de esto, exigiré que me suban el sueldo. No gano para sustos.

—Serás cabrón —dijo Berllerak, bajando de la nave—. Si he sido yo el que me he balanceo con un cable en medio del espacio...

—Juas, pues porque no me has visto a mí... —replicó Night Stalker.

—Coño, ni tú a mí. Nos ha jodido, el cibormierda éste... —dijo Berllerak haciendo un gesto entre chulesco y despectivo.

—Juas, ya me gustaría ver lo que has hecho...

—Haya paz, cojones —dijo Lainier cogiendo con ambas manos la pesada mochila—. Venga, a llevar todo esto al laboratorio de Helio.

Los equipos comenzaron a caminar hacia el laboratorio. Ya dentro del núcleo de la estación, se quitaron los incómodos trajes.

—Joder, no aguantaba más —dijo ElArtista.

—Pues si tú que eres un clon no aguantas más, estamos jodidos —replicó Lainier.

—¡El camino de vuelta no ha sido precisamente cómodo, Lai!

De camino al laboratorio se toparon con Thomas VanderHall.

—Precisamente iba a vuestro encuentro —dijo Thomas.

—¿Informe de la situación? —preguntó Lainier.

—Han regresado diez equipos. Esperamos al resto pronto. De momento tenemos unas 223 bajas y 1.500 dosis de la medicina.

—Voy a analizarla —dijo Berllerak.

—El equipo médico ya se ha puesto a ello. Únete a ellos.

Helio observaba un poco de sustancia en el microscopio. El laboratorio era inmenso. Cientos de personas se movían de un lado para otro.

—¿Podrás sintetizarla? —preguntó Lainier, de pie a la izquierda de Helio.

—¡Lainier! —gritó Helio—. ¡Estoy mirándola por un microscopio de mierda! ¡No tengo ni puta idea! ¡Espera al análisis molecular! ¡Esto solo lo hago para entretenerme mientras llegan los resultados! ¡Os, os! ¡Fuera de mi laboratorio! ¡Vamos!

El clon se retiró a desgana.

Pasaron cinco días. Helio estaba tecleando en su ordenador del laboratorio.

—Lo tengo —murmuró.

## V EN ENEA

—Conquistaré Enea —dijo el general Kishwox, contemplando la superficie del planeta desde su nave personal. Tenía el doble de volumen que La Tierra—. Vaya que si lo conquistaré.

Había pasado un mes desde que los comandos especiales robaran la medicina, y, aunque eso había reducido la tasa de mortalidad en la infantería que luchaba contra los thorn, éstos habían logrado destruir casi toda la flota de Enea. Ahora se preparaban para acabar con los escasos reductos que la resistencia tenía en la superficie.

—Suboficial Inn, aterrice en la base oeste de Perferb —ordenó Kishwox—. Voy a supervisar personalmente la eliminación de los eaneos de las Tierras Desérticas.

—Sí, señor.

La nave descendió y se posó suavemente sobre la árida superficie terrestre. Aún no habían tenido tiempo de crear una buena pista de aterrizaje. La base militar del oeste de Perferb había sido levantada hace pocos días, y los obreros aún estaban trabajando en ella. A pesar de las advertencias de que era peligroso alojarse en una base aún no finalizada, el general Kishwox había preferido ir, como de costumbre. La base tenía forma de pirámide truncada. Era una enorme estructura metálica de color negro, con pequeñas ventanas rectangulares, que despedían una tenue luz dorada, proveniente de la iluminación interior. La base tenía un área de cinco mil metros cuadrados, y la parte superior un área de quinientos metros cuadrados. Medía 30 metros de altura. Los pisos eran módulos prefabricados que habían sido transportados hasta Enea y posteriormente ensamblados. Sin embargo aún faltaban diversas estructuras menores, y el interior tampoco estaba acabado. Muchas de las luces que se veían eran de los soldados u obreros, o simplemente que se mantenían encendidas todo el día para continuar su trabajo incluso de noche. No podían permitirse descansar.

Kishwox e Inn, seguidos por dos hileras de diez hombres armados, bajaron de la nave. Era un modelo de tamaño medio, con capacidad para unas veinte personas, de aspecto parecido al de un platillo, de color negro.

Un oficial se acercó a los recién llegados. Se paró ante ellos y realizó el saludo marcial thorn, tan simple como llevar la mano izquierda hacia la insignia que todos los soldados llevaban sobre el pectoral derecho.

—Bienvenido a... —comenzó a decir el oficial.

—Al grano, al grano —le interrumpió Kishwox—. Lléveme a mis aposentos. Hay mucho trabajo que hacer.

—¿Cómo que no vamos a recuperar Enea? —preguntó Lainier.

—Como que no —respondió VanderHall.

Los dos clones estaban sentados en el despacho del comisario.

—Pues yo creo que es el momento oportuno, antes de que comiencen a levantar fortalezas, y acaben con los soldados supervivientes.

—No.

—¿Entonces cuándo?

—No sé. El objetivo no es prioritario.

—Eso no le va a gustar a Dubirhart...

—Dubirhart está muerto.

—Ups...

—Le cortaron la garganta y nos enviaron su cuerpo en una nave abandonada en el espacio.

—Bien. ¿Y qué ha dicho el sustituto de Dubirhart?

—¿Pues qué va a decir? Pues protestar, pero hemos ganado por mayoría.

—Por cierto... ¿quién es el sustituto?

—Je. Un pobre oficial que estaba lejos del planeta cuando todo ocurrió. Todos los altos mandos murieron en la batalla.

—Y morirán todos los resistentes si no actuamos.

—¿No te he dicho que no es objetivo prioritario?

—¿Y puedo saber por qué?

—Todo el mundo sabe que inicialmente los neos atacaron Enea para obligarnos a acudir en su defensa, y así tener una excusa para atacarnos a nosotros. En realidad no les interesa ese planeta. ¡Es el más atrasado y pobre de la Asociación!

—Sin embargo ahora han decidido atacarlo con más fuerza. ¿Por qué?

—Es obvio. Para obligarnos a desviar efectivos hacia allí y desproteger otros frentes. ¡No estamos dispuestos a que los neos se nos vuelvan a colar!

—En ese planeta hay algo que los neos buscan.

—¿Cómo lo sabes?

—El general Kishwox dirige la operación. ¿Qué hace ese hombre invadiendo un planeta que apenas les importa?

¿Por qué no enviarlo a una misión más importante, y dejar que otro se ocupe del tema?

—Un castigo por no haber impedido que trincaseis la medicina, mientras que otros generales más inexpertos sí que consiguieron evitarlo.

—Eso es porque mi comando era el mejor. No tiene que ver.

—¿El mejor? Joder, que cabrón eres...

—El caso es que la hoja de servicios de Kishwox es impecable, así que no creo que se haya visto muy afectado por

nuestra acción.

—¿Seguro? Nuestro servicio de inteligencia dice que les cae mal a los mandamases thorns.

—Pero los mandamases thorns quieren ante todo ganar la guerra, y no van a castigar a Kishwox solo porque les cae mal. Además, Kishwox dimitiría antes que aceptar una misión de mierda como castigo.

—¿Seguro?

—¡Yo qué sé! Solo me baso en los informes de los servicios de inteligencia. Y dichos informes también indican que hay fuertes combates en las zonas desérticas. Sin embargo, los thorns no han usado armas nucleares. Hay pocos recursos que sacar del desierto, así que no creo que el problema sea la radiactividad resultante. Lo que pasa es que quieren encontrar algo y tienen miedo de vaporizarlo.

—Muy bien, ¿pero qué buscan?

—Quizás los eneanos guardaran algún secreto que no nos contaron, y que el enemigo descubrió.

—Eso es una estupidez. ¿Arriesgarse de esa forma en tiempos de guerra? Los eneanos nos lo hubieran contado.

—Depende del secreto. Además, la gente es muy rara. Y como dije, Dubirhart era un inútil. A lo mejor lo sabía y no dijo nada. ¡Solo espero que si tenía un secreto, no se lo haya llevado a la tumba!

—Siempre puedes preguntarle a los thorns.

—¿Eso quiere decir que autoriza una misión especial?

Kishwox estaba sentado en su despacho. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, sin apartar la vista del ordenador de su escritorio. Inn entró y saludó a su superior.

—Estamos estrechando el cerco a un grupo de resistentes en el Área 245-A2 —informó—. De momento, no hay más novedades.

—Hay que joerse... Suboficial Inn, quiero a ese hombre cuánto antes.

—Hacemos lo que podemos, señor...

—No lo suficiente, me temo. Tenemos a nuestra disposición un ejército que ha acabado con miles de enemigos, y no somos capaces de encontrar a un solo hombre.

—Er... Es difícil combatir contra la resistencia cuando no se les puede matar...

—No me venga con esas.

—Q... quizás haya muerto durante la toma de...

—¡No! ¡Todos los que matamos eran eneanos! ¡Y ese hombre no es eneano! ¡Es el único dato fiable que tenemos sobre él! ¡Sigue vivo, en algún lugar!

—S... sí, señor, pero... ah... en mi opinión... no sé porqué tanta preocupación por un puñado de hombres...

—¡No sea estúpido! —gritó Kishwox, levantándose rápidamente—. ¡Son un puñado de hombres que entraron en mi estación y se largaron llevándose el Retroviral A-2! ¡Y en otras tres! ¡Esos hombres son esenciales en el esquema bélico del enemigo! ¡Son piratas espaciales que se han pasado años realizando asaltos sin cesar, mientras los soldados de los planetas asociados se limitaban a vigilar las fronteras espaciales! ¡Dentro de un mar lleno de pececillos, ellos son tiburones!

—S... sí, señor...

Inn empezó a sudar profusamente.

—Puede retirarse —dijo Kishwox, volviéndose a sentar.

—Sí, señor...

El suboficial dio media vuelta, y abrió la puerta.

—Inn —dijo Kishwox.

—¿S... señor? —balbuceó el militar, girando la cabeza.

—No me haga mucho caso. Es que estoy alterado. Retírese.

—Sí, señor...

Inn desapareció, cerrando la puerta tras él.

Minutos más tarde, Kishwox entró en el laboratorio de la base. Varias personas permanecían atadas en camillas, con diversos aparatos conectados en su cuerpo, especialmente en la cabeza. El general se aproximó a uno de los médicos, un neo.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

—Mal —respondió el médico—. No logramos reproducir el fenómeno. Hemos perdido a tres sujetos más. Nos quedan ocho...

—¡Joder! ¿Ni siquiera un avance?

—No tenemos la bacteria original. ¿Qué quiere que hagamos? Estamos buscando muestras por todo el territorio de Enea, pero de momento ninguna devora las nanomáquinas. Es posible que el sujeto trajese la bacteria de otro planeta...

—¡¡Arrg!! ¡¡Aún no me creo que se pudiera escapar!! ¡¡Ese Jurr es un imbécil!! ¡¡Ya casi lo teníamos!! ¡¡Unos segundos más y...!! En fin... quizá aparezca otro portador... aunque no creo que por aquí haya muchos kupulenses...

—Al menos, él no lo sabe.

—Por suerte. Si lo supiera, se habría suicidado. Menudos son esos kupulenses.

—Solicito permiso para ir a Enea con un grupo de hombres seleccionados —dijo Lainier, aún en el despacho de Thomas—. No más de cien. Intentaremos descubrir qué quieren los thorn. Entonces informaremos de la situación.

—Permiso denegado —replicó VanderHall—. Hace poco los thorns lograron cortar las comunicaciones de los resistentes con el exterior del planeta. Ni sabemos qué pasa exactamente allá abajo, ni podrás enviarnos un informe.

—Una vez allí puedo intentar desbloquear las transmisiones, o intentar salir del planeta...

—Petición denegada. Hay cosas más importantes que hacer.

—No me toque los cojones, VanderHall, que si no es por mis hombres y por mí, hoy estarían cayendo soldados como moscas por el virus.

—¡Que no, podría ser una trampa para atraernos!

—¡Hay que ir!

—¡Está bien, tío pesao! ¿Quieres ir a Enea? ¡Pues ves tú solo, anda!

—Necesito algunos hombres.

—¡Coño, Lai! ¡No puedes llevarte a ningún miembro de los comandos especiales! ¡Compréndelo! ¡Sólo irá uno! ¡Te ayudaremos a entrar en el planeta! ¡Te daremos un plazo para tu investigación, y luego te ayudaremos a salir!

—¡Dos hombres, VanderHall! ¡Dos hombres!

—Uno. Es una misión suicida.

—¡Pues como todas!

—Uno. O vas tú o va otro. Elige.

Lainier hizo una pausa.

—Iré yo.

Lainier estaba en el hangar, listo para partir. Caminaba hacia su caza particular. Cien hombres más le ayudarían penetrar en la atmósfera de Enea, pero después estaría solo.

—Quizás encuentres a varios kupulenses —dijo Cháinoman, acercándose a Lainier—. Han ido a ayudar a los eneanos, que son pocos.

—Y a defender sus intereses, ya que si ganamos la guerra vivirán allí, ¿no? —observó Lainier.

—Por supuesto.

Lainier subió a la nave.

Eran las 16:40, hora de La Tierra. Las 17:30, hora de Enea. El planeta giraba lentamente sobre su eje, completando una vuelta cada 74 horas, y girando alrededor del gigantesco sol cada 978 días. Los eneanos eran de aspecto similar a los terrestres, pero diferían internamente: tenían el corazón a la derecha, y además, el resto de sus órganos no es que estuvieran invertidos respecto a los humanos: es que ocupaban otros lugares y tenían formas y aspectos muy diferentes. Antes del contacto con los planetas de la Asociación, la tecnología de Enea era similar a la de La Tierra a principios del siglo XX. Tras ser admitidos, hace cuatrocientos años terrestres, Enea había logrado hacer avances, pero lentamente. Su pobre economía no le permitía implementar todos los avances deseados, a pesar de las ayudas económicas de las otras potencias.

Las cien naves fueron atacadas al aproximarse a menos de cien kilómetros de la atmósfera del planeta. Quinientos cazas enemigos acudieron en su busca. Los escuadronistas protegieron la nave de Lainier como pudieron, que descendió en picado hacia las Tierras Desérticas.

—Buena suerte —dijo el jefe de escuadrón mientras Lainier desaparecía entre las nubes.

El caza aterrizó en mitad de un territorio árido y rocoso. Hacía un calor de mil demonios. Lainier salió de la nave. Consultó su móvil. 57 grados. Sacó unos prismáticos de su mochila y examinó la zona. Sabía que la resistencia debía seguir viva, según los informes, pero desde luego, si los thorn aún no habían encontrado su base, él tampoco. La resistencia tendría que encontrarlo a él.

—Hay que joerse —musitó, y regresó a la nave. La puso en marcha y comenzó a volar a ras de suelo, dirigiéndose hacia la zona oeste. Sólo esperaba que los resistentes lo encontraran antes que los thorn o que se le acabara el combustible. Entonces estaría jodido. En ese caso, la única forma de salir vivo era emitir señales de socorro, pero eso pondría en peligro tanto a él mismo como a la resistencia. Era arriesgado. De todas formas, Lainier pensaba hacerlo si era necesario.

“De todas formas”, pensó, “nadie les obliga a venir a por mí”.

Tras cuatro horas de viaje en zigzag, Lainier se vio rodeado por numerosos soldados que surgieron bajo la arena, a cincuenta metros de distancia. Detuvo la nave.

—Menos mal —murmuró.

Los soldados, totalmente cubiertos por ropa de camuflaje eneana, se acercaron cuidadosamente a la nave. Sabían que era un modelo aliado, pero podía ser una trampa. Había cincuenta resistentes, armados con rifles de baja calidad.

“Es increíble que hayan aguantado sólo con eso”, pensó Lainier, “aunque, quizás, estén rebosantes de misiles en su escondrijo...”

—¡Fuera todo el mundo! —ordenó un soldado.

Lainier salió al exterior, con el rostro descubierto y los brazos en alto.

—No te muevas —dijo el soldado.

—Soy Lainier Sind, general del ejército terrestre. Soy muy famoso. Salgo en lo periódicos.

—Sé quien eres —el soldado retiró su máscara.

—¿ZuMo?

—De naranja, gracias.

La tierra se abrió y surgió un gran camión.

—Formad un equipo de cinco hombres. Remolcad la nave hasta la base central —dijo ZuMo. Dos soldados engancharon la nave de Lainier a la parte trasera del camión—. Este hombre es del Escuadrón Rojo.

ZuMo pasó un escáner a Lainier.

—Por si acaso —dijo ZuMo.

Lainier viajaba escoltado por tres tipos en la parte trasera del camión. Llevaba los ojos vendados y las manos esposadas. ZuMo se sentaba frente a él a la izquierda, custodiando las pertenencias de Lainier, guardadas en una mochila. Dos soldados iban en la cabina del camión. Otro estaba dentro de la nave, comprobando que pertenecía al escuadrón rojo.

—¿Sabéis por qué los thorns tienen tanto interés en este planeta? —preguntó Lainier.

—No podemos hablar hasta que lleguemos al destino —contestó ZuMo.

—Eso está bien. Hay que ser precavido.

El clon fue bajado del camión. Escuchó como se abría una puerta. Luego bajaron varias escaleras, para llegar a un ascensor que descendió durante varios minutos a gran velocidad. Lainier supuso que la base principal de la resistencia estaba muy honda. El ascensor se detuvo, y Lainier caminó durante un trecho. El camión había recorrido el trayecto haciendo desvíos, pero si la orientación de Lainier no le fallaba, habían viajado hacia el oeste, y al introducirse bajo la base, caminaba hacia el norte. Oyó como otra puerta se abría. Una compuerta descendente, pensó. Lo metieron en lo que supuso era una habitación, y lo sentaron en una silla. Esperó unos minutos.

—¿Es él? —preguntó Zenith, mientras miraba por una ventanilla de la puerta que daba a la habitación donde estaba encerrado Lainier.

—Parece él —contestó ZuMo.

—Podría tratarse de cirugía estética.

—Podría.

—De todas formas, aquí no podemos analizarle el ADN. No tenemos medios. Es más, ni siquiera tenemos el ADN original para compararlo.

—En fin...

—¿Le has preguntado algo para comprobar su identidad?

—No, porque supuse que lo harías tú de todos modos.

—¿Ha dicho algo?

—Preguntó que porqué están los thorns aquí.

—Voy a entrar.

—Yo volveré al frente. Seguro que vienen patrullas thorns buscando la nave de Lainier.

—¿Quién soy? —la voz le resultaba familiar a Lainier. El sujeto debía estar situado frente a él.

—Zenith.

—Muy bien.

Zenith le quitó la venda al clon.

—¿Tú también aquí? —preguntó Lainier—. ¿Por qué hay tanto terrestre?

—Porque los eneanos son pocos.

—Y porque los kupulenses quieren defender su futuro territorio.

—Yo no soy kupulense.

—Pero estabas en La Kúpula.

—También estabas tú y no eres kupulense.

—Parece que aún no confías en mí.

—Te haré una pregunta para asegurarme de que eres Lainier.

—Escupe.

—¿Qué técnicas de Rekall Kombo te enseñé en Valencia?

—Absolutamente ninguna.

—En fin, supongo que tendré que fiarme.

Zenith retiró las esposas.

—Bienvenido a la base principal de la resistencia de Enea —dijo—. Yo soy el líder.

—¿Alguien sabe porqué coño están atacando este planeta?

—Ni idea. —Zenith salió al pasillo seguido por el clon—. Siempre supusimos que el primer ataque era una mera excusa para comenzar la guerra. Ya sabes pronto se olvidaron de este planeta y se centraron en los más prósperos.

—¿No hay una sola teoría?

—Pues no. Sólo sabemos dos cosas. Primero: que aquí está parte de la élite militar thorn. Segundo: que no disparan a matar. No desde que atacamos una de sus naves. Una nave neo, antes de que los thorn tomaran el relevo en el asedio del planeta y comenzasen a llegar en masa. Desde entonces sólo hacen prisioneros, si les es posible. Es extraño.

—Mmm... —musitó Lainier, llevándose la mano izquierda a la boca—. ¿Y qué conclusiones saca usted de esto, amigo mío?

—Quizás estén experimentando con nuestros hombres.  
—¿Y envían al general Kishwox a capturarlos? Uf... No sé...  
—¿¿Kishwox está aquí??  
—Veo que le conoces.  
—Por desgracia sí.

—Pues si los informes son correctos, debería estar aquí. Bien. ¿Qué clase de experimentos están realizando los thorn, que necesitan a Kishwox para supervisar la operación? Mmm... esto es algo gordo. ¿Qué pasó en los últimos días, antes de que los thorn relevaran a los neos?

—Hicieron una incursión. Un grupo de trescientos hombres. Capturaron a varios resistentes, entre ellos ZuMo y Artic. Los llevaron a una nave nodriza, pero conseguimos rescatarlos. Cuando encontramos a Artic, estaba inconsciente. Le habían drogado. ZuMo no sabía qué le habían hecho.

—Mmm... —volvió a musitar Lainier.  
—Hemos llegado.

Lainier y Zenith entraron en una gran sala de control, de unos doscientos metros cúbicos, de forma semiesférica. Había una circunferencia en el centro, con un pequeño centro de mando. En él estaba Artic, de pie. Otros operadores estaban sentados por toda la sala.

—Mira quien ha llegado —dijo Artic.  
—Supongo que será inútil preguntarte por tu estancia con los neos... —dijo Lainier.  
—Solo sé que no tenía el culo dolorido —dijo Artic—, y eso es bueno.

—¿¿Dónde está ZuMo?? —Natch saltó desde un montículo de tres metros de alto, formado por piedra, tierra y chatarra. Una trinchera improvisada. Detrás le esperaba Sigfried, que no cesaba de disparar a los neos, cien metros más adelante, montados en pequeños tanques. Llevaba su armadura, un artefacto muy útil para sobrevivir en el desierto.

—Ha ido a coger un tanque —explico Sigfried con su calma habitual, incluso en medio del enfrentamiento.

—¡Pues espero que lo consiga! —exclamó Natch, poniéndose al lado izquierdo de su compañero, y disparando su rifle contra los thorn.

ZuMo se arrastró por el suelo, sigilosamente. No tardó en llegar al flanco izquierdo de un tanque algo apartado del resto del grupo. Se enganchó a él, y trepó hasta la escotilla. No tardaron en detectarle, y la escotilla se abrió rápidamente. Sin embargo, ZuMo dio una voltereta hacia atrás. Lo que salió por la escotilla no fue un hombre: fue una plataforma redonda. Se usaba para evitar que alguien lanzara granadas al interior al abrir la escotilla. Bajo la plataforma apareció una ametralladora giratoria que disparó pequeños dardos en todas direcciones, pero ZuMo estaba protegido detrás de la escotilla abierta. Acercarse al agujero no parecía una buena opción, dado que la ametralladora no cesaba de disparar. Sin embargo, la solución era mucho más fácil. ZuMo propinó una fuerte patada a la escotilla, que aplastó el cañón del arma al caer sobre él. ZuMo se precipitó sobre la escotilla, y arrojó una granada por el escaso hueco que quedaba libre. Después se lanzó al suelo. Cinco segundos. Pum. El tanque estalló en pedazos, y ZuMo volvió corriendo a la trinchera mientras Natch y Sigfried le cubrían.

—¡Vamos, coño! —gritó Natch.  
—¡Ya voy, ya voy! —respondió ZuMo.

De repente, alguien le agarró por el tobillo derecho, haciéndole caer de bruces sobre la ardiente arena. Parece ser que un thorn no quería morir en el campo de batalla sin llevarse a alguien al otro mundo. El tipo tenía el estómago destrozado, y ni siquiera podía mover el brazo derecho, pero sujetaba a ZuMo con su brazo izquierdo con una fuerza de mil demonios.

—¡Suelta, coño! —gritó ZuMo, pateando el rostro del thorn con su pie libre. El tipo no pareció inmutarse.  
—¡ZuMo, al suelo! —exclamó Sigfried.

El terrestre se agachó, quedándose totalmente tumbado, lo cual no era nada agradable dada la temperatura de la arena. El rifle de Sigfried voló la cabeza del thorn en pedazos. Usaba proyectiles explosivos. ZuMo corrió hasta la trinchera y llegó hasta el otro lado de un salto.

—¡Estoy que ardo! —exclamó—. ¡Y no en el sentido sexual!  
—Se me está acabando la munición —dijo Sigfried como si fuese lo más normal del mundo.  
—Estupendo —dijo Natch apesadumbrado

—No podemos permitirnos perder esta batalla. Llama a la base. Que envíen refuerzos. Un poco más y acabaremos con esos tanques. Si lo logramos, después podremos tomar el puesto fronterizo oeste y...

—Para el carro —dijo Natch, observando con prismáticos cuántos enemigos quedaban en pie. Quince tanques. Cada uno con tres hombres. Ellos eran cien, pero apenas tenían recursos—. Los refuerzos tardarán doce minutos en llegar. Para entonces, ya habremos perdido.

Los terrestres tenían la costumbre de expresarse en medidas de su planeta, así que Sigfried calculó mentalmente el tiempo en medida eneana.

—Nos quieren vivos —recordó Sigfried—. Podremos ganar tiempo con eso. Llamemos, pero hagámoslo ya.  
—Bien. Da la orden —dijo Natch.

—Mensaje del grupo fronterizo —informó Artic—. Solicitan refuerzos. Luchan contra quince tanques menores con tres hombres cada uno. Como de costumbre, van a hacer prisioneros. Los nuestros son cien hombres. Munición mínima. ¿Respuesta?

Zenith se quedó unos segundos pensativo, y al fin dijo:

—Enviaremos trescientos hombres más, en cinco naves de alta velocidad. Estaremos allí en doce minutos. Informa.

—Ok —Artic comenzó a retransmitir el mensaje.

—Yo mismo iré hacia allá. Artic, acompáñame. ¿Vienes, Lai?

—Claro.

—¿Sabes combatir en el desierto, Lai? —preguntó Artic, mientras salían de la sala.

—Por supuesto que no —contestó el clon.

—Deben estar a punto de llegar —señaló Sigfried, mirando el reloj de su intercomunicador. Cuatro proyectiles. Eso era lo que le quedaba de munición. Los contó y se resignó.

—Más vale que vengan —dijo Natch sin dejar de disparar— porque ya no podemos contenerlos más. Están avanzando. En tres minutos los tenemos encima.

—Quizás podríamos aguantar algo más de tiempo si retrocediéramos, moviéndonos en zig-zag... después de todo, no disparan a matar..

—No seas gili. Nos lanzarían una red desde ahí y nos atraparían.

—Bah. Desde esta distancia puedo destrozar las redes con los proyectiles explosivos.

—De esos que apenas te quedan. Tranquilízate y...

En ese momento, oyeron motores. Naves. Acercándose. Natch y Sigfried se giraron. ZuMo continuaba disparando.

—A ver si los reventamos ahora —dijo Natch, girándose de nuevo hacia el frente.

Las naves comenzaron a disparar y lanzar misiles contra los tanques, mientras se aproximaban a las trincheras.

Algunos tanques pudieron detener los misiles con contramedidas, pero diez de ellos fueron destrozados.

—Ya sólo quedan cinco tanques —señaló Sigfried.

—No subestimes al enemigo —replicó Natch.

Los hombres descendieron de las naves y se aproximaron a las trincheras. Zenith, Artic y Lainier se acercaron a los tres resistentes.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Zenith.

—Mal —respondió ZuMo—. Necesito after-sun.

Zenith y Artic blandieron lanzagranadas. Lainier empleaba un rifle que le habían prestado.

—Yo voy a destrozar el de la derecha —dijo Artic.

—Mmm... Yo el de la izquierda —dijo Zenith.

Los resistentes dispararon. Otros soldados hicieron lo propio. Los tanques detectaron las granadas, activándose las contramedidas. La granada de Artic fue interceptada a un metro del tanque, por lo que éste apenas sufrió quemaduras. Zenith sí que consiguió dañar su objetivo, aunque no estalló.

—Bien. Ese ya no podrá disparar —dijo Zenith—, pero aún hay que eliminar a los tipos de dentro. Tendrán que salir.

Efectivamente, la escotilla se abrió. Uno de los hombres trató de salir del vehículo, pero fue abatido, cayendo al interior. Los otros dos, asustados, decidieron quedarse dentro, pero eso tampoco resultó una buena idea. Otra granada de un soldado anónimo impactó de nuevo, esta vez contra la parte superior del tanque, que comenzó a llenarse de humo. El segundo soldado salió al exterior, tratando de protegerse en vano esgrimiendo una plancha metálica con su brazo izquierdo. Natch apretó el gatillo. El cráneo del thorn quedó atravesado de parte a parte. Otro que cayó abajo. Dos menos. El tercero trató en vano de rendirse, en un intento desesperado de conservar la vida. Sacó una bandera blanca, y tras unos segundos salió al exterior, pero fue abatido por otro soldado anónimo. En medio de un combate, nadie aceptaba la rendición de un enemigo.

—No me gusta ese tanque —dijo Natch, señalando un vehículo blindado cubierto por los tres restantes, diez metros más atrás—. No se ha movido desde que llegó, hace tres horas. Lo están protegiendo. Quizás dentro vaya un mandamás.

—Desde aquí es difícil darle —señaló Artic.

De repente, los tanques se apartaron. El vehículo de la retaguardia se alzó, revelando medio cuerpo que tenía oculto bajo tierra. No era un tanque convencional.

—¡Mierda! ¡Estaba semienterrado! —gritó Zenith.

—¡¡Pero si al verlo llegar parecía normal!! —exclamó Natch— ¡¡No puede haber llegado hasta aquí arrastrando eso bajo tierra!!

—La parte de abajo es móvil —señaló Artic—. Antes estaría enganchada en la parte trasera del tanque, y visto de frente, parecería normal. Al detenerse, habrá comenzado a cavar, desplazándose hacia la parte inferior del tanque y ocultándose bajo la arena.

La parte inferior del vehículo medía unos cincuenta metros cúbicos. Acababa en una pequeña perforadora y un mecanismo para retirar arena. En la parte central estaba montado un gran cañón, que disparó varias esferas metálicas sobre las cabezas de los sorprendidos resistentes.

—¡¡Mierda!! —exclamó Zenith.

Las esferas estallaron, liberando una espesa sustancia de color verdoso, que cayó sobre numerosos soldados, formando hebras.

—¡¡Mierda!! —repitió Zenith—. ¡¡Pegamento!!

Los resistentes que estaban libres trataron de liberar a sus compañeros. Los tanques avanzaron. El vehículo principal volvió a lanzar más esferas. Sigfried logró moverse gracias a la fuerza de su armadura. Se arrancó el pegamento antes de que este se endureciera por completo y liberó a Zenith. Después intentó continuar con los demás, pero los tanques ya estaban casi encima.

—¡¡Largo!! —ordenó Lainier.

Los resistentes obedecieron y corrieron hacia sus naves. Los atrapados por el pegamento trataban de liberarse. Unos pocos lo lograron. Los que estaban en primera línea estaban bastante pegados. Ese era el caso de Lainier, Natch, Artic y ZuMo. Las naves comenzaron su huida. Zenith y Sigfried lograron escapar, pero a dos vehículos les costó arrancar debido al pegamento. Quedaron rezagados y fueron destruidos por los tanques.

—¡Eso sí que ha sido a matar! —exclamó Lainier.

—Dejen ir a las demás —ordenó Kishwox desde el interior del tanque principal—. Ya tenemos lo que queremos.

Los tanques se acercaron a la trinchera. Los thorn descendieron rápidamente, desarmando a los resistentes. Kishwox se aproximó a Zenith y sus amigos. Los contempló desde el montículo. Inn estaba a su izquierda. Iban protegidos por tres guardias.

—Prepárenlo todo —ordenó el general.

—Sí, señor —contestó el suboficial.

Los thorn se expresaban en su propio idioma, y ningún resistente entendía nada.

—No me digas que todo esto ha sido un elaborado plan para capturarme —dijo Lainier en silkeriano.

—No, pero esto nos va a venir muy bien —respondió el general en el mismo idioma.

Uno de los thorns se acercó a Lainier y le inyectó un somnífero. Cuando despertó, estaba encerrado en una celda, solo. Dos guardias vigilaban el pasillo de entrada, a la izquierda, a veinte metros de su celda. La estancia tenía una superficie de diez metros cuadrados y estaba cerrada por una gruesa pared de cristal. Kishwox estaba sentado fuera. La celda tenía una cama, una estantería, y un retrete. Se quedó un rato examinando el lugar. Le dio la espalda a Kishwox y comprobó sus gafas: le habían quitado las baterías, aunque no se podía decir que Lainier usara mucho el ordenador incorporado: solo era un recurso de emergencia por si perdía su móvil. Finalmente se giró lentamente hacia Kishwox.

—¿No tiene miedo de que pueda usar las gafas como arma? —preguntó Lainier.

—Es imposible que penetre el uniforme y la piel de un thorn con el material de esas gafas —dijo Kishwox—.

Además, mis informes dicen que usted jamás se las quita ante desconocidos. No sé si será por algún extraño complejo, pero he decidido dejárselas por si así se siente más seguro, y de tal forma poder hablar de forma más... relajada.

—Bien. Usted dirá.

—Bien. ¿Por qué no me cuentas todo lo que sabes? —preguntó Kishwox.

—Se podrían llenar enciclopedias con todo lo que yo sé.

—Por supuesto. Por eso te ordeno que hables.

—¿Antes de decidir si hablo o no, podría contarme que métodos tienen para hacerme hablar? En fin, ya sé que tendrán drogas, electroshock, y toda esa mierda, pero me refiero a que si tienen algo original. Se lo digo porque yo soy un clon, como bien ha señalado antes.

—Así que no niegas ser Michael Smith Skanovich, líder del Cuerpo de Asalto Clon.

—Joder, nadie me llama así. Pero supongo que usted puede hacerlo, ya que es mi enemigo. Podría haber intentado mentir sobre mi identidad, pero es tontería. Mi cara ha salido en la tele y el servicio de inteligencia thorn es muy eficiente. Usted sabe que soy Skanovich, igual que yo sé que usted es el general Kishwox.

—Sí. Yo soy Kishwox y tú eres un clon. Resistirás más que los demás, pero antes o después, tu voluntad se quebrará.

—¿Y cómo anda usted de voluntad? ¿Le place trabajar en el ejército siendo despreciado por militares menos capacitados que usted pero que han llegado a la cima, y se dedican sistemáticamente a ponerle zancadillas? ¿Vale la pena trabajar para ellos?

—Trabajo para mi planeta.

—Si usted lo dice.

Kishwox miró su reloj.

“Está esperando algo”, pensó Lainier.

—¿No tiene nada más que decir? —preguntó Kishwox, alzando la vista.

—Si me va a interrogar, hágalo ya —respondió Lainier—. No le diré nada por las buenas. Ya lo sabe.

—Me refiero a que si no me va a preguntar qué he venido a hacer en este planeta.

—No. No me lo diría nunca. Y si me dijera algo, pensaría que es mentira.

—Es usted listo. Es verdad. Nunca se sabe lo que puede pasar. Podría escapar. Así que no le diré nada —Kishwox volvió a consultar su reloj—. Y ahora, si me disculpa, he de irme —añadió, levantándose de su asiento.

—¿Qué prisa tiene? —preguntó Lainier así como quien no quiere la cosa, esperando que abriera la boca.

—Creía que no me iba a preguntar por mi misión —replicó Kishwox.

En cierta forma, Lainier había conseguido sacarle información a Kishwox: sus prisas se debían a su objetivo militar. Pero de todos Lainier no podía salir de allí.

Artic permanecía atado a una mesa de operaciones, drogado. Varios doctores se agolpaban a su alrededor. Kishwox entró por una puerta que daba al norte, y se acercó al jefe médico neo.

—¿Cómo va eso? —preguntó el general.

—No se impacienta —respondió el neo—. El paciente es más resistente de lo que creíamos. Le hemos administrado media dosis más. Tardará cincuenta minutos en hacer efecto, aproximadamente.

—Claro que es resistente —replicó Kishwox, mientras se paseaba de derecha a izquierda de la sala, inquieto—. Es un pirata espacial, no sea ingenuo. Pero más vale que no se pase con las dosis. Si lo perdemos, también lo perderemos a usted, ¿comprende?

—Sí, señor... ah... nos da tiempo a llevarlo a la base principal —dijo el doctor—. Ésta es muy endeble. Si nos atacan...

—Ah, no, no voy a llevármelo hasta que me diga lo que sabe —replicó Kishwox—. Podrían tendernos una emboscada por el camino, y sería peor. Y seguro que se arriesgan. Tenemos a sus líderes. Además, una falsa caravana se dirige hacia la base principal, para engañarlos. Esperemos que la ataquen a ella.

—Sí, señor.

Kishwox continuó paseándose por la sala.

—Er... cincuenta minutos, señor... —repitió el doctor.

—Ya lo sé, demonios —replicó el general—. Es que estoy nervioso. Me voy para abajo.

Kishwox descendió de nuevo hasta las celdas, y se sentó frente a Lainier.

—Hola de nuevo —dijo.

—¿Se le quemaba el arroz y ha vuelto? —preguntó Lainier—. No entiendo cómo puede comer caliente en este lugar. Hace un calor de mil demonios.

—¿Cómo puede bromear en esta situación? —preguntó Kishwox, aunque no había comprendido del todo las palabras de Lainier, dada sus limitaciones con el lenguaje. Los thorn tenían problemas con la refrigeración debido a la rapidez con la que se habían levantado las bases, pero el general era muy hábil y no daba información alguna a Lainier por inútil que pareciera ser.

—Porque los clones estamos algo locos.

—Como nosotros entonces. No somos tan diferentes.

—La locura de su pueblo es más peligrosa. Han matado millones de personas.

—Debería saber que a las personas lo que más les gusta es el poder, y muchas hacen lo que sea con tal de conseguirlo.

—Pero en su caso es algo más.

—La batalla me apasiona. Dirigir, comandar, planear... A diferencia del resto de generales, yo no disfruto después, sino durante la conquista. Es el proceso lo que me gusta. Sobre todo si voy ganando, claro... Sé que esto puede parecerle irritante, pero es lo que hay. No voy a decir un "lo siento", porque estaría mintiendo. También hay una razón puramente económica: no sé hacer otra cosa, y hay que ganarse la vida. Y para finalizar, he de decirle que todas las grandes civilizaciones han prosperado gracias a la guerra, no a la paz.

—Podríamos tener un largo debate sobre ese punto, pero no me apetece.

—Si pretende pensar en una forma de escapar, pierde el tiempo. No puede huir, y en cualquier caso, no le daré tiempo para pensar en ello. Tiene dos opciones: seguir hablando conmigo, o le pongo música a todo volumen para que no pueda concentrarse.

—¿Tiene algo de clásica o folk silkeriano?

—Me temo que no.

Lainier estaba convencido de que el asunto que los thorns se traían entre manos muy gordo, pero no acertaba a ver cual es. El general Kishwox estaba esperando algo. No paraba de mirar su reloj mientras hablaban, aunque trataba de disimularlo.

Al final Lainier se lo dijo:

—Usted espera algo tan importante que ni siquiera usted puede concentrarse. Ha venido aquí para hablar conmigo de cosas que no tienen trascendencia. Oh, sí, esta charla sirve para conocernos mejor, pero, francamente, tiene poca utilidad táctica. Y en vez de llevarme a la sala de interrogatorios, me da conversación. No puede centrarse en nada importante. No ha ido a ver cómo entrenan sus hombres, ni comprobar cómo va la lucha, ni pensar un nuevo plan de ataque para aplastar a la resistencia, y ni siquiera ha ido en busca de una mujer, que seguro que las tienen. Nosotros las tenemos. Ayudan a liberar tensiones. ¿Qué me dice, general?

—¿Sobre las mujeres? Que me gustan. Soy heterosexual. Pero sólo las de mi especie.

—Me refería a lo de su inquietud.

—No le diré nada.

—Lo suponía. Pero quería que supiera que sé que usted espera algo importante.

—Y de paso a ver si me iba de la lengua.

—Cuéntemelo. Se sentirá mejor.

—Me prometió que no me preguntaría.

—General, ¿puedo saber si mis compañeros están vivos?

—No.

—Oh...

—A menos...

—¿A menos...?

—Se lo diré si me contesta a una pregunta.

—Vamos, general... puede que acabe contestando a *todas* sus preguntas... Ya sabe a qué me refiero.

—Sí, pero por cada pregunta que me responda ahora, será menos tiempo de sufrimiento luego.  
—¿Cuál es la pregunta?  
—¿Participó usted en los ataques a las estaciones espaciales?  
—General... ¿cómo sé que si respondo, lo va a hacer usted?  
—¿Cómo sé que no me va a mentir?  
—Bueno, después lo puede comprobar durante el interrogatorio... ¡Y usted también podría mentirme a mí!  
—¿No me cree un hombre de palabra?  
—Le creo un hombre de acción.  
—¿Me va a responder o no?  
—Por supuesto que participé. ¿Acaso lo dudaba?  
—Me lo temía. ¿Puedo saber qué estación asaltó usted?  
—No, no lo puede saber; al menos, de momento. ¿Mis compañeros están bien?  
—La pregunta era si estaban vivos.  
—¿Están vivos?  
—Sí, por ahora.  
—Vale.  
—¿Qué estación asaltó?  
—¿Después responderá a otra pregunta mía?  
—¿Qué pregunta?  
—Que si mis compañeros están bien.  
—De momento sí. ¿Qué estación asaltó?  
—La suya, general, la suya —dijo Lainier, con una sonrisa de oreja a oreja.  
—Me lo temía.  
—Ahora responde: ¿están bien?  
—Sí, excepto, quizás, Artic.  
—¿Qué le pasa?  
—Eso es otra pregunta. Y una que no puedo responder, me temo —dijo Kishwox, sonriendo.  
—Puedo imaginármelo: está drogado, y le deben estar interrogando o algo así. Lo que no imagino es que quieren de

él.

Kishwox se limitó a sonreír.

—¿Quiere una copa de Yassik? —preguntó, girando la cabeza a la izquierda y chasqueando los dedos para avisar a un guardia.

—¿Bebiendo en horas de servicio, general?

—¿Le sorprende? —preguntó Kishwox, girándose hacia Lainier.

—Mucho.

—Pienso mejor con una copa en la mano, y nunca me emborracho. Es mi pequeño secreto; bueno, mío y de mis hombres, pero que yo sepa, no se lo han dicho al resto de generales. De lo contrario ya lo habrían utilizado en mi contra.

—Por cierto, ¿qué es?

—¿El qué?

—El Yassik.

—Licor de cereza. De una variedad de cereza de Thornia. Deliciosa. Y el licor también. Se toma frío. ¿Quiere o no? —dijo Kishwox mientras un guardia se situaba a su izquierda y realizaba el saludo marcial.

—No quiero.

—¿No? ¿Es abstemio? ¿O no bebe en horas de servicio, si es que estar encerrado puede considerarse servicio?

—Esas preguntas revelarían detalles personales y profesionales, que no le pienso revelar. Después quizás sí, pero ahora no.

Realmente, se consideraba que un soldado estaba en servicio constante si estaba encerrado. Había que mantener la mente despejada, por si se podía escapar, o acudir en su rescate, o para aguantar el interrogatorio. El ejército thorn tenía la misma regla, pero Kishwox quería tirar de la lengua a Lainier.

—Bien pues —Kishwox se giró al guardia y le dio una orden en thorn.

El guardia se retiró. Al cabo de unos minutos volvió con una botella ancha repleta de un líquido transparente, y un vaso. El guardia volvió a su puesto de vigilancia. Kishwox se sirvió un poco del licor y se lo bebió lentamente.

—Delicioso —dijo.

—Si logro salir de aquí me chivaré a sus superiores —advirtió Lainier.

—Cuando mi trabajo aquí haya terminado, esa menudencia no podrá empañar el prestigio que habré ganado. Por no mencionar que es dudoso que mis superiores crean lo que les dice un enemigo...

Kishwox volvió a mirar su reloj. Se sirvió otro trago.

—Bueno, me voy —dijo, levantándose—. Ya nos veremos.

—Espero que no —respondió Lainier.

—¿Aún piensa en escapar?

—Desde luego, no pienso quedarme aquí.

—Bien. Piense en lo que quiera, pero no se me canse, que después tendremos que hablar más en serio —advirtió el general, retirándose.

Kishwox volvió a los cincuenta minutos exactos al laboratorio. Se acercó al doctor.

—Dígame algo positivo, joder —dijo el general.

—Puede preguntarle —respondió el neo—. Está todo listo.

—¿Estamos emitiendo directamente hacia todas las estaciones?

—Sí, sí, no se preocupe, señor.

—Vale, vale. Allá voy.

Kishwox se inclinó sobre Artic y dijo:

—¿Dónde está situada La Kúpula? ¿Dónde os escondéis?

—Ah... ah... —Artic apenas podía hablar—. No... no...

—Doctor, ¿se le puede dar una pequeña descarga? En las piernas.

—Claro —respondió el neo—. Sobrevivirá.

—Adelante.

El matasanos se acercó a un ordenador, y mantuvo pulsada la tecla “+”, o mejor dicho su equivalente thorn.

—¡¡Aaaaah!! —Artic aulló. El doctor continuaba con el dedo sobre la tecla.

—¿Dónde está la base de los piratas espaciales a los que perteneces? —insistió Kishwox—. Dímelo. ¡¡Dímelo!!

—Asteroides... campo de asteroides... —murmuró Artic—. En Tucana... sector 456-A2.

—¡Muy bien! ¡Dime! ¡Número de soldados! ¡Magnitud de las defensas! ¡Y sobre todo, cuándo puedo pillar al mayor número de rebeldes dentro de la base!

—Población... un millón... soldados... cien mil... pocas armas pesadas... cinco proyectiles de antimateria en una cámara especial... El viernes... el viernes que viene... se reúne el Consejo y la mitad de los soldados para reorganizarse, armarse, y recibir nuevos objetivos militares...

—¿Viernes? ¿Qué calendario? ¿Dentro de cuántos días? ¡Habla!

—Calendario terrestre... dentro de cinco días.

—¿¿A qué hora??

—Irán llegando a partir de... las ocho de la mañana... se marcharán... sobre las doce... de la mañana...

—¡Juas! ¡Dentro de cinco días terráqueos! De todas formas, tardaremos dos días en llegar a ese lugar desde aquí... y algunos generales incluso tres... —Kishwox se giró hacia Inn, que estaba detrás de él—. ¿Cuál es el general que se encuentra más cerca de ese campo de asteroides?

—Ah... —el suboficial consultó su móvil—. el general Jurr, señor...

—Oh, mierda... No nos llevamos bien... Es un capullo.

—Pero es el que está más cerca... y... no está realizando ninguna campaña vital en estos momentos. Está rastreando pequeñas bases enemigas en las lunas de...

—Sí, sí. En fin... es el que está más cerca, y además tiene a su mando el segundo mayor ejército. En fin... infórmele que nos reuniremos en el sector 456-A1 de Tucana dentro de cinco días, a las cinco de la mañana, tiempo terráqueo, para culminar la destrucción de la base de los piratas espaciales.

Lainier estaba sentado, pensando.

“Joder, que mala suerte. Vengo para averiguar qué coño pasa aquí, y llego justo el día en que culminan el plan, y encima, me capturan. Hay que joderse. Bueno, al menos a Kishwox se le ha olvidado ponerme música...”

—Ah... —comenzó a decir Inn—. Jeht Faïs está aquí, señor.

—Bien. Dígame que ahora bajo —dijo Kishwox sin dejar de mirar a Artic. Después se giró hacia el jefe médico y le entregó una lista—. Prosiga con estas preguntas. Están ordenadas por bloques de prioridad. Recuerde que se graba todo lo que ocurre en esta sala. Si se muere por contestar a una pregunta de prioridad 1, no pasa nada, pero como palme por una pregunta de baja prioridad sin haber contestado antes a las otras, me cabrearé, así que usted verá.

—Si capturásemos a otro kupulense, podríamos...

—¡Necesitamos resultados ya! ¡Mantenga vivo a Artic hasta que cuente todo lo importante! ¡No se lo repetiré de nuevo!

—Sí, señor...

Kishwox bajó por las escaleras. En la entrada, Faïs lo esperaba.

—Aquí estoy —dijo el asesino.

—Bien —dijo Kishwox—. Mi ejército no puede acabar con los líderes de la resistencia, pero quizás usted sí, ya que se cuela donde otros no pueden. Necesito que se cargue a esos líderes.

—De acuerdo. ¿Información?

—Poca. De momento sólo tenemos la descripción del que creemos es el principal cabecilla, que hoy se nos ha escurrido de entre las manos. Sabremos más cuando completemos unos interrogatorios...

—¿Tardarán mucho?

—Si el sujeto que estamos interrogando no habla, tendremos que pasar a otro. Y cada uno puede llevarnos un par de horas... quizá más.

—¿No tienen varias salas de interrogatorios?

—No. Estas bases están construidas a toda prisa.

—Mientras espero, le diré cuales son mis honorarios.

—Bien.

—Las cabezas de Orden 0 oscilan entre los dos y tres millones de euros. Las cabezas de Orden 1 oscilan entre un millón o dos. Las cabezas de Orden 2 oscilan entre los quinientos mil euros y el millón, pero en este caso sólo acepto cazar dos o más cabezas al mismo tiempo. ¿Le recuerdo cómo va lo de los órdenes?

—No hace falta. Creo que el objetivo es de Orden 2—. Kishwox se giró hacia Inn, a su izquierda—. Prepare los datos.

—Sí, señor —el suboficial sacó su móvil. Faïs hizo lo mismo.

—Envíe —dijo el asesino.

—Enviado —respondió Inn al cabo de un segundo.

—Si es de Orden 2, necesitará al menos otro objetivo para que acepte la misión —explicó Faïs a Kishwox, mientras consultaba los datos.

—Lo sé, lo sé —respondió Kishwox—. Por cierto, hemos capturado a Lainier Sind. De momento, puede borrarlo de su lista.

—Una pena. Recuerde que me quedo el anticipo.

—Lo sé.

—Su objetivo es Orden 2 —dijo Faïs, guardando el teléfono—. Presa fácil.

—Bien. El suboficial Inn y yo nos vamos de este planeta enseguida. El jefe de campo será el nuevo dirigente. Él le comunicará sus otros objetivos.

—Bien.

—Puede retirarse.

Faïs desapareció por la puerta de entrada.

—Inn, nos vamos a la base principal —dijo Kishwox al suboficial—. Que las tres cuartas partes de cada base se unan a nosotros en la fecha prevista, así como el total de las estaciones espaciales que tenemos alrededor de Enea. Que partan ya. Y avise a los neos. Que envíen un ejército menor aquí.

—Señor... si retiramos nuestras tropas... —comenzó a decir Inn—, puede que perdamos el planeta... Los neos tardarán en venir.

—Este planeta ya no importa. Tenemos lo que queremos, y la destrucción de La Kúpula tiene prioridad absoluta.

—¿Qué hacemos con los prisioneros?

—Aquí se quedan. No me los llevaré para que puedan escapar en medio del combate, que sin duda será intenso.

—Pero aquí también podrán escapar... apenas habrá vigilancia. ¿No deberíamos matarlos?

—Es más fácil que escapen si nos los llevamos a la batalla. Son muy valiosos para matarlos. El interrogatorio no está completo. Y además, usted sabe que yo no mato a sangre fría a menos que sea necesario.

—Sí, señor.

De repente, una explosión. La sacudida casi derribó a Kishwox y a Inn.

—¡Atacan la entrada principal! —exclamó Inn.

Kishwox y su compañero desfundaron.

—No han tardado en reorganizarse, los malditos... —murmuró el general—. Bien, muévase.

El suboficial y Kishwox comenzaron a subir las escaleras.

—Proseguimos con el plan. Hay que largarse —dijo Kishwox, y tras esto activó su intercomunicador.

—Aquí el doctor jefe —dijo el médico neo, al otro lado de la línea.

—¿La información ha sido enviada a todas las estaciones?

—Creemos que sí.

—Destruyan todos los datos y salgan de ahí. Luego ejecuten a Artic. Cuando acaben, salgan de ahí, e infórmenme por el camino.

—A la orden.

Kishwox cortó la comunicación.

—Deberíamos matar al resto de prisioneros —sugirió Inn—. Puede que deduzcan lo que hemos descubierto. Y en cualquier caso, son soldados enemigos que volverán a luchar contra nosotros.

Kishwox dudó durante unos instantes.

—Está bien —dijo al fin.

Sin embargo, antes de poder activar su intercomunicador, una explosión separó a Kishwox de Inn.

—¡Siga! —ordenó el general.

—¡No puedo dejarle solo! —gritó Inn.

—¡Es una orden! ¡Nos cogerán! ¡Alguien debe dirigir mis tropas!

El suboficial prosiguió su viaje hacia arriba. Kishwox bajó las escaleras y comenzó a dirigirse hacia los pasillos inferiores, mientras disparaba un grupo de resistentes que ya estaba derribando la puerta de entrada.

Los médicos comenzaron a borrar todos los datos.

—Zenith —dijo Sigfried por su intercomunicador. Estaba avanzando por dentro de la base con varios hombres—. La mayoría de naves escapan hacia el oeste.

—Cierto —dijo Zenith, observando con prismáticos desde el exterior—. Son cazas monoplane. Ahí no pueden llevar a los prisioneros. Mmm... Es extraño. Espero que no los hayan matado. En cualquier caso, si se van, nos quedamos con

la base. ¿Cómo va eso?

—Apenas encontramos resistencia.

—Extraño, como digo.

El jefe médico estaba quemando la lista de preguntas. En ese momento, la pared de la izquierda reventó en pedazos. Un médico cayó muerto y otro herido. Varios resistentes, dirigidos por Sigfried, aparecieron por el boquete. Un doctor se abalanzó sobre Artic con un escalpelo en la mano. El eneano lo hizo pedazos con su rifle de proyectiles explosivos. El jefe médico, el único enemigo que quedaba vivo en la sala, permaneció contra la pared, sin saber qué hacer.

—¿Qué acaba de quemar? —preguntó Sigfried, señalando las cenizas de la lista en el suelo.

—Nunca lo sabréis —respondió el matasanos.

—¿Qué le ha hecho a Artic? —añadió el resistente, mirando al pirata espacial.

—No tengo nada que decir —aprovechando que Sigfried había desviado la mirada, el doctor extrajo una cápsula y se la introdujo en la boca.

—¡Sig! —advirtió uno de los resistentes.

—¡Bastardo! —gritó Sigfried, perdiendo la calma por primera vez, mientras se abalanzaba sobre el neo. Pero ya era demasiado tarde. Había ingerido el veneno. El doctor se convulsionó durante unos instantes antes de morir.

Faïs no era capaz de alcanzar su vehículo, una moto voladora. Demasiada gente fuera. Regresó a la base, evitando a los resistentes, y llamó con su comunicador a Kishwox, pero no contestaba. Después intentó contactar con Inn, que volaba en uno de los cazas. Esta vez tuvo éxito.

—Me temo que necesito salir de aquí en una de sus naves —dijo el asesino.

—Dirección este, al fondo del pasillo C-3—respondió el suboficial—. La clave para activar la nave es 2839.

—Muy amable.

El asesino cortó la comunicación y corrió hacia el hangar.

Lainier Sind estaba en su celda. Ahora estaba insonorizada, y no escuchaba un carajo. De repente, el cristal se abrió.

—Bueno, ¿ya me toca? —dijo el clon, pero, para su sorpresa, Zenith apareció al otro lado, acompañado por un grupo de diez soldados.

—Tu arma —dijo Zenith, lanzando la Magnum al clon—. Estaba guardada en una armería. Tiene munición.

Lainier se levantó.

—Vamos —dijo Zenith, y echaron a correr.

—¿Y los otros? —preguntó Lainier.

—Han rescatado a Artic —respondió Zenith—. Aún estamos buscando a los otros.

Al llegar a un cruce donde confluían cuatro pasillos, vieron a la derecha a Faïs.

—¡Coño! —gritó Lainier, frenándose en seco.

—¡Arg! —se quejó Faïs, mientras Lainier le disparaba. El asesino sacó rápidamente el arma mientras corría, tratando de alejarse. Al estar mirando a Lainier, chocó contra una estantería del pasillo, perdiendo su móvil.

—¡Es un asesino! —exclamó Lainier, corriendo tras Faïs, seguido por los otros—. ¡No debe escapar!

—¡Vosotros buscad a los prisioneros!—ordenó Zenith a sus hombres, quienes se retiraron. Después se dirigió a Lainier—. Va hacia el hangar. La mayoría de soldados está huyendo. No encontraremos mucha resistencia.

—Esperemos —dijo el clon, sin parar de correr, mientras Zenith recogía al vuelo el teléfono del suelo.

—¡Coño, éste soy yo! —exclamó el resistente, mirando su foto en una ficha de la pantalla.

—Juas, tío —dijo Lainier, echando un ojo al ordenador—. Parece ser que lo han contratado para matarte. Estás jodido. A mí también me busca.

—Coño, y nosotros vamos a su encuentro.

—Somos los perseguidores y tenemos ventaja. Si logra escapar de aquí, mal asunto. Tendrías que esconderte en el agujero más oculto de la galaxia, como La Kúpula, y no salir jamás.

Los dos hombres se pararon ante una puerta que daba a la derecha. Estaba abierta. Encima había un cartel en thorn, pero Zenith pudo leerlo.

—C-3 —dijo—. Es aquí. El hangar está justo al otro lado, a menos, que, en una extraña pirueta, haya que dar un extraño giro por otro pasillo. Pero no creo.

—Bueno. Ahora, guarda silencio —murmuró Lainier.

—Bien.

El clon intentó escuchar algo. No oía al profesional correr. El hangar aún quedaba algo lejos. Eso significaba que el tipo los estaba esperando. Sabía que no podía continuar. Lo mejor era acabar con ellos.

—Nos está esperando —musitó Lainier—. Dame todas las granadas de gas que tengas, y una máscara con sensores, si tienes.

—Granada sí, máscara no —contestó Zenith, cogiendo una granada de su cinturón y pasándosela a Lainier.

—Bueno, allá voy.

—¿Vas a entrar sin protección?

—Sí, pero eso él no lo sabe. Confío en que salga corriendo.

—Er... ¿y yo qué?

—Tú te quedas aquí. Échate al lado izquierdo. Si lo ves salir, acaba con él. Pero ten cuidado.

—Vale.

Lainier lanzó la granada, que estalló a diez metros de distancia. El gas inundó el pasillo. Lainier escuchó al profesional correr. El policía saltó al interior, introduciéndose en la nube. Salió de ella lanzándose al suelo, mientras disparaba. El profesional disparó a ciegas. Ninguno acertó. Faïs se vio acorralado. Se abalanzó sobre una puerta con un ventanal de cristal blindado. Mientras la abría y trataba de llegar al otro lado, Lainier le disparó dos tiros, que le atravesaron la parte izquierda del cuerpo. Faïs se tambaleó, pero logró cruzar la puerta, cerrándola tras de sí. Estaba en una gran sala. Había varias cajas. Se notaba que aún estaban en obras. El asesino agolpó una contra la puerta a duras penas. Estaba gravemente herido. Tenía que llegar a la base principal como fuese. Trató de correr hacia la puerta que por fin daba al hangar, pero estuvo a punto de caer mareado. Tuvo que andar lentamente.

Lainier destruyó parte de la puerta que había bloqueado Faïs con su Magnum. El asesino se giró unos instantes. Vacío todo el cargador a través de la puerta. Luego volvió a girarse, intentando recargar el arma, pero su brazo izquierdo estaba inútil. No podía perder tiempo. Arrojó la pistola al suelo, perdiendo los nervios. Lainier aprovechó el momento para atravesar la puerta, cayendo al otro lado. Rodó por el suelo, y vio a Faïs acercándose a la puerta del hangar. Sólo estaba a cinco metros de ella.

—¡Quieto! —ordenó el policía, arrodillado, apuntando a Faïs.

Detenerse no era una opción. Un profesional no debía ser capturado. Estaba a un metro de la puerta. Alzó la mano para apretar el interruptor que la alzaba, pero sabía que no tenía tiempo. Solo se le ocurrió gritar algo a la desesperada:

—¡¡Lainier!! ¡¡No puedes disparar a un hombre desarmado por la espalda!! ¡¡Eres un poli!!

El clon apretó el gatillo. Vacío el cargador sobre la espalda del profesional, que vomitó sangre y se precipitó hacia delante, golpeándose la mejilla izquierda y el pecho contra la puerta.

—Sorpresa —dijo Lainier.

Faïs arrastró la mano hasta el interruptor, pero sus dedos quedaron a dos centímetros de él. Comenzó a caer lentamente, con la mano arañando la pared. Al fin, quedó tendido en el suelo.

Lainier se levantó, mientras vaciaba el arma de las baterías gastadas. Se acercó al cadáver. El cuerpo tenía treinta orificios. No podía estar vivo. Pero como Lainier era un hombre precavido, se lanzó rápidamente sobre el cuerpo, chafando el cuello con su pierna izquierda. Después le tomó el pulso a Faïs. Nada. Le arrancó la máscara y se la guardó. Una cara anodina. Finalmente comenzó a volver por donde había venido.

—Soy Lainier —dijo antes de llegar a donde estaba Zenith—. Saldré lentamente.

—Bien —respondió el resistente.

Lainier salió despacio, con los brazos en alto.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Está muerto?

—Ísimo.

—Me acaban de comunicar que los otros prisioneros están bien. La base es nuestra.

—Mola.

—¿Nos vamos?

—Sí. Oye, ese cadáver, a ver si lo podéis conservar. Queremos estudiarlo. Es un tío raro.

—Macho, apenas tenemos refrigeración. No vamos a gastarla en un cadáver, y encima enemigo.

—Bueno, pero guardadlo.

—Vale, vale.

Al salir al exterior, se encontraron con una sorpresa: Kishwox, esposado.

—Ya ve —le dijo a Lainier, sonriendo—. Capturado por civiles armados.

—Me habría suicidado —explicó Kishwox—, pero antes de poder hacerlo una explosión me derribó y me cogieron.

—Inyectadle suero de la verdad —ordenó Lainier a los resistentes—. Que nos diga qué pasó con Artic y qué coño buscaba en Enea.

—Bueno, eso será chungo —dijo Sigfried—. No sabemos que exista un suero de la verdad para thorn y... me temo que el centro médico está arrasado.

—Je, lo suponía. Lo haremos a la vieja usanza.

—Yo lo haré —dijo Natch, sonriente, dando un paso al frente.

—No lo mates.

—Bien.

—Comienza ahora mismo durante el viaje a la base. No hay que perder tiempo.

—Sin problemas.

—De todas formas, dudo que te diga algo.

—Lo sé.

Los resistentes volvieron a la base principal. Estaban descansando en el centro de control, agotados. Artic se recuperaba en la enfermería. Al cabo de media hora, recibieron la noticia.

—Zenith —informó ZuMo—. La mayor parte de los thorn se están retirando del planeta. También se van las estaciones interplanetarias. Y no viene nadie a relevarlos.

—Extraño —dijo Zenith.

—Sea lo que sea lo que querían, ya lo tienen —dijo Lainier—. Teniendo en cuenta que comenzaron a interrogar a

Artic, creo que todo el asunto está relacionado con él. Espero que se recupere pronto. Debe ser algo muy gordo, porque se van sin esperar el relevo.

—Por cierto... ¿Cómo pretendías salir de aquí una vez averiguado que querían los thorn?

—Oh... fácil. Quedé con el Escuadrón Rojo en que atacarían dentro de una semana a los thorn. Yo aprovecharía la confusión para salir del planeta por justamente el mismo punto por el que entré.

—¿Así que te habían dado una semana de plazo?

—Así es.

—Joder, que arriesgado.

—Ya.

—Bueno, ahora que las estaciones se retiran, y las bases están casi desiertas, podremos tomar las principales. El problema es que antes de irse, los thorn han destruido los satélites de comunicaciones. Si queremos contactar con aliados lejos del planeta, hay que ir en persona. Tardaremos días en fabricar otro satélite. Algunos hombres viajan ya a la estación espacial más cercana a ver si encuentran uno nuevo. Aun así esperad sentados...

Tuvieron que pasar cinco horas para que Artic recuperara la consciencia, pero aún estaba delirando. Tenía fiebre. Solo soltaba frases inconexas:

—Kúpula... no, no... sucia guerra... arg...

Lainier y Zenith entraron para ver al paciente.

—¿Cómo está? —preguntó Lainier.

—Debemos esperar a que le baje la fiebre —dijo el doctor—. Y debe descansar. Puede que hasta mañana no nos pueda decir nada. Al menos, el cerebro parece intacto. Los últimos análisis revelan que apenas queda droga en la sangre, y todo parece normal, excepto por una bacteria, de origen desconocido que hemos encontrado en pequeñas cantidades. No parece atacar ninguna célula ni nada... La estamos estudiando.

—¿Podría ser un arma biológica thorn? —preguntó Zenith.

—Improbable —respondió Lainier—. ¿Por qué probarla solo en Artic?

—¿Estás seguro de que estaban interesados solo en Artic?

—Bastante seguro. El enemigo aumentó su ofensiva en Enea por algo que buscaban aquí. Poco antes de eso los neos habían drogado a Artic, y ahora le han hecho lo mismo.

—Entonces lo que buscaban no era a Artic, ¿sino a la bacteria!

—Bien, los neos descubrieron que Artic portaba una nueva bacteria, pero antes de tomar una muestra fue rescatado, y luego llegaron los thorn... Pero aquí hay algo que no me cuadra... Si no tomaron una muestra, no pudieron saber lo que hacía la bacteria: el doctor no ha visto efectos raros en Artic, de momento. Y entonces, ¿por qué montar una enorme operación para conseguir algo de dudoso valor? Por no mencionar que no tiene sentido que drogaran a Artic.

—Sería para interrogarlo.

—Absurdo, todos sabemos que los kupulenses tienen nano... —Lainier se quedó mudo durante unos instantes, pensativo—. Doctor, ¿le ha hecho radiografías y escáners?

—Aquí están —dijo el doctor, encendiendo el monitor de su ordenador para ver los resultados—. Todo está en orden.

Lainier se quedó perplejo al mirar la pantalla.

—No, no está en orden —dijo Lainier, que empezaba a comprender—. Doctor... ¿qué precisión de microescala tienen sus instrumentos?

—La más alta. Los trajeron los kupulenses.

—Que salga el doctor, por favor —dijo Lainier, sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zenith.

—¡¡Que salga, coño!! ¡¡No hay tiempo!!

Zenith hizo un gesto con la cabeza al doctor, que se retiró, cerrando la puerta tras él.

Lainier se acercó al monitor.

—Las nanomáquinas no están. Creo que la bacteria come metal.

—Es posible, uno de los pocos recursos del desierto son varias minas de cobre que logramos ocultar al enemigo.

—¡¡Artic!! ¡¡Despierta!! —gritó Lainier, agitando al pirata espacial—. ¡¡La Kúpula está en peligro!! ¡¡Dinos donde está!!

—Entonces los neos descubrieron esto, pero rescatamos a Artic antes de que pudieran aprovecharse —dijo Zenith, mientras Lainier activaba la grabación de voz de su móvil.

—Silencio ahora —Lainier se dirigió al micrófono de su aparato—. Lainier Sind. Código A4356, Cuerpo de Asalto Clon. El ejército de Kishwox puede estar viajando hacia La Kúpula. Repito: El ejército de Kishwox puede estar viajando hacia La Kúpula. Kishwox ha sido capturado. Repito: Kishwox ha sido capturado.

Lainier cortó y envió la grabación al centro de control, mientras se ponía en contacto con un operador por el intercomunicador:

—Os he enviado un mensaje de voz. Que el mejor piloto coja la nave más rápida y lleve el mensaje, a Artic y una muestra bacteriológica a la estación aliada más cercana y que informe a todo el mundo.

—Mando a Natch —dijo ZuMo al otro lado del aparato.

—Reúne a los líderes en el centro de control. Tengo que hablarlos.

Lainier cortó la transmisión.

—Mierda —se quejó—. El mensaje tardará días en llegar a una base aliada. No podremos organizar las defensas.

—¿Es seguro trasladar a Artic?

—No parece grave, y necesitamos que les diga a los demás el emplazamiento de La Kúpula en cuanto recobre la consciencia.

Mientras Lainer se dirigía a la reunión, recibió una llamada de Natch.

—Diga —dijo Lainer por el intercomunicador.

—Estoy a punto de salir —informó Natch—. He escuchado el mensaje. Tenemos una posibilidad: dentro de cuatro días hay una reunión en La Kúpula. Probablemente ataquen entonces.

—Incluso si es así, es dudoso que lleguemos a tiempo.

—La lucha puede prolongarse durante un día, podríamos llegar aunque fuese a mitad de combate.

—A menos que tengan armas nucleares.

—Bueno, te dejo.

Natch cortó la comunicación.

Al cabo de cinco minutos, Lainer se reunió con los líderes de la resistencia en el centro de control y les informó de la situación:

—Solo podemos esperar. Los thorn se han ido, pero los neos regresarán, así que no podemos abandonar Enea a su suerte. Reorganicemos las defensas.

—Atacaremos dentro de cuatro días y tres horas terráqueas, cuando el ejército de Jurr llegue al sector 456-A1 —dijo Inn a otro oficial de menor rango. Ahora él estaba al mando del ejército de Kishwox. Se había convertido en general provisional—. Comuníquesele a Jurr.

—Sí, señor.

—Y compruebe si es posible traer armas nucleares a tiempo para el ataque —añadió el general provisional.

—No, señor —informó el oficial al cabo de unos minutos—. Tardarían al menos siete días en llegar.

—Lástima, nos habríamos ahorrado bajas.

—Podría ser una trampa —dijo Thomas VanderHall, sentado en su despacho.

—Todo indica que es cierto —replicó Natch, de pie frente a Thomas—. Artic no tenía nanomáquinas, eso es seguro.

—Si enviamos un ejército y llegamos cuando la batalla esté casi acabada, puede que también acaben con nosotros.

—Si La Kúpula cae, es probable que perdamos la guerra.

—Lo sé. Consultaré con los jefazos.

—Dese prisa. Le advierto que ya estamos reuniendo un grupo de piratas para que vaya a La Kúpula, independientemente de lo que digan ustedes.

—Eso sería violar el contrato. No podéis tomar esas decisiones por vuestra cuenta.

—El contrato no importará si los thorn nos arrasan.

—Bien, voy a llamar ya. Esperemos que Artic recupere la consciencia pronto.

## VI EL ÚLTIMO ATAQUE

—Adelante —ordenó el general Jurr desde su nave nodriza.

Los cazas thorn se introdujeron en el campo de asteroides, moviéndose velozmente hacia La Kúpula. La destreza de los pilotos y sus avanzados sistemas de navegación les permitían esquivar las rocas, aunque diversos sistemas defensivos ocultos en ellas lograron acabar con varias de las naves. La Kúpula detectó el ataque y activó la alarma. Todo el mundo comenzó a ponerse trajes espaciales, y los piratas se dirigieron a sus naves. Pero antes de que pudiesen despegar, la división de Jurr ya había llegado. El Consejo de La Kúpula activó una despresurización lenta para evitar que los ciudadanos fuesen absorbidos al espacio en caso de que la bóveda fuese destruida. Mientras tanto, la división de Kishwox destruía los asteroides para crear un espacio por el que pudiesen aproximarse las dos naves nodrizas.

—Concentren el fuego en este punto —ordenó Jurr mientras enviaba los datos del objetivo a los cazas.

Los misiles del ejército thorn impactaron contra la bóveda mientras los cazas kupulenses salían al exterior. El cristal reventó. Aún quedaba aire en La Kúpula: durante varios segundos, muchos ciudadanos fueron succionados por el boquete.

Las naves se precipitaron sobre la ciudad, atacando objetivos estratégicos. Los primeros en caer fueron los cañones de antimateria y cualquier cosa que se les pareciese. Como los kupulenses no esperaban el ataque, los cañones no estaban cargados y no se produjo una gran explosión. Un destacamento se dirigió hacia la sede del Consejo, pero éste ya había abandonado el edificio.

—¡¡Bastardos!! —gritó SuNSeT, alzando los brazos, pero no podían oírle, por supuesto. El kupulense llevaba su armadura, pero ahora con un casco que le protegía del vacío. Iba armado con un rifle antiblindaje, pero poco podía hacer.

Varios misiles acabaron con el edificio gubernamental. Los cascotes salieron disparados en todas direcciones, arrastrando con ellos a algunos kupulenses. Después otros edificios comenzaron a deshacerse. El espacio se llenó de escombros. Apenas eran derribadas naves enemigas: los thorn se habían apresurado a bombardear los cañones antiaéreos y los escudos antimisiles, así como los hangares, destruyendo la mitad de la flota kupulense antes de que esta pudiese salir al espacio. Cuando los thorn se quedaron sin misiles, comenzaron a hacer vuelos rasantes, usando los láseres.

Varias naves thorn comenzaron a posarse en la ciudad. Los pilotos salieron de ellas y comenzaron una batalla campal contra los ciudadanos, que llevaban todas las de perder. Los soldados tenían orden de bajar a las entrañas de la ciudad y colocar cargas explosivas en puntos clave, como el almacén de antimateria, para hacer volar toda La Kúpula.

La batalla se había prolongado durante cinco horas y la ciudad había sufrido graves daños. La flota pirata había perdido la mitad de sus efectivos, y los que luchaban cerca del suelo no podían impedir que los thorns se abrieran paso. En ese momento, llegó el ejército de la Asociación de Planetas Soberanos. Era casi tan numeroso como el de los thorn, pero solo contaba con una nave nodriza, y su tecnología bélica era inferior.

—Ahí están —dijo Jurr, que esperaba este momento—. Ataquen.

Los cazas que se habían quedado atrás para abrir paso a las naves nodrizas cortaron el paso al enemigo.

—Mierda —murmuró Berllerak, pilotando uno de los cazas—. Nos harán perder tiempo. ¡Probemos por otro lado! Berllerak se apartó y se introdujo entre los asteroides.

—¡Es muy peligroso! —exclamó Thomas desde otra nave—. ¡Nuestras naves no son tan buenas como las tuyas!

—¡Si esperamos a romper el cerco, llegaremos tarde! —replicó Berllerak—. ¡Los que se vean con capacidad, que se metan entre los asteroides!

El resto del Cuerpo de Asalto, así como los hermanos VanderHall, otros clones, y unos pocos humanos, imitaron a Berllerak, entrando en el campo de asteroides por distintos puntos. No eran más de doscientos, pero al menos esperaban poder destruir una de las naves nodrizas que ya estaban sobre La Kúpula. El resto del ejército Asociado arremetió contra los cazas que custodiaban el pasillo artificial, mientras buscaba un hueco por donde colarse.

—Unos doscientos cazas se han metido entre los asteroides —informó un suboficial a Jurr—. Se aproximan por puntos muy distantes. ¿Desviamos cazas?

—No —replicó Jurr—. Que se queden donde están, no quiero que pase el resto. Tenemos dos naves nodrizas, suficiente para arrasarlos.

El destacamento clon llegó hasta las naves nodrizas, que ya habían terminado de arrasar las pocas defensas que le quedaban a la ciudad. Sería cuestión de minutos que la infantería thorn hiciese estallar toda La Kúpula. De hecho, SuNSeT estaba transmitiendo por la radio de su casco para avisar a los aliados. Las naves que habían logrado aproximarse escucharon el mensaje:

—Grupos neos con explosivos se han introducido en el núcleo subterráneo de la ciudad. Si llegan al almacén de antimateria es el fin.

—Vamos a tratar de descender —respondió Berllerak.

—¿Vamos? —preguntó ElArtista—. ¿Eso me incluye a mí?

—¡Por supuesto!

—¡Va, nano! ¡Si no llegamos a tiempo volaremos en pedazos! ¿No sería mejor concentrar el fuego en una nave nodriza y darse el piro? Si la jodemos lo suficiente, puede que la explosión acabe con ella...

—¡Calla y obedece! ¡Los clones descendemos! ¡El resto ataca a la nave nodriza más cercana!

Los asociados centraron el fuego en el objetivo. Las naves nodrizas respondieron con fuego pesado. Varios cazas thorn que estaban cerca de La Kúpula se unieron a la lucha.

—¡Descended! —ordenó Berllerak. En cuanto dejaron de acudir cazas enemigos, el clon se aproximó rápidamente a la superficie de la ciudad, seguido por el resto del Cuerpo de Asalto y los hermanos VanderHall.

—Intercepten esas naves —ordenó Jurr.

Un grupo de cazas thorn abandonó la defensa de las naves nodrizas y persiguió a los clones, que estaban a un par de kilómetros de La Kúpula.

—¡Nos siguen! —exclamó James VanderHall.

—¡Te cubrimos, Berllerak! —dijo Thomas.

La escolta se dio la vuelta para interceptar al enemigo mientras Berllerak continuaba su camino. La nave de ElArtista fue alcanzada en el ala izquierda.

—¡Me han dado! —exclamó el policía mientras intentaba controlar el rumbo de la nave.

Un caza thorn intentó rematar a ElArtista, pero James acudió en su ayuda, enfrentándose a la nave.

—¡Desciende a La Kúpula! —ordenó—. ¡Te cubro!

ElArtista obedeció: con su nave en tal estado era presa fácil. Un par de naves thorn dispararon contra James. El caza estalló en pedazos.

—¡¡No!! —gritó Thomas—. ¡¡Hijos de puta!!

Berllerak llegó el primero abajo. Se apeó de la nave. Buscó la entrada a la parte subterránea de La Kúpula más cercana al almacén de antimateria, pero el paisaje era desolador: todo estaba arrasado. Le costaba reconocer la zona. Las explosiones, los disparos y los escombros flotantes dificultaban enormemente la tarea.

—¡Separaos y buscad la entrada! —ordenó Berllerak a sus compañeros, que ya estaban aterrizando, aunque era difícil saber dónde—. Mierda —murmuró, consultando su móvil—. Tiene que estar por aquí...

En ese momento un grupo de infantería thorn apareció por detrás de unas ruinas: eran cinco hombres. Pusieron al máximo los reactores de los impulsores de sus trajes y se aproximaron hacia el clon, que los apuntó con su arma. Por desgracia tenía problemas para moverse: en la mano izquierda sujetaba su móvil, lo que le impedía activar los impulsores del traje, y arrojar el ordenador no era una opción, teniendo en cuenta que flotaría en el vacío, con lo cual probablemente no lo encontraría después, y lo necesitaba para orientarse.

Los dos thorn más cercanos acabaron muertos, pero otro logró alcanzar a Berllerak en el hombro izquierdo.

—¡¡Mierda!! —exclamó. Ya no tenía remedio: soltó el teléfono e incluso su arma. Con su brazo herido activó los impulsores para moverse rápidamente hacia un edificio cercano en ruinas, mientras que con el brazo derecho aplicaba una cinta especial para arreglar el agujero en su traje provocado por el disparo, y así mantener la presión interna.

El clon se parapetó tras los escombros, pero ahora estaba indefenso. En unos instantes los tres thorn darían con él, si no es que llegaban otros más. Miró a su alrededor, buscando soluciones, y para su suerte, la solución llegó: la nave de ElArtista arremetió contra los thorn, friéndoles. Después se posó de mala forma sobre la superficie.

—Tengo la nave jodida —dijo ElArtista mientras se bajaba del vehículo. Berllerak se acercó a él.

—No sé por donde coño se baja —explicó Berllerak—. Consulta tu móvil.

ElArtista activó su teléfono mientras se escabullían entre las ruinas.

—Diez metros hacia allá, creo —explicó ElArtista mientras apuntaba con el dedo hacia la dirección supuestamente correcta. Allá había una especie de compuerta circular en el suelo.

—Hemos encontrado la entrada —informó Berllerak—. Venid hacia acá.

—En cuanto me ocupe de unos cuantos neos —respondió el Kapitán.

—Yo tengo problemas para pasar por las ruinas —explicó Tete.

—Mi ordenador está averiado y no capto bien tu posición —dijo James.

—Cojonudo... —murmuró Berllerak—. Pues nada, empecemos sin ellos.

Berllerak y ElArtista se acercaron a la compuerta, pero no pudieron abrirla.

—La deben hacer bloqueado, los muy cerdos —señaló ElArtista.

—Voy a colocar una carga —dijo Berllerak, sacando un explosivo.

—Ni te molestes —dijo SuNSeT, apareciendo de detrás de una montaña de cascotes—. Me acaban de informar de que ya han colocado las cargas. Esto se va a pique.

—Al menos los mataremos cuando salgan, ¿no? —preguntó ElArtista.

—¿Estás de coña? Sugiero salir de aquí, antes de que no quede una puta nave en pie.

—¡A buenas horas entras en razón!

—Técnicamente —comenzó a decir Berllerak—, podemos sobrevivir varias horas en el espacio con...

—¡Si tu quieres flotar en el vacío, por mí vale! —gritó SuNSeT— ¡Pero yo me piro a ver si alcanzo mi nave de una puta vez!

—Nave —murmuró Berllerak—. Antimateria. Idea.

—¿Qué murmuras tú ahora?

—Voy a darle la vuelta a esta puta guerra —dijo Berllerak mientras colocaba el explosivo en la compuerta—. Eso o

muerdo en el intento.

—¿¿Pero vamos a bajar?? —protestó ElArtista.

—Yo bajaré junto con SuNSeT, para que me guíe. Tú y los demás haréis tiempo atacando a los thorn cuando salgan al exterior. No detonarán las cargas hasta que estén lejos de aquí. Son una raza guerrera pero poco dada al sacrificio.

—¡Eso si las detonan por control remoto! ¿Y si usan temporizador?

—Improbable. Correrían el riesgo de no huir a tiempo —Berllerak acabó de colocar el explosivo—. Ya te he dicho que no se sacrifican.

—¿Y si son sacrificados? ¿Y si no activan ellos los explosivos sino un oficial desde una nave nodriza?

—Absurdo —replicó Berllerak mientras se alejaban diez metros de la compuerta—. Los soldados tendrían que informar primero de que han colocado las cargas, y no lo harán hasta que estén lejos. Calla de una vez.

—Siento interrumpir —dijo SuNSeT, dirigiéndose a Berllerak—, pero este plan tiene un fallo: crees que podemos bajar, evitar a las tropas y desactivar las cargas, pero seguro que en cuanto lo hagan lo detectan y regresan, o envían refuerzos. Eso suponiendo que puedas desactivarlas. Sé que eres bueno, pero los thorn no se chupan el dedo. Como he dicho, esto está perdido, así que vámonos.

—¿Pero quién te ha dicho que voy a desactivarlas? —dijo seriamente Berllerak, pulsando un botón en la pantalla de su móvil. La compuerta voló en pedazos.

Desde que habían llegado los refuerzos, había transcurrido poco más de una hora. Los piratas espaciales y la infantería habían sido prácticamente erradicados, y cualquiera que se escondiese en La Kúpula moriría con la explosión que los thorn pretendían provocar. La ciudad en sí ya había sido arrasada por completo: los restos se desprendían sin cesar, perdiéndose en el espacio. Poco a poco, se deshacía. Los cazas thorn abandonaron la superficie.

—¡Va a estallar! —gritó Thomas, mientras elevaba su caza— ¡Retirada!

Tanto los thorn como los asociados se alejaron raudos. Al cabo de un minuto, algo sacudió sus naves: era la onda expansiva. La Kúpula había estallado. Del gigantesco asteroide donde estaba situada la ciudad, apenas quedaba la mitad, y ahora había comenzado a desplazarse debido a la explosión.

—¡Retirada a base! —ordenó Thomas—. ¡No podemos hacer nada más!

Por desgracia era cierto: el ejército thorn llevaba todas las de ganar. Su número era superior y los asociados apenas habían causado daño a una de las naves nodrizas. Tras una persecución a través del campo de asteroides, los asociados llegaron a una zona despejada y saltaron al hiperespacio.

—Recuento de bajas —dijo VanderHall.

—Mil doscientos hombres —contestó ElArtista—. No sé cuantas personas hemos evacuado de La Kúpula, pero no pueden ser más de dieciocho mil. No ha dado tiempo.

—¿Por qué informas tú? ¿Y Berllerak?

—Berllerak la está liando parda.

Berllerak repasó mentalmente el plan varias veces hasta que el caza thorn aterrizó en el hangar de la nave nodriza. El caza no estaba dañado, y probablemente los técnicos estarían días ocupados reparando los daños de los otros cazas, pero aún así había una posibilidad de que revisaran el vehículo. En tal caso, sería probable que los técnicos descubrieran que, aprovechando que los thorn de La Kúpula habían sido distraídos por el resto del Cuerpo de Asalto, el intrépido clon se había escondido en el departamento de misiles, donde se encontraba como sardina en lata. Sus estudios de la tecnología thorn le habían permitido manipular la maquinaria interna para que los sensores del caza creyesen que no faltaban misiles y así nadie intentase cargar más. Por desgracia, desde donde estaba era imposible alterar nada más. Oyó voces cerca. Su rudimentaria comprensión del idioma thorn y el grosor del compartimento de misiles dificultaban la escucha. Le pareció entender que el técnico preguntaba si la nave estaba bien. El piloto parecía haber respondido que sí. Berllerak notó como el técnico palpaba la estructura. El clon se preparó, cogiendo su arma. Si abrían el compartimento, tendría que actuar muy deprisa: disparar al thorn, cogerlo como rehén e intentar escapar en el caza. Contuvo la respiración durante unos segundos que le parecieron eternos. Finalmente el técnico pareció decir que todo estaba en orden.

La espera se prolongó durante varias horas. Los de mantenimiento seguían trabajando en otros cazas. Algunos de ellos fueron llevados a los talleres debido a su mal estado. Finalmente, se hizo el silencio. Berllerak esperó diez minutos, consultó los sensores de su móvil y salió al exterior, arrastrando con una cuerda una capsula metálica de un metro de largo y treinta de ancho, dotada de cuatro pequeñas ruedas. No había nadie en el hangar. Su anterior incursión en una nave nodriza thorn le facilitó el trabajo de infiltración, pero comprobó la seguridad por si la habían reforzado desde la última vez. Y así era: en la rejilla de ventilación había un sensor. Le costó media hora poder pasar al otro lado sin activarlo. Se arrastró durante largos minutos por el conducto hasta que llegó a su destino: una rejilla que daba al calabozo. Echó una ojeada: abajo había trece prisioneros sentados sobre el suelo en una estancia de unos cien metros cuadrados. Aún llevaban los trajes espaciales, pero sin casco. Las insignias les identificaban como kupulenses. Berllerak introdujo por la rendija un pequeño sensor conectado a un largo cable que a su vez conectaba a su móvil, y escaneó el lugar en busca de micrófonos o cámaras. Los presos se fijaron en el sensor durante un instante, pero estaban entrenados militarmente y apartaron la vista para disimular, conscientes de que podrían ser objeto de un rescate y por tanto no querían llamar la atención. Sin embargo, el teléfono no detectó ningún dispositivo de vigilancia.

—Todo está limpio —informó Berllerak, recogiendo el sensor.  
Sigfried, quien estaba entre los prisioneros, se acercó a la reja.  
—Oh, no —dijo Berllerak en tono jocos—. El comunista.  
—Bueno, hay otros comunistas aquí... —dijo Sigfried.  
—¡Pero tú eres más comunista! —añadió Berllerak sonriendo.  
—Bueno... puede que sí... A todo esto, ¿has venido a rescatarnos?  
—¿Rescatar comunistas? Bueno, sí, supongo que tendré que rescataros o el Lai me echará una bronca, pero eso tendrá que esperar. De hecho solo estoy yo.  
—¿Y no podemos arrastrarnos por el conducto y llegar hasta el hangar o algo?  
—Precisamente vengo de allí, pero digo que tendréis que esperar porque tengo que hacer algo antes de que salgamos de aquí —explicó Berllerak mientras neutralizaba el sensor de la rejilla.  
—¿Qué tienes que hacer?  
—Lo primero, entrar ahí. Después, hablar con los thorn. Después, esperar a que llegemos al destino. Después, escapar por el conducto hasta el hangar. Después, alejarnos volando. Y finalmente, matarlos a todos.  
—No entiendo —dijo Sigfried con una sonrisa.  
—Ahora te lo explicaré con más calma, que los rojos sois cortitos.  
Berllerak acabó de desactivar el sensor, quitó las rejas, bajó al calabozo, y con un pegamento especial comenzó a colocar la reja en su sitio. En el conducto se había dejado el cilindro.  
—Cuando tengamos que escapar, bastará un golpe para arrancarla de nuevo —explicó Berllerak mientras acababa de fijar la reja. Después se sentó en el suelo—. Bien, te comento el tema. Me he traído uno de vuestros proyectiles de antimateria, y lo pienso detonar cuando lleguemos al destino. Bueno, tras alejarnos previamente.  
—¿Has metido antimateria en la nave? —preguntó Sigfried—. ¿Tú estas loco?  
—Efecto secundario por trabajar con Lai. No te preocupes, muchacho, que la he sujetado firmemente al conducto. Espero que aguante los posibles movimientos bruscos.  
—De todos modos nuestros proyectiles de antimateria aguantan muy bien los golpes.  
—¿Y las detonaciones de un explosivo de mano de clase A? Es el sistema que voy a usar para hacer volar el proyectil. No está preparado para estallar por control remoto, así que le he colocado una carga que accionaré a distancia para reventar la carcasa.  
—Funcionará.  
—Solo me preocupa la duración del campo electromagnético. El marcador de la batería estaba en tiempo de La Kúpula.  
—No pasa nada. Aguanta varias semanas. Supongo que llegaremos al destino antes.  
—Entonces solo falta determinar el radio de la explosión, para saber cuándo podemos activarla. El alcance de mi control remoto es grande, pero me gustaría saber el radio exacto para accionarlo cuanto antes, no sea que desactiven la bomba.  
—El radio será considerable, teniendo en cuenta que el proyectil contiene 5 miligramos de antiiridio.  
Berllerak mantuvo silencio durante un segundo, mirando fijamente a Sigfried.  
—¿Cinco miligramos de antimateria en un proyectil tan pequeño? —dijo al fin.  
—Um... sí.  
—Un milagro de la nanotecnología, como los robots que tenéis implantados o tu propia armadura...  
—Bueno, sí...  
—Por cierto, sabes mucho sobre los proyectiles de antimateria, siendo ministro de industria. Pensaba que de esas cosas se encargaba el ministro de defensa...  
—Todos los miembros del Consejo están al tanto de temas vitales.  
Berllerak volvió a guardar silencio durante un segundo.  
—Basta de juegos —prosiguió—. Sé quien eres.  
—¿Y quién soy?  
—¿Pensabas que no íbamos a investigar al Consejo de La Kúpula? Tú has diseñado ese contenedor de antimateria, al igual que los nanorrobots y tu armadura. Eres el primer y último eneano mejorado genéticamente. El presupuesto no daba para continuar los experimentos. De hecho, Enea siempre ha tenido una mala situación económica. Cuando se hizo obvio que en tu planeta natal no tendrías los fondos necesarios para tus investigaciones nanotecnológicas, te largaste a Noctem, un planeta con mucho más dinero. Allí trabajaste para una empresa de robots industriales en la principal ciudad, Eclipse. Sin embargo, la situación política te hizo tomar conciencia comunista y te convertiste en activista. Cuando el gobierno se puso duro, tuviste que largarte. SuNSeT te ayudó a escapar y ocultarte.  
—Jo... Todo esto es cierto —admitió Sigfried sin dejar de sonreír.  
—Que fueras tan joven y que te dedicases tanto a la política a gran nivel como al combate nos hizo sospechar. El resto fue fácil.  
—Bueno, SuNSeT también es joven y sabe luchar, pero no es un clon...  
—Y eso es lo que más me acojona. Le hemos investigado y no hay misterios en su vida. Es un humano normal y corriente. Y sin embargo es el jefe de La Kúpula... o más bien era. ¡Mandaba sobre ti! ¡Un simple humano! ¿No te da vergüenza? —Berllerak pronunció la frase con una sonrisa burlona.  
—Que manía. En La Kúpula ningún miembro del Consejo está por encima de...  
—Que sí, que sí... —interrumpió Berllerak asintiendo irónicamente con la cabeza—. No sigas fingiendo, muchacho.

Al fin y al cabo, La Kúpula ya no existe. Pero estaba claro que SuNSeT ejercía su poder sobre el resto del Consejo, echándole huevos. Cuando descubrimos que eras un clon, por un momento barajamos la idea de que realmente fueses tú el líder en la sombra, pero Lainier desechó la hipótesis enseguida, en vista del trato que mantuvo contigo y con SuNSeT, y por nuestras investigaciones. Te falta la mala hostia de SuNSeT para poder ser el líder: esos cojones innatos que te dan la determinación necesaria para salirte con la tuya. Por eso SuNSeT me parece un rojo respetable. Puede que tanto como él como tú aprobais una purga de enemigos. La diferencia es que tú te limitarías a votar a favor. SuNSeT ejecutaría el plan con su propia mano.

—Es posible.

—Pero mira por donde, no van a ser los pirados de Lainier y SuNSeT los que ganen esta puta guerra, sino tú y yo, los número dos de nuestros respectivos grupos. Siempre y cuando no nos maten antes, claro.

—Sería un incordio, sí...

—Bien, ahora tengo que matar dos pájaros de un tiro —explicó Berllerak, levantándose—. Hablaré con los thorn para evitar que nos torturen y para que nos lleven a un lugar donde la bomba haga estragos.

—Un momento, tengo una duda.

—Escupe —dijo Berllerak.

—Si explotamos la bomba, todo petará, y es probable que la otra nave nodriza esté cerca. ¿Y si hay prisioneros en ella?

—¿Y si hay prisioneros en el lugar de destino? No podemos saberlo. ¿Acaso nos fijamos en esas cosas cuando bombardeamos objetivos militares? Pero no sufras por la otra nave: sólo esta envió tropas a la superficie de La Kúpula, así que solo hay prisioneros en este calabozo.

—Entonces, si no te preocupan nuestras bajas, tampoco te importará cargarte a los posibles inocentes dentro del bando thorn... Quiero decir que no todas las personas que trabajan en las bases thorn son unos cabrones.

—Lo siento mucho por esos inocentes que mueran en la explosión, pero en estos momentos me importa salvar más a nuestros inocentes. Abre los ojos, muchacho. Nos están ganando. Dentro de un par de semanas tendremos a los neos sentados en los escaños de nuestros senados y a los thorn sentados en los despachos de nuestras bases militares.

—Solo hacía una pequeña observación para que pienses en las consecuencias.

—Siempre pienso en las consecuencias —dijo Berllerak mientras aporreaba un pequeño cristal en la puerta blindada de la celda—. No soy el Lai. Ni ElArtista. Je... ElArtista... En su momento no le dejé cargarse a un puñado de thorn. Seguro que me lo restriega por la cara... Supongo que tendré que golpearle para hacerlo desistir. Una lástima.

Un soldado thorn asomó por la ventanilla, hablando un espantoso silkeriano:

—¿Quej quieres?

—Hablar con el que esté al mando —explicó el policía—. Soy Berllerak, número dos del Cuerpo de Asalto Clon de Thuris, sección Terráquea.

El soldado se alejó de la ventanilla, sin decir palabra.

Diez minutos más tarde, Berllerak estaba sentado en una pequeña sala de interrogatorios, con las manos atadas a la espalda. El general Inn estaba de pie frente a él.

—Usted dirá —dijo el thorn.

—Supongo que ya habrá verificado mi identidad —dijo Berllerak.

—Por supuesto.

—Siendo usted la mano derecha de Kishwox supongo que ya habrá adivinado lo que voy a proponerle.

—Y siendo usted la mano derecha de Sind no me extraña que vaya con rodeos a pesar de su situación.

—Vale, ¿pero sabe lo que voy a proponerle, verdad?

—Su vida por la de Kishwox, claro.

—Sea más generoso, hombre. La vida de todos los prisioneros por la de Kishwox.

—¿Uno por catorce? No parece demasiado justo.

—Pensaba que valoraba más al mejor militar del que disponen... del que disponían.

—Usted también es un hombre peligroso.

—No tanto como Kishwox.

—Verá, después de que solicitara verme, ordené identificar al resto de prisioneros. También tenemos a uno, que, según nuestros datos, podría tratarse de un consejero de La Kúpula.

—Podemos añadir a más gente en el lote además de Kishwox.

—En cualquier caso, esto no depende de usted. Usted es uno de los prisioneros... por si se le había olvidado.

—Sí, pero sin duda mi gobierno querrá ver si los prisioneros están en buen estado y querrán oír lo que tengan que decir. Y ustedes también querrán saber de Kishwox. Yo hablaré con mis superiores y les animaré a que realicen el intercambio. No se haga el remolón, hombre. ¿Para qué se iba a molestar en capturar kupulenses en medio de ese caos si no es para realizar un intercambio? Desde luego no es para sacarles información... La Kúpula ha sido destruida, así que poco más van a sacar...

—Es usted muy listo. También le veo con muchas prisas de realizar el intercambio.

—Sí, es curioso que prefiera volver a casa en vez de pasar unos alegres días con ustedes.

—O quizás tiene información secreta vital y no quiere que se la saquemos.

—Puede que sí, puede que no, pero eso es irrelevante: soy un clon y controlo el dolor. No podrán sacarme nada bajo tortura y la amenaza de muerte no servirá porque, como he dicho, a ustedes les interesa recuperar a Kishwox.

—Podemos matar a alguno de sus compañeros.

—¿Se refiere a esos prisioneros a los cuales no conozco? Déjese de zarandajas.

—En cualquier caso, si usted sospechaba que ya planeábamos un intercambio de prisioneros, ¿por qué ha venido a pedirlo primero y no ha esperado?

—Sospechar no es estar convencido, y me molestan las quejas de mis compañeros de celda. Así a lo mejor los tranquilizo y dejan de darme el coñazo. Además, tenía que advertirle que a nuestros gobiernos no les gustan que les devuelvan a los prisioneros en mal estado. No puedo impedir que nos interroge con métodos bruscos y groseros, pero si nos falta algún miembro puede que el intercambio no sea fructífero. Cierto es que hoy en día todo se repone, pero esa falta de consideración hacia nuestros hombres provocaría desconfianza.

—¿Y no será porque en el fondo no quiere que interroguemos a sus compañeros con todos los métodos a nuestro alcance?

—Usted piense lo que quiera y luego piense en Kishwox y lo que estará pensando él. Y luego también recuerde esto: que Kishwox estaba mal visto entre las altas esferas y usted siempre le ha apoyado. Podrían ir a por usted, pero si Kishwox regresa ya nadie se atreverá a nada porque aunque se le envidia, se le teme.

El general Inn se quedó pensativo. Berllerak fue devuelto a la celda. Volvió a sentarse en el suelo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sigfried.

—Creo que he evitado que nos torturen —explicó Berllerak—. De todos modos, por si me equivoco, recordad esto: por mucho dolor que sintáis, no se atreverán a mataros: no os han capturado para obtener información, sino para intercambiar prisioneros. Así que no reveléis nada. ¡Al menos nada sobre mi plan para salir de aquí!

—¿Seguro que no matarán a nadie? Hay gente que no tiene demasiado valor para intercambiar prisioneros...

—Pero ellos no lo saben. De momento solo conocen tu identidad y la mía, y tratarán de averiguar quiénes somos todos y qué valor tenemos para los nuestros antes de ver qué hacen con nosotros. En cualquier caso, tengo la impresión de que todos entraremos en el canje por el general Kishwox.

—Pero dicho canje jamás se producirá...

—Efectivamente, porque los vamos a matar a todos antes. Supongo que lo habrás notado, pero la nave nodriza ha salido del hiperespacio y ha vuelto a entrar. Eso significa que hemos cambiado el rumbo previsto.

—¿Y a dónde vamos?

—Supongo que nos dirigíamos a Thornia para que las naves nodrizas se reabasteciesen, pero creo que mi conversación con el jefe le ha acojonado. Debe temer que los mandamases thorn dejen a Kishwox pudrirse ahora que el éxito militar está garantizado y no le necesitan. Así que habrá puesto rumbo a Neo World. Supongo que allí tratará sobre el intercambio con las autoridades neos. La base militar neo no es tan poderosa como la thorn, pero al fin y al cabo los neos comenzaron este jaleo y si ellos caen, los thorn también. Ahora solo queda esperar a que lleguemos, y tardaremos algunos días, así que... vayamos pensando en planes de emergencia, solo por si acaso.

—¡Hace dos días que Berllerak no está! —protestó Lainier. El Cuerpo de Asalto estaba reunido en la sala principal del ordenador del Red Squadron, consultando datos estelares.

—Igual sa muerto... —murmuró ElArtista en tono jocoso.

—¡Basta de gilipollices! —protestó Lainier señalando con el dedo a su compañero—. ¡Necesito saber qué cojones está haciendo!

—Por mucho que insistas, no te lo voy a decir. Berllerak quería que fuese una sorpresa.

—Aparte de esa estupidez... ¿hay alguna otra razón de peso por la que no podamos saberlo?

—Cuando se me ocurra alguna, te lo haré saber.

—¡Hemos duplicado la presencia de sondas espía en los puestos enemigos más importantes y me gustaría saber porqué!

—Si el plan tiene éxito, lo sabrás.

Las naves nodrizas aterrizaron en el gran hangar de la Ciudad Militar de Neo World, un enorme complejo para medio millón de profesionales de la guerra. Jarrdisk, el emperador de Neo World, estaba esperando en la pista a que bajaran los generales, acompañado de un séquito de cien guardaespaldas. El dictador era un hombre de unos cincuenta años, con pelo blanco y piel violácea. Su vestimenta no difería demasiado de la de otros generales neos, pero era en color verde y por supuesto, recargada con más medallas, insignias y emblemas.

Finalmente, el general Jurr y el general Inn bajaron. El resto de soldados fueron saliendo.

—Ya se oyen los pasos —dijo Berllerak—. Es el momento de salir de aquí: con el ruido no nos oirán arrastrándonos. Tenemos unos diez minutos hasta que manden a la policía militar de la base a por nosotros.

—Tenemos catorce prisioneros —informó Inn—. No cabe duda de que dos de ellos son Berllerak y Sigfried. Son muy adecuados para el cambio.

—Sin duda —dijo Jarrdisk—. ¿Pero realmente hace falta intercambiarlos? Dentro de poco habremos ganado la guerra.

—A pesar de eso comenzará una guerra de guerrillas y hará falta buenos generales. Por eso necesitamos a Kishwox.

—¿Y el resto de la junta militar thorn opina igual?

—Prefiero que sean los neos quienes decidan. Afortunadamente usted tiene potestad para ello.

—Entiendo. De todos modos, la guerra de guerrillas solo se puede producir si quedan alienígenas vivos. Si los exterminamos a todos...

—Usted sabe que eso es inviable, no tenemos bastante población como para controlar todos los planetas. Hace falta contar con mano de obra nativa.

—Era broma, general Inn. Por supuesto que haré todo lo posible para liberar a Kishwox. Ha sido un aliado de lo más útil, y al contrario que otros, no ha pedido nada grande a cambio. Es un hombre realmente entregado a la pasión de la guerra.

—Gracias, señor.

—¿Qué demo...? —Jarrrdisk se quedó sorprendido al ver varios cazas que salían de una de las naves nodrizas. Los guardaespaldas respondieron con eficacia, cubriendo al emperador y llevándolo hacia el interior. El resto de soldados presentes se giraron, blandiendo sus armas. Las torres de vigilancia apuntaron con sus cañones. Los cazas no parecían tener intención de atacar: se alejaban, rumbo al espacio.

—¡Identifíquense! —escuchó Berlllerak desde el caza que pilotaba.

—Soy vuestro fin —respondió el clon, pulsando varios botones. El resto de pilotos le imitó.

De los cazas surgieron bombas que estallaron en la atmósfera, creando una gran superficie de humo. Los cañones neos dispararon, pero era difícil apuntar.

—¡Salid a por ellos! —ordenó Jarrrdisk, encerrado en la torre de control del hangar.

Los soldados se dirigieron a los cazas a pesar de la ventaja que les llevaban.

—¡Hora de morir! —gritó Berlllerak por la radio de su caza. Tras esto pulsó un botón en la pantalla de su móvil.

La enorme y cegadora explosión resultante se extendió por la base. Debido al armamento almacenado, se produjo una reacción en cadena. En cuestión de segundos todo el lugar se había convertido en escombros ardientes, y el general Inn, el general Jurr y el dictador Jarrrdisk habían sido volatilizados, junto con medio millón de personas más. Con la base arrasada, el escudo defensivo planetario no estaba plenamente operativo y los aliados lograron escapar sin demasiadas complicaciones.

Dos días después, las sondas enviadas por la Asociación de Planetas Soberanos confirmó la destrucción, y los neos y los thorn firmaron la rendición. La guerra había acabado.

Berlllerak estaba sentado en una pequeña sala de descanso de la estación del Red Squadron. Lainier entró por la puerta y se le acercó, colocándose detrás de él a su derecha.

—He oído que has rechazado la medalla por ganar la guerra —observó Lainier.

—Entre el millón de personas que maté sin duda habría muchos currantes —señaló Berlllerak—; gente normal que no tenía más remedio que trabajar en la ciudad militar para poder salir adelante. No te confundas, Lai: volvería a hacer lo mismo porque era lo único que podía hacerse, pero que no me den una medalla por ello.

—En realidad, ninguno de nosotros repudiamos tu actuación.

—Lo sé.

—De hecho, he logrado que los gobiernos borren toda información referente a quién produjo la explosión. Así evitaremos que los thorn intenten vengarse de ti.

—Gracias.

Lainier salió de la sala, cerrando la puerta tras de sí. El Artista le esperaba fuera, con la espalda contra la pared y los brazos cruzados:

—¿Ves por qué no te lo podía decir? —señaló.

—Que nunca tenga que verme yo en situación semejante —respondió Lainier mientras caminaba.

—¡Hay que reconocer que tiene un par de huevos! —gritó El Artista mientras su compañero se alejaba—. ¡El plan era demasiado descabellado incluso para mí!

—¡Y por eso él es el número dos y tú no! —afirmó Lainier sin girarse.

—Ouch... —murmuró El Artista.

Lainier se dirigió al despacho de VanderHall. Entró y se quedó de pie.

—¿Qué tal está? —preguntó Thomas.

—Bien —respondió.

—Eso suponía. Siempre ha tenido más redaños para estas cosas, como El Artista o Night Stalker. Bien, hemos probado la bacteria con uno de los asesinos profesionales y tal y como esperábamos, ha funcionado. De hecho Sigfried nos ha contado que las nanomáquinas que tienen insertadas los profesionales, son, de hecho, obra suya. Al parecer alguien contrató a uno de los asesinos para acabar con él...

—El gobierno de Eclipse...

—He dicho alguien....

—Vale. Prosiga.

—Bien. SuNSEt logró sacarlo de Eclipse antes de que el asesino le diera matarile, pero éste logró hacerse con

varios datos técnicos de Sigfried, y así los profesionales lograron reproducir las nanomáquinas.

—Veo que son expertos en rapiñar tecnología ajena.

—Sí, de hecho el profesional al que hemos aplicado la bacteria conocía la base tecnológica donde almacenan todos los datos. Recuperaremos el Genoma 3 y no podrá volver a ser usado.

—Suponiendo que otras naciones no lo hayan desarrollado por su cuenta, y a estas alturas no me extrañaría.

—En cualquier caso, lo que no puede ser es que los asesinos profesionales tengan acceso a él. Ya he enviado un grupo a asaltar la base y recuperar los datos.

—¿Y... por qué no nos ha enviado a nosotros?

—He enviado a parte de vosotros. Tete y el Kapitán van en el grupo. Están al frente de un gran operativo. No fracasarán.

—¿Y puedo saber por qué el resto del Cuerpo de Asalto no participa? Quiero decir que la guerra se acabó.

—Seré claro, el gobierno quiere recuperar el proyecto.

—¿Recuperar? ¡Si nunca fue suyo!

—¡Cuestión de semántica! ¡Hacerse con el proyecto, ya que te pones tiquismiquis!

—Hombre, es que no es lo mismo, porque el proyecto jamás habría sido aprobado por el congreso y no digamos ya por la opinión pública. En cualquier caso... ¿eso cómo responde a mi pregunta?

—¡Pues que teníamos serias dudas de que el proyecto fuese recuperado si tú, Berllerak, ElArtista o Night Stalker participabais en el tema!

—¿Se atreve a insinuar que hubiésemos destruido los datos? ¡Porque si es eso lo que insinúa, ha acertado, amigo!

—En fin...

La base tecnológica de los asesinos profesionales estaba situada en una luna de un planeta sin nombre de la constelación 82 Eridani. La luna no tenía atmósfera. Era pedregosa y de color rojizo oscuro. Recordaba a Marte. Tete y el Kapitán, acompañados por cien hombres, atacaron el complejo. La base estaba escondida bajo tierra. Tenía tres plantas de trescientos metros cuadrados. El contingente no tardó en abrirse paso a tiros a través de ellas, eliminando a los trece profesionales que encontraron dentro. Por fin, los clones llegaron a una sala al fondo de la tercera planta. Tete se adelantó y contempló el recinto. Ordenadores. Mesas de operaciones genéticas. Paneles de control. Probetas.

Genoma 3.

Tete guardó silencio unos segundos.

—¿Pasa algo? —preguntó el Kapitán.

—Esto debería ser destruido —respondió Tete.

—Las órdenes son recuperarlo, no destruirlo —señaló el Kapitán, sorprendido.

—Lainier lo destruiría.

—Aunque lo destruyas, seguro que pueden volver a culminarlo cuando quieran...

—Ya no estamos en los tiempos previos a la Masacre Internacional. El primer intento del gobierno para crear el Genoma 3 en secreto fracasó.

—Mirémoslo de este modo. Si nos lo llevamos, podrían interceptarnos por el camino y robárnoslo. Destruyémoslo antes de que acabe en malas manos.

—Sal de aquí. Yo me encargo.

—Ni de coña —dijo el Kapitán, cargando su escopeta—. Aquí o follamos todos o pinchamos la muñeca —añadió riendo.

—¿Te das cuenta de que VanderHall nos mandó a nosotros porque pensaba que no haríamos esto? —observó Tete mientras disparaban contra todo lo que veían.

—O quizás sabía que lo haríamos, pero el gobierno no sospecharía de una destrucción deliberada si solo estábamos nosotros aquí.

—¡Creo que nunca lo sabremos!

Tras vaciar los cargadores. Los clones colocaron varias cargas explosivas y salieron corriendo. La sala estalló, incinerando todo lo que había en su interior.

## VII PUESTA DE SOL

SuNSeT estaba tumbado sobre su cama, en una habitación de la base del Red Squadron. Había sido retenido cautelarmente tras la batalla en La Kúpula. Lainier entró en su habitación. Varios soldados le esperaban fuera. SuNSeT se incorporó, sentándose sobre la cama.

—Bueno, hemos ganado... gracias a Berllerak —dijo SuNSeT—. Es irónico... tendré que darle las gracias a un anticomunista. Bueno... eso tiene fácil solución.... ¡No dándole las gracias! Jiji...

—¿Estás preparado?

—¿Para qué? —SuNSeT miró a Lainier con rostro extrañado. Algo iba mal.

—Para cumplir con tu contrato.

—¿Qué? —dijo sorprendido—. No hay trato.

—Oh, yo creo que sí lo hay.

—No, no lo hay.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Para qué queremos unas tierras que no podemos explotar? Antes era difícil, pero ahora es imposible. Sólo han sobrevivido diez mil kupulenses. No podemos levantar una sociedad en las Tierras Desérticas. No podemos montar una sociedad en ninguna parte. No hay trato.

—Hay trato. El contrato no decía nada de cuántos kupulenses se quedaban con los territorios. Las tierras serán para los supervivientes, y tú has de acompañarme.

—No iré a la cárcel —dijo SuNSeT, señalando con el dedo a Lainier—. No es justo. ¡Joder, no hay trato!

—Di lo que quieras, pero lo firmaste.

—¡Me da igual! ¡Eso es burocracia y papeleo! ¡Y por encima de un simple papel, está la justicia!

Lainier giró lenta y levemente la cabeza hacia atrás, primero a la izquierda y después a la derecha, echando una ojeada a los guardias que esperaban fuera. Después volvió a mirar a SuNSeT.

—Tienes que venir —dijo.

—¡Habla con la Asociación! ¡Renegocia!

—Lo haré, pero vas de culo.

—¡Mierda! ¡No puede pasarme esto!

—Conozco a un buen abogado, por si te interesa.

—Recurriré a los servicios de un abogado kupulense, que ya se sabe al dedillo mi historia.

—Como quieras.

Lainier se hizo a un lado. Un par de soldados entraron y se llevaron a SuNSeT.

Kishwox estaba en una celda, bastante alejado de la zona de SuNSeT. Se parecía a la que había tenido Lainier en Enea. El general estaba sentado sobre su cama. Lainier habló a través del cristal que los separaba, sentado sobre una silla.

—Buenas —dijo.

—Buenas para usted, pero no para mí —dijo Kishwox, girándose, esgrimiendo una leve sonrisa forzada.

—Bueno, sí. Le vamos a trasladar.

—Me he enterado de que el subofi... eh... el general Inn ha muerto.

—Sí.

—Una pena. Era un buen hombre.

—¿Lo era?

—Oh, desde mi óptica, ya me entiende...

—Tampoco es que lo entienda mucho —dijo Lainier, sonriendo.

—Supongo que a estas alturas tendrán la información que buscaban sobre los asesinos profesionales, ¿me equivoco?

—En eso va a tener suerte. Ninguno de los que hemos interrogado sabe de usted. Supongo que solo contrató a Faïs, y dado que ha muerto, encontrar pruebas de que le contrató usted será complicado. Hemos intentando encontrar algo en el móvil del desdichado clon, pero no hay nada que le incrimine. Del resto de acusaciones, no creo que se salve.

—Me van a trasladar a Nueva Alcatraz, ¿no? Esa prisión es un espanto... Me entran ganas de suicidarme, pero eso sería un deshonor. ¿Cree que algún día me trasladarán a otro lugar más decente?

—No sé. Está considerado como extremadamente peligroso. E incluso Nueva Alcatraz es mucho más decente que las cárceles thorn.

—Sabía que diría eso —dijo Kishwox, girando la cabeza hacia la izquierda y resoplando. Después se volvió a girar hacia Lainier—. Bueno, aunque no se lo crea, ha sido interesante conocerle. Interesante, pero terrible. Me ha costado la libertad.

—Eso se lo buscó usted cuando invadió los planetas asociados —dijo Lainier, levantándose. Kishwox se limitó a agachar la cabeza y sonreír, mientras el clon se alejaba, y los guardias abrían la celda para llevarse al thorn a su cárcel definitiva.

Día tres tras la victoria. Alto Tribunal de la Asociación de Planetas Soberanos, en la Estación Espacial Principal de Silkeria. Juicio de SuNSeT. La enorme estancia, con capacidad para quinientas personas, estaba abarrotada. Sentado en

lo alto del estrado, el veterano y ya canoso juez silkeriano dictaba sentencia:

—Del delito de desorden público declaramos al acusado... culpable. Del delito de vandalismo declaramos al acusado... culpable... del delito de pertenencia a banda armada, declaramos al acusado... culpable... del delito de piratería espacial, declaramos al acusado... culpable, del delito de conspiración declaramos al acusado... inocente...

—¿Inocente? —se preguntó SuNSeT en voz alta, abriendo los ojos, sorprendido—. Er, quiero decir... sí, sí, inocente.

Realmente cualquier prueba conspirativa había volado junto con La Kúpula, pero SuNSeT estaba seguro de que le hallarían culpable.

—La sentencia estándar es de veinte años en una prisión de máxima seguridad. Pero por los servicios prestados a la Asociación, se le rebaja la condena a diez años, a cumplir en el pabellón de mínima seguridad de la torre-prisión de Fariken, en Silkeria. Caso cerrado.

El juez dio un martillazo. Fin del acto.

Lainier acompañó a SuNSeT, que iba esposado de pies y manos, hacia una gran nave.

—Mierda, Lai —dijo SuNSeT en voz baja, apretando los dientes—. Ayudé a ganar esta puta guerra. Deberían darme el indulto, joder...

—No seas ingenuo... —susurró Lainier—. Bastante suerte tienes con esta sentencia. Si hubiesen investigado lo de las penas de muerte que firmaste... Claro que no quedó mucho en pie para investigar...

—Pero lo pedirás, ¿no? ¡Pedirás el indulto! —dijo SuNSeT.

—Sí, si puedo sí. Pero no te quejes, que te envían al pabellón de mínima seguridad. Tendrás intimidad en tu celda.

—Sí, supongo que podría ser peor. Podrían haberme seccionado la lengua y habérmela metido por el culo.

—Er...

—¡Podría haber sido peor!

Subieron a la enorme nave de transporte. Lainier se sentó a la derecha de SuNSeT, mirando hacia la proa. Frente a ellos se sentaron dos agentes. La nave se elevó.

—Vamos a tu habitación en el Red Squadron a recoger tus cosas —dijo Lainier.

—No muchas —dijo SuNSeT—. Me dejé la mayor parte en La Kúpula... aunque lo más importante lo llevé al Red Squadron.

La nave llegó en media hora a la base. Lainier, SuNSeT y varios guardias entraron en su habitación.

—¿Cuánto me puedo llevar? —preguntó el revolucionario.

—¿Cuánto se puede llevar? —preguntó Lainier a un agente.

—Todo lo que quepa en un paquete no mayor de 2x1 metros. El peso es irrelevante —contestó el guardia.

—Me llevo la armadura —dijo SuNSeT—, todas las fotos que encontrarán en el tercer cajón de la mesita del dormitorio, mi colgante celta, sobre la mesita, y una bolsa con dados, en el cuarto cajón.

—Pseudocelta —dijo Lainier.

—Te gusta la palabreja, ¿ehh? —dijo SuNSeT.

—¿Nada más?

—No. Tampoco es que cupiera mucho más. ¿Podrías guardarme el resto de cosas?

—¿Yo?

—No. Tu cuñao. ¡Pues claro que tú, peaso gilipollas!

—Bueno, pero no te prometo devolvértelas en buen estado.

—Lo sé. Por eso me llevo el colgante y la armadura.

—Ya veo.

—Voy a hacer la maldita llamada.

—Ven.

—Serás cabrón ¡Me haces caminar!

—Ya ves. Dentro de poco estarás muy quietecito —dijo Lainier mientras salía de la estancia junto con SuNSeT.

—Joo joo joo... gracioso...

Lainier llevó a SuNSeT a un teléfono en una pequeña habitación cerca de los calabozos. Descolgó y se lo entregó.

—No más de diez minutos —dijo Lainier—. Y recuerda que tu grabación está siendo escuchada y grabada.

—Que sí, pesao —dijo SuNSeT, cogiendo el teléfono. Marcó el número.

—Aquí Sigfried —dijo una voz al otro lado del aparato.

—Soy yo, SuNSeT. Me han caído diez años.

—Lo sé, lo he visto por televisión hace escasos minutos.

—Bueno, mis cosas se las queda Lainier, excepto la armadura, el colgante y las fotos en La Kúpula. Oye... ¿cuándo vais pa las tierras?

—¿Merece la pena ir?

—Bueno, vuestras son.

—Y tuyas. Cuando salgas.

—Amigo mío, a saber cómo está la cosa cuando salga.

—De todas formas, no sabemos si ir. ¿Qué vamos a hacer cuatro gatos allí? No podemos levantar una ciudad. Como mucho, chabolas.

—Algo es algo.

—Iré a visitarte, y supongo que los demás también.

—Aquí creo que dejan pasar comida, así que traeros una tortilla de patatas, chorizos... en fin. Lo de siempre.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No. Me piro. Que te den.

—Que te den.

SuNSeT colgó el aparato.

—Vamos —dijo Lainier.

SuNSeT volvió a su calabozo. Tras un par de horas, los guardias salieron del laboratorio con un enorme baúl que llevaban sobre un carrito con ruedas.

—El equipo parece normal —dijo uno de los guardias.

—Nos vamos, pues —dijo Lainier.

El clon se dirigió al calabozo de SuNSeT y abrió la puerta. El rebelde estaba sentado.

—En pie —dijo—. Nos vamos.

—Primero voy al servicio, que no meo desde hace cuatro horas, coño.

—Pues ahora que lo dices, yo tampoco...

Lainier fue al servicio para soldados. Cuando salió, SuNSeT entró. Los guardias esperaron fuera. SuNSeT salió al poco tiempo.

—Lamento que no hubiera ninguna ventana por la que escapar —dijo Lainier, sonriente.

—He intentado abrir un boquete a pollazos, pero no he logrado ponerlo erecto —explicó SuNSeT—. Si me das una foto tuya, vuelvo padentro...

—Em... Vamos a la nave.

En una hora llegaron a Silkeria. Fariken era una enorme selva. La vegetación era tan espesa que ni un machete serviría para abrirse paso. Allí habitaban animales capaces de despedazar a un thorn en meros segundos. Los árboles alcanzaban los cien metros de altura. Y en medio de esa selva se alzaba la impresionante torre-prisión. Medía un kilómetro de altura. En los pisos superiores era imposible distinguir algo del exterior, debido a la niebla.

La nave aterrizó en una plataforma de la zona sur a quinientos metros de altura, en la planta 100. Dos hombres los esperaban. Uno de ellos era un silkeriano, un tipo de pelo corto y oscuro, vestido con el uniforme negro de la policía de Silkeria. A la derecha del uniforme llevaba una insignia que le identificaba como el alcaide de la prisión: un círculo con tres barras verticales sobre él, en color dorado. Debía tener unos cincuenta años. Detrás de él había diez guardias con armaduras de combate y armados con metralletas de alto calibre. Lainier bajó, escoltando a SuNSeT. Dos agentes los seguían. Dos de los guardias blindados se dirigieron a la nave para bajar el equipaje, mientras el alcaide se acercaba al clon. El funcionario de prisiones le tendió la mano.

—Soy el alcaide —dijo, mientras le daba a Lainier un enérgico apretón—. Es un privilegio para mí conocerle.

—No hay para tanto —dijo Lainier, sonriendo.

—Bueno, y ahora, si nos dirigimos a nuestro destino...

Comenzaron a caminar. Entraron al edificio. Recorrieron un pasillo enorme iluminado por luces a ambos lados del techo. El alcaide y Lainier iban delante. Detrás iba SuNSeT, custodiado por los agentes. Todo el recinto parecía metálico.

—A mí no me han presentado —dijo al fin SuNSeT, sarcásticamente.

—Usted es un preso —dijo el alcaide, sin girarse para mirar al revolucionario.

—Aún no —dijo SuNSeT sonriendo.

—Lo estará dentro de breves minutos.

SuNSeT comenzó a observar todos los detalles del pasillo. Como esperaba, había conductos de ventilación. Pequeñas cámaras de seguridad colgaban a ambos lados del techo cada pocos metros.

Al fin llegaron al punto de control, en una plaza muy ancha, con varias salidas. Tanto Lainier como los funcionarios, e incluso SuNSeT, se sometieron a un control de voz, retina y ADN. SuNSeT fue conducido hacia una estancia cerrada para ser registrado, mientras los dos agentes que portaban su equipaje se lo llevaban hacia un pasillo situado a la derecha.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó SuNSeT antes de ser introducido en la estancia—. ¡Un momento!

—No empieza usted con muy bien pie —dijo el alcaide, algo molesto—. ¿Qué quiere?

—¿Podría quedarme con mi colgante? Está en el equipaje.

—No está permitido.

—¿Pero yo no voy a estar en el pabellón de mínima seguridad? ¡Solo es un colgante!

—El colgante tendrá una cadena o cuerda y puede ser empleado como arma.

—¿Está hablando de estrangular a alguien con el colgante? Por lo que tengo entendido, dispongo de televisión en mi celda, así que probablemente me saldría más rentable estamparla contra la cabeza de un guardia, o romper el cristal y usarlo como cuchillo improvisado. Vamos, hombre, si eso le quita la cuerda y me quedo con el colgante en sí. Lo llevo desde siempre. Es como un amuleto.

—Curioso, un comunista supersticioso. Bien, denle el colgante, pero sin la cuerda.

—Gracias.

Los agentes abrieron el equipaje. Allí estaba la armadura, por piezas. Aunque las armaduras de combate aumentaban el poder físico, no eran armas en el sentido estricto de la palabra, de la misma forma en que un cuchillo no se consideraba un arma. Cualquiera podía comprar un cuchillo, y cualquiera podía comprar una armadura de combate. Por

eso no se la habían quitado. Además de la armadura, había varias fotos, una bolsita negra con varios dados, un teléfono móvil y el colgante. Los guardias lo cogieron, le quitaron la cuerda y se lo entregaron a Lainier, que se lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón.

—Te lo entregaré cuando llegues a la celda —dijo Lainier mientras se llevaban a SuNSeT.

—¡Más te vale o te denunciaré por robo! —dijo SuNSeT sonriendo, mientras lo metían en la habitación.

Al cabo de unos minutos, SuNSeT surgió con el uniforme carcelario: una simple vestimenta gris. El revolucionario comenzó a observar la plaza y los pasillos. Lainier se dio cuenta.

—Intentando ver cómo puedes escapar, ¿eh? —dijo al fin.

—Nunca se sabe —dijo SuNSeT, sonriendo.

Los guardias lo condujeron por el pasillo norte, seguido por Lainier y el alcaide. Pasaron otro control, y al fin entraron en la zona de celdas. Comenzaron a caminar. Nadie les increpó. Aquellos presos no eran violentos. Eran más bien gente astuta, que usaba el cerebro para sus actividades delictivas. No se trataba de simples matones.

—Hay algo que aún no te he preguntado, Lainier —dijo SuNSeT.

—Tú dirás —dijo el clon.

—¿Atracaste el Banco de Inversión de Thuris?

Lainier guardó silencio un momento.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo al fin.

—De las que no esperan respuesta —explicó SuNSeT.

—¿Entonces solo la haces para tocarme los cojones delante de otros agentes de la ley?

—Efectivamente, para que te vayas con un buen sabor de boca. Obviamente no ibas a responderme que sí delante de testigos, y obviamente yo no te hubiera creído si hubieses respondido que no.

Lainier volvió a pensar durante un momento:

—¿Por qué no me habrías creído?

—A lo mejor tengo pruebas.

—Si crees que soy culpable, aprovecha ahora que estoy rodeado de agentes y presenta las pruebas, y si no, cállate.

—También está la opción de hablar en privado.

Lainier volvió a dudar. ¿Qué pretendía decirle SuNSeT? En realidad era irrelevante. Si aceptaba hablar con él en privado, el alcaide y los agentes sospecharían que el clon realmente era culpable.

—Lo que tengas que decir dilo públicamente y si no cállate. No tengo nada que ocultar.

—Se me informó de que realizaste una visita a cierto colaborador cuando estuviste en La Kúpula...

—¿Te lo ha dicho el colaborador?

—Te encantaría saber si me dijo algo, ¿ehh? —dijo SuNSeT sonriendo.

—Como aún no has dicho nada relevante, supongo que no te dijo nada.

—Eso será.

—En cualquier caso, como sigas tan pesado, te vas a quedar sin colgante.

—Eso viola mis derechos constitucionales, sean cuales sean —dijo SuNSeT, sonriendo.

—Este pájaro solo trata de marearle, señor Sind —dijo el alcaide—. Conozco a los de su especie.

Aparentemente el alcaide no tenía dudas acerca de la inocencia del clon, o simplemente le daba igual. Finalmente subieron al piso de arriba. Recorrieron dos celdas hacia atrás y abrieron la tercera. Los agentes introdujeron a SuNSeT y le quitaron las esposas. Lainier le entregó el colgante. Después salieron de la celda..

—Bueno, que te lo pases bien —dijo Lainier.

—¡Que te folle un pez-polla! —exclamó SuNSeT sonriendo.

El alcaide pulsó un botón en el exterior y una compuerta descendió, cerrando la celda. Lainier se asomó por una rendija.

—¡Serás ca...! —comenzó a decir. Pero SuNSeT estaba al otro lado haciendo gestos obscenos con la lengua. Lainier se apartó asqueado— ¡Hijo de puta! —exclamó, y se retiró junto con los funcionarios.

Un guardia deambulaba por el pasillo. Lainier ya caminaba hacia la nave. SuNSeT observó a través de la rendija. Era imposible ver dónde estaba el guardia.

—Intentará escapar —advirtió Lainier al alcaide—. Tenga cuidado. Además, su celda está demasiado cercana a una salida.

—¿Una salida? —se sorprendió el alcaide—. Sólo hay un guardia rondando por su pabellón, pero aunque lograra reducirle, hay cámaras por todas partes. Le cazaríamos enseguida. Aunque lograra llegar al control, no puede pasar de ahí. Incluso si pasara, ¿a dónde iría? ¿Caminar quinientos metros hacia abajo? ¿Y luego qué? ¿Atravesar la selva? En cualquier caso se dirigiría a la plataforma, con la esperanza de robar una nave, que primero tendría que estar allí. Y aunque la robara, sería abatido. Es imposible que escape.

—Pero lo intentará.

SuNSeT observó su colgante. Lo apretó. Un pequeño pitido intermitente comenzó a sonar, tan débil que tuvo que acercárselo a la oreja. Movi6 el colgante hacia la pared sur. El pitido comenzó a sonar algo más rápido. El revolucionario encendió la televisión y acercó su colgante: los colores se distorsionaron. SuNSeT se acercó a la rendija.

—¡Guardia! ¡Guardia! —exclamó.

El funcionario se acercó.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Creo que se ha estropeado la tele. Se ve de culo —SuNSeT se hizo a un lado.

—Llamaré a los técnicos —dijo el guardia, comprobando que la imagen era defectuosa.

El funcionario se retiró. Lainier estaba pasando por el control de nuevo.

El técnico no tardó ni cinco minutos en venir. Era un silkeriano de unos cuarenta años vestido con un mono blanco.

El guardia le acompañaba.

—Salga fuera mientras el técnico examina el sistema —dijo el guardia, levantando la compuerta.

—Voy —dijo SuNSeT, saliendo al exterior.

Lainier pasó el control. Continuó por el pasillo hacia la nave.

—Demasiado tranquilo... —decía en voz baja, con la cabeza gacha.

—¿Qué? —preguntó el alcaide.

—Demasiado tranquilo para alguien que va a pasar diez años entre rejas, y que ha perdido su sueño. Demasiado.

—Seguramente sabe que lamentarse no sirve de nada.

—Y no sirve, pero él es un hombre de ira fácil. Trama algo.

Lainier estaba convencido de ello: SuNSeT le había provocado con lo del atraco al banco para que el clon pensase en eso y no tuviese las ideas claras. Debía concentrarse. ¿Qué preparaba SuNSeT?

—¿Por qué me ha pedido el colgante y no los dados? —dijo Lainier al fin.

—No serán demasiado importantes para él —respondió el alcaide.

—A pesar de eso, yo trataría de conservar la mayor parte de mis efectos personales conmigo. ¿Por qué no los pidió? Y para empezar... ¿qué hacía SuNSeT con dados?

—Quizás le gustase el juego.

—Según su historial, no parece aficionado al juego.

—El historial no puede reflejar todos sus gustos y aficiones.

—Es posible que el colgante tenga algo especial y por eso quisiera quedárselo. Sin embargo el análisis del equipaje fue normal... Por si acaso prefiero volver y preguntarle.

—Llamaré al guardia de su pabellón para que le requise el colgante, y así ganaremos tiempo.

Lainier y el clon dieron media vuelta. En realidad la intención de Lainier era doble. No solo pretendía volver para interrogar a SuNSeT sobre sus posesiones materiales, sino que esperaba hablar con el revolucionario a solas para continuar la charla sobre el atraco.

Había una cámara en la pared de enfrente de cada celda. SuNSeT esperó junto al guardia mientras vigilaba la actuación del técnico. En cuanto el guardia se distrajo un instante para contestar la llamada del alcaide, SuNSeT le golpeó con el codo en la cara. El técnico se giró, pero para cuando llegó a la puerta, SuNSeT ya le estaba apuntando con el arma del vigilante, quien yacía en el suelo inconsciente.

—No se haga el héroe —dijo SuNSeT—. Estos capitalistas no le pagan lo suficiente para eso, muchacho.

SuNSeT cogió las llaves del vigilante y encerró a los dos silkerianos en la celda. La alarma comenzó a sonar. Disparó a todas las cámaras del pabellón y se puso al lado derecho de la puerta de entrada al recinto.

Lainier corría hacia el pabellón de mínima seguridad, seguido por los guardias. La alarma no cesaba de sonar.

—¡Lo sabía, maldición! —exclamó Lainier, mientras activaba la señal de emergencia de su intercomunicador para avisar al Cuerpo de Asalto Clon. Teniendo en cuenta la distancia a la que podrían estar de Silkeria, sería un milagro que alguno llegase a tiempo.

—No se preocupe —dijo uno de los guardias—. En este momento ya debe haber una docena de soldados en el pabellón.

—¡Y seguro que él lo ha previsto! —replicó Lainier.

SuNSeT dividió el medallón en dos partes. Cogió una de ellas y la apretó en su puño. La puerta del pabellón comenzó a abrirse. El revolucionario lanzó el trozo de medallón, que comenzó a expulsar un espeso gas que envolvió a los agentes. Iban armados con pistolas pesadas y equipados con armaduras de clase C.

—¡¡Joder!! —exclamaron.

SuNSeT saltó sobre sus cabezas, y atravesó la puerta por encima de ellos. Los empujó al fondo y se dirigió al pasillo por donde se habían llevado su equipaje. El trozo de medallón que había conservado pitaba con mayor rapidez. El pasillo se dividía a su vez en varios. SuNSeT siguió el pitido incesante, mientras destruía las cámaras.

—¡Está en el ala este! —informó uno de los guardias a Lainier.

—¡Coño! —exclamó el clon—. ¡Va a por su traje!

Corrieron hacia el lugar.

—¿¿No me dijo que había una docena de guardias en el pabellón?? —protestó Lainier.

—Sí, pero de algún modo los ha cegado con un gas —contestó el guardia—. ¡Es imposible que haya logrado colar

nada!

“El puto medallón”, pensó Lainier, “Pero, ¿cómo puede contener gas? Examinamos todos sus enseres antes de sacarlos de la base del Red Squadron...”

SuNSeT se abalanzó sobre el guarda del almacén este. Estaba en el fondo del pasillo a la izquierda. Llevaba el mismo equipo que todos los guardas. Lo noqueó. El pitido era ahora continuo. SuNSeT apartó al silkeriano y colocó el trozo de medallón junto a la cerradura de la puerta, hecha de cristal blindado, pero mucho menos resistentes que las puertas de las celdas. Apretó dos veces seguidas el amuleto y se apartó. En tres segundos explotó, destrozando la cerradura y la mayor parte de la puerta. SuNSeT entró sin problemas. No le fue difícil reducir al encargado. Después buscó su equipaje. Era bastante visible, dado lo que contenía. Disparó contra el baúl, abriéndolo. Se puso la armadura, incluido el casco, también rojo. Cogió la bolsa con dados y se la colgó de la cintura. La armadura estaba descargada. Así le pesaba demasiado. Le resultaba casi imposible moverse. Salíó al exterior a trompicones. El guardia llevaba una armadura de baja calidad. Sus baterías apenas le proporcionarían energía para una hora, pero era suficiente. Las cogió y se las puso. Volvió a la habitación. Un conducto de ventilación a su izquierda. Se introdujo por él. No había cámaras. Bien por él.

Los guardas entraron en el recinto.

—¡Debe haber salido por el conducto! —exclamó el jefe, señalándolo con la mano.

—¡Jefe 1, ve a por él! —dijo el alcaide por el intercomunicador de su despacho—. ¡La Unidad 2 se quedará allí! ¡El resto se retira! ¡Atención a todas las unidades del centro! ¡Situación de Alerta A432! Sujeto tipo 42-C-A.

—Si me explica los códigos, le quedaré muy agradecido —dijo Lainier a uno de los guardas. Ahora se habían detenido, esperando instrucciones.

—42 significa preso inteligente, sin especial tendencia a la violencia. C significa que tiene armamento de escasa potencia. A quiere decir que lleva una armadura de combate de la hostia.

—Vale.

—No se preocupe. No podrá salir. Mi equipo se dirige a vigilar el piso superior. ¿Viene?

—Sí. A alguna parte he de ir.

—Por cierto, parece ser que el tipo ha logrado volar una puerta. Al menos tenía un explosivo de potencia media, pero el encargado del almacén dice que no le ha visto armado más que con una pistola.

“Bueno”, pensó Lainier, “un medallón no abulta mucho. ¿Lo ha empleado para lanzar gas y como explosivo? Jodía nanotecnología... ¡Espero que no tenga más recursos!”

SuNSeT se arrastró por el conducto hacia el hangar. Miró por una rendija. El pasillo estaba lleno de agentes. Desde donde se encontraba, vislumbraba tres, pero sin duda habría más cerca, pues oía voces. Miró en su bolsa. Cogió tres dados rojos de diez caras y uno de ocho azul. Lanzó este último con fuerza hacia atrás. El dado rebotó varias veces contra las paredes del conducto, haciendo bastante ruido. Los guardias se acercaron. En cuanto los que estaban bajo él se distrajerón, SuNSeT lanzó a través de la rendija los otros tres dados, que empezaron a expulsar gas. El fugitivo empujó la rendija y disparó a las piernas de los soldados, que cayeron al suelo. SuNSeT bajó a tierra. Diez agentes. Feo asunto. Se giraron hacia él. Cogió a uno de los funcionarios.

—¡Ni se os ocurra! —gritó, mientras disparaba hacia los enemigos. Uno de ellos cayó al suelo, con la rodilla izquierda atravesada. Los otros se hicieron a ambos lados, desapareciendo por las esquinas del pasillo. SuNSeT caminó hacia atrás con su rehén: a pocos metros había una compuerta cerrada.

—¡Ríndete! —exclamó uno—. ¡No podrás abrir esa puerta, y tu chantaje de rehenes no será admitido!

—¡Bah! —exclamó SuNSeT. Rebuscó en la bolsa y sacó tres dados amarillos de seis caras. Eran adherentes, y los pegó sobre la puerta. Se apartó varios metros, sin dejar de soltar al guardia.

—¡Que nadie dispare! —gritó de nuevo—. ¡Sigo teniendo rehenes!

—¡Estás acorralado! —exclamó uno de los guardas desde su escondrijo.

Los dados estallaron, y se abrió un boquete en la puerta de aproximadamente un metro de diámetro. SuNSeT dejó caer al vigilante y corrió hacia el otro lado.

—¡Cogedle! —exclamó el jefe del equipo mientras giraban la esquina. Comenzaron a disparar a SuNSeT mientras saltaba por el agujero. Una ráfaga láser pasó rozándole la pierna.

Los guardias corrieron hacia la puerta, pero estaba dañada y no se levantaba. Tuvieron que pasar de uno en uno.

—¡Aquí Jefe 2! —dijo el líder antes de cruzar—. ¡Está en la plataforma de aterrizaje de la planta 100! ¡Ha conseguido explosivos en alguna parte!

—Es extraño —dijo el alcaide por el intercomunicador—. No faltaba nada más en el almacén este. ¿De donde coño los ha sacado?

—¿Qué faltaba en su equipaje? —preguntó Lainier desde la planta 101.

—La armadura y la bolsa de dados.

—No eran dados. Eran explosivos. Y quién sabe si algo más.

—¡Pues la culpa es de su laboratorio, joder! ¿No examinaron el equipaje antes de traerlo?

—Sí, y era normal... han debido dar algún cambiazo, pero no sé cuándo... Mmm... ¿la llamada? En fin, no es hora de pensar en eso. Vamos a por él.

SuNSeT activó el electromagnetismo de las palmas de las manos y los pies y comenzó a trepar por la pared,

ignorando la nave de la plataforma. Puso la mejilla izquierda contra la superficie. Pasos por abajo. Los sensores del casco eran muy precisos: se acercaba un gran número de personas. La puerta se abrió. Lainier apareció junto con diez guardias. El clon lo tuvo claro. Nada más salir a la plataforma, apuntó hacia arriba.

—¡SuNSeT! ¡Quieto! —gritó.

—¡No puedo quedarme aquí todo el día! —protestó SuNSeT.

—¡Baja lentamente!

SuNSeT movió el brazo derecho, dejando caer cinco dados de diez caras de color verde.

—¡Apartaos! —gritó Lainier, haciéndose a un lado. Los guardias le emularon. Los dados estallaron en el aire, extendiendo una nube de gas por la zona. SuNSeT continuó su ascenso.

—¡Disparad a la nave! —ordenó Lainier. Los guardias obedecieron y atacaron el vehículo, que estalló en pedazos.

—¿¿Y eso??—preguntó el alcaide.

—¡Por si intentaba saltar a la nave! ¿¿Hay hombres arriba??

—¡Por supuesto! ¡Voy a avisarles!

—¡Voy a subir! —Lainier lanzó un garfio-pistola hacia arriba. Logró engancharlo, pero SuNSeT lo vio. La cuerda quedaba a su derecha. El clon comenzó a trepar. El revolucionario extendió la mano para coger la cuerda, pero se detuvo a pocos metros, vacilando. Finalmente, continuó su ascenso.

—Equipo 3-A —dijo el alcaide—. El fugitivo trepa hasta la plataforma 101. Usa granadas de humo.

SuNSeT sabía que no tenía mucho tiempo. Se encontraba a un metro de la plataforma de arriba. Lanzó varios dados hacia ella, que estallaron. Los soldados abrieron la puerta, y se encontraron con el gas, que comenzó a corroer sus trajes.

—¡Ácido! —gritó uno de los afectados. Volvieron sobre sus pasos, cerrando la puerta y quitándose los trajes.

SuNSeT subió hasta la plataforma. Corrió hacia la puerta y colocó un dado sobre la cerradura. El dado estalló, dañándola.

—Ahora ya no se puede abrir, ¿eh? —dijo Lainier, que estaba aferrado al borde de la plataforma, apuntando por la espalda a SuNSeT con su revólver—. Tira el arma. Lo has hecho bien, pero realmente es jodido escapar de aquí.

—Lainier, no seas ridículo —dijo SuNSeT, sin moverse—. Llevas una Magnum. Es potente, pero no lo suficiente para destrozarme mi traje y matarme de un solo tiro. Seré yo el que te dé de lleno. Mejor déjalo.

—No me has visto. ¿Cómo sabes que estoy usando mi Magnum?

—No has tenido tiempo de buscar otra cosa.

—A lo mejor le he pedido a uno de los guardias uno de sus fusiles.

—¿Dejando al guardia desarmado? Lo dudo. E incluso a esos fusiles le costaría perforar esta armadura. Necesitarías un rifle del ejército o una escopeta de proyectiles explosivos...

—Puede que alguien me haya prestado uno de esos.

—Lo dudo. No he visto a ningún guardia usar uno.

—¿Y te vas a arriesgar?

—Ya me he arriesgado bastante, ¿no?

—Déjate de tonterías y suelta el arma. Después dale un taconazo para enviármela.

SuNSeT obedeció. Lainier propinó un puntapié al arma, arrojándola a la plataforma de abajo.

—Arroja haz lo mismo con la bolsa. Después abre las manos y levántalas. No me tires más dados o te disparo.

SuNSeT obedeció. Lainier comprobó la bolsa. Contenía tres dados de seis caras. El clon se la colgó del cinturón: no era cuestión de arrojar objetos peligrosos abajo, y además era menester analizar esos dados. SuNSeT tenía las manos abiertas y alzadas. Estaban vacías.

—¿No viste mi garfio? —preguntó Lainier.

—Je... No.

—O... no intentaste arrancar el cable para no revelar tu posición y que yo te disparase.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Solo vamos a esperar a que algún equipo llegue aquí. En cualquier caso no tardarán mucho. Si les cuesta tirar la puerta, simplemente saldrán por otra planta. Se acabó la huida.

—¿Puedo girarme?

—No. Quédate donde estás.

—¿Por qué no quieres que me gire?

—No me fio de ti.

—Precisamente por eso deberías ordenarme que me gire. Cualquier persona me lo ordenaría por si escondo algo delante de mí, pero tú no, porque no quieres que descubra que solo tienes una Magnum como arma.

SuNSeT se dio a vuelta rápidamente. Lainier le disparó al casco. El cristal de los ojos quedó deformado. El rebelde disparó sobre Lainier, pero no podía ver bien. El clon rodó por el suelo mientras SuNSeT trataba de acertar. Lainier disparó a su mano y destruyó su arma. Por el sonido, SuNSeT corrió hacia él.

Lainier pensó deprisa. Si volvía a disparar, rebelaría de nuevo su posición y SuNSeT le arrollaría. Rodó de nuevo, poniéndose detrás del revolucionario, pero gracias a su armadura, logró oírle, y le propinó una patada. Se abalanzó sobre él y comenzaron a forcejear. SuNSeT logró quitarle el arma a Lainier, haciendo presa sobre su mano. El revólver cayó a la plataforma de abajo.

—¡¡No seas ridículo!! —dijo Lainier, mientras empujaba hacia atrás a SuNSeT con ambas piernas. El rebelde se estrelló contra el suelo y la pared.

—¡¡Joder!! —exclamó.

Lainier se levantó del suelo y blandió su cuchillo de combate:

—¡Puede que lleves una armadura, pero yo soy un clon! ¡No te será fácil acabar conmigo!

SuNSeT se levantó, mientras intentaba quitarse el casco. El clon no hizo nada, pero se mantuvo alerta. El fugitivo se quedó con el casco en la mano.

—Tienes suerte de que este traje esté funcionando a baja potencia —dijo SuNSeT—. De lo contrario ya te habría sodomizado.

—En cualquier caso, ahora soy yo el que tiene ventaja. Será mejor que te rindas, o te dejaré la cara hecha un mapa.

—No me impresionas —replicó SuNSeT—. Yo creo que estamos empatados. No puedes ser tan fuerte. No lo eras cuando luchabas en el coliseo.

—Sabía que aquellas luchas servían para estudiarnos...

Los dos contendientes escucharon el sonido de un motor: una nave de combate biplaza descendía desde la plataforma 102, dispuesta a detener a SuNSeT. Lainier contuvo el impulso de mirar hacia arriba: no quería bajar la guardia.

—Bueno, aquí acaba todo —dijo el clon—. Por desgracia te caerán otros cinco años, probablemente. ¡Pero que conste que intentaré interceder por ti, tal y como acordamos, aunque seas un cabronazo!

—No será necesaria tal intercesión —replicó SuNSeT.

El revolucionario arrojó el casco a la cabeza de Lainier, que lo esquivó. El casco cayó a la plataforma de la planta 100. SuNSeT arrojó la bolsa de dados hacia la nave: se la había arrebatado a Lainier durante el forcejeo.

—¡Me cago...! —exclamó Lainier, abalanzándose hacia delante, pero era inútil: los dados estallaron, dañando el motor de la nave y creando una nube de denso gas a varios metros sobre el suelo. El vehículo perdió el control y los ocupantes tuvieron que saltar en paracaídas.

Lainier chocó contra SuNSeT, quien intentó hacerse con el cuchillo, pero el clon se apartó a la izquierda, cogiendo por detrás al revolucionario. El rebelde se impulsó hacia atrás, aplastando al clon contra la pared. El policía se soltó, y su cuchillo cayó al suelo. SuNSeT se giró, intentando golpear a Lainier en la cara, pero el clon se hizo a la derecha, y el puño de SuNSeT impactó contra la pared. Lainier trazó un amplio recorrido con su puño izquierdo, golpeando fuertemente el rostro de SuNSeT, que cayó al suelo. El policía recogió el cuchillo. El revolucionario se puso de rodillas, sangrando por la boca.

—Ug... —murmuró mientras intentaba limpiarse la sangre con la mano derecha.

—Remarable —dijo Lainier—. No estás inconsciente. Pero no creo que aguantes otro impacto más.

SuNSeT se levantó y volvió a intentar golpear a Lainier. Lainier a su vez intentó golpearle. Comenzaron a forcejear. El clon aún llevaba el cuchillo.

—Si no te rindes, voy a rajarte toda la boca, y eso duele —amenazó, acercando la hoja al rostro del enemigo.

—Je... —rió SuNSeT, que usó el electromagnetismo de su mano derecha para aferrar el cuchillo con más fuerza y arrancarlo de manos del clon. Después lo empujó hacia atrás.

—¡Coño! —gritó Lainier.

SuNSeT volvió a lanzarse sobre él con el cuchillo en mano. Lainier realizó un giro por el suelo. Realizó una llave con las piernas y lanzó a SuNSeT contra el duro suelo. Después trazó un arco con la pierna izquierda, y su tacón fue a estrellarse contra la mano derecha del revolucionario. No fue bastante para romper su armadura, pero sí para abrir su puño. Lainier cogió el cuchillo con ambas manos e intentó quitárselo. SuNSeT forcejeó. Finalmente, ni uno ni otro lo consiguieron. El cuchillo cayó al vacío. SuNSeT golpeó con ambas piernas el pecho de Lainier. Como estaba en el suelo, no ejerció demasiada fuerza: de lo contrario le hubiera roto el esternón. Ambos contendientes se levantaron, pero a SuNSeT le costaba más trabajo. Un pitido sonó en su armadura. Batería baja.

—Hay que joerse —murmuró.

—Ríndete, coño.

SuNSeT volvió a la carga. Lainier le esquivó por enésima vez y comenzó a golpearle en la cara. El revolucionario cayó hacia atrás. Lainier lo sujetó con ambas manos por la capa. SuNSeT le golpeó con el puño derecho en el costado.

—¡Ouch! —dijo Lainier, dejando escapar a SuNSeT dando un paso atrás. Se llevó la mano al costado. El rebelde cayó de rodillas.

—Ah... no te queda ni fuerza ni energía en la armadura —dijo Lainier, acercándose hacia el enemigo—. Ese golpe ni siquiera me ha roto una costilla.

SuNSeT trató de alzarse, pero Lainier le empujó hacia atrás con una patada. El rebelde cayó al suelo.

—¿Cómo escapaste? —preguntó Lainier, intrigado—. Será mejor que me lo cuentes aquí y ahora. Los de interrogatorios no serán tan amables. Night Stalker debe estar a punto de llegar aquí, ¿sabes?

Por supuesto, eso último era un farol, pero las palabras “Night Stalker” solían causar gran desasosiego a los criminales, e incluso a los no criminales. Comenzaron a escucharse ruidos al otro lado de la puerta. Querían abrirla como fuese.

—Le envié un mensaje en clave a Sigfried durante nuestra conversación telefónica —explicó SuNSeT— Le llamé al móvil. Él estaba en el Red Squadron.

—Por supuesto, de lo contrario la conversación habría tenido algo de lag. Así que fue Sigfried quien preparó todos los cacharros, ¿me equivoco?

—Exacto. Aprovechando el ajetreo debido a la posguerra, y usando sus conocimientos técnicos, entró en el laboratorio después de que mis objetos fuesen analizados, y realizó dos cambios: la bolsa y el medallón. Los nuevos objetos tenían funciones ocultas. Como supongo que ya conoces casi todas, solo te explicaré la función que me permitió

iniciar todo esto: el medallón llevaba un localizador sincronizado con uno de los dados, que era un emisor, y que luego usé para encontrar mi equipaje. Cuando entré en el lavabo en la estación, Sigfried me había dejado un mensaje indicando que había logrado su objetivo.

—Y lo del atraco era un farol, simplemente para que...

—...el guardia fuese distraído. Pensé que buscarías alguna excusa para hablar conmigo a solas. Y efectivamente, el vigilante recibió la llamada en el momento justo. En realidad no pensaba que esta parte funcionase tan bien. El plan alternativo era atacar al vigilante sin más. Probablemente me hubiera herido gravemente, pero con la rapidez del momento habría sido dudoso que lograra apuntar y alcanzarme mortalmente, así que habría usado una droga en otro de los dados para mantenerme activo hasta escapar.

—Brillante y arriesgado, pero se acabó.

—¡Vamos a volar la puerta! —gritaron desde el otro lado—. ¡No vamos a esperar más! ¡Apartaos!

—¡Un momento! —exclamó Lainier, dispuesto a apartar a SuNSeT.

De repente, apareció una plataforma voladora desde la selva. Se dirigía hacia SuNSeT. El rebelde intentó levantarse, pero al acercarse hacia el borde de la plataforma, Lainier le asió por la capa. El revolucionario pulsó un botón de la armadura y la capa se soltó. La plataforma se detuvo a dos metros del borde y un metro de altura del suelo. SuNSeT cogió fuerzas de flaqueza y saltó para asirse, pero Lainier le cogió por las piernas.

—¡Joder! —exclamó el rebelde, mientras su cuerpo colgaba. Lainier intentó subirle, pero SuNSeT usó su magnetismo para asirse al borde inferior de la plataforma.

—¡Suelta, coño! —gritó Lainier.

—¡Suelta tú, bastardo! —gritó SuNSeT—. ¡Abajo tres, izquierda uno!

Al pronunciar esas palabras, la plataforma bajó hasta donde estaba SuNSeT, quien extendió los brazos y se asió con fuerza.

—¡Desconexión botas! —gritó, y de repente las botas de la armadura se aflojaron. Lainier cayó hacia atrás, y SuNSeT hacia abajo, pero estaba firmemente sujeto a la plataforma.

—¡Vuelen la puerta ya! —ordenó Lainier.

—¡Huida A-2! —gritó SuNSeT, y la plataforma comenzó a volver por donde había venido. Lainier soltó las botas y se levantó, observando a SuNSeT, que se alejaba a gran velocidad.

—¡Otra vez será! —dijo el rebelde, y desapareció.

La puerta estalló. Lainier apenas se movió a pesar de la onda expansiva. ElArtista se puso a su derecha y Berllerak a su izquierda.

—El resto del Cuerpo está demasiado lejos —dijo Berllerak—. No llegarán a tiempo.

—Vuela hacia allá con un aerodeslizador —explicó Lainier, señalando la dirección en que se había ido SuNSeT—. Habrá que perseguirlo por aire.

—¡Fugitivo por aire, dirección norte, altitud seiscientos, treinta grados! —dijo ElArtista por el intercomunicador, mientras Berllerak abría uno de los compartimentos de su cinturón.

—¡Lainier, no puedo creer que se te haya escapado! —protestó Berllerak, mientras sacaba una gasa limpiadora. ElArtista corrió por donde había venido para subirse a una nave.

—Ya ves —dijo Lainier, cogiendo la gasa.

—Porque se te ha escapado, ¿verdad?

—¿Qué insinuás? —dijo Lainier girándose hacia Berllerak, mientras limpiaba sus escasas heridas.

—Espero que no lo hayas dejado escapar.

Lainier hizo una pausa, con rostro serio. Finalmente sonrió y dijo:

—Claro que no.

—Mmm... lo que tú digas, tío.

—El bastardo era astuto, y punto. Pero me jode que me haya ganado con un aerodeslizador, con lo visto que está. Sin duda uno de los dados era un control remoto. Es un tío listo. Por cierto...

—¿Sí...?

Lainier había estado a punto de decir “hay que tramitar una orden de arresto contra Sigfried”, pero lo dejó correr. Por otra parte, SuNSeT había roto el trato y todos los kupulenses supervivientes teóricamente volvían a ser proscritos, con lo que Sigfried sería arrestado de todos modos. En realidad Lainier no estaba seguro de que los persiguieran dados sus servicios, salvo a SuNSeT, claro está. Lo que estaba claro es que a estas alturas, todos los kupulenses habrían abandonado las bases aliadas y estarían ocultándose.

—Nada, olvídalo —dijo Lainier.

—Mmm, te he visto dudar un poco, muchacho —dijo Berllerak en tono tocapelotas—. Bueno, esto ya está, vámonos —añadió, terminando de limpiar la herida.

—De todos modos no creo que lo cojamos —dijo Lainier mientras se giraban hacia la puerta.

—¿Sabes qué? Yo tampoco —respondió Berllerak. Los clones se dirigieron hacia los cazas, preparándose para una persecución que sin duda sería inútil.